FRITZ THYSSEN

YO PAGUÉ A HITLER

BS. AIRES 1945

FRITZ THYSSEN

YO PAGUÉ A HITLER

BUENOS AIRES
1945

YO PAGUÉ A HITLER

Este libro encierra la confesión de uno de los más poderosos industriales alemanes, dueño de una de las más fuertes organizaciones fabriles de su país, que ayudó económicamente a Hitler y sus partidarios, durante bastante tiempo, al comenzar la era nacionalsocialista, y que, arrepentido más tarde de esta connivencia con los que rigieron la Alemania derrotada, desgarra sus vestiduras y lamenta haber prestado su cooperación a los nazis.

Salido de su país, después de numerosas peripecias, dictó a un editor norteamericano sus memorias, y estas memorias son las que constituyen esta palinodia escarmentada.

Para el conocimiento de los aspectos económicos de la Alemania posterior al Tratado de Versalles, estas páginas contienen numerosos datos y juicios, hechos por un hombre que conoce bien los resortes financieros y que, por su profesión de industrial, juzga con bases y cimientos indudables. Por cierto que una serenidad curiosa campea por los capítulos referentes al origen del movimiento nacionalsocialista, y no dejan de ser advertidas las naciones que luchan contra Alemania para que, si llegara el caso, no se repitiera un nuevo Tratado de Versalles, que a su vez repetiría un nuevo hitlerismo.

Libro apasionado, sincero, lleno de vida, de detalles interesantes, de anécdotas y recuerdos, esta obra es uno de los más trágicos documentos humanos que haya producido la guerra mundial.

Como las obras de Neville Henderson, de André Simone, de tantos otros, es, por encima de su inevitable pasión, una enseñanza para ingenuos y una muestra de escarmiento para futuras poderosos, tanto de las naciones como de los individuos, frente a los hechos que inevitablemente han de producirse.

YO PAGUE A HITLER

FRITZ THYSSEN

Ex miembro del Reichstag nacional socialista.
Ex Presidente del Trust Alemán del Acero

YO PAGUÉ A HITLER

(I paid Hitler)

Traducción de
L. Rivaud

Edición autorizada por la
EMPRESA EDITORA ZIG ZAG

Hecho el depósito que marca la ley.

PROLOGO DEL EDITOR NORTEAMERICANO

Este libro extraordinario tiene una extraordinaria historia, que merece ser relatada.

Cuando al estallar la guerra, en septiembre de 1939, el gran industrial alemán Fritz Thyssen huyó de Alemania a Suiza, casi todos los diarios, revistas, sindicatos periodísticos y editores del mundo intentaron obtener sus memorias, o, por lo menos, la historia auténtica de su ruptura con Hitler y su huída de la Alemania nazi.

La historia del hombre que detentaba el mayor poder industrial en Alemania, que era un ardiente nacionalista, que organizó la resistencia pasiva en el Ruhr en 1923; el hombre que durante más de quince años apoyó a Hitler y financió su movimiento; la historia del gran capitalista alemán que ayudó a los nazis a escalar el poder, porque creía que eran los que podían salvar a su país del bolchevismo, y que ha visto ahora confiscada toda su propiedad, es sin duda una de las más singulares historias de la crisis por que hoy atraviesa el mundo.

Yo participé en esa gran competencia entre los editores para obtener las memorias de Thyssen, y conseguí lo que me proponía. Quisiera contar en pocas líneas cómo y por qué lo conseguí.

Durante los últimos diez años he dirigido en París un sindica-

to periodístico internacional llamado Cooperación. El objetivo de esta organización era agrupar a los más conspicuos estadistas e internacionalistas, y publicar en todo el mundo sus opiniones acerca de los problemas del mundo actual. Los primeros que contribuyeron a esta obra fueron Lord Cecil, Sir Austin Chamberlain, Arthur Henderson, Paul Painlevé, Louis Loucheur, Henri de Jouvenel y algunos más. Al crecer la organización en los años que precedieron a la guerra, consiguió una especie de monopolio, detentando los derechos de publicación para todo el mundo de los artículos de casi un centenar de famosos estadistas, tales como Winston Churchill, Antony Eden, Alfred Duff Cooper, Lord Samuel, el Mayor Atlee, Hugh Dalton, Paul Reynaud, Edouard Herriot, León Blum, P. E. Flandin, Yvon Derbos y otros muchos de Inglaterra, Francia, España, Bélgica, Escandinavia y los Balcanes. Estos artículos han aparecido publicados casi diariamente en todo el mundo, en unos 400 periódicos y en cerca de 70 países. El público norteamericano recordará a estos artículos publicados en los Estados Unidos antes de la guerra por un grupo de unos 20 importantes periódicos independientes, que encabezaba el *Herald Tribune* de Nueva York y que se repartían a todo lo largo del país. He tratado de presentar las opiniones que se enfrentaban en Europa. He publicado también a menudo artículos del portavoz fascista Virginio Gayda, porque ello nos permitía publicar de vez en cuando artículos extranjeros en los periódicos italianos; pero nunca he publicado artículos nazis. En efecto, al agravarse la crisis, la política de mi organización fué haciéndose más y más abiertamente antinazi, hasta el punto de que fué probablemente la única organización de este tipo que luchaba contra la influencia nazi y la maquinaria de Goebbels en el continente europeo. Estas publicaciones debían producir cierto efecto, pues un día recibí el más alto tributo de boca del propio Hitler, cuando en su primer discurso, después del pacto de Munich, en Saarbrücken, gritó histéricamente: "Tiene que cesar esa propaganda de Churchill, Eden y Duff Cooper . . .".

Me veo obligado a mencionar esto, porque, en relación con las memorias de Thyssen, tendré que hacer una exposición que sólo podrá justificarse conociendo mi actividad anterior.

Cuando Thyssen llegó a Locarno, no podía acceder a ningún

requerimiento de publicar, porque había dado al Gobierno suizo su palabra de honor de que mientras residiera en territorio suizo se abstendría de toda declaración o publicación. Por consiguiente, no creí que tuviera utilidad ir a verle personalmente y, por tanto, intenté llegar a él por intermedio de varios amigos. Pero esto no me dió ningún resultado. En marzo de 1940 Thyssen se trasladó de Suiza a Bruselas, para visitar a su madre moribunda, y supe que desde Bruselas se proponía dirigirse a París.

El 3 de abril recibí en mi oficina de París una llamada telefónica de los periódicos Sunday Express, de Londres y *París Soir*, con los cuales yo mantenía relaciones desde hacía tiempo, diciéndome que estaban esforzándose por obtener la historia del señor Thyssen, pero que no podían acercarse a él. Me preguntaban si yo podría ayudarles. Inmediatamente fuí a ver a M. Paul Reynaud, que era entonces Ministro de Negocios Extranjeros y Presidente del Consejo. Le expliqué la importancia política que tendría la publicación de las memorias de Thyssen, sobre lo que se mostró enteramente de acuerdo conmigo.

El problema era cómo persuadir a Thyssen de que las escribiera y publicara sin mayor dilación. Le dije a M. Reynaud que yo conocía la persona que podría presentarme a Thyssen, y que probablemente lograría persuadirle de que me confiase la publicación de sus memorias. Desgraciadamente ese amigo de Thyssen se hallaba en Londres y era dificilísimo ponerle en contacto con él, a causa de la censura y de la prohibición de utilizar el teléfono internacional. M. Reynaud dió instrucciones a uno de sus secretarios para que me ayudara y se me permitiera emplear la línea telefónica que une al Quai D'Orsay con el edificio de la Embajada en Londres.

Pasé un día y casi una noche enteros, llenos de emoción, en la oficina del secretario en el Quai D'Orsay. Salía yo del gabinete de M. Reynaud casi al mismo tiempo que salía de Bruselas el expreso en que Thyssen viajaba hacia París. Como no sabíamos dónde se instalaría a su llegada, se encargó a la "Sureté" que siguiera sus movimientos. Recibíamos mensajes cada media hora: "Thyssen cruzó la frontera . . ." "Thyssen pasó por Saint-Quintin . . ." "Thyssen llegó a la Gare du Nord . . ." y, finalmente, "El señor y la señora Thyssen llegaron al Hotel Crillon". In-

mediatamente intenté arreglar una comunicación telefónica entre Thyssen y nuestro común amigo de Londres, pero pasaron casi veinticuatro horas antes de poder conseguirlo. Por fin ambos se comunicaron por teléfono, hablando sin interferencia de la censura, por la línea oficial del Ministerio de Negocios Extranjeros francés. La conversación duró media hora. Al día siguiente recibí una nota del señor Thyssen, pidiéndome que fuera a verle al Crillon.

Nuestro primer encuentro fué muy cordial y duró casi dos horas. Me dijo que estaba dispuesto a publicar inmediatamente las cartas que había dirigido a Hitler, Goering y otros personajes oficiales de Alemania, después de su ruptura con los nazis, y en las que explicaba por qué había salido de Alemania. Al efecto, ya había enviado esas cartas a un amigo suyo en Norteamérica, donde habían de publicarse. Me dijo que deseaba que esas cartas se publicaran también en Inglaterra, Francia, y en cuantos países fuera posible, pero que, por el momento, no quería publicar nada más.

Vi a Thyssen todos los días mientras permaneció en París. Le pregunté sin rodeos: "¿Está usted dispuesto a ayudarnos a destruir a Hitler, o no?". Como me contestara con una afirmativa incondicional, traté de ganarle a mi opinión de que las cosas que tenía que decir y los documentos y materiales que poseía debían ser publicados durante la guerra, y no después, si habían de surtir todo su efecto.

A la tercera o cuarta conversación, acabó por comprender que en plena guerra contra el hitlerismo no tenía justificación alguna el poseer armas poderosas y guardarlas para un uso personal.

Una vez que se decidió a escribir sus memorias, sentía los mayores deseos de hacerlo lo más pronto posible. Quería que sus cartas se publicaran sin tardanza, aun antes de terminar este libro. Las cartas aparecieron en los Estados Unidos, en la revista *Life*, el 29 de abril de 1940. Simultáneamente fueron publicadas en Londres, en el *Sunday Express*, y en Francia, en *París Soir*.

Thyssen deseaba vivamente tener en su poder algunos de los papeles que había depositado en las cámaras de un Banco de Lucerna, Suiza. Planteé este asunto en el Quai D'Orsay, y se mostraron dispuestos a enviar un correo diplomático especial a

Lucerna, para traer los papeles a Francia. El señor y la señora Thyssen marcharon a Montecarlo después de una semana de estada en París. Los papeles llegaron a Suiza cuatro días más tarde, y yo me dirigí a la Riviera con uno de mis colaboradores, que había de ayudar a Thyssen en la preparación del libro, y un secretario.

Thyssen se alojaba en el *Hotel de París*, en Montecarlo. Instalé a mi colaborador cerca de él, en el *Hotel Beau Rivage*, y, con objeto de distraer la atención de los innumerables espías italianos que había por entonces en aquella región, yo fuí a alojarme a unas 10 millas, en el *Grand Hotel*, de Cap Ferrat, que es uno de los rincones más tranquilos en el lugar más encantador de la Riviera. En mi hotel había sólo unos cuantos huéspedes, entre ellos Sir Nevile Henderson, ex embajador de Inglaterra en Alemania, que por aquel entonces acababa de dar fin a su libro sobre el fracaso de su misión en Berlín. Cerca del hotel se hallaba la villa del ex Premier Flandin, a quien vi a menudo mientras estuve en Cap Ferrat, y que se sentía muy interesado por saber por qué Thyssen se había convertido en enemigo de Hitler.

Pasé unas tres semanas en la Riviera trabajando con Thyssen día y noche. De ordinario, comenzaba a trabajar a las nueve y media de la mañana y dictaba sin interrupción durante tres horas. Dictaba rápida y flúidamente en alemán, y parte en francés, saltando de un asunto a otro, dando la impresión de un hombre lleno de cosas que decir, a punto de estallar y sin saber qué hacer para librarse de ellas lo más rápidamente posible. A la una solíamos ir a almorzar juntos, continuando el trabajo en largas conversaciones. Lo que había dictado en la mañana era escrito a máquina en la tarde y él lo revisaba en la noche. Corregía muy meticulosamente dos o tres veces cada página, hasta que finalmente aprobaba capítulo por capítulo.

Durante nuestra colaboración en Montecarlo, Thyssen me causó una impresión inesperada. Nunca le había visto hasta entonces, pero era exactamente todo lo contrario de lo que uno podía imaginar que fuera el Rey del Acero, uno de los más grandes fabricantes de armamentos, y que hubiera apoyado al nazismo. Era un viejo caballero encantador, extraordinariamente

ingenioso y con un perfecto sentido del humor. Le agradaban la buena comida y los mejores vinos, y nuestros almuerzos rara vez nos llevaban menos de tres horas. Yo le llevé a todos los restaurantes famosos de la Riviera; al *Chateau Madrid*, en lo alto de las montañas; al *Bon Auberge*, cerca de Antibes; a *La Colombe D'Or*, en el romántico Saint-Paul, y a todos los demás lugares donde se cultiva la más refinada gastronomía. Durante estos almuerzos, Thyssen me refería una historia tras otra, algunas de ellas increíbles. Ni uno sólo de los jefes nazis y muy pocos de sus colegas de la industria escaparon a sus maliciosas observaciones. Me contó centenares de anécdotas sobre la vida privada de los dirigentes alemanes, que, desgraciadamente, no pueden imprimirse en este libro.

Al hablar sobre problemas serios y sobre sus experiencias, casi siempre interrumpía su monólogo golpeándose la cabeza y exclamando para sí mismo: "Ein Dumkopf war Ich! Ein Dumkopf war Ich!" ("¡Qué insensato fuí! ¡Qué insensato fuí!"). En tales momentos solía expresar reiteradamente su deseo de que este libro fuese publicado rápidamente en América. "Quiero comunicar mis experiencias a los industriales americanos", me decía con frecuencia.

Yo tenía la firme impresión de que sus sentimientos contra Hitler no sólo eran sinceros, sino apasionadamente sinceros. Contestaba a todas las preguntas que yo le hacía, y me dijo cuanto sabía, excepto una cosa: no quiso decirme jamás cuáles fueron las cantidades exactas que había entregado a los nazis, aunque me indicó que conservaba en cierto lugar los recibos de todo este dinero. Yo hubiera deseado vehementemente obtener una copia fotográfica, de esos recibos para ilustrar este libro, pero no quiso decirme dónde se hallaban.

El 10 de mayo, a las 8 de la mañana, al poner el radio, oí la voz del Ministro de Informaciones francés, M. Frossard, anunciando que, al amanecer, el ejército alemán había cruzado la frontera de Holanda, Bélgica y Luxemburgo, y que había comenzado la guerra en el Oeste. A las 10 de la mañana llevé estas noticias a Thyssen. Su reacción fué muy curiosa. Se puso pálido y no quería creerme. Decía que él sabía que el Estado Mayor alemán se había mostrado siempre contrario a un ataque hacia

el Oeste, y que la única razón que podía aducir para explicarlo era que el alto mando alemán quería librarse por este medio de los nazis, llevándoles a una derrota segura. Me dijo que conocía las cifras exactas de la producción de la industria pesada alemana, la escasez de ciertas materias primas y la mala calidad del acero empleado en algunas divisiones blindadas, y que era imposible que Alemania ganara esta guerra. Yo no he podido establecer nunca si la explicación del gran triunfo alemán hay que buscarla en la extraordinaria debilidad del ejército francés, o en la extraordinaria eficacia de los señores de la guerra nazis, que habían sido capaces de ocultar sus preparativos hasta al presidente del Trust Alemán del Acero.

A fines de mayo, casi habíamos terminado nuestro trabajo. Más de la mitad del libro estaba ya completa, corregida y aprobada por Thyssen para su publicación. Los capítulos restantes estaban ya todos dictados, pero, antes de darlos a la edición, había que comprobar algunas fechas y datos, lo cual no podía hacerse en Montecarlo. Así, pues, regresé a París con el propósito de volver a Montecarlo antes de principios de junio y tener el libro listo para publicarlo inmediatamente.

Cuando llegué a París, el ejército alemán había penetrado ya por Sedán. Lo que ocurrió durante los días siguientes y lo que fué la vida en París en aquel período, todo el mundo lo sabe. La situación se hacía por momentos más y más peligrosa, y yo no podía pensar en abandonar mi oficina para hacer otro viaje a Montecarlo, sin saber si el ejército alemán sería detenido en alguna parte o si tendríamos que abandonar París.

Salí de París en automóvil en la noche del 11 de junio. Después de un indescriptible viaje de 14 horas, en condiciones que ya han sido relatadas en muchos libros, llegué a Tours. Sólo pude llevar conmigo unos cuantos útiles de uso personal. Pero llevaba el manuscrito de Thyssen. Dos días más tarde me hallaba de nuevo en camino hacia Burdeos, y después de la capitulación de Francia, un destructor inglés me llevó a alta mar, donde fuí trasbordado a un barco de carga británico que me condujo a Inglaterra. Abandoné en el muelle de Burdeos mi coche y la mayor parte de las cosas que había podido sacar de París, pero pude salvar el manuscrito de Thyssen.

A mi llegada a Londres, tanto mis amigos políticos como los periódicos y los editores me urgieron que publicara el libro de Thyssen. Pero yo estimaba que no debía hacerlo, sin saber qué había sido de Thyssen, y si se hallaba o no en lugar seguro. Durante meses traté de encontrar su pista, pero me fué imposible obtener ninguna información concreta. Unos aseguraban que había escapado a América, otros, que estaba aún en la Riviera, y otros, que había sido entregado a la Gestapo por los franceses. En estas circunstancias, consideré imposible publicar ni siquiera una parte de sus memorias.

En febrero de 1941 me trasladé de Inglaterra a los Estados Unidos, esperando poder enterarme exactamente lo que había sido de Thyssen y dónde se encontraba. Desgraciadamente nadie sabía nada, salvo que debía estar en manos de la Gestapo, pues de lo contrario su familia de América del Sur o sus amigos de los Estados Unidos habrían sabido de él en el año transcurrido. Tuve por tanto que aceptar como un hecho consumado que Thyssen no había podido escapar después del hundimiento de Francia y que probablemente se hallaría en un campo de concentración en manos de la Gestapo. Durante varios meses pensé que en tal situación no podría publicarse el libro, pues su publicación provocaría, seguramente, el asesinato de Thyssen.

Deseo explicarme y aclarar una cuestión para evitar todo malentendido. No intento defender ni proteger a Thyssen. Siempre me he dado cuenta de que él fué uno de los hombres más responsables de la subida de Hitler al poder y de la sed de poder de los nazis en Alemania. Ya sabía también que él era probablemente el hombre más responsable del torpedeamiento de la Conferencia de Desarme por parte de Alemania, y que él y algunos de sus amigos eran quizás más responsables que el mismo Hitler de las miserias que los nazis han desencandenado sobre el mundo. Durante cerca de 20 años, Fritz Thyssen llevó a cabo un grande y peligroso juego político, y no creo que su confesión de "¡Qué insensato fuí!" baste para absolverle ante el tribunal de la Historia.

Pero yo no tenía por qué sacar a Thyssen a la plaza pública. Le conocí siendo un refugiado, y trabé conocimiento con él de editor a autor, y he tenido el firme convencimiento de que no

podría publicar sus memorias sin tener la certeza de que se hallaba en libertad o de que había muerto.

Sin embargo, a medida que los meses pasaban y la guerra se extendía eran cada vez más numerosos los editores y hombres públicos que trataban de persuadirme de que en este asunto no había que guardar consideraciones personales; que este manuscrito era un documento político e histórico demasiado importante, y que yo no podía asumir la responsabilidad de impedir su publicación. Aducían que Thyssen había sido internado en un campo de concentración, y seguramente estaba muerto; que si vivía aún, nada podría salvarle; que si compartía la suerte de otros enemigos del nazismo en un campo de concentración, con seguridad esperaría que se publicaran sus memorias, ya que era la única arma que podía esgrimir contra Hitler. Pero que fuera cuál fuese su suerte, ella no podía tomarse en consideración en momentos en que los pueblos libres del mundo sostienen una guerra desesperada contra el hitlerismo y en que la publicación de este libro puede iluminar a las democracias y contribuir a que obren a tiempo para impedir que el nazismo se extienda al hemisferio occidental.

Después de 14 meses de escrúpulos y vacilaciones, llegué finalmente a la conclusión de que no se podía privar por más tiempo al público de este libro. Ahora creo que si Thyssen está en un campo de concentración y vive todavía, el retrasar más la publicación de sus memorias con seguridad no le salvaría; al contrario, creo incluso, y lo espero, que su publicación le produzca alguna satisfacción.

Pero fuera del efecto que esta publicación pueda tener sobre su suerte, estamos librando una lucha de vida o muerte contra el hitlerismo, y todo cuanto pueda hacer daño a Hitler es bueno para nosotros.

Creo que no debemos tener la debilidad de ceder ante ese terrible y viejo chantaje de la Gestapo, que paraliza las actividades de los hombres libres, torturando a sus amigos y parientes en los campos de concentración. Creo que debemos ser lo bastante fuertes para sacrificar a aquellos que están en manos de la Gestapo, por queridos que nos sean, con tal de seguir la lucha, cualesquiera que las circunstancias sean. Nunca seremos

capaces de destruir ese monstruoso sistema de esclavización de la humanidad, si en nuestra lucha contra él nos dejamos guiar por el sentimentalismo y no por un frío razonamiento.

Ha sido el ataque de Hitler a Rusia lo que disipó mis últimas vacilaciones y aportó el argumento definitivo para decidirme a publicar este libro. Inmediatamente después del estallido de la guerra ruso-alemana he oído voces de gentes que ocupan elevados puestos que afirman que Hitler ha vuelto a su viejo programa y que es el hombre que nos quiere salvar del comunismo. Para demostrar que esto es el mayor error que puede cometerse sobre el nazismo, fué para lo que Fritz Thyssen decidió dirigirse al mundo y contar a las naciones libres sus experiencias. El destino de Fritz Thyssen, el gran nacionalista alemán, el más poderoso industrial de Alemania, el católico ferviente, es un ejemplo elocuente de cómo Hitler protege contra el comunismo a los patriotas, a los industriales y a los cristianos.

Emery Reeves.
Presidente
Cooperation Publishing Co., Inc.

El Prólogo del Autor, toda la Primera Parte, los Capítulos I, II y III de la Segunda Parte, los Capítulos III, V, VI y VII de la Tercera Parte, y el Capítulo III de la Cuarta Parte, han sido revisados, corregidos y definitivamente aprobados para su publicación por Fritz Thyssen.

Los restantes capítulos han sido dictados por él, pero no han sido corregidos ni revisados. Algunos de estos capítulos contienen repeticiones; ciertos párrafos no están en su debido sitio. Hubiera sido fácil, al editar estos capítulos, corregir las faltas de estilo en varios pasajes, pero hemos querido que permaneciesen en la forma en que Thyssen los dejó. En algunas partes era inevitable que añadiéramos notas explicativas para esclarecer problemas y acontecimientos, pero todo este material adicional está marcado bien como "nota del editor" o como "nota histórica".

Han sido también añadidas al final del libro una serie de breves notas biográficas sobre las personas más destacadas a que Thyssen hace mención.

E. R.

PREFACIO DEL AUTOR

Este libro se propone ser algo más que la historia de un error, cuyas trágicas consecuencias puedo apreciar tan bien como cualquiera otra persona. No basta con lamentarse del pasado. Es preciso saber sacar provecho de las lecciones aprendidas. La guerra en que Hitler ha precipitado al mundo exige de todos los hombres dignos de llamarse así que se unan y se aprosten a la lucha.

Durante diez años, antes que llegara al poder, yo sostuve a Hitler y a su partido. Yo era entonces nacionalsocialista; luego explicaré por qué. Hoy, exilado y fugitivo, quiero contribuir a la caída de Adolf Hitler ilustrando a la opinión pública de Alemania y del mundo en general sobre el Führer y los llamados líderes menores de la Alemania contemporánea.

Hitler me engañó a mí, lo mismo que ha engañado al pueblo alemán y a todos los hombres de buena voluntad. Tal vez se nos imputa —a mí y a todos los alemanes— que no debimos habernos dejado engañar. Por mi parte, acepto la validez de este cargo y confieso mi culpa. Estaba completamente equivocado en cuanto a Hitler y a su partido se refería. Creí en sus promesas, en su lealtad, en su genio político. Varios políticos profesionales han cometido el mismo error. Los católicos, e incluso los judíos, confiaron en Hitler. De esto puedo dar numerosos ejemplos.

Hitler nos defraudó a todos. Pero después de su ascensión

al poder consiguió engañar también a los estadistas extranjeros, del mismo modo que había engañado a los alemanes antes de 1933.

Si quisiera intentar justificarme, podría aducir que fuera de Alemania se estaba mejor informado sobre el crimen inicial del régimen que lo estábamos en Alemania misma: me refiero al incendio del Reichstag. Sin embargo, las grandes naciones de Europa continuaron manteniendo relaciones normales con los incendiarios y asesinos nazis. Sus embajadores y ministros partían con ellos su pan y estrechaban sus manos como si se tratase de hombres honrados. Al menos nosotros en Alemania podíamos pretextar que no conocíamos la verdad.

Hitler rearmó a Alemania hasta un grado y con una rapidez inauditos. Las grandes potencias cerraron los ojos antes este hecho. ¿Era porque realmente no conocieron el peligro o porque quisieron ignorarlo? Sea cual fuere la causa, el hecho es que no tomaron medida alguna para impedir el rearme ilegal de Alemania. Ni siquiera se armaron a tiempo para hacer frente al peligro. Desde el primer momento, el esfuerzo militar desplegado por el régimen nazi parecía enteramente desproporcionado a los recursos del país. Desde la primera etapa yo tuve el presentimiento de que aquello había de conducir inevitablemente a la catástrofe.

Pero Hitler fué obteniendo, una tras otra, grandes victorias diplomáticas. Ni la República de Weimar ni la Alemania Imperial habrían soñado jamás con victorias semejantes. Consiguió establecer de nuevo el servicio militar obligatorio; llevó a cabo la reocupación militar y la fortificación de Renania, el "Anschluss" con Austria, la anexión de la región Sudete de Checoeslovaquia, la entrada en Praga....., ¡tres años de victoria sin disparar un solo tiro! Precisamente en los momentos en que el descontento y las dudas ganaban terreno en el país, el jefe de la Nueva Alemania se hallaba en situación de derrotar a la oposición dentro de Alemania, mostrándole —cosa que nunca dejó de hacer— la grandeza histórica de los resultados obtenidos. Además, se hizo proclamar el alemán más grande de todos los tiempos.

El pacto de Munich fué el principal responsable de la aureola que rodeó al régimen nacionalsocialista. A los ojos de las masas confirmó la reputación de invencibilidad de que gozaba Hitler y permitió a los nuevos jefes de Alemania proseguir durante el año siguiente una política que ha hundido al pueblo alemán en una guerra que ni preveía ni deseaba.

Podrá preguntárseme por qué en la Alemania de la postguerra, un país desorganizado, amenazado por incesantes crisis económicas y sociales y cargado con una pesada deuda externa, un industrial como yo tuvo el capricho de contribuir a un restablecimiento que, consolidando el Estado, habría permitido a su país mantener su posición entre las Grandes Potencias en la comunidad pacífica de la civilización humana. Las páginas que siguen a este prefacio darán respuesta a esta pregunta.

Hitler —al menos así lo creímos tanto yo como otros muchos alemanes— contribuyó al restablecimiento de Alemania, al renacimiento de una voluntad nacional y de un programa social moderno. Es innegable, igualmente, que su esfuerzo se vió apoyado por las masas que le seguían. Y, al mismo tiempo, en un país en que había siete millones de cesantes, era necesario distraer a estas masas de las vanas promesas de los socialistas extremistas. Esta ala izquierda de los socialistas había logrado imponerse durante la depresión económica, de igual manera que casi llegó a triunfar durante el período revolucionario que siguió al desastre de 1918. Pero mi esperanza de salvar a Alemania de este segundo peligro se vió bien pronto defraudada. Mi decepción data casi de los comienzos del régimen nazi. Durante los siete años que siguieron a esa fecha intervine en varias ocasiones, intentando detener ciertos excesos que eran un desafío a la conciencia de la humanidad. El primero de septiembre de 1939 protesté con toda mi energía contra la guerra inminente e informé a los dirigentes de mi propósito de apelar a la opinión pública en contra de sus actos.

Pero este libro no tiene un fin puramente negativo. Todo hombre de negocios debe ser optimista, o de lo contrario nunca será capaz de emprender cosa alguna. Europa ha sido arrastrada a la guerra dos veces en el transcurso de 25 años. El actual régimen alemán es el responsable inmediato de la catástrofe que fué provocada por una política a la vez frívola y criminal. Sin

embargo, es absolutamente cierto que las causas más remotas y profundas deberían buscarse en el conflicto de 1914-1918 y en una conferencia de paz que se mostró incapaz de resolverlo, pues, a pesar de ciertos esfuerzos meritorios, Versalles no logró establecer un orden político y económico que hubiera asegurado al mundo contra un nuevo desastre.

Si se quiere evitar que la civilización humana desaparezca, hay que hacer todo lo que esté en nuestras manos para hacer imposible la guerra en Europa. Pero la solución violenta soñada por Hitler — ser primitivo, obsesionado por recuerdos históricos mal digeridos— es a la vez una locura romántica y un anacronismo bárbaro y sangriento.

Hay que lograr definitivamente para Europa una seguridad política como la que, por ejemplo, existe en América. Lo contrario significará el fin de nuestro viejo continente y de la civilización europea. Estoy convencido de que los acontecimientos actuales, si es que tienen algún sentido, desembocarán en la constitución, bajo una u otra forma, de los Estados Unidos de Europa.

El resurgimiento del imperialismo en el corazón de Europa, resurgimiento cuya responsabilidad recae sobre la Alemania de Hitler, debe llamar a la reflexión a todo patriota alemán. En 1923 fuí capaz de salvar el Rin y el Ruhr y conservar la unidad alemana. Fuí encarcelado y condenado por el tribunal militar del enemigo. Tal vez esto me dé derecho a hablar hoy.

Por un acto de locura criminal, Hitler ha puesto en peligro la existencia de un Imperio Alemán cuyo carácter precario fué reconocido por Bismarck, su creador. Durante cerca de veinte años, después de la victoriosa campaña contra Francia, Bismarck siguió desde la cancillería una política prudente, destinada a tranquilizar a las demás potencias. Pronto fué olvidada la sabiduría del fundador del Imperio Alemán. Las experiencias de 1914, 1938 y 1939 han demostrado que la existencia en Europa de un Estado, de 60 a 80 millones de habitantes, gobernado por políticos imperialistas que tienen en sus manos el formidable potencial de guerra de la industria moderna, es un peligro permanente para la seguridad del continente.

En 1871 el genio de un gran estadista puso la cultura y la técnica occidentales al servicio del espíritu prusiano. Yo veo en esta combinación la causa fundamental de la inestabilidad política de Europa. La Alemania oriental, prusianizada, nunca ha podido deshacerse de su mentalidad colonizadora, como conquistadora de los eslavos. En sus manos, la técnica occidental se convierte en un instrumento de guerra y deja de ser un arma de civilización.

Por otra parte, siete años de tiranía nazi me han impresionado dolorosamente con la absoluta incompatibilidad de las dos Alemanias: la Alemania colonial, servil, del Este, originariamente poblada de eslavos, que se convirtieron en siervos de los prusianos, y la Alemania occidental, donde la principal fuerza civilizadora fué el humanismo cristiano y romano. La persecución a la religión cristiana, el sádico antisemitismo de los prusianos, tan extraño a la población de nuestra Renania, los intentos de resucitar un paganismo bárbaro que es inhumano en sus concepciones morales, me han convencido —a mí y a otros muchos— de que la salvación de Alemania y de Europa exige el restablecimiento de la antigua barrera que separaba a estos dos pueblos de mentalidades tan profundamente divergentes. Hay que poner a salvo la libertad, la cultura y el espíritu cristianos de la Alemania occidental y católica, que pertenece plenamente a la Europa occidental.

El espíritu de la Alemania occidental y del Sur está orientado hacia el Oeste. Su desarrollo industrial y técnico la empuja hacia las grandes rutas oceánicas. La concepción nazi del "espacio vital", consistente en la conquista de territorios, no tiene sentido alguno para un gran país industrial que puede ejercer sobre el universo entero un pacífico dominio.

Una tal reorganización política no es, naturalmente, un fin en sí misma. El mundo de la postguerra deberá ser capaz de vivir y reanudar su interrumpido desarrollo. El caos económico y la ruina que ya existen aumentarán indudablemente como resultado de la guerra actual. Una vez más se planteará la cuestión de la colaboración entre todos los pueblos de buena voluntad, para reconstruir el mundo. ¿Se dan cuenta los gobiernos democráticos de la gravedad de estos problemas? De América han recibido un valioso estímulo. Sería una locura caer de

nuevo en los errores económicos que siguieron a la guerra pasada. Lo que hay que hacer es combinar los recursos y la buena voluntad de las naciones de Europa y de los Estados Unidos de América, para reparar las ruinas y comenzar de nuevo. Después de esta guerra no habrá que plantear, como en 1918, la condena de Alemania por los daños causados. Yo espero que será el propio pueblo alemán quen castigue a los asesinos, los criminales y los falsarios. Pero la paz debe ser constructiva. ¡Hay que desterrar los odios para siempre! ¡Hay que trabajar para el futuro y olvidar lo pasado!

En este libro trato de exponer ciertas ideas que me son particularmente caras. No son fruto de la improvisación. Como jefe de una de las más grandes empresas industriales de Alemania, he tenido que luchar durante veinte años con las consecuencias de una paz malograda. La ociosidad del exilio me ha permitido reflexionar sobre una experiencia que fué a veces simplemente dolorosa y a veces trágica. En estas páginas se refleja el resultado de mis meditaciones. ¡Qué ellas sean la contribución de un hombre de buena voluntad a la paz venidera!

PRIMERA PARTE

Mi ruptura con la Alemania de Hitler

CAPITULO I

MI HUIDA DE ALEMANIA

El 15 de agosto de 1939 llegué con mi esposa a Bad Gastein, en los Alpes Austríacos. Necesitábamos descansar. Había sido aquél para nosotros un año particularmente lleno de preocupaciones y de trabajo.

Se ha dicho que yo fuí a Gastein a preparar mi huída de Alemania. No es cierto. Yo salí de Alemania a principios de aquel mismo mes de agosto para visitar la exposición de Zurich. Si en efecto hubiera querido escapar, me hubiera quedado entonces en Suiza. Pero no creí que la guerra llegaría. Los generales alemanes estaban contra ella. Además, yo estaba enterado de ciertas declaraciones hechas por uno de los amigos íntimos de Hermann Goering, el Gauleiter Terboven, de Essen, de las que se desprendía que todo aquello era pura y simplemente un juego diplomático, y que nadie soñaba con embarcarse en una aventura armada. Las observaciones de Terboven reflejaban con seguridad la propia opinión de Goering. A primeros de agosto, Goering se oponía a la guerra; sólo a última hora cambió de idea. Por tanto, cuando salí para Gastein, yo iba bien tranquilo en este respecto.

El 23 de agosto recibí la noticia sorprendente del pacto de Hitler con Stalin. Desde hacía tiempo se venían haciendo nego-

siaciones, pero nunca pensé que llegaran tan lejos. Sin este pacto con Rusia, Hitler no hubiera emprendido nunca la campaña de Polonia. Ya había sido advertido definitivamente por los embajadores de Francia e Inglaterra que sus respectivos países no tolerarían una agresión contra Polonia. Nuestro embajador en París, el conde Welczek, había informado solemnemente a su Gobierno, en varias ocasiones, que un ataque alemán sobre Polonia sería la señal para el estallido general de la guerra.

Además, la situación era perfectamente clara. Ni Francia ni Gran Bretaña podían aceptar un segundo Munich. ¿Cómo es que Hitler y Ribbentrop no se daban cuenta de este hecho? Un año antes, el Premier británico, un hombre de 70 años, tomaba el avión por primera vez en su vida para dirigirse a Alemania y negociar con Hitler. El Premier francés había ido a Munich con el mismo fin. Se había llegado a una solución que daba a Alemania todo lo que ésta quería. Fué aquél un éxito sin precedentes. Ningún emperador alemán había logrado jamás nada comparable. Un gran hombre de Estado, como Bismarck, habría visto que Munich era un excepcional regalo de los dioses. Habría hecho cuanto hubiera estado en su poder para impedir que los dos grandes países occidentales se sintieran humillados. Por encima de todo, se habría dedicado a consolidar pacíficamente los resultados obtenidos con tanta facilidad.

Pero, ¿cuál fué la conducta que siguió Hitler? El 13 de marzo de 1939 invadió Checoeslovaquia, cuyo territorio restante después de Munich había prometido respetar. Esto me pareció monstruoso. Romper su solemne juramente en tales condiciones, insultando a dos grandes países, podría quizá parecer a los nazis una jugada genial del político más grande que el mundo haya conocido, ya que es ésta la imagen que Hitler tiene de sí mismo, pero a mí y a otros muchos alemanes nos pareció una verdadera locura; un salto hacia la catástrofe. Por tanto, siempre fuí escéptico sobre la posibilidad de resolver el conflicto con Polonia por un segundo Munich. Dos grandes potencias, unidas por una alianza y que disponen de recursos inmensos, no se dejan engañar dos veces de la misma manera.

La noticia de la firma del pacto con Stalin me intranquilizó. Sin embargo, confiando, quizá demasiado, en mi conocimiento

de la situación, todavía creí que esto era simplemente otro de aquellos episodios espectaculares característicos del régimen. A mi juicio, el pacto no causó casi ninguna impresión en París, ni en Londres, pues el pacto germano-ruso no hizo variar la decisión de las dos democracias de oponerse por la fuerza de las armas a todo nuevo acto de violencia. Esto no me sorprendió. Cualquier otra política habría llevado a las potencias occidentales a su abdicación, a un verdadero suicidio. Pero, a pesar de todo, yo no creía que la guerra llegara.

El 25 de agosto me avisaron que debía marchar a Berlín para asistir a una reunión del Reichstag. La precipitación de estas convocatorias es una muestra del papel a que ha quedado reducida esta Asamblea. En sus primeros tiempos, el Reichstag examinaba seriamente los asuntos, las comisiones hacían sus informes y después se decidía la celebración de una sesión de trabajo. Hoy las cosas han cambiado. Los diputados del Reichstag son convocados la víspera para escuchar una declaración de Hitler. Esto es lo que se llama "buen teatro", cuyo único fin es la propaganda. Los diputados del Reichstag hacen el papel de comparsas en un drama ramplón. Por mi parte, siempre he creído que mi calidad de miembro del Reichstag implicaba una cierta responsabilidad y el deber de expresar mi opinión. La reunión para la que se nos había citado el 25 de agosto fué suspendida. Una vez más, procuré tranquilizarme.

Entretanto, mi yerno, Conde de Zichy, vino a Gastein a visitarnos con mi hija Anita y mi nieto de dos años y medio. Pensaban pasar una semana con nosotros. Su visita fué completamente imprevista: Straubing, en la Bavaria del Sur, donde ellos residían, está sólo a pocas horas de distancia de Gastein, por carretera. Yo seguía creyendo que no había motivo especial de inquietud.

Pero en la tarde del 31 de agosto recibí un telegrama del Gauleiter de Essen, dándome instrucciones para que marchara a Berlín y asistiera a una reunión del Reichstag convocada para la mañana siguiente, en la Opera Krol. De pronto, me di cuenta de la gravedad de la situación. Me era materialmente imposible llegar a Berlín a tiempo. Hubiera tenido que viajar toda la noche en automóvil para poder tomar el primer avión

que salía de Munich en la mañana, lo que tal vez me hubiera permitido llegar justamente a tiempo para asistir al final de la reunión. En todo caso, mi estado de salud no me permitía tales excesos. De haber llegado a Berlín a tiempo, con toda seguridad habría protestado públicamente contra cualquier decisión de ir a la guerra. Decidí, por tanto, enviar mis excusas por mi inasistencia, y, al mismo tiempo, expresar mi opinión de una manera explícita. A eso de las 9 de la noche dirigí a Goering, como Presidente del Reichstag, el siguiente telegrama urgente:

"Recibí de la Administración provincial de Essen (Gauleitung) orden de dirigirme por avión a Berlín. Imposible seguir estas instrucciones por mal estado de salud.

"A mi juicio debiera hacerse lo posible para llegar a un acuerdo sobre una especie de tregua, con objeto de ganar tiempo para negociar. Estoy contra la guerra. Una guerra colocaría a Alemania en situación de dependencia de Rusia para las materias primas, y Alemania renunciaría así a su posición de potencia mundial.—(Firmado): THYSSEN."

De esta manera, a pesar del obstáculo material, sentí que había cumplido con mi deber como hombre libre y como miembro responsable del Reichstag. Había informado al Gobierno de mi absoluta oposición a la guerra. Debo añadir que, en aquel momento, no tenía intención de abandonar Alemania. Estaba a la vez aterrado y disgustado ante la perspectiva de un acto de locura por parte de Hitler, que ni los generales ni nadie habían sido capaces de prever.

A la mañana siguiente mi yerno propuso que escucháramos por radio la llamada "reunión histórica" del Reichstag, a la que yo debí asistir. Yo me negué rotundamente a oír los argumentos con que Hitler pretendería justificar su locura.

La tarde anterior yo había recibido un telegrama de mi hermana, comunicándome que su cuñado, mi sobrino von Remnitz, acababa de morir en el campo de concentración de Dachau. Yo desconocía en qué circunstancias había sucedido esto. Antes del Anschluss, Remnitz había sido el jefe de los legitimistas austríacos (es decir, de los monárquicos de la Casa de Habsburgo) en la provincia de Salzburgo. Después de la anexión de Austria,

los nazis de Salzburgo intentaron arrancarle dinero bajo amenaza de promover un escándalo: "Pague una contribución al Partido, le dijeron, y no tendrá que sufrir las consecuencias de sus actividades legitimistas". Mi sobrino se había negado a ello, diciendo que, mientras Austria fué independiente, su actividad política había sido considerada perfectamente legal. Al día siguiente fué detenido y trasladado a Dachau. Yo intenté intervenir en Viena para obtener su libertad, cerca del Gauleiter Bürkel, comisionado del Reich para Austria. Bürkel no se molestó siquiera en contestar a mi solicitud. La noticia de la muerte de mi sobrino me afectó profundamente. Era otra prueba tangible de la criminal ilegalidad que prevalecía en Alemania, y contra la que yo había protestado repetidas veces ante los líderes responsables.

Mientras mi yerno escuchaba el discurso de Hitler por la radio, yo reflexionaba sobre todas estas cosas. Unos minutos más tarde, mi yerno entraba fuera de sí. "Hitler —me dijo— anuncia que el ejército alemán ha entrado en Polonia. Esto significa la guerra. Hitler ha añadido: "El que no esté conmigo es un traidor, y como tal será tratado".

Esta frase ominosa era la respuesta a mi telegrama. Su significado quedaba claramente expresado en el miserable fin de mi sobrino en Dachau. No había posibilidad de permanecer en Alemania sin exponer mi vida y la de mis seres más queridos. De acuerdo con mi esposa y mi yerno, decidí que debíamos abandonar el país. La Providencia quiso que en aquel momento crítico estuviéramos todos reunidos, pues nunca me hubiera marchado dejando a mis hijos como rehenes en manos de la Gestapo.

Salimos el 2 de septiembre a las 2 en punto de la mañana. Yo tenía mi coche y mis hijos habían venido a verme en el suyo. Salimos sin equipaje, como si fuéramos a hacer una excursión. Uno de los paseos más frecuentes por los alrededores de Gastein consiste en tomar la nueva carretera alpina, construída por el anterior Gobierno austríaco, entrar en Italia cruzando el Paso de Glockner, y regresar por el Paso del Brenner. Al salir de Gastein, nos vimos detenidos por un corrimiento de tierras que interrumpía la carretera. La noche anterior había habido una

violenta tormenta en la región; masas de barro y de piedras hacían infranqueable el camino; un equipo de hombres trabajaba para despejarlo. El jefe del equipo nos dijo que pronto quedaría restablecido el tránsito. Esperamos tres horas fingiendo la más completa indiferencia. Por fin, abrieron el espacio justo para pasar. En la frontera, mi chofer, que no estaba al corriente de nuestros planes, presentó mis papeles, incluso mi carnet de diputado del Reichstag, explicando que estábamos haciendo la acostumbrada excursión. Yo no salí del coche. El policía de frontera nos dejó pasar, diciéndonos que debíamos regresar a territorio alemán antes de tres horas. Al llegar a la bifurcación que conduce al Brenner, tomamos la izquierda en vez de la derecha, y seguimos hacia Italia y Suiza. No quería permanecer en territorio italiano mucho tiempo, porque todo el mundo esperaba que Italia entrase también en la guerra. Nos detuvimos en el primer pueblo suizo: Le Prese. Estábamos salvados.

Apenas llegué, redacté el siguiente memorándum, con intención de enviárselo a Goering en la primera oportunidad:

MEMORANDUM

"1.—El 31 de agosto envié el siguiente telegrama urgente a Goering, a las 9 de la mañana. (El telegrama ha sido citado más arriba).

2.—En la reunión del Reichstag del 1º de septiembre Hitler dijo: "El que no esté conmigo es un traidor, y como tal será tratado".

3.—Considero esta advertencia no sólo como una amenaza, sino, además, como un atentado contra los derechos que la Constitución me confiere como diputado del Reichstag.

4.—No sólo tengo derecho a expresar mi opinión, sino que es mi deber hacerlo, ya que tengo la convicción de que Alemania está siendo cruelmente arrastrada a un grave peligro. Hitler no tiene derecho a amenazarme porque exprese mi opinión.

5.—Hoy, como ayer estoy contra la guerra. Puesto que ya ha

estallado, Alemania deberá hacer cuanto esté a su alcance por que termine lo antes posible, pues cuanto más se prolongue más duras serán las condiciones de paz para Alemania.

6.—Polonia no ha roto su pacto con Alemania, ese pacto que Hitler mismo ha calificado repetidas veces como una garantía de paz. (Con relación a esto se hará referencia al discurso de Hitler del 26 de septiembre de 1938).

7.—Para conseguir la paz, será necesario que Alemania respete su Constitución en todos los aspectos. La inobservancia de la Constitución conduce, más tarde o más temprano, a la anarquía. La fidelidad jurada por cada ciudadano sólo puede ser exigida si los líderes actúan de acuerdo con sus obligaciones.

8.—En la reunión del Reichstag del 1º de septiembre hubo 100 miembros ausentes. Sus puestos fueron ocupados por funcionarios del Partido Nazi. Considero esto completamente anticonstitucional, y protesto.

9.—Exijo que la opinión alemana sea informada del hecho de que yo, como diputado del Reichstag, voté contra la guerra. Si otros diputados han obrado en este sentido, la opinión pública deberá ser informada también sobre ello.

10.—El 31 de agosto, poco antes de enviar el telegrama antes citado al Mariscal Goering, me comunicaron por telegrama que un llamado Herr von Remnitz acababa de morir repentinamente en Dachau. Herr von Remnitz es el cuñado de mi hermana, Baronesa Berg, que vive en Munich. Fué internado inmediatamente después del Anschluss, y al parecer porque había tomado parte en la actividad de los legitimistas antes del Anschluss. Inmediatamente después de su detención intervine cerca del Gauleiter Bürkel, en Viena, pero no recibí respuesta alguna. Esto es característico de los métodos que rigen hoy en Alemania. Exijo se me informe sobre si Herr von Remnitz falleció o no de muerte natural. En este último caso, me reservo el derecho de realizar otras gestiones."

Intenté enviar este memorándum por un mensajero, para tener la seguridad de que realmente llegaría a manos del Maris-

cal Goering. La oportunidad no se presentó hasta veinte días más tarde, que llegó a Le Prese uno de mis empleados para verme por asuntos de negocios. Completé mi memorándum, y se lo confié, pidiéndole que lo llevara a Berlín y se lo entregara personalmente al Mariscal Goering, pero no se atrevió a hacerlo. Sólo consintió en llevar una carta lacrada para Herr Terboven, Gauleiter de Essen. Este último la haría llegar al Mariscal Goering.

A la semana siguiente, el 26 de septiembre, el doctor Albert Vögler, vicepresidente del Consejo de "Fábricas de Acero Unidas", que yo presidía, vino a verme a Zurich. En Alemania se había extendido la noticia de mi partida. Las radios francesas fueron las primeras en anunciarlo alrededor del 12 de septiembre. Goebbels lanzó una desmentida: "¿Qué cosa más natural —dijo a los que le preguntaron sobre ello— que un industrial, que padece desde los últimos años un intenso surmenaje, quiera tomarse unas semanas de descanso?". Durante algún tiempo, las esferas oficiales de Berlín intentaron ocultar el hecho de mi partida y las razones que me habían impulsado a ella.

El doctor Vögler vino a verme para que le informara, pues nadie, ni en Dusseldorf ni en toda la región industrial, sabía exactamente a qué atenerse. Al mismo tiempo, me traía un curioso mensaje verbal de Terboven. El Gauleiter de Essen, que había recibido mi carta, decía que no había podido encargarse de entregar mi memorándum al Mariscal, porque consideraba su lenguaje demasiado violento. Al mismo tiempo, me aseguraba que Goering no había recibido nunca mi telegrama de agosto, y que, por consiguiente, el Führer no se refería a mí al pronunciar la frase en que amenazaba con castigar como traidor a todo el que no fuera de su opinión.

Terboven añadía que el Mariscal Goering garantizaba que si yo regresaba a Alemania inmediatamente, no se tomarían represalias ni contra mi persona ni contra mis bienes. Pero al mismo tiempo se me indicaba que llevara a Alemania todas las copias auténticas de mi memorándum del 20 de septiembre, que serían destruídas junto con el original.

De esta manera se me ofrecía una oportunidad de hacer una retractación política, a cambio de la cual podría gozar en Alemania de la inmunidad personal de que disfrutaba ya en el extranjero; inmunidad que, por otra parte, me garantizaba en Alemania mi condición de diputado del Reichstag. Se me daba a entender, además, que si no regresaba se tomarían represalias contra mi fortuna.

Era ésta una comunicación singular. Por un lado, Terboven me aseguraba que Goering no había recibido ni carta ni telegrama míos. Por otra parte, me transmitía la respuesta del Mariscal a un memorándum que éste decía no conocer.

Vögler adujo toda clase de argumentos de tipo personal. Nuestra conversación duró tres horas. Le hablé de la muerte de mi sobrino en Dachau. "Después de todo —le dije—, comprenderá usted que no tengo prisa por regresar. Primero, que publiquen mi memorándum y me den las explicaciones pedidas con respecto a Herr von Remnitz. Luego, si quieren, prepararé una segunda carta a Goering exponiéndole mi punto de vista. Infórmese de lo que piensan en Berlín sobre esto." Vögler telefoneó y me informó de que no deseaban recibir ninguna nueva carta mía. Yo escribí a pesar de todo. Más adelante reproduzco la carta *.

Por un momento pensé sugerir a los jefes nazis la conveniencia de entrar en contacto con Londres y París, con vistas a unas negociaciones de paz. Dada mi radical oposición a la guerra, podría justificar mi deseo de servir de intermediario. Pero deseché esta idea temiendo ser engañado por los nazis. Por tanto, dije a Vögler que mi regreso a Alemania dependía de la publicación de mi memorándum. Le pedí, además, que hiciera todo lo posible por averiguar cómo había muerto mi sobrino.

Más tarde me enteré de que, a fines de septiembre, después de ser presentado mi memorándum a Goering, la Gestapo había hecho un registro en mi casa de Mülheim. Por supuesto, no encontró nada, salvo quizá unas cartas de Goering en las que éste me aseguraba su eterna amistad y gratitud. En Alemania, todo el mundo sabe que guardar muchos papeles no es nada conve-

* Véase la pág. 36.

miento para la salud. Mientras tanto, un buen día llegó a Zurich un alemán que venía en un estado de ánimo particularmente sobresaltado. "La Gestapo —me dijo— da a entender que ha encontrado en su casa papeles que comprometen a otros industriales. Le ruego me diga lo que hay de cierto en esto." Le tranquilicé, diciéndole que no podía ser cierto, y que yo había tomado toda clase de precauciones por lo que pudiera ocurrir. El pobre muchacho pareció aliviado. No doy su nombre, porque regresó a Alemania.

CAPITULO II

ROMPO DEFINITIVAMENTE CON HITLER

VOGLER marchó a Berlín. No volví a tener noticias suyas, a pesar de que me había prometido informarme de los resultados de sus investigaciones sobre la misteriosa muerte de mi sobrino en el tristemente famoso campo de concentración de Dachau. Antes de su marcha, me instó nuevamente a que regresase a Alemania. Le contesté que regresaría si el Gobierno alemán publicaba el memorándum que yo había dirigido al Mariscal Goering el 20 de septiembre. Nunca me ha llegado ninguna respuesta al respecto. Todavía estoy esperando que mi memorándum sea publicado en Alemania.

No fué Vögler el único que hizo presión sobre mí. Después de la declaración de la guerra vinieron a verme a Suiza diversas personas, que no vacilaban en expresar el poco entusiasmo que sentían por el régimen. "Ahora, me decían, que la guerra ha sido declarada, todo el mundo debe colocarse al lado de Hitler, porque él representa a Alemania". A todos estos intentos de hacerme volver de mi decisión, contesté: "No. Ese hombre llevará al pueblo alemán a un desastre. Mi resolución es inquebrantable".

Los jefes nazis esperaban que yo cometiera un acto de cobardía, que renunciase a mi condición de hombre libre. Pero

me negué a volver a Alemania. Me negué a abjurar de mis convicciones políticas. A fin de cuentas, ¿qué valor tenían la palabra de Goering y su "garantía" sobre mi seguridad personal? Goering, a pesar de ser topoderoso, fué incapaz de proteger a uno de sus propios prefectos contra un simple Gauleiter nazi. Abandonó a la miserable venganza de Himmler y la Gestapo al sacerdote alemán Martín Niemöller, a pesar de que éste había sido absuelto por el tribunal. Goering hizo esto aun cuando su propia hermana, Frau Rigle, era una de las adeptas de Niemöller, y a pesar de que éste le había protegido cuanto creyó posible. Desde hace años, Niemöller, comandante de submarino durante la pasada guerra, languidece en una prisión secreta del campo de concentración de Oranienburg.

Por consiguiente, no haré ninguna concesión contraria a mi conciencia. Mientras Hitler y sus hombres estén en el Poder, mis pies no cruzarán la frontera de Alemania. Esto fué lo que quise decir a Goering como respuesta a su proposición y a sus diversas garantías. Inmediatamente después de marcharse Vögler, cursé la siguiente carta, carta que, como ya he dicho, se negaron a recibir las autoridades:

"Zurich, 1º de octubre de 1939.

"Muy señor mío:

"Hago referencia a mi carta del 22 de septiembre de 1939 (*) y documentos adjuntos, enviados por mensajero al Gauleiter Terboven para que éste los cursara. En relación con este asunto, recibí la siguiente comunicación del Gauleiter:

"Declaro, en nombre del Mariscal Goering, que no ha recibido personalmente ni carta ni telegrama; ni en su oficina se ha recibido tal documento. Esto es prueba suficiente de que la frase final del discurso del Führer no va dirigida en modo alguno a ninguna persona determinada. Si el firmante del documento regresa inmediatamente, el mariscal garantiza que no se le hará objeto de represalias ni en su persona ni en sus bienes".

(*) *Nota del autor.*—Esta carta es la que acompañaba al memorándum del 20 de septiembre 1939.

"Tengo que hacer las observaciones siguientes a esta comunicación:

"1.—Es absolutamente imposible que no haya sido recibido el telegrama que envié desde Bad Gastein el 31 de agosto. Todo el mundo sabe que un telegrama dirigido al Mariscal Goering es cursado siempre en Alemania.

"2.—Es posible que el telegrama no haya llegado a tiempo, a pesar de haberlo enviado apenas se me comunicó que me dispusiera a asistir a una reunión del Reichstag. Aunque es posible que ese telegrama no hubiera influído en el discurso del Canciller Hitler, las circunstancias han sido, sin embargo, tales, que estoy persuadido de que influyó, porque creo que de todos los diputados del Reichstag fuí el único que se atrevió a disentir.

"3.—Nunca le he pedido protección contra las consecuencias que en el orden personal o económico pudieran acarrearme mis actividades políticas; no comprendo cómo ha llegado usted a esa conclusión.

"Es verdad que desde 1923 he ayudado al Partido, al principio a petición del general Lüdendorff, y que desde entonces he satisfecho las peticiones que me han hecho usted, Hitler, Hess y otros, pero en ninguna ocasión he tratado con ustedes nada que afectara mis propias decisiones en el campo económico. Sólo en tres ocasiones, desgraciadamente muy pocas, les he hecho algún reproche.

"La primera vez fué cuando el presidente Weitzel, de la policía de Dusseldorf, promovido por usted a una Consejería de Estado, hizo circular un indecente y escandaloso panfleto contra la Iglesia Católica, a la que de ahora en adelante serviré con más fidelidad que nunca. Los pasos que di entonces fueron inútiles.

"La segunda vez, cuando el 9 de febrero de 1938 los judíos

fueron despojados y martirizados de la manera más cobarde y brutal, cuando el Primer Magistrado de Dusseldorf, nombrado por usted mismo, fué expulsado y estuvo a punto de ser asesinado.

"Mis reproches fueron inútiles. A modo de protesta, renuncié entonces a mi puesto de Consejero de Estado. Pedí al Ministro de Finanzas de Prusia que suspendiera el pago del sueldo asignado a este puesto. Esto no produjo ningún efecto. Los pagos han continuado, pero han sido depositados en una cuenta especial en el Banco Thyssen, donde están disponibles.

"Ahora, por tercera vez, cuando lo peor ha sucedido y Alemania se ve hundida una vez más en la guerra, sin que ni el Parlamento ni el Consejo de Estado hayan sido consultados, le hago presente de una manera explícita que soy contrario a esa política, y mantendré esta posición, aunque se me acuse de traidor. Una acusación tal, hecha a un hombre que en 1923, desarmado, sin estar protegido por un armamento de un valor de 90 billones de marcos, organizó la resistencia pasiva en las regiones ocupadas por el enemigo, salvando así el Rin y el Ruhr, es casi tan grotesca como el hecho de que el nacionalsocialismo haya abjurado súbitamente de sus doctrinas para pactar con el comunismo.

"Incluso desde el punto de vista de una política práctica, una tal política conduce al suicidio, pues el único que se beneficiará con ella es el hasta ayer enemigo mortal de los nazis, convertido hoy en amigo: Rusia, el país del que Keppler, el consejero más íntimo del Führer, en una reunión del Consejo del Reichsbank hace pocos meses, decía: "Deberá ser germanizada hasta los montes Urales".

"Todo lo que puedo hacer ahora es apelar a usted y al Führer, con el mayor apremio, para que no prosigan una política que, si triunfara, arrojaría a Alemania en brazos del comunismo, y de no triunfar, significaría el fin de Alemania. Procuren estudiar los medios de evitar todavía la catástrofe. A todo trance, Alemania deberá restablecer las normas constitucionales para que los tratados y acuerdos, las leyes y decretos recuperen su valor.

"En conclusión, deseo expresar mi desagrado por el hecho de que, para poder dirigirme a usted con franqueza, tenga que hacerlo desde el extranjero; pero usted comprenderá que sería por mi parte una estupidez deliberada actuar de otro modo, conociendo la suerte sufrida por ciertos adversarios políticos, como sucedió en 1934. El caso de Remnitz demuestra que, desgraciadamente, los métodos no han cambiado desde entonces. Remnitz, como decía en mi carta del 22 de septiembre, ha muerto en Dachau, sin que nadie haya podido conocer la causa de su muerte. Lo que yo no sabía es que Herr von Ribbentrop no ha vacilado en adueñarse de las propiedades del muerto.

"Con saludos, se despide:

"FRITZ THYSSEN,
"Diputado del Reichstag."

Esta carta fué expedida en Heidelberg y certificada bajo mi nombre, por un conocido mío. Y ésta fué la ruptura definitiva. Desde aquel momento, como abiertamente se lo decía a Goering, yo había de ser enemigo político de ese régimen nacionalsocialista al que yo había ayudado cuando luchaba por conquistar el Poder en Alemania. Permaneceré en el extranjero para conservar mi libertad de opinión y de acción.

Goering nunca acusó recibo de mi carta. Pero esta vez tenía mis razones para saber que la había recibido, pues el 13 de octubre de 1939 la Gestapo embargó todos mis bienes en Alemania. A buen seguro, ésta fué su respuesta. El señor Reinhardt, apoderado del "Banco Comercial y Privado" y jefe de la Asociación de la Banca Privada de Alemania dentro de la organización nazi, envió a todos los Bancos alemanes una circular secreta, cuyo texto me fué comunicado. Decía así:

"En cumplimiento de órdenes del Mariscal Goering al Comisionado para la Defensa Nacional del Cuarto Distrito Militar, Gauletier y Primer Presidente Terboven, toda la fortuna del Doctor en Derecho h. c., Fritz Thyssen, de Mülheim-Ruhr, Speldorf, queda bajo el control del Estado, de acuerdo con el párrafo 1 del Decreto del 28 de febrero de 1933 y el párrafo 2 de la Ley sobre Policía Secreta. La única persona autorizada para disponer de estos bienes es el mandatario acreditado por

el Mariscal Goering, a saber: el Comisionado para la Defensa Nacional, Gauleiter y Primer Presidente Terboven.

"En la imposibilidad de hacer un inventario exacto de la fortuna de Herr Thyssen y de su esposa, le pido que, por medio de una circular confidencial, dé instrucciones a los Bancos, para que, dentro de los 5 días siguientes a la recepción de esta carta, comuniquen informes respecto a todas las cuentas, depósitos, y depósitos de seguridad en cajas reservadas, a nombre de Fritz Thyssen y de su esposa, Amalia Zur Helle, nacida el 9 de diciembre de 1877, en Mülheim-Ruhr. Estas comunicaciones deberán ser dirigidas a la Jefatura de la Policía de Dusseldorf, a nombre del Primer Consejero, Dr. Hasselbacher, a su substituto.

"Heil Hitler!

"El jefe de la Asociación Económica de la Banca Privada Alemana.
"(Firmado): REINHARDT."

El Gauleiter Terboven designó como depositario al banquero nazi Kurt von Schröder, de la Banca Stein, de Colonia. Schröder aceptó.

La fraseología legal del texto de esta orden es bastante confusa. Podría preguntarse: ¿Por qué la medida se extendió a la propiedad de mi esposa, que no había cometido ningún crimen de lesa majestad contra el régimen? Pero es que, en efecto, la orden se basa en una ley que confiere a la Gestapo poderes ilimitados y arbitrarios. Ningún tribunal de Alemania es competente para apelar contra una medida tomada por la siniestra Gestapo, aunque ella afecte a la libertad personal.

En realidad, este embargo, que generalmente precede a la confiscación, se decretó con objeto de presionarme. Las autoridades nazis quisieron esperar antes de tomar medidas irreparables. Pensarían, quizás, que yo me mostraría más dócil; pero no me conmoví.

Dos meses después, el 14 de diciembre de 1939, la "Gaceta Oficial" alemana (Reichsanzeiger) publicaba una nota anunciando que mi fortuna había sido confiscada por el Estado de

Prusia. Esta medida se basaba en la Ley del 26 de mayo de 1933, que prescribe: *¡la confiscación de la propiedad del Partido Comunista!* Esto era el colmo del cinismo.

Esta nota, firmada por el Presidente del Gobierno de Dusseldorf (jefe del Gobierno Provincial), era definitiva y sin apelación. La prensa recibió instrucciones terminantes de no referirse a ella. Los corresponsales extranjeros en Berlín, que nunca prestaron atención a mi asunto, dejaron escapar esta noticia sensacional.

En todo este asunto hay un detalle sorprendente. La confiscación la hacía el Estado de Prusia y no el Gobierno del Reich. Sin embargo, la propiedad confiscada consistía principalmente en acciones de grandes empresas industriales, fábricas de fundición y de acero, de la mayor importancia para la defensa nacional. Lo lógico hubiera sido que al ser confiscada esta propiedad hubiera sido adquirida por el Reich. Pero esto hubiera supuesto no contar con Goering. Este, además de Presidente del Reichstag, es Primer Ministro del Estado de Prusia. Goering había sido frecuentemente mi huésped en mi casa de Speldorf-Mülheim (*). En estas ocasiones, el Mariscal había podido admirar una pequeña pero valiosa colección de pinturas y grabados algunos de los cuales eran regalos que yo había hecho a mi esposa desde nuestro matrimonio, cuarenta años atrás. Goering es como un niño; se le antoja todo lo que ve. Con mi propiedad confiscada por el Estado prusiano, Goering tiene la seguridad de que esas pinturas, grabados del siglo XVIII, y otros objetos de arte, no se le escaparán de las manos, pues Goering es virtualmente el soberano de Prusia, y todo lo que es propiedad prusiana es suyo; lo ha demostrado en diversas ocasiones. Esta vez no se contentó con descolgar los cuadros de las paredes de mi casa de Mülheim y llevárselos; hizo también una expedición a la casa de mi yerno, en Straubing, Baviera, y se adueñó de

(*) *Nota del autor.*— Al registrar mi residencia, la Gestapo habrá encontrado numerosas cartas de Goering, asegurándome de su eterna gratitud y amistad. Estoy seguro de que Heinrich Himmler, como jefe de la Gestapo, habrá archivado cuidadosamente estas cartas, bajo el nombre de Goering, en un *dossier* que lleva al día celosamente.

los cuadros que pertenecían a mi hija y a su esposo, a pesar de que éste es ciudadano húngaro.

Estas pequeñas historias podrán parecer un poco ridículas, pero, sin embargo, son muy significativas desde el punto de vista económico, porque mis intereses financieros en la mayor empresa metalúrgica de Alemania, "Fábricas de Acero Unidas", en vez de ser transferidos al Reich, fueron confiscados por Prusia. Tal vez Goering tenga ciertos proyectos en relación con esto. En efecto, la posesión de una gran cantidad de acciones de la empresa antes citada podría salvar de la bancarrota a la Empresa Metalúrgica Hermann Goering. Más adelante hablaré de esta empresa.

La nota citada anteriormente fué publicada en la "Gaceta Oficial" del 14 de diciembre. Hasta Pascua no fuí informado de ello. Inmediatamente decidí escribir directamente a Hitler como jefe del Estado alemán, para protestar contra este nuevo acto ilegal, y explicarle personalmente las razones de mi conducta y lo que pensaba de su política.

El texto de mi carta era el siguiente:

"Lucerna, 28 de diciembre de 1939.

"Señor:

"Acabo de leer en la "Gaceta Oficial" Nº 293, del 14 de diciembre de 1939, la nota siguiente:

"En ejecución de la ley del 26 de mayo de 1933, relativa a la confiscación de la propiedad comunista (Sic) (Boletín de Estatutos del Reich Nº 1, pág. 293), y en relación con el párrafo 1 del Decreto del 31 de mayo de 1933, relativa a la confiscación de la propiedad de los enemigos del pueblo y del Estado (Boletín de Estatutos del Reich Nº 1, pág. 479), es confiscada por el Estado de Prusia toda la propiedad mueble e inmueble del doctor Fritz Thyssen, antes residente en Mülheim-Ruhr, y hoy en el extranjero. Con la publicación de este decreto en la "Gaceta Oficial" alemana y en la "Gaceta del Estado", de Prusia, dicha propiedad pasa a ser posesión del Estado de Prusia. Este decreto será aplicado sin apelación.

"Duseldorf, 11 de diciembre de 1939.

"*El Presidente del Gobierno,*
REDER."

"No se expone motivo alguno para la adopción de esta medida. Quiero hacer notar que no se ha entablado contra mí proceso administrativo ni jurídico de ninguna clase. Hasta la fecha no he recibido comunicación alguna del Gobierno alemán, aparte de la que trajo el doctor Vögler en nombre del Gauletier de Essen, y en la que se me pedía que retirara el memorándum presentado por mí como diputado del Reichstag, y que destruyera sus copias, con lo cual quedaría a salvo de toda represalia económica o personal. Como se sabe, yo rechacé este compromiso, porque mi opinión política como diputado del Reichstag no se vende. Además, nunca se me ha pedido que responda de mi actitud personal ni política ni de ninguna otra. Su Ministerio de Propaganda no ha entablado de hecho ninguna acción contra mí. Por tanto, la confiscación de mis bienes, que dispone la "Gaceta Oficial", especialmente por ir dirigida contra un miembro privilegiado del Reichstag, es una infracción abierta y brutal de la ley; es ilegal y anticonstitucional. Protesto enérgicamente contra esa medida, y declaro que son personalmente responsables el Gobierno del Reich y, más particularmente, aquellos que han intervenido en esta confiscación y están aún envueltos en ella, sobre todo el Barón von Schröder, de Colonia. En particular, le advierto que no ponga la mano sobre la propiedad de mi esposa, de mis hijos conde y condesa de Zichy, y sobre la de mi padre, August Thyssen, que fué uno de los primeros fundadores de la gran industria alemana.

"Tengo la conciencia tranquila. Sé que no he cometido ningún crimen. Mi único error ha sido haber creído en usted, nuestro jefe, Adolf Hitler, y en el movimiento por usted iniciado; haber creído en el entusiasmo de un amante apasionado de Alemania, mi tierra natal. Desde 1923 he hecho los mayores sacrificios por la causa del nacionalsocialismo. He luchado de palabra y con hechos, sin pedir para mí ninguna recompensa, inspirado únicamente por la esperanza de que nuestro desgra-

dado pueblo alemán consiguiera rehacerse. Los acontecimientos iniciales que siguieron a la llegada de los nacionalsocialistas al Poder parecían justificar esta esperanza, mientras Herr von Papen fué vicecanciller; ese mismo von Papen que le apadrinó a usted cerca de Hindenburg, para que éste le elevara a la Cancillería. Ante Hindenburg juró usted solemnemente, en la iglesia de la guarnición de Postdam, respetar la Constitución. No olvide usted que debe su ascenso, no a un gran levantamiento revolucionario, sino al orden liberal que usted juró mantener.

"Pero después los acontecimientos tomaron un giro siniestro. La persecución a la religión cristiana, bajo la forma de medidas crueles contra los sacerdotes y de insultos a la Iglesia, me indujo a protestar desde los primeros días; por ejemplo, cuando el presidente de la policía de Dusseldorf elevó mi protesta al Mariscal Goering. Todo fué en vano.

"Protesté nuevamente cuando el 9 de noviembre de 1938 los judíos fueron despojados y martirizados de la manera más cobarde y brutal, y sus templos arrasados en toda Alemania. Para reforzar esta protesta, renuncié a mi cargo de Consejero de Estado. También esto fué en vano.

"Ahora usted se ha entendido con el comunismo. Su Ministro de Propaganda se atreve a proclamar, incluso, que los alemanes honrados que votaron por usted como enemigo del comunismo son en el fondo idénticos a los sanguinarios revolucionarios que han hundido a Rusia en la miseria, y a quienes usted ha denunciado como "vulgares criminales manchados de sangre" (*"Mein Kampf"*, pág. 750).

"Cuando la gran catástrofe ha llegado a ser un hecho, y Alemania se ve de nuevo envuelta en la guerra, sin haber sido pedida su aprobación al Parlamento o al Consejo de Estado, yo he declarado terminantemente que me opongo firmemente a esa política.

"Como miembro del Reichstag, es mi deber expresar mi opinión y mantenerla. Es un crimen contra el pueblo alemán el que se impida expresar su opinión a sus hombres, y en particular a sus representantes, a quienes en otros países se considera como gente de responsabilidad. Yo no soporto este yugo. Me niego a apoyar sus actos con mi nombre, a pesar de su declaración

en la reunión del Reichstag, del 1° de septiembre de 1939, de que "el que no esté conmigo es un traidor, y como tal será tratado".

"Denuncio su política de los últimos años. Denuncio sobre todo esta guerra a la que usted ha empujado frívolamente al pueblo alemán y de la que usted y sus consejeros llevarán la responsabilidad. Mi pasado me pone a salvo de la acusación de traidor. En 1923, yo, desarmado, organicé la resistencia pasiva en los territorios ocupados (con grave peligro para mi persona), salvando así al Rin y al Ruhr. Comparecí por ello ante el tribunal militar del enemigo, y ante él proclamé sin temor mi opinión como alemán. Pero es precisamente esta convicción la que me impide renunciar a los verdaderos ideales y a la doctrina original del nacionalsocialismo, la cual, como usted mismo explicaba en mi casa, es en esencia idéntica a los principios de la monarquía alemana y se propone conducir al apaciguamiento social y a un orden estable. Me permito recordarle que fué usted mismo quien me dió instrucciones para constituir en Dusseldorf, con esta orientación, el "Institut für Staendewesen". Es cierto que un año más tarde me abandonó usted a mi propia iniciativa y que aprobó el internamiento, en el infamante campo de concentración de Dachau, del Director del Instituto, que yo había designado de acuerdo con Herr Hess. En ese mismo Dachau, mi Canciller, ha muerto repentinamente mi sobrino. El castillo Fuschl, cerca de Salzburgo, que era de su propiedad, ha sido entregado como un regalo a von Ribbentrop, que ha tenido la desfachatez de recibir en él al enviado de Mussolini, el Ministro de Relaciones de Italia.

"Quiero recordarle también que Goering no fué ciertamente a Roma a visitar al Padre Santo, ni a Doorn a entrevistarse con el comunismo. Y, sin embargo, usted ha firmado de repente esa alianza con Rusia, acto que nadie ha condenado más con el ex Kaiser, para disponerles en favor de la futura alianza violentamente que usted en su libro "Mein Kampf" (primera edición alemana, págs. 740-750). En él escribe usted: "El hecho mismo de un acuerdo con Rusia contiene las premisas de la próxima guerra. Su final sería el final de Alemania". Y más adelante: "Los actuales dirigentes de Rusia no tienen el propó-

sino de concluir honradamente un pacto, ni de cumplirlo". Y luego: "No se firman pactos con una parte contratante que sólo aspira a la destrucción de la otra".

"Su nueva política es un suicidio. ¿Quién se beneficiará con ello? Será sin duda —si los valerosos finlandeses, llenos de fe en Dios, no triunfan en su empresa— la Rusia bolchevique, antes enemiga mortal de los nazis y hoy su "amiga"; esa misma Rusia de la que su mejor consejero, el Secretario de Estado en el Ministerio de Negocios extranjeros y hábil diplomático, Herr Keppler, decía en mayo de 1939, en una reunión del Consejo del Reichsbank, que "debería ser germanizada hasta los montes Urales". Espero fervorosamente que estas palabras, dichas con tanta franqueza por su consejero confidencial, no debilitarán el efecto del telegrama de felicitación que ha dirigido usted a su amigo Stalin en el día de su cumpleaños.

"Su nueva política, Herr Hitler, lleva a Alemania al abismo y al pueblo alemán a la ruina. Dé usted marcha atrás antes que sea tarde. Su política significa en último término el "*finis germaniae*". Recuerde usted su juramento de Postdam. Dé usted al Reich un Parlamento libre; dé usted al pueblo alemán libertad de conciencia, de pensamiento y de palabra. Asegure las garantías necesarias para que la ley y el orden sean restablecidos, para que los tratados y acuerdos puedan hacerse nuevamente con fe y confianza. Si se evitan mayores males y un derramamiento de sangre inútil, es tiempo todavía de que Alemania consiga una paz honorable y el mantenimiento de su unidad.

"La opinión pública internacional me insta a que explique por qué he abandonado Alemania. Hasta ahora he permanecido silencioso. Todavía no han sido revelados todos los documentos y pruebas escritos de mis 50 años de lucha. En momentos en que mi patria libra una dura batalla, no quiero facilitar nuevas armas morales a sus enemigos. Soy alemán, y sigo siéndolo hasta la última fibra de mi ser. Estoy orgulloso de mi nacionalidad, y seguiré estándolo hasta mi último aliento. Precisamente porque soy alemán no quiero ni debo hablar ahora que mi pueblo sufre duras calamidades, aunque un día será necesario hacerlo en interés de la verdad. Oigo dentro de mí esa voz ahogada del

pueblo alemán que pide: "Vuelve sobre tus pasos y restaura la libertad, la ley y la humanidad en el Reich alemán".

"Esperaré sus actos en silencio. Pero parto de la esperanza de que esta carta no será sustraída al conocimiento del pueblo alemán. Esperaré. Si se ocultan al pueblo mis palabras, las palabras de un alemán libre y sincero, me propongo apelar a la conciencia y al juicio del resto del mundo. Espero.

"Heil Deutschland!

"*(Firmado)*: FRITZ THYSSEN."

"P. S. — Entrego esta carta a la Embajada alemana en Berna, para que la curse. Le he enviado otra copia certificada a la Cancillería de Berlín, y otra a su dirección particular en Obersalzberg, cerca de Bertchesgaden. Me veo obligado a tomar estas medidas, pues se me ha comunicado oficialmente que mis cartas y telegramas al Mariscal Goering no llegaron.

"También he enviado copias al Mariscal Goering y al Presidente del Gobierno, Reeder, en Dusseldorf, que ordenó la confiscación de mis bienes. También ha sido enviada copia del primer párrafo de esta carta al Barón Kurt von Schröder, de Colonia, que presumo es el actual administrador de mi fortuna".

* * *

Esta carta a Hitler no significaba ya simplemente una ruptura; significaba que ya no me limitaba a una oposición teórica hacia los dirigentes nazis. Mi intención era declararles la guerra. Supongo que mi actitud no será mal interpretada. Como diputado del Reichstag, era mi derecho y mi deber protestar enérgicamente contra la guerra si estaba convencido de que la guerra era un error. Yo me habría inclinado, empero, ante una legislación válida; si tal decisión hubiera sido tomada. Hubiera admitido que, estando en guerra, el deber común a cada ciudadano es apoyar al Gobierno, que es el verdadero representante de la voluntad de la nación. Habría evitado también una ruptura o una oposición activa si el Gobierno hubiera publicado mi me-

morándum a Goering, como yo pedía en mi mensaje enviado a través de Vögler. Pero ni siquiera recibí respuesta a esta petición. Berlín continuó ocultando el hecho de que la política de guerra del Gobierno nacionalsocialista había hecho surgir la firme oposición de, por lo menos, un patriota alemán. He tomado nota de este silencio, y he decidido obrar. Durante algún tiempo, la opinión pública internacional se ha interesado por los motivos de mi salida de Alemania. Constantemente se me pregunta por qué he roto con el nacionalsocialismo. Mientras disfruté del derecho de asilo en territorio suizo, mantuve la paz. Las autoridades federales suizas me concedieron el permiso de permanecer en su país hasta el 31 de marzo de 1940. Pero esta autorización implicaba para mí la obligación de abstenerme de toda clase de actividad política mientras residiera en Suiza.

Algún tiempo después de haber enviado mi carta a Hitler, supe que el Gobierno del Reich, había lanzado una orden de detención contra mí, acusándome de malversación o de algo por el estilo. Esto era un burdo pretexto para obtener mi extradición y entregarme a las autoridades alemanas. El Gobierno suizo, informado de las razones de mi salida de Alemania, se negó, incluso, a tomar en cuenta esta petición. Aprovecho esta oportunidad para expresar al Gobierno suizo mi admiración y gratitud.

Ante la imposibilidad de atacarme en mi persona, el Gobierno del Reich decidió, en último recurso, privarme de la nacionalidad alemana. El 4 de febrero de 1940, la "Gaceta Oficial" alemana publicaba una decisión del Ministro del Interior, privándonos de los derechos de la ciudadanía alemana a mí y a mi esposa. Así, fuí primero perseguido como un criminal, y, cuando esto fracasó, el Gobierno tuvo el capricho de proclamar que yo no era ya alemán. Este absurdo proceder es tan revelador del desconcierto de los jefes nazis, como el silencio que siguió reinando en Alemania sobre todo este asunto.

Niego que haya ninguna justificación para esta última medida, como lo he hecho ya para las anteriores. Yo ejercí, simplemente, los derechos que me fueron conferidos como diputado del Reichstag. Apoyé y sigo basando mis actos en un mandato parlamentario, del que sólo tengo que responder ante

el pueblo alemán. En cuanto a la privación de la nacionalidad alemana a mi esposa, que nunca ha hecho demostración política alguna contra el régimen, sólo puedo explicármela por los sórdidos fines a que ya me he referido.

Al recibir los informes sobre las medidas tomadas contra mí por el Ministro del Interior, le envié la siguiente carta de protesta:

"Locarno, 16 de febrero de 1940.

"Muy señor mío: Me entero por la prensa de que ha declarado usted oficialmente que tanto mi esposa como yo hemos sido privados de todos los derechos de nuestra ciudadanía alemana.

"Protesto en la debida forma. He cumplido con mi deber como diputado del Reichstag, oponiéndome a la actual política del Gobierno del Reich. Abandoné Alemania porque consideraba que ya no me estaba garantizada la inmunidad que la Constitución confiere a los miembros del Parlamento. Ni la confiscación de mi fortuna, ni la orden de arresto, ni la pérdida de mi nacionalidad me impedirán cumplir con mi deber como diputado del Reichstag, deber del que me considero responsable ante el pueblo alemán.

"*(Firmado)*: FRITZ THYSSEN,
"Diputado del Reichstag."

Han transcurrido varios meses desde mi protesta y desde mi petición a los jefes alemanes para que la comunicaran a la nación. Ahora, acuso al Canciller alemán de deslealtad y de violación de su solemne juramento; le emplazo a que restablezca la Constitución, la ley y la justicia en Alemania. Y apelo a la opinión pública mundial, presentando ante ella los documentos oportunos.

CAPITULO III

FINAL DE UN ERROR POLITICO

«La República que "teníamos" bajo el Imperio era una delicia", se decía a menudo en Francia cuando la III República sucedió al Imperio de Napoleón III, después de 1871. ¡Cuántos nacionalsocialistas se harán hoy en Alemania melancólicas reflexiones semejantes a ésa! Porque, verdaderamente, el nacionalsocialismo era una delicia en tiempos de Brüning y Schuschnigg.

Este fué en realidad mi propio sentimiento durante varios años. Pero mi ruptura con el régimen no obedece solamente a esta decepción. Las cosas llegaron a su límite con la guerra, de la que Hitler es responsable. Suele decirse que un industrial, y particularmente de la industria del hierro, es siempre partidario de la guerra, porque se supone que ésta es un buen negocio para la industria pesada. Mi actitud puede, quizás, servir de defensa contra esta clase de acusaciones.

Hoy he roto con un largo pasado y una determinada línea de conducta. Esta línea de conducta fué siempre, y en especial después de la derrota de 1918, dictada por el deseo ferviente de favorecer la grandeza y prosperidad de un Imperio en el que nací a los dos años de su fundación, y por el cual he laborado toda mi vida.

No soy un político, sino un industrial, y un industrial se

siente siempre inclinado a considerar la política como una actividad secundaria, como un aprendizaje para sus actividades privadas. En un país bien ordenado, con una administración sana, donde los impuestos son razonables y la policía está bien organizada, un industrial puede permitirse permanecer al margen de la política y dedicarse por entero a sus negocios. Pero en un Estado sacudido por la crisis, como lo era Alemania de 1918 a 1933, un industrial se ve arrastrado, quiera que no, al torbellino de la política.

Desde 1930, las aspiraciones de la industria alemana pueden resumirse en una sola frase: "Una economía sana dentro de un Estado fuerte". Recuerdo que ésta fué la consigna de una reunión de los industriales del Ruhr, en 1931, cuando la crisis económica y social estaba en su apogeo. Durante aquel invierno hubo 6 ó 7 millones de desocupados, es decir, aproximadamente un tercio de la población trabajadora de Alemania. La República de Weimar estaba destrozada y dividida por las luchas partidistas y la nave del Estado se hallaba a punto de naufragar. El Gobierno era incapaz de asegurar una administración eficaz, ni siquiera un orden elemental. Hasta la policía se veía impotente para dominar los motines diarios y los disturbios políticos en las calles.

También yo aprobaba esa consigna. Para superar la crisis, era necesario reforzar la autoridad del Estado. Por eso, me inclinaba en favor de la restauración de la monarquía, pues el pueblo alemán había mostrado claramente que no se adaptaba a la República. Pero también creí que, apoyando a Hitler y a su Partido, podría contribuir a la reinstauración de un verdadero Gobierno y un Estado de orden, que permitieran que todas las actividades, y especialmente los negocios, funcionaran de nuevo normalmente.

Pero es inútil llorar sobre el pasado. El Estado fuerte con que yo soñaba entonces no tenía nada de común con el Estado totalitario, o, más bien, la caricatura de Estado erigida por Hitler y sus favoritos. Ni por un instante se me pasó por la imaginación que ciento cincuenta años después de la Revolución Francesa y de la proclamación de los Derechos del Hombre, en un gran país moderno, fuera posible sustituir la ley por la

acción arbitraria, se estrangularan los derechos más elementales de los ciudadanos, se estableciera una tiranía asiática en el corazón de Europa, y se fomentaran anacrónicas ambiciones de conquista y dominio universal.

Como católico, nacido a orillas de ese Rin poderoso, donde la influencia de la cultura occidental y del Derecho Romano ha sido siempre más fuerte que en otras regiones de Alemania; donde el cristianismo se implantó muy pronto, y donde la Revolución Francesa ha dejado su huella indeleble, se me hacía imposible creer que en nuestra época pudieran ser destruídas todas las condiciones normales de la vida humana y política. En 1930, me hubiera sorprendido si alguien me hubiese llamado liberal, pero, aunque no me daba cuenta de ello, era ésta probablemente mi verdadera condición. Mi deseo de restablecer el orden en el Estado y restaurar la autoridad y la disciplina se hallaban enteramente de acuerdo con la dignidad del individuo y con el respeto a las libertades fundamentales. Para mí, efectivamente, el ejercicio de estas libertades me parecía tan natural como respirar.

Después de 1918, Alemania se superindustrializó. Fué ésta la consecuencia lógica de un desarrollo que comenzó en 1870, y del que mi padre fué uno de los precursores.

Toda la estructura del país fué profundamente transformada. Los problemas surgidos de la existencia de una industria que tiene que alimentar a dos tercios de la población no siempre son bien comprendidos en países como Francia y los Estados Unidos. Antes de la guerra de 1914, la monarquía de Prusia y el Imperio alemán, aunque absolutistas en el orden político y administrativo, habían sido muy liberales en el campo social y económico. A pesar de ciertos errores, los políticos del régimen imperial, y especialmente sus eficaces funcionarios civiles, se habían mostrado a la altura de su misión.

La derrota nacional y la revolución de 1918 habían destruído los fundamentos mismos de aquel sistema. Alemania, exhausta por la guerra, desmoralizada por la derrota, hambrienta por el bloqueo, tenía que realizar enormes esfuerzos sólo para asegurar la existencia material de su población. En vez de poner en tensión todos sus nervios para conseguir restablecerse, cedió

a una ola de anarquía y extremismo, que imposibilitaba totalmente cualquier intento verdaderamente constructivo.

La crisis interna se vió agravada a causa de la presión ejercida por los vencedores. No sólo se hizo sentir en el terreno político, sino también en los negocios, que se vieron abrumados por una carga formidable, especialmente las reparaciones de guerra. Los círculos políticos que habían gobernado el país durante casi un siglo, y los fieles y competentes funcionarios que habían formado el Estado Mayor de una administración sana y justa, desaparecieron casi todos en la conmoción que siguió a la guerra.

Asociado con mi padre en la dirección de una gran empresa industrial, tuve que hacer frente al terrible problema de asegurar pan y trabajo a los trabajadores. Esto no era ya simplemente una cuestión de organización técnica o económica. Era indispensable que Alemania fuera capaz nuevamente de exportar, de restablecer su crédito y restaurar el orden dentro de sus fronteras, para permitir la reanudación del trabajo.

Para hacer frente a la presión de nuestros recientes enemigos organicé la resistencia pasiva de Alemania durante la ocupación del Ruhr en 1923. Para combatir el extremismo político y las tendencias anárquicas que se habían hecho comunes en los primeros años de la República de Weimar, ayudé a varias formaciones patrióticas semimilitares, y entre ellas al Partido Nacionalsocialista. Más tarde, después de la crisis inicial, cuando los acontecimientos parecían haber tomado un curso más normal, volví mi atención a los negocios.

Mi ulterior actividad política se limitó a formar parte de un grupo de oposición parlamentaria, el Partido Nacional Alemán, que dirigió el Conde Westarp, y más tarde, Alfred Hugenberg. Los nacionalalemanes eran monárquicos y conservadores.

La modificación del sistema de reparaciones en 1929, que culminó el siguiente año con la aceptación por Alemania del Plan Young, me pareció un error económico de vital importancia. Desde ese momento realicé una oposición más activa. Me ligué a aquellos grupos que ofrecían resistencia a la política excesivamente sumisa que seguía Alemania. Me parecían la réplica adecuada a la situación del momento para abrir el camino al restablecimiento de condiciones económicas sanas, primero en Alemania, y después en todo el mundo. Yo no me hallaba en contacto estrecho con las luchas partidistas cotidianas, pero, al igual que muchos que pertenecían al ala derecha, yo tenía la impresión de que Hitler era un factor activo en el resurgimiento de Alemania, y ésta fué la razón por que le prestaba cada vez mayor ayuda.

En enero de 1933, tomaba el Poder el Partido Nacionalsocialista, al que yo pertenecía desde hacía dos años. Creí, como todos, que lograría restablecer el equilibrio político, y, aun a costa de un rudo esfuerzo inicial, impulsar el resurgimiento del país. Esperaba, incluso, que finalmente llegaría a una restauración de la monarquía, sistema que se halla de acuerdo con el tradicional respeto a la autoridad que siente el pueblo alemán. La monarquía, pensaba yo, habría asegurado una evolución más o menos normal, impidiendo así una crisis revolucionaria. Mi decepción data casi de los primeros días del régimen nazi. El que Hitler prescindiera de los elementos conservadores al formar el Gobierno de que era el jefe, me daba ciertos motivos de inquietud. Pero me contenía la impresión producida por el incendio del Reichstag. Hoy sé que este crimen fué obra de los mismos nacionalsocialistas, con objeto de reforzar su poder. Extendieron a través de toda Alemania el temor de la rebelión comunista armada. Hicieron creer que este incendio, que ellos mismos organizaron, era la señal para una segunda revolución roja, que hubiera precipitado al país en las convulsiones sangrientas de la guerra civil. Yo creí entonces que, con su energía, Hitler y Goering habían salvado al país. Hoy sé que tanto yo como millones de otras personas fuimos víctimas de un engaño. Incluso hoy, la mayor parte de los alemanes que viven en el interior de Alemania siguen engañados. Para conocer la verdad, tuve que salir al extranjero.

El incendio del Reichstag, organizado por Hitler y Goering, fué el primer paso de una colosal estafa política. Con el argumento de este supuesto crimen comunista, los jefes del Partido Nazi arrancaron al Presidente Hindenburg una llamada "Ley de sospechosos", que autorizaba las ejecuciones sumarísimas y

denunciado y castigado inmediatamente. Pero en la Alemania nacionalsocialista tal medida hubiera sido superflua, ya que ningún juez se hubiera atrevido a aplicar la ley. Yo era Consejero de Estado. Escribí a Goering, llamándole la atención sobre lo que yo consideraba un ejemplo intolerable de desorden. Goering no contestó, pero algún tiempo después me dijo que había ordenado una investigación. Las cosas quedaron así.

La persecución de los católicos no era más que el principio. A partir de aquella fecha, el desorden, la ilegalidad y la arbitrariedad fueron las armas principales del arsenal nacionalsocialista.

En septiembre de 1935 fuí citado a Nuremberg para asistir a una reunión extraordinaria del Reichstag. Antes de la reunión supe que el Reichstag, a petición de Hitler, y de acuerdo con el Comandante en Jefe del Ejército, general von Blomberg, tendría que votar una ley sustituyendo la antigua bandera negra, blanca y roja del Imperio, por la svástica del nacionalsocialismo. Regresé inmediatamente por tren, sin esperar a que la reunión se celebrase. De aquí que no votase la infamante ley promulgada en Nuremberg, que elevaba el antisemitismo al rango de una política de gobierno. Desde entonces, ni aun en las circunstancias más solemnes, como, por ejemplo, la boda de mi hija, que fué oficiada por el Arzobispo de Colonia (invité a Goering, pero no asistió), nunca he izado la svástica en mi residencia de Speldorf, ni siquiera cuando se nos ordenaba embanderar.

Algún tiempo después mi esposa se encontró con el general von Blomberg, y le manifestó su sorpresa: "¿Cómo han podido ustedes —le preguntó— hacer semejante cosa?". "Es triste de contar —replicó Blomberg—. El ejército tuvo que hacer esa concesión al Führer." En efecto, los nazis habían arrancado el consentimiento al ejército alegando que el rearme podría verse comprometido por el pleito de las banderas. Habían explotado hábilmente el hecho de que en muchas regiones, y particularmente en las provincias del Rin, la población, para expresar su descontento con el régimen, rara vez izaba la bandera con la svástica, sino casi invariablemente la vieja bandera roja, blanca y negra.

Los nazis, más o menos acertadamente, habían interpretado esto como una agitación política contra su Partido.

Durante cuatro años presencié, impotente y lleno de tristeza, el espectáculo de la incoherencia, la futilidad y la incorrección de los dirigentes nacionalsocialistas. Sólo en otra ocasión elevé mi protesta formal y por escrito. Fué con motivo de los sucesos antisemitas de noviembre de 1938. Pero ni Hitler ni Goering desconocían mis sentimientos en relación con su política. Yo los había expresado públicamente en el Consejo de Estado y en las reuniones económicas a que había asistido. Mas, ¿de qué servía esta oposición bajo una dictadura? Incluso un general a quien hice la observación: "Esto no puede continuar", se encogió de hombros; y replicó: "¿Y qué podemos hacer?" Es evidente que un industrial es mucho más impotente que un general. Puede ser detenido por cualquier acusación.

Seguí con escepticismo el desarrollo de los importantes acontecimientos de 1938. Al año siguiente, la ocupación de Praga y Checoeslovaquia, a pesar de las solemnes promesas hechas a los gobiernos de tres grandes potencias, me pareció un acto criminal y vergonzoso, y al mismo tiempo lo consideraba un peligroso error político. Vino luego la provocación a Polonia. Durante cinco años, Hitler había ensalzado la amistad entre Alemania y Polonia. Su cambio de actitud para con los polacos puede explicarse, a mi juicio, por la irritación que le produjo que el Gobierno polaco se negara a secundarle en sus proyectos de expansión hacia el Este, que se esperaba habían de dar a Alemania toda la Rusia europea, hasta los montes Urales. Efectivamente, este plan fué revelado pocos días antes de la disputa con Polonia por el Consejero oficial del Führer y economista, Wilhelm Keppler, en una reunión del Consejo de directores del Reichsbank, a la que yo asistí.

Me hallaba ya en Gastein cuando, el 23 de agosto de 1939, me enteré de la conclusión del pacto entre Stalin e Hitler. Yo había seguido atentamente el desarrollo de la situación internacional. Confiaba en que el nacionalsocialismo triunfase en el juego diplomático que se estaba llevando a cabo. El curso ulterior de los acontecimientos me dió motivos de preocupación, pero, sin embargo, nunca llegué a imaginar que Hitler cometiera la suprema locura

de precipitar a Alemania en una guerra europea. Días antes había recibido una carta de Albert Vögler, que me había hecho reflexionar seriamente. Vögler se había encontrado con el director de una fábrica, que formó parte de una delegación de industriales alemanes que acababan de regresar de Rusia. En una comida de despedida ofrecida por un Comisario de la Industria ruso, éste último había brindado por la "amistad entre Rusia y Alemania". Confieso que, al recibir esta carta, me pregunté qué se prepararía, pero nunca llegué a creer en la posibilidad de un acuerdo entre la Alemania nacionalsocialista y la Rusia soviética.

Siempre había prevenido tanto a los círculos industriales como militares contra un acercamiento con la Rusia comunista. Para mí, este régimen era el enemigo de Alemania y de Europa entera. Pactar con Rusia me parecía un crimen tan grande como la traición de los príncipes protestantes alemanes al aliarse con Richelieu contra el Emperador del Sacro Imperio Romano, en la Guerra de los Treinta Años.

Hitler compartía esta aversión mía, o, al menos, así lo creía yo. Su libro "*Mein Kampf*" contiene páginas enteras de imprecaciones contra el régimen ruso. De pronto, por razones de conveniencia política, abandonó sus antiguas convicciones y concluyó una alianza con un país al que en otras ocasiones había tratado de Enemigo Número Uno de Europa. Esta táctica insolente podía parecer a Hitler y Ribbentrop una diplomacia excelente, pero para mí era aterradora. Significaba una reversión completa en la tradicional política interior y exterior de Alemania. El Gobierno nacionalsocialista había luchado contra el bolchevismo en el frente interior y exterior. Se habían firmado pactos anticomunistas con Italia, Japón, Hungría y España. Hitler había predicado la cruzada contra la Rusia bolchevique, el enemigo de la raza humana, y de repente se alió con el monstruo.

Tuvo la insolencia de pedir a la gente sana de juicio que le acompañara en su aventura. Por mi parte, nunca he sido tan cobarde o tan imbécil para hacerlo.

Pero los alemanes —que pertenecen a una raza que nunca ha brillado por su agudeza política— quedaron completamente desorientados por los innumerables embustes con que les llenaron los oídos. Pensaban que una alianza con Stalin era exactamente igual que cualquiera otra alianza. ¿Acaso no había firmado Bismarck una alianza con el Zar? Uno de los aspectos más grotescos de este asunto es que algunos alemanes que siguen temiendo al bolchevismo, en vez de protestar contra Hitler, me acusan de alentar el advenimiento del bolchevismo en Alemania. Dicen que fué mi protesta contra la política de Hitler la que condujo a la confiscación de mi fortuna privada, y que esto crea un peligroso precedente. Hasta este extremo han llegado.

Por parte de Rusia, fuera del interés político que ello encierra, me explico su cambio de actitud por dos argumentos psicológicos. Se dice que Stalin expresó su admiración por Hitler después de los acontecimientos de junio de 1934. Al asesinar a sus enemigos políticos, Hitler había probado a los ojos de Moscú que tenía madera de verdadero dictador. Desde aquel momento, Stalin tomó en serio a Hitler. Además, a los rusos les había causado gran impresión la actitud de las potencias occidentales ante la ocupación de Checoeslovaquia. En 1939, su sentido realista de la política les indicaba cómo podían desviar de Rusia la amenaza de Hitler, y, al mismo tiempo, recuperar sus antiguas fronteras. Hitler y Stalin son gentes sin principios; en esto no se diferencian en nada. Pero la conclusión del pacto fué el golpe maestro de Stalin. Gracias a él se libraba durante cierto tiempo de la seria amenaza que representaba para él un ejército alemán infinitamente superior al ejército rojo y equipado y entrenado especialmente para la guerra en el Este. Para mí, en aquellos días de agosto de 1939, el pacto con Moscú me pareció abominable desde dos puntos de vista: primero, porque era una alianza contra natura con el enemigo de la civilización occidental, y segundo, porque era un preliminar inmediato para la guerra.

Como dije antes, el primero de septiembre dirigí una protesta formal a los dirigentes nacionalsocialistas. Los acontecimientos que siguieron han justificado este acto. La violación de los países neutrales, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y Luxemburgo, ha excluído al Tercer Reich de la lista de los Estados civilizados. Pero es perfectamente posible que, en el interior del país, la

la mayoría de los alemanes, deslumbrados por las victorias pasajeras, sean incapaces de darse cuenta de este hecho.

Hasta el último momento yo creí que sería posible evitar la guerra. Me consolaba imaginando que los generales responsables conseguirían contener a Hitler. Antes de la *blitzkrieg* de 1940 en el frente occidental, todavía esperaba que fuera posible impedir el asalto hacia el Oeste. Por esto es por lo que pedí a los dirigentes nazis que publicaran el memorándum en que yo daba las razones de mi oposición a la guerra, pero Hitler y sus consejeros no quisieron escucharme. Pensaban que podían obligar al Destino a ponerse de su parte. El ultraje que han inferido a Europa caerá sobre ellos, y, desgraciadamente, también sobre su ciego instrumento, el pueblo alemán.

Por mi parte, he sacado mis conclusiones y he obrado conforme a ellas. Pero espero y creo que la paz que seguirá a la caída de Hitler será concluída a la luz de la experiencia acumulada de 1918. Esta historia del error político que me llevó a creer en Hitler y de mi despertar, es mi contribución a un futuro mejor.

SEGUNDA PARTE

El camino hacia el Tercer Reich

CAPITULO I

DERROTA Y REVOLUCION

Alemania amenazada por la anarquía

Fuí oficial durante la primera guerra mundial. Hasta el último día compartí los sufrimientos y las esperanzas que en el frente animaban a todos los soldados. Hacía tiempo que sabía que la población civil alemana estaba cansada del gigantesco esfuerzo que tenía que realizar. En nuestra región industrial renanowest faliana, donde estaban situadas las fábricas de mi padre, ardía subterráneamente desde hacía tiempo el fuego de la revuelta. De 1917 a 1918 se habían producido huelgas, acompañadas de tan graves desórdenes, que habían dado lugar a la detención de mucha gente en las ciudades industriales del Rin. Estas huelgas eran motivadas por la falta de alimentos y los subsiguientes sufrimientos de las familias trabajadoras, pero la agitación política agravaba su naturaleza. Los marineros de Kiel, influídos por la propaganda socialista, se habían rebelado e in-
ación política agravaba su naturaleza. Los marineros de Kiel,
entado amotinarse (*). Desde 1918 en adelante, la agitación extremista tomó un carácter más marcadamente revolucionario.

* Véanse las Notas Históricas al final del cpítulo, pág. 75 y ss.

El ejemplo de la revolución rusa, que el alto mando alemán había alentado bajo cuerda, tuvo serias repercusiones en Alemania. Los bolcheviques, que habían tomado el Poder en Moscú, con la revolución de octubre, enviaron a través de la frontera a sus agentes más peligrosos. En todas partes se producían incidentes. Las mujeres y los niños se manifestaban contra el racionamiento y en favor de la paz. En el frente, Ludendorff realizó un postrer intento de forzar una decisión militar. Los éxitos de la ofensiva de 1918 elevaron al principio la moral del pueblo alemán; la derrota final la hizo hundirse verticalmente.

La propaganda derrotista y revolucionaria no había afectado a los oficiales, ni siquiera a las grandes masas de soldados. El ejército sucumbió agotado por su esfuerzo ante la aplastante superioridad de las fuerzas enemigas.

En octubre de 1918, la revolución comenzó a tomar forma. Los socialistas de extrema izquierda habían formado un grupo llamado "Spartacus" (*), en recuerdo del gladiador romano que acaudilló la tercera rebelión de los esclavos en el año 73 A. C. El grupo Spartacus se convirtió más tarde en el Partido Comunista alemán (K. D. P.), Algunos elementos extremistas, inspirados por el ejemplo de Rusia, preparaban la formación de Consejos de Obreros y Soldados, es decir, de "soviets". La tormenta se acercaba.

El primer chispazo estalló en Kiel. El motín de los marineros de la flota imperial, a primeros de noviembre, señaló el comienzo de la revolución alemana. Rápidamente se extendió a todas las ciudades de la Alemania del Norte. En Colonia, los socialistas desfilaron por las calles, incluso antes de ser firmado el Armisticio. Los soldados que volvían del frente eran desarmados según llegaban a las estaciones; la mayor parte de ellos fraternizaban con la multitud. En las ciudades renanas, los líderes socialistas moderados consiguieron al principio impedir los disturbios, pero la llegada de algunas delegaciones de los amotinados de Kiel, acompañadas por agitadores profesionales, cambió la situación. En las grandes ciudades industriales, Hamborn, Mülheim

* Véanse las Notas Históricas al final del capítulo, pág. 75 y ss.

y Essen, se constituyeron soviets de obreros y soldados, que tomaron fácilmente el Poder.

El gran industrial renano Hugo Stinnes entabló negociaciones con los sindicatos, para evitar desórdenes y sabotajes en la región renanowestfaliana, y obtuvo condiciones que aseguraban el orden y la paz sociales en la región. Pero ya una parte de los trabajadores, influídos por la propaganda revolucionaria, había abandonado las directivas del Partido Socialdemócrata. Los Consejos de Obreros y Soldados abrieron las puertas de las cárceles y pusieron en libertad a los presos políticos de los dos últimos años. Junto con ellos salió gran número de gentes de dudoso pasado, que tanto podían ser revolucionarios sinceros como criminales de derecho común.

En Mülheim pasamos cinco dolorosas semanas: Los Consejos de Obreros y Soldados que tomaron el Poder fijaron en todas partes affiches en los que amenazaban con castigar el pillaje y los excesos, pero, sin embargo, las calles no eran seguras. En los Consejos, los elementos moderados, que al principio detentaban la mayoría, habían dejado su puesto a los agitadores extremistas.

En la tarde del 7 de diciembre, un grupo de hombres armados con fusiles y pistolas se presentó en mi domicilio. Venían a detenerme. Se llevaron también a mi padre, a pesar de sus 76 años. Fuimos escoltados hasta la prisión de Mülheim, donde pronto se nos unieron otros cuatro industriales. En medio de la noche, nos despertaron, y una docena de individuos, con aspecto de amotinados y armados con fusiles, nos ordenó que saliéramos al patio. Creí que iban a ejecutarnos. Pero era sólo para trasladarnos a Berlín.

Nuestros guardianes nos hicieron subir a un vagón de tercera clase, y se sentaron cerca de las puertas, sin duda para impedir cualquier intento de fuga. Hacía frío. Afortunadamente, mi padre había polido llevar consigo una manta. El tren llegó en la noche siguiente a la estación de Postdam, en Berlín. En el andén nos esperaba un destacamento militar. Nuestra escolta nos entregó a él, y nos abandonó entre burlas. Mi padre, que había olvidado su manta en el tren, se dirigió a uno de nuestros guardianes, y le pidió muy cortésmente que fuera a buscársela. "¡Por quién

me toma usted! —replicó el otro, indignado—. Soy el Jefe de la Policía de Berlín".

Más tarde supe que era Emil Eichorn, peligroso agitador comunista, al servicio de la Rusia soviética, que se había nombrado a sí mismo durante la revolución Jefe de la Policía de Berlín. Había convertido la Jefatura General de Policía de la Alexanderplatz —comúnmente conocida por la "Casa Roja"— en una verdadera fortaleza, y había elegido al personal de su cuerpo de guardia entre los más oscuros elementos del proletariado de Berlín, la mayor parte de los cuales eran evadidos de presidio. Se decía que Eichorn había ordenado la detención de numerosos enemigos políticos y de funcionarios del antiguo régimen, y los había hecho ejecutar, sin formación de causa, en el patio de la Jefatura de Policía. Un mes más tarde, este extraño Jefe de Policía organizaba revueltas en las calles de Berlín, y el Gobierno socialdemócrata tuvo que emplear el ejército para desalojarle de la Casa Roja, donde resistió un asedio en toda regla.

Tal era el hombre en cuyas manos habíamos sido entregados.

Nos llevó al cuartel general de la Policía, y nos examinó. "Están ustedes acusados de traición y de actividades contrarrevolucionarias —nos dijo—. Ustedes son enemigos del pueblo, y han solicitado la intervención de las tropas francesas para impedir la revolución socialista".

Ninguno de nosotros había mantenido el menor contacto con el ejército francés de ocupación. Todos protestamos. Eichorn continuó con insolencia:

"No traten de negarlo. Estoy bien informado. Anteayer sostuvieron ustedes una conferencia, en Dortmund, con otros industriales, y han decidido enviar una delegación al general francés para pedirle la ocupación del Ruhr. ¿Qué tienen ustedes que alegar, caballeros?

Nos miramos asombrados. Ninguno de nosotros había ido a Dortmund. En cuanto a mí se refería, no sabía nada de semejante decisión. Más tarde supe que la supuesta conferencia no se había celebrado nunca. Mi padre y yo podíamos probar la coartada; no habíamos salido de Mülheim desde hacía una semana; numerosos testigos podían confirmarlo. Eichorn nos respondió brutalmente:

"¡Vaya testigos! Todos son burgueses. Sus declaraciones no tienen valor alguno. ¡Llévenselos!"

Nos sacaron del despacho del jefe. No nos sentíamos muy seguros. ¿Habíamos escapado a la muerte en Mülheim, para ser fusilados aquí? Después de un breve intervalo, un empleado vino a informar a nuestros guardianes que en la Jefatura de Policía no cabían ya más prisioneros.

"Llévenlos a Moabit", dijo.

Aquella era la cárcel principal de Berlín. A la puerta de la Jefatura de Policía nos aguardaba un coche celular. A través de los barrotes podíamos ver la agitación de las calles de Berlín. Cerca de la Alexanderplatz patrullaba un coche blindado. Veinte minutos más tarde, nuestro coche entró en el patio de la cárcel. El director salió a nuestro encuentro, y nos dijo:

"No sé nada sobre su asunto, pero, de todas maneras, quizás sea mejor para ustedes estar aquí. Por lo menos conmigo están ustedes a salvo".

Esto parecía confirmar los siniestros rumores que corrían sobre las ejecuciones en la Jefatura de Policía. El director de la cárcel de Moabit era un antiguo funcionario, que era responsable ante la Administración del Estado prusiano y no ante el temible Jefe de Policía.

Mi padre fué enviado a la enfermería en razón de su avanzada edad. Soportó esta aventura con la mayor calma. "No te inquietes, decía, a mi edad no puede ocurrirme ningún accidente grave". Los otros industriales y yo fuimos confinados en las celdas de presos sujetos a investigación, y no en la sección de presos convictos. Vivíamos una vida casi de lujo. Dábamos nuestro paseo diario por el patio de la cárcel. Más tarde recibí numerosas cartas de presos recordándome los días pasados juntos en Moabit.

A la mañana siguiente entró en mi celda el capellán protestante de la cárcel. Venía a prestarme los auxilios de su fe. Yo le dije que era católico. Salió sin despedirse siquiera; yo estaba fuera de su competencia. Pasaron varios minutos y llegó el capellán católico. Me hizo un pequeño sermón que recordaré toda mi vida.

"Ya sé —me dijo—; siempre es la misma historia. El primer día pretenden estar llenos de valor, y no creen que pueda sucederles nada. Pero espere al tercer día y sepa lo que le espera. Entonces se sentirá abrumado". El buen hombre creía que yo estaba condenado a muerte, y me aplicaba el método habitual con los presos comunes. Para convencerles que debían aceptar sus servicios y hacerles arrepentirse de sus crímenes, les asustaba con la visión de los horrorosos castigos que se suponía les esperaban.

Al cuarto día fuí puesto en libertad junto con los otros. Al parecer, Eichorn había comprobado nuestras declaraciones, y no podía mantener nada contra nosotros. Tal fué mi primer contacto personal con la revolución de 1918.

El 19 de noviembre presencié el regreso de las tropas a Colonia. Eran los ejércitos 6 y 17, que cruzaban los puentes del Rin, al amanecer, en buen orden. La ciudad estaba llena de banderas, y la población aclamaba a los soldados y les ofrecía café y cigarrillos.

La división Jäger (es decir, cazadores) desfiló por la Plaza de la Catedral ante el general von Dassel. Iban precedidos de la bandera negra, blanca y roja del Reich, de la bandera prusiana, negra y blanca, y del estandarte verde de los Jäger. A la cabeza de cada batallón iban las bandas tocando marchas militares. Todos marchaban marcando el paso de la oca. Era un espectáculo confortador de orden y disciplina, en medio del levantamiento revolucionario que iba extendiéndose más y más.

Tres semanas más tarde, aclamado por la población, regresaba el Regimiento de Mülheim. Pero la calma no duró mucho tiempo. En Mülheim todos los trabajadores conocían a mi padre y le respetaban. En cambio, en Hamborn, donde también poseíamos una fábrica, estaban en el Poder los elementos extremistas. En todo el distrito industrial, la revolución fué organizada por el comunista Karl Radek, representante de los Soviets rusos en Essen. Es interesante observar, sin embargo, que en el mismo Essen, Radek había llegado a un pacto con el alcalde Hans Luther, que más tarde llegó a ser Canciller del Reich, luego Presidente del Reichsbank, y, finalmente, Embajador en Wáshington (Luther fué siempre más afortunado como político que como

experto financiero). Nunca he llegado a saber cómo consiguió ablandar a Radek, el revolucionario ruso, pero es un hecho que este último se abstuvo de provocar desorden alguno en Essen, si bien en otras ciudades se mostraba más activo.

Para Pascua se declaró una huelga en Hamborn. Alarmado, el alcalde me llamó por teléfono, pidiéndome que fuera allá. Como ya he dicho, Hugo Stinnes había conseguido, después del Armisticio, llegar a un acuerdo con los sindicatos en nombre de toda la industria del distrito. Este acuerdo no había sido denunciado. Recordé esto al alcalde, añadiendo que yo no podía aceptar ningún convenio separadamente. La cosa quedó así. Pero a la mañana siguiente una delegación de cinco obreros comunistas se presentó en mi casa de Mülheim; venían a llevarme a Hamborn por la fuerza.

No quise repetir mi reciente experiencia de Berlín. Dije a mi mayordomo que les comunicara que me estaba vistiendo y les hiciera pasar a tomar café, mientras acababa de arreglarme. Mientras ellos tomaban café, yo avisé a mi esposa, y le dije que se fuera con mi hijita a Duisburg, ocupado por las tropas belgas. Al mismo tiempo, decidimos que yo iría a avisar a mi padre.

Este vivía a unas ocho millas de distancia de Mülheim, en el castillo de Landsberg, sobre el Ruhr. Salí por una puerta trasera y me dirigí a Landsberg. Mi padre y yo salimos inmediatamente a pie por carretera, pero pronto se nos permitió subir a un coche, lo cual evitó a mi padre una penosa marcha de casi siete millas. Teníamos motivos sobrados para temer que se nos detuviera una vez más. Ya se extendía el rumor de que bandas comunistas habían dado muerte a personalidades destacadas. La más conocida de estas ejecuciones de rehenes fué la que tuvo lugar en Munich, donde el Gobierno revolucionario ordenó ejecutar, sin proceso, a las personalidades de la ciudad que habían sido detenidas.

Nunca se ha borrado de mí la impresión que me causaron aquellos días agitados. Siempre he vivido entre obreros. Mi padre trabajó con ellos al comienzo de su carrera. Nunca los obreros de nuestras fábricas habían dado hacia nosotros pruebas de hostilidad, y menos aun de odio, ni siquiera los comunistas. To-

dos los desórdenes y excesos habían sido casi siempre promovidos por extranjeros.

Hamborn ha sido siempre la ciudad más roja del distrito industrial. Varios años después de la revolución, el Partido Nacional alemán, al cual yo pertenecía, me invitó a asistir a un mitin electoral en esa ciudadela comunista. Durante el trayecto por ella todo fueron manifestaciones contra el candidato reaccionario, cuya presencia en Hamborn era considerada por la multitud como una provocación. A pesar de ello, dejé, sin preocupación alguna, mi coche a cierta distancia del lugar donde se celebraba el mitin. El Comité del Partido había sido lo bastante torpe para organizar el mitin electoral en un local habitualmente utilizado por los comunistas para sus actos. Cuando llegué a la puerta del salón, encontré el local ocupado en gran parte por gente que llevaba la insignia del Partido Comunista. El ambiente era tormentoso. Sin embargo, el candidato hizo su discurso sin ser interrumpido. Luego tomaron la palabra sus opositores. Un dirigente comunista local pasó revista a todos los industriales del distrito, criticándolos uno tras otro. Yo estaba sentado en primera fila, y seguramente el orador me había visto. Su discurso era violento, y yo esperaba que me atacara, provocando así una manifestación de hostilidad hacia mí, pero no sucedió nada de eso.

Durante el período crítico que precedió al ascenso de Hitler al Poder, he tenido que tratar frecuentemente con comunistas que trabajaban en nuestras fábricas. Cuando hablaba con ellos podía comprobar que, en gran parte, estaban animados por un ideal. Creían en esa falsa doctrina, figurándose que ella aseguraría la felicidad del proletariado. Pero durante el tiempo que duró la revolución, entre los que cometieron excesos, no se encontraban trabajadores del país. Los organizadores de las huelgas y disturbios fueron agitadores políticos profesionales, muchos de los cuales estaban pagados por los revolucionarios de Moscú. Radek, en Berlín y Essen; Axelrold y Levinè, en Munich: he aquí los hombres responsables de los disturbios y de los asesinatos. El Partido Socialdemócrata estaba formado por gentes razonables y moderadas. Cuando en enero de 1919 los obreros declararon la huelga, yo tomé parte en las negociaciones con los

huelguistas. Ellos comprendían la difícil situación de los industriales. Estos últimos, por su parte, hacían cuanto podían por aliviar el racionamiento de víveres provocado por la continuación del bloqueo de los aliados. Llegamos a un acuerdo, y este acuerdo habría sido respetado siempre, a no ser por la intervención de los extremistas y anarquistas, cuya única función es crear y alentar el desorden en tiempos de crisis.

Durante todo el año 1918-1919 me daba cada vez más cuenta de que Alemania se iba hundiendo en la anarquía. Las huelgas se sucedían una tras otra sin el menor motivo ni resultado, ya que el sustento de la población no dependía de los patrones. Era imposible organizar la producción industrial. La extracción de carbón disminuía cada día más. Temíamos continuamente que los saboteadores destruyeran la maquinaria. Nadie tenía asegurada su libertad, ni su vida garantizada. Un hombre podía ser detenido y muerto sin motivo alguno.

Fué entonces cuando comprendí la necesidad —si se quería salvar a Alemania de la anarquía— de luchar contra toda esa agitación extremista, que lejos de traer la felicidad a los trabajadores, no creaba más que desórdenes. El Partido Socialdemócrata se esforzaba por mantener el orden, pero era demasiado débil.

El recuerdo de aquellos días me predispuso mucho para ofrecer más tarde mi ayuda al nacionalsocialismo, al que creía capaz de resolver en una forma nueva los angustiantes problemas industriales y sociales de ese gran país industrial que es Alemania.

NOTAS HISTORICAS

Los motines de Kiel

La revolución comenzó en Alemania en octubre de 1918 con la sublevación de los marineros de la flota anclada en Kiel. La causa inmediata fué el descontento de los marineros por la mala calidad del alimento que a partir del verano de 1918 comenzó a servirse en los buques de guerra. Cierto número de marineros y oficiales, que habían participado en los desórdenes, fueron

arrestados por sus superiores y amenazados de severos castigos. Muchos oficiales navales se destacaron por su crueldad en estas detenciones. Las organizaciones revolucionarias secretas, que ya se habían extendido por todo el país, explotaron estos incidentes para realizar agitación entre las tripulaciones de la armada. Cuando ya parecía seguro un armisticio, algunos miembros del Almirantazgo seguían haciendo preparativos para que un determinado número de buques de guerra y cruceros de la flota alemana se hiciera a la mar con la esperanza de librar una batalla naval decisiva. Pero entre los marineros, y también entre los oficiales de baja graduación, comenzaba a cundir un fuerte espíritu de rebeldía. En los primeros días de noviembre, núcleos de marineros abandonaron los barcos y realizaron manifestaciones por la ciudad enarbolando banderas rojas. A ellos se sumó un gran número de obreros y soldados con licencia. Las tiendas tuvieron que cerrar después de haber sido asaltados varios almacenes. Noske, diputado socialdemócrata del Reich, fué enviado a Kiel. Consiguió que el movimiento se desarrollara por cauces pacíficos, especialmente cuando se supo que en Berlín se había proclamado la República.

La Liga Spartacus

Después que el Partido Socialista se hubo escindido durante la misma guerra a causa de la cuestión de los créditos, comenzó a extenderse entre los obreros socialistas la propaganda extremista, que en un principio iba dirigida contra el Gobierno y la dirección que éste imprimía a la guerra. Después del triunfo de la revolución bolchevique en Rusia, esta agitación tomó un carácter más revolucionario, e iba dirigida particularmente contra la dirección del Partido Socialdemócrata. En esta propaganda jugó un papel de especial importancia una serie de cartas firmadas "Spartacus", en recuerdo del jefe de una histórica rebelión de esclavos en la antigua Roma. Indudablemente, aquellas cartas contribuyeron poderosamente a encender la revolución alemana. Eran leídas asiduamente, aunque tanto la policía civil como la militar en los frentes confiscaban todos los ejemplares que caían en sus manos. Nunca fué posible establecer

quiénes eran los miembros de la Liga Spartacus, a través de la cual eran distribuídas las cartas. Más tarde se supo que el dirigente de la Liga era un antiguo diputado al Reichstag, Ledebour, y que Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo eran sus más cercanos colaboradores.

El Gobierno de Comisarios del Pueblo

Inmediatamente después de la proclamación de la República, Alemania fué gobernada por un Consejo de Comisarios del Pueblo, compuesto de tres miembros de la vieja ala mayoritaria del Partido Socialdemócrata, y tres miembros de los "Socialistas Independientes", que se habían separado del Partido Socialdemócrata durante la primera parte de la guerra mundial, cuando éste votó los créditos de guerra. Presidía el Consejo Fritz Ebert, Presidente del Partido Socialdemócrata.

CAPITULO II

HUMILLACION NACIONAL

Versalles y el Ruhr

Mi familia ha sido siempre católica. Mis antepasados vinieron de la orilla izquierda del Rin, después de haberse establecido como campesinos en la región fronteriza entre Lieja y Aquisgrán. Mi padre y yo pertenecimos, hasta después de la Guerra Mundial, al Partido del Centro Católico (*). Mi padre era íntimo amigo del jefe del partido, Mathías Erzberger. Nosotros éramos casi los únicos católicos entre los industriales del distrito, en su mayoría protestantes. El ser un católico significado, en una región administrada por los prusianos, no dejaba de tener sus inconvenientes. Prueba de esto lo tuvimos bajo Bismarck, en la época de la famosa *Kulturkampf*. Este era el motivo por el que nosotros ayudábamos al Partido del Centro, partido que defendía los derechos de los católicos frente a la política del Gobierno, con frecuencia excesivamente prusiana y protestante. Pero después de la guerra. el Partido del Centro y especialmente su presidente Erzberger perdieron todo sentido de

* Véanse las Notas Históricas al final del capítulo, pág. 91 y ss.

la dignidad nacional. En la época del Armisticio y de la firma del Tratado de Versalles (*) mi padre y yo, profundamente entristecidos por el espectáculo de la abyecta humillación de Alemania, nos retiramos del Partido del Centro al tomar éste parte en la firma del Tratado.

En la primavera de 1919 me dirigí a París con uno de los miembros de la delegación alemana de paz, el Ministro de Correos Johann Giesberts. Giesberts continuó perteneciendo a la delegación, especialmente como mandatario del importante Partido del Centro Católico. Yo no ocupaba ningún cargo oficial, pero esperaba, sin embargo, participar en la discusión de las cuestiones económicas que habían de ser reguladas por el Tratado de Paz, haciendo uso de los numerosos conocimientos que había hecho en Francia antes de la guerra. Mas me fué absolutamente imposible renovar estas amistades. Hice varios viajes desde Versalles a París, pero estaba siempre sujeto a una estrecha vigilancia policíaca.

No es preciso relatar de nuevo la dolorosa historia de las negociaciones de Versalles. Aun está claro para todo el mundo que el Tratado que allí se impuso a Alemania fué nefasto. Sin embargo, quiero rendir un tributo a la memoria del conde Brockdorff Rantzau. El Gobierno socialista de Alemania le nombró, por su experiencia diplomática, Ministro de Relaciones Exteriores y Jefe de la delegación que iba a negociar la paz. Brockdorff había aceptado esta designación con la esperanza de poder discutir y concluir un tratado basado en el Derecho. Pero la actitud de los aliados defraudó sus esperanzas. Clemenceau impuso a Alemania un Tratado que la cargaba con la responsabilidad de la guerra, la condenaba a pagar reparaciones que eran absurdas desde el punto de vista económico, mutilaba sus fronteras y privaba a la nación alemana del derecho a dirigir sus asuntos internos. Brockdorff, a quien yo conocía bien, se oponía a la firma del Tratado. Los expertos en economía designados para estudiar las condiciones relativas a las reparaciones (con

* Véanse las Notas Históricas al final del capítulo, pág. 91 y ss.

los cuales trabajaba yo extraoficialmente) declaraban que estas condiciones eran imposibles de cumplir (*).

Permanecí en Versalles casi tres meses. Salí el 16 de junio de 1919, acompañando a los ministros alemanes que formaban parte de la delegación de paz, hasta Weimar, donde sesionaban el Gobierno y la Asamblea Nacional. Brockdorff hizo cuanto pudo para persuadir al Gobierno alemán de que no firmase el Tratado. Yo mismo traté de convencer a los diputados católicos, a quienes yo conocía, de que sería un error aceptar las condiciones draconianas de los aliados. Casi todos participaban en la opinión de que el Tratado no podría cumplirse, pero que no se podía pensar en negarse a firmarlo.

Fué éste un error político capital. Al firmar, nos comprometíamos a cumplir, y, sin embargo, sabíamos que el cumplimiento era imposible. Mi opinión es que la gran mentira política que ha envenenado a Europa durante más de veinte años comenzó el día de la firma del Tratado de Versalles.

Brockdorff había discutido con el Gobierno, insistiendo en que se rehusara firmar, y lo hacía dándose perfecta cuenta de las consecuencias que de ello se desprenderían para Alemania. Cuando el mariscal von Hindenburg fué consultado respecto a la posibilidad de una resistencia militar, declaró que la resistencia en el Oeste sería inútil, ante la superioridad del enemigo, pero agregó: "Mi deber como soldado es preferir la muerte a una paz deshonrosa". La opinión de Brockdorff era dejar que los aliados invadieran Alemania, cargándolos con toda la responsabilidad de una acción militar contra un pueblo que no quería defenderse. Tenía en cuenta la perspectiva de la dominación extranjera, la ocupación, el hambre...

"¿Podemos pedir en este momento tales sacrificios al pueblo alemán? —le dijo al Canciller alemán Friedrich Ebert. Y agregó, con altivez—: Creo que debemos hacerlo, porque son los últimos sacrificios que la guerra exige de nuestro pueblo".

Ebert consideró la situación interior. Creía que la negativa

* Véanse las Notas Históricas al final del capítulo, pág. 91 y ss.

que Brockdorff pedía podía terminar con la revolución. Temía ver a Alemania hundida en el comunismo y la anarquía. En mi opinión, Ebert exageraba el peligro. El magnífico comportamiento de toda la población durante la ocupación del Ruhr confirmó mi pensamiento.

En una agitada carta que envió al Canciller socialista, Brockdorff admitía, sin embargo, que las razones de Ebert eran plausibles. "Pero —añadía—, si ésta es la situación, no puedo continuar la política exterior que yo me proponía llevar a cabo". Y presentó su dimisión.

Los gobernantes alemanes se hallaban ante un trágico dilema. Sabían que la aceptación del Tratado en la forma propuesta significaba una mentira hacia los aliados y hacia el pueblo alemán, ya que el Tratado era imposible de cumplir. Por otra parte, rechazarlo significaba entregar al país a la inmediata ocupación extranjera y a un levantamiento revolucionario. Ebert, que había dicho en noviembre de 1918: "Detesto la revolución tanto como detesto el pecado", decidió aceptar. Fué apoyado en su actitud por el jefe del Partido del Centro Católico, Mathías Erzberger, cuyo temperamento político le inclinaba al compromiso y las maniobras sutiles; para él no había nada definitivo; a su juicio, lo único que se necesitaba era paciencia y habilidad para cambiar el curso de los acontecimientos y restablecer la situación.

Para mi padre y para mí, el negarse a firmar hubiera tenido consecuencias de la mayor gravedad, pues la industria renano-westfaliana hubiera sido la primera en sentir la pesada mano de los aliados. Esto se vió claramente años después, cuando Poincaré ordenó la ocupación del Rhur. Pero esta presión extranjera hostil provocó inevitablemente un repentino recrudecimiento del patriotismo. Tal vez esto hubiera ocurrido en cualquier circunstancia. Sea como fuere, mi padre y yo estábamos a favor de rechazar obligaciones que manifiestamente no podían ser cumplidas. Fué entonces cuando rompimos con Erzberger, a pesar de la gran amistad que existía entre él y mi padre. Así abandonamos el partido a que, tradicionalmente, había pertenecido nuestra familia, y del que mi padre había sido miembro fundador: el Centro Católico.

Los excesos extremistas de 1918-1919 amenazaban con destruir Alemania a sangre y fuego. La firma de un Tratado denigrante, que condenaba a una nación entera a una especie de esclavitud económica, y que sobre todo insultaba al pueblo alemán obligándole a declararse culpable, la rendición impuesta a los llamados "criminales guerreros", era sentida como una humillación por todos los veteranos de la guerra. El peligro revolucionario y la humillación de Versalles dieron impulso a la violenta reacción nacionalista y antisocialista que pronto ganó terreno en toda Alemania.

Aquí y allá se formaban grupos mandados por antiguos oficiales del ejército, como una réplica a los elementos de desorden. Se llamaban "Cuerpos Libres", y el Gobierno los toleraba más o menos abiertamente, pues algunos miembros socialistas del Gobierno del Reich, y especialmente Gustav Noske, Ministro de la Reichswehr, estaban persuadidos de que era necesario oponer una sólida barrera a la creciente marea de anarquía, si se quería que el país volviera al trabajo. El mismo Ebert, destinado a ser más tarde Presidente de la República alemana, no era ni mucho menos un extremista. Debido a su influencia personal y a la completa armonía existente en aquellos años difíciles entre él y el mariscal von Hindenburg (que le sucedió en la presidencia), el ejército pudo contribuir al renacimiento de la disciplina y del sentido del orden en Alemania.

Fueron los elementos militares y conservadores de Alemania los que dieron el primer golpe de Estado de la postguerra, en 1920. Ya en la época de la firma del Tratado de Versalles, en junio de 1919, un grupo de oficiales quiso implantar una dictadura militar, y apeló a su jefe, Gustav Noske, el Ministro socialista de Defensa. El golpe de marzo de 1920 fué en realidad un nuevo brote de aquel proyecto. Pero esta vez los generales querían a toda costa deshacerse de los extremistas izquierdistas. Habían sustitído a Noske por el doctor Wolfgang Kapp, oficial conservador de la Prusia Oriental, fundador del Partido "Patria", que durante la guerra había protestado contra la resolución de paz votada por el Reichstag, en 1917. El general Ludendorff apoyaba el nuevo proyecto. Que el general había sido un gran soldado, fué sobradamente demostrado durante la guerra, pero

nunca tuvo sentido político. El mayor error de su carrera fué pedir su relevo del mando en el otoño de 1918. Yo estoy persuadido de que si hubiera permanecido en su puesto, habría impedido la abdicación del Kaiser y su huída a Holanda. En ese caso, la historia de la Alemania de la postguerra habría tomado un giro completamente distinto.

Políticamente, el golpe de Estado de 1920, conocido más tarde como el Putsch de Kapp, estaba mal preparado. Los conspiradores no contaban con ningún apoyo real, excepto el del capitán de la Brigada Marina, Ehrhardt, y algunas otras unidades militares. Pero no se había ganado definitivamente al ejército en su conjunto. A pesar de ello, los "putschistas" lograron apoderarse de Berlín y de los edificios del Gobierno. A raíz de ello, el Gobierno proclamó una huelga general.

En el distrito industrial, la consecuencia de este torpe intento de contrarrevolución fué un nuevo movimiento revolucionario. En Essen, Duisburg, Dusseldorf y Mülheim, bajo pretexto de la huelga proclamada por el Gobierno de Ebert, tomaron el poder político comités revolucionarios; fué una reminiscencia de los Consejos de Obreros y Soldados de 1918. La situación se hizo más crítica cuando los obreros se enteraron de que el general Watter, que mandaba la Reichwehr, en Münster, simpatizaba con los contrarrevolucionarios de Berlín y preparaba su entrada en el Ruhr. Los obreros organizaron inmediatamente una milicia, armada en gran parte con fusiles que habían guardado después de la guerra.

Tan pronto como comenzaron los disturbios, yo salí de Mülheim con mi familia para dirigirme a Kreffeld, en la orilla izquierda del Rin. El puente sobre el Rin estaba guardado por belgas, que me permitieron pasar. Los industriales alemanes veían con inquietud el nuevo movimiento revolucionario, pues desorganizaba nuevamente toda la vida económica del distrito. Los desórdenes duraron una quincena. Finalmente, la Reichswehr se vió obligada a intervenir para restablecer el orden, librándose verdaderas batallas en Duisburg y Wessel, entre la milicia armada y el ejército.

El abortado "putsch" de Kapp y la ola de extremismo que le siguió tuvieron poderosas repercusiones en nuestra región industrial. Era imposible calmar los agitados espíritus. Durante todo el año siguiente se desarrollaron en muchas ciudades industriales del Ruhr huelgas y luchas callejeras. Sólo lentamente pudo ser restablecida la tranquilidad. Y apenas se había vencido el peligro revolucionario, cuando el peso de las reparaciones comenzó de nuevo a desorganizar la vida económica. La marea de la inflación monetaria (*), que comenzó a subir silenciosa y lentamente, arruinó a las clases medias alemanas, que no comprendían el mecanismo monetario. Ni siquiera mi padre lo comprendió. Cierto día, al regresar de un viaje, me contaba indignado que, en el hotel donde solía alojarse, querían cobrarle el doble por su habitación. El se había negado a pagar el nuevo precio, y había tomado otra pieza que costaba lo que él solía pagar, pero que, según decía, era una miserable buhardilla. En otra ocasión compró un paquete de acciones a un precio que parecía ventajoso; en realidad, el marco papel sólo tenía un valor ficticio.

La consecuencia más seria de la inflación fué que hizo imposible adaptar los salarios al creciente costo de la vida. Una familia obrera no podía comprar los artículos de primera necesidad, pues el salario semanal, cuyo valor disminuía de día en día, no le permitía dividir sus ingresos para hacer frente a las compras necesarias cada uno de los días de la semana siguiente al día de pago. Para remediar este estado de cosas, la industria acabó por emitir una especie de moneda de emergencia, de valor estable, que permitiera a las dueñas de casa hacer sus compras en los almacenes de las cooperativas obreras.

Mientras discutíamos estos asuntos, en medio de las mayores dificultades, el Gobierno francés, presidido por Poincaré, decidió, a primeros de 1923, ocupar la región industrial (*). El 11 de enero tropas francesas y belgas entraban en Essen y Gelsenkirchen. Al día siguiente la ocupación se extendió a Bochum, Dortmund y toda la cuenca del Ruhr. En varias ciudades se produjeron sangrientos incidentes entre las tropas y la población, resultando muchos obreros muertos.

Mi opinión era que el golpe de fuerza de Poincaré podía ha-

* Véanse las Notas Históricas al final del capítulo, pág. 91 y ss.

bernos dado la oportunidad para denunciar el Tratado de Versalles. En efecto, al decidir tomar una medida tan grave como la ocupación militar de toda una región alemana, bajo pretexto de no haber sido efectuadas a tiempo ciertas entregas de mínima importancia, los Gobiernos francés y belga habían sido los primeros violadores de un Tratado cuya ejecución querían ostensiblemente asegurar. Los procuradores de la Corona Inglesa nunca han admitido la existencia de una base legal para la ocupación del Ruhr.

En aquellos días se reunía en Hamburgo el Sindicato Alemán del Carbón. Asistí a la reunión, junto con otros industriales como Kirdorf, Krupp, von Bohlen, Klöckner y Hugo Stinnes. Yo estimaba que si no habíamos sacado ventaja de la ocupación del Ruhr denunciando el Tratado violado por Poincaré, por lo menos podíamos ofrecer alguna resistencia.

Pocos días más tarde se celebró una segunda reunión en Essen. Los otros industriales aceptaron mi posición y me pidieron que fuera su representante. La reunión aprobó una resolución declarando que los industriales entregarían carbón a los aliados únicamente con el consentimiento del Gobierno de Berlín. Al mismo tiempo despachábamos un emisario a Berlín para pedir al Gobierno que nos pusiera a cubierto, prohibiendo las entregas. No todos apoyaban nuestra actitud intransigente. Dos días después de la ocupación llegaron ingenieros franceses que se pusieron en relación con los propietarios de las minas. Algunos de estos funcionarios consiguieron entablar negociaciones. Para forzar el respeto a la resolución adoptada en Essen, decidimos formar un tribunal secreto que castigara a los propietarios que la infringieron.

Era un momento crítico para Alemania. Si Francia hubiera logrado posesionarse de la industria del Ruhr, el país nunca habría podido reponerse. Dos años más tarde me encontré en París con M. Seydoux, Jefe de Sección del Ministerio de Relaciones que dirigía Briand. M. Seydoux me dijo: "Durante la guerra, los alemanes quisieron destruir a Francia para apoderarse de sus depósitos de mineral. Durante la ocupación del Ruhr, fué Francia la que quiso destruír a Alemania para apoderarse de

su carbón". Esto era cierto. ¡Cuánto mejor hubiera sido para los dos países el llegar a un acuerdo!

Algunos días después de la entrada de las tropas francesas fuí llamado por el general francés. Me recibió con toda corrección y me preguntó: "¿Han decidido los industriales efectuar las entregas que Alemania acordó hacer según el Tratado?" Yo respondí que el Gobierno alemán consideraba la ocupación del territorio como una violación del Tratado y que, en consecuencia, habíamos recibido órdenes de no efectuar esas entregas. El general me dijo que en tal caso seríamos los industriales mismos quienes tendríamos que pagar las consecuencias de la negativa.

El 20 de enero fuí detenido, junto con otros propietarios de minas, y trasladado a la prisión militar de Main, donde permanecí tres días.

Cuando los obreros de nuestras fábricas supieron la noticia de nuestra detención dieron muestras de gran agitación. Ya se había registrado un grave incidente en Bochum, entre el pueblo y el ejército de ocupación. Ante este malestar de los trabajadores el Gobierno francés no se decidió a condenarme a cinco años de prisión como yo esperaba. El Tribunal Militar me impuso sólo una multa de 300.000 marcos oro. Fuí puesto en libertad inmediatamente, aun antes de haber pagado la multa.

Al salir del Tribunal Militar la población de Main y delegaciones obreras llegadas del Ruhr realizaron una manifestación en nuestro honor. Fuimos llevados en triunfo hasta la estación del ferrocarril. Mi padre, que asistió a la sesión del Tribunal Militar, fué tratado con gran cortesía por las autoridades francesas.

Cuando regresé a Mülheim, organicé la resistencia pasiva, que fué la respuesta de Alemania a la ocupación. Mi padre no tomó parte alguna en el movimiento por su avanzada edad. El Gobierno había prohibido las entregas de carbón. Los funcionarios habían recibido instrucciones de desobedecer las órdenes de las autoridades de ocupación. Los ferroviarios declararon la huelga. Se paró la navegación en el Rin. Los mismos franceses hubieron de tomar las medidas necesarias para asegurar el transporte de los pasajeros y mercaderías por ferrocarril, por carretera y por vía fluvial. El ejército ocupó las bocas de los pozos en las minas

pertenecientes al Estado de Prusia; cuando esto sucedió, los mineros abandonaron el trabajo. En otras minas de carbón continuó el trabajo, pero el carbón se acumulaba en grandes montones en la superficie. No había trenes ni barcos para transportarlo a Bélgica o Francia.

Para romper la resistencia, las autoridades de ocupación establecieron un cordón aduanero entre Alemania y los territorios ocupados, con objeto de impedir que saliera ninguna mercancía. A pesar de esto, conseguimos en varias ocasiones cargar trenes enteros. Las fundiciones "August Thyssen", en Mülheim, tenían sus propios muelles de carga, que estaban custodiados por funcionarios belgas. Para distraer la atención de los soldados, les enviábamos muchachas lindas y jóvenes, que cumplieron muy bien su misión. Mientras tanto, se podía llegar a cargar y despachar cuatro trenes. Desgraciadamente, una de las cargas era demasiado pesada y se rompieron los resortes de un vagón. Fuimos descubiertos "in fraganti", y una investigación reveló el secreto. Toda la resistencia pasiva fué organizada por mí, pero en mi tarea contaba con la absoluta cooperación de la población. El clero católico, y en particular el Cardenal Arzobispo de Colonia, apoyó mis esfuerzos con la mayor devoción. Gracias a ello pudimos realizar en el Ruhr una verdadera unión nacional que hizo posible salvar la integridad del Reich.

Es necesario destacar hoy esta actitud del clero católico. El Ministro del Trabajo de Prusia entonces era un sacerdote, Herr Brauns. Fué él quien tomó todas las medidas para impedir que se trabajase en las minas de propiedad del Estado Prusiano. En aquellos difíciles momentos fué el Vaticano la única Potencia que se atrevió a enviar al Ruhr un representante diplomático. El Embajador norteamericano, a quien me dirigí para obtener ayuda de los cuáqueros, para que facilitaran alimentos a la población trabajadora, no se atrevió a venir, ni siquiera a enviar a un representante.

Los nacionalsocialistas no tuvieron nada que ver con la resistencia pasiva. Desde entonces han venido jactándose de haber organizado actos de sabotaje, pero es absolutamente inexacto. Su "héroe", Schlageter, que fué detenido y condenado a muerte por

el Consejo de Guerra, no era nazi, sino que pertenecía a una buena familia católica.

Hitler no ha comprendido nunca la importancia nacional de la lucha que entonces sostuvimos a lo largo del Rin. Ya en aquella época soñaba con alcanzar el poder y preparaba el famoso Putsch de Munich.

La actitud altamente patriótica del clero católico y de la población durante la ocupación del Ruhr ha sido recompensada por Hitler con la más negra ingratitud. Diez años después el régimen nazi llegó a reprochar violentamente a los católicos el no ser buenos alemanes. Ha detenido a nuestros sacerdotes, les ha acusado en falso de la manera más odiosa, ha conducido a los obispos ante sus tribunales, donde han sido insultados. Más adelante diré las conclusiones que los católicos renanos han extraído ante tal ingratitud y tal indignidad.

NOTAS HISTORICAS

Los Partidos en la Asamblea Nacional Legislativa alemana y en el Reichstag alemán

Inmediatamente después del estallido de la revolución alemana existían sólo los dos partidos socalistas: el Partido Socialdemócrata, que era la antigua ala mayoritaria, y el Partido Socialista Independiente. El Partido Comunista nació mucho más tarde, al escindirse el Partido Socialista Independiente. Los comunistas arrastraron a la mayoría de este Partido, mientras el resto se unía a los socialdemócratas.

En cuanto a los no socialistas, pareció durante algún tiempo que la burguesía era incapaz de organizarse en partidos. La situación cambió solamente cuando llegó a ser un hecho el que la República alemana adoptaba la forma parlamentaria de Gobierno. Los primeros no socialistas que aparecieron en el escenario político fueron los del Partido Democrático Alemán, que reclutó sus miembros entre los afiliados al antiguo Partido Progresista Alemán y al Partido Liberal Nacional, que habían jugado un importante papel en el Reichstag imperial. La plata-

forma del nuevo partido era republicana y pacifista. Abogaba por la reconstrucción de la economía alemana colaborando con todas las naciones europeas; favorecía una política económica esencialmente financiera y la extensión de la legislación social vigente, y quería que Alemania se preparase para ingresar en la Sociedad de Naciones.

Como los fundadores del Partido Democrático se negasen a conceder puesto prominente alguno en el nuevo partido a Gustav Stresemann, que había sido uno de los líderes del Partido Nacional Liberal, varios de los miembros de éste persuadieron a Stresemann que aceptase la jefatura de otro nuevo partido: el Partido Popular Alemán. Sus componentes consistían principalmente en comerciantes medios, profesores universitarios y, sobre todo, industriales cuyos intereses residían fundamentalmente en reavivar el poder adquisitivo del mercado interior alemán. El programa del Partido Popular Alemán reconocía la República como un hecho consumado; propugnaba el respeto mutuo entre los alemanes y favorecía concesiones razonables en la legislación de bienestar social, así como el asegurar un entendimiento pacífico con los trabajadores y la reconstrucción de la agricultura alemana.

Inmediatamente después de la constitución del Partido Democrático, el Partido del Centro Católico comenzó a recobrar actividad. Pensaba que no merecía la pena cambiar de nombre. El Partido del Centro había sido fundado en 1875, cuando Bismarck emprendió la Kulturkampf, lucha políticoreligiosa, contra la supuesta intervención del Papa en los asuntos internos de Alemania. Las drásticas medidas adoptadas por Bismarck contra las órdenes religiosas y contra los sacerdotes hicieron que un porcentaje cada vez mayor de votantes católicos —casi la mitad de su conjunto— entrase en el Partido del Centro. En parte, como partido de oposición, y en parte —durante la Guerra Mundial— como partido de un Gobierno de coalición, el Centro creció constantemente en importancia. La revolución no había cambiado nada la composición de sus afiliados. Lo mismo que antes de la guerra, comprendía todas las capas sociales, tanto obreros católicos como aristócratas católicos. Naturalmente, en el interior del Partido del Centro, como en toda Alemania, los elementos conservadores, entre los que se contaban representantes de la nobleza, de la industria pesada y de los grandes negocios, se mostraban ahora dispuestos a hacer todas las concesiones necesarias, dadas las condiciones del momento. El programa del Centro, que aprobó también la forma republicana de Gobierno, abogaba por una política pacifista, pedía la reconstrucción de la agricultura, y favorecía la elevación del nivel de vida de la clase media.

El Partido Nacional Alemán, de nueva formación, era una versión modernizada de los viejos partidos conservadores de la anteguerra. En sus filas estaban los grandes propietarios de tierras, una gran parte de la industria pesada, varios grupos de trabajadores organizados en círculos protestantes, y un cierto número de elementos de la clase media, ligados a la familia imperial por lazos sentimentales o por sus intereses materiales. Ingresó en este Partido un gran número de profesores alemanes. El programa del Partido Nacional Alemán era moderado en su forma, pero su contenido era todo lo nacionalista que en aquellos tiempos era posible. Sus reivindicaciones económicas giraban en torno al mantenimiento de la eficacia y capacidad de trabajo de la clase media alemana y de las comunidades agrícolas.

El Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán apareció relativamente tarde en el Reichstag. Al principio estuvo representado por un pequeñísimo número de diputados que, además, se dividían en varios grupos. Más adelante se convirtió en el segundo gran Partido del Reichstag. Poco tiempo antes de la subida de Hitler al Poder, había conseguido arrebatar al Partido Socialdemócrata su condición de partido más numeroso del Reichstag.

Entre los pequeños partidos que a menudo jugaban un papel decisivo en el mantenimiento del equilibrio del Poder, se encontraban el Partido Popular Bávaro, versión bávara del Partido del Centro Católico, y el Partido Económico Alemán, compuesto principalmente de artesanos y dueños de pequeños comercios, penetrados de su importancia económica y de la imposibilidad de asegurarse la consideración de los grupos políticos más poderosos.

La firma del Tratado de Paz

La Asamblea Nacional Legislativa de Weimar encontraba difícil la tarea de llegar a una decisión sobre la aceptación o rechazo del Tratado de Paz de Versalles. Hasta el último momento permaneció incierto el resultado de la votación. Los socialdemócratas y el Partido Democrático Alemán estaban por la aceptación del Tratado: el Partido Popular Alemán y el Partido Nacional Alemán, por rechazarlo. La decisión dependía del Partido del Centro Católico, aunque también pesaban en la balanza los votos de varios representantes del Partido Popular. La posición de aquellos que, cuando menos en su fuero interno, deseaban la firma de la paz, se debilitó por el hecho de haber dimitido el Ministro de Negocios Extranjeros, Conde Brockdorff Rantzau, que, como decía en su carta al Presidente Ebert, pensaba que no podía suscribir los términos de paz del Tratado de Versalles en interés del pueblo alemán. Se vió debilitada también por los rumores de que, en caso que Alemania se negara a firmar, las diferencias latentes entre los aliados se agudizarían, dando así a Alemania la posibilidad de obtener condiciones más favorables. Por otra parte, se tenían informaciones de fuente autorizada en el sentido que, en caso de no aceptación, marcharían sobre Alemania fuerzas militares considerables. En aquel momento las consecuencias de una posible ocupación aliada de nuevos territorios alemanes eran consideradas con gran aprensión. Se temía no sólo que se extendieran por el país nuevos movimientos revolucionarios, sino, además, que los Gobiernos de los Estados Federales alemanes estuvieran dispuestos a ofrecer a los aliados una paz por separado. Se rumoreaba que el Gobierno de Würtenberg estaba firmemente decidido a dar ese paso. El temor a estas eventualidades consolidó de momento la mayoría por la que la Asamblea Nacional se declaró en favor de la aceptación de la paz, a pesar de la completa incertidumbre de la situación.

La política del "cumplimiento"

Durante muchos años las duras condiciones económicas impuestas por el Tratado de Versalles, que hallaron su expresión en el pago de las reparaciones de guerra, alimentaron la división del pueblo alemán. Desde el primer momento una parte de la opinión pública abogaba por resistir a ultranza el pago de los vencimientos de las reparaciones, mientras que el otro sector pedía el cumplimiento de las obligaciones del Tratado. Ambos sectores estaban de acuerdo con que las condiciones impuestas por el Tratado eran imposibles de cumplir. Pero los partidarios del "cumplimiento" aducían que era necesario demostrar a los aliados que el cumplimiento de sus obligaciones por parte de Alemania produciría, como resultado inmediato, desórdenes en el mercado mundial y en las finanzas internacionales, con gran quebranto para los aliados. Por este procedimiento, se haría ver, especialmente a Estados Unidos e Inglaterra, que los pagos de Alemania no bastarían para resarcirles de los empréstitos que habían hecho a sus aliados y amigos durante la guerra. Los partidarios del cumplimiento se daban perfecta cuenta de que su método impondría ciertos sacrificios al pueblo alemán, pero creían firmemente que irían consiguiendo la abrogación gradual de los duros términos impuestos, mediante métodos pacíficos y legales.

La inflación alemana

Alemania había financiado la guerra casi enteramente con empréstitos. Por consiguiente, incluso antes de acabar la guerra, la inflación había tomado proporciones enormes. La moneda emitida llegaba a cerca de noventa billones de marcos, mientras la cobertura oro no era más que de tres billones. El Gobierno revolucionario de los Comisarios del Pueblo aumentó la circulación de la moneda aun más, pues los países extranjeros continuaban aceptando los billetes de Banco alemanes en pago de los cargamentos de alimentos y materias primas. Aunque al constituirse la Asamblea Nacional ésta había establecido un impuesto federal sobre la renta, la circulación de billetes de Banco aumentó, porque el capital industrial que necesitaban las empresas alemanas podía obtenerse más fácilmente por medio de créditos en el Reichsbank. En efecto, la industria alemana tenía mucho

trabajo porque podía lanzar sus productos en el mercado mundial a bajo precio, debido a la desvalorización de la moneda alemana. Este método se vió apoyado por el doctor Havenstein, presidente del Reichsbank, quien reconocía abiertamente que el valor del marco disminuiría continuamente por este sistema, pero que consideraba que éste era el mejor medio para convencer al mundo de la incapacidad de Alemania para pagar las reparaciones de guerra.

Numerosos industriales aprovecharon aquella oportunidad para descontar enormes letras de cambio en el Reichsbank, pagándolas en billetes cada vez más desvalorizados. Con el beneficio así realizado, no sólo compraban materias primas y pagaban a sus obreros, sino también adquirían nuevas empresas, bien ampliando sus propias fábricas, bien comprando acciones de otras, transformando de esta manera sus negocios en vastos consorcios. La Banca privada, así como la Reichsbank, perdieron de este modo cantidades cada vez mayores de su cobertura oro. Al comienzo de la "resistencia pasiva", organizada ante la ocupación del Ruhr por tropas francesas y belgas, la moneda alemana recibió el golpe de gracia. El gigantesco costo de aquella lucha no fué cubierto mediante ningún impuesto, sino por la emisión de nuevos billetes de Banco. Incluso, antes de terminar la resistencia, los trabajadores empezaron a rebelarse, pues sus esposas no podían, en la práctica, comprar ningún alimento en el mercado con el dinero que aquéllos les habían llevado la víspera. Las plantas industriales y las municipalidades se vieron obligadas a emitir monedas de emergencia sobre una base oro ficticia, para impedir que los trabajadores incendiaran las fábricas. De esta manera el Gobierno se vió obligado a proceder a la estabilización de la moneda, lo que consiguió con la ayuda de gobiernos extranjeros. ¡En noviembre de 1923, el valor del dólar americano llegó a fijarse en 42 billones de marcos!

La ocupación del Ruhr

Alemania se había comprometido a entregar a los aliados las reparaciones de guerra en forma de pagos en dinero y productos. Desde el comienzo mismo, la mayor parte de los alemanes estaban convencidos de que sería prácticamente imposible cumplir las obligaciones de Alemania en cuanto a los pagos en productos se refería. El canciller Cuno y su gabinete tenían el propósito de llegar a un nuevo acuerdo sobre las obligaciones de Alemania. El Gobierno francés había amenazado ya con que, en caso de que Alemania retrasara sus pagos, Francia haría uso del derecho que le confería el Tratado de Paz, y ocuparía el distrito del Ruhr, la región industrial más importante de Alemania. Las proposiciones hechas por el gabinete Cuno fueron rechazadas. En el gabinete prendía cada vez con mayor fuerza la convicción de que era preferible "un fin terrible" bajo la forma de la ocupación del Ruhr, que "un terror sin fin", o sea, el statu quo. Además, los miembros del gabinete creían saber que Inglaterra no permitiría que Francia recurriese a medidas militares violentas. Por entonces, la Comisión de Reparaciones declaró formalmente que Alemania estaba retrasando el cumplimiento de sus obligaciones porque no había entregado 100.000 postes telegráficos de madera. A pesar de la poca importancia del pretexto inmediato, las tropas francesas y belgas entraron en el distrito del Ruhr a fines de 1922, sin que los aliados se opusieran a ello. El Gobierno alemán apoyó la resistencia de la población a la ocupación, decisión que fué apoyada por todos los partidos, tanto los comunistas como los católicos y los nacionalistas alemanes. En el verano de 1923 cesó la resistencia en el Ruhr, y el gabinete Cuno fué reemplazado por un Gobierno presidido por Stresemann.

CAPITULO III

MI PRIMER ENCUENTRO CON HITLER

En octubre de 1923, después de terminada la resistencia pasiva, hice un viaje a Munich. Iba a devolver una visita al general Erich Ludendorff, a quien había conocido durante la guerra, en casa de mi padre. Siempre he sentido una gran admiración por Ludendorff. Años más tarde, influenciado por su segunda esposa, adoptó una actitud violentamente opuesta al catolicismo, y casi jugó el papel de fundador de una nueva religión; pero durante su última enfermedad ha sido asistido por monjas en un hospital católico de Munich, y me han contado que mandaba a comprar flores diariamente para adornar el altar.

Después de la revolución de 1918, el general Ludendorfff disfrutaba de una gran reputación entre los patriotas. Aunque él era prusiano, se trasladó a la capital bávara dos años después de la guerra, donde fijó su residencia con su hermana, y donde continuó trabajando en sus "memorias", sin abandonar su estrecho contacto con la vida política. A raíz de la ocupación del Ruhr, Hugo Stinnes entabló relación con él; y Ludendorff se dirigió a Berlín, dispuesto a organizar la resistencia militar a la ocupación, con la ayuda del Gobierno y del general von Seeckt, que era entonces Comandante en Jefe del Ejército alemán. Pero tanto el general von Seeckt como el Gobierno del

Reich rechazaron sus proyectos, a mi juicio no sin razón, pues, considerando el estado en que se hallaba Alemania, la resistencia militar sólo hubiera conseguido agravar el desastre.

La experiencia de la resistencia pasiva que yo organicé en el Ruhr, y más tarde las experiencias de los nazis en Checoeslovaquia, han demostrado que una población que se opone sistemáticamente a la violencia mediante una pasividad inerme, priva a los militares de todos sus medios de acción; éstos podrán matar, pero no pueden obligar a obedecer a una población que no les ofrece resistencia.

Inmediatamente después del incidente del Ruhr, se me pidió que encabezara un Gobierno del Reich para reemplazar al gabinete Cuno, al que todo el mundo consideraba demasiado débil. Me habló de esto el doctor Class, jefe de la Liga Panalemana. Me pidió que aprovechara el prestigio que había ganado con mis actividades durante la ocupación del Ruhr, para llevar a cabo con éxito la contrarrevolución nacional, en la que Kapp había fracasado en 1920. Mi respuesta al doctor Class fué: "Yo soy un industrial. Como industrial y patriota he organizado la resistencia pasiva. Yo no soy político; deseo servir a mi país, cumpliendo estrictamente con mi deber".

Fuí a visitar a Ludendorff, principalmente para devolverle una visita de cortesía, pero también para discutir con él los grandes problemas nacionales que por entonces nos preocupaban a ambos. Deploré ante él el hecho que, en aquel momento, no hubiera en Alemania hombres que quisieran mejorar la situación animados por un fuerte sentimiento nacional.

"Sólo hay una esperanza, me dijo Ludendorff, y esta esperanza reside en los grupos nacionalistas que desean nuestro restablecimiento". Me recomendó en particular la Liga Oberland y, sobre todo, el Partido Nacionalsocialista, de Adolf Hitler. Eran éstas ligas de jóvenes y veteranos de la Guerra Mundial que estaban dispuestos a combatir al socialismo como causa de todo desorden. Ludendorff admiraba profundamente a Hitler. "Es el único hombre —decía— que posee un cierto sentido político. Vaya a escucharle cualquier día de éstos".

Seguí su consejo y asistí a varios mitines organizados por Hitler. Fué entonces cuando aprecié sus dotes oratorias y su

capacidad para arrastrar a las masas. Sin embargo, lo que más me impresionó fué el orden que reinaba en sus mitines, la disciplina casi militar de sus partidarios.

Varios días después conocí personalmente a Hitler en casa del doctor Max Erwin von Scheubner-Richter, joven de la nobleza báltica refugiado en Alemania desde la Revolución Rusa. Era una persona muy simpática que servía de intermediario entre Hitler y Ludendorff, quien había preparado esta entrevista. La conversación recayó sobre tópicos políticos.

Nos hallábamos en la peor época de la inflación. El dinero emitido por el Reich, los Estados y las Municipalidades bajaba de valor de día en día. En Berlín, el Gobierno estaba angustiado y en la más completa ruina económica. La autoridad se desmoronaba. En Sajonia se había formado un Gobierno comunista, y en todo el país reinaba el terror rojo organizado por el bandido Max Hoelz. En Hamburgo había estallado una revuelta comunista. Se decía que habían muerto a centenares de personas. Después de Sajonia, Turingia se dió un Gobierno comunista. En Renania, en Dusseldorf, Aquisgrán, Maguncia y el Palatinado se habían producido revueltas separatistas más o menos abiertamente provocadas por el ejército aliado de ocupación. El Reich alemán, que había resistido las ordalías de la guerra y de la derrota, estaba a punto de sucumbir.

En medio de este caos, Baviera parecía ser la última fortaleza del orden y el patriotismo. Fué en Munich donde la revolución de 1918 había causado más destrozos. El Gobierno de Kurt Eisner, el terror rojo y la ejecución de rehenes habían dejado en la población una impresión profunda. Pero de entre todos los Estados alemanes, el primero en rehacerse fué Baviera. Un Gobierno católico, apoyado por la mayoría de los bávaros, había logrado liquidar la revolución. Munich se había convertido en el centro de todos los que deseaban restablecer la disciplina y la autoridad. En Berlín, Gustav Stresemann había sucedido al canciller Cuno, poniendo fin a la resistencia pasiva y buscando un acuerdo con Francia. Su política fué severamente criticada. Las Ligas Patrióticas le acusaban de traición a la causa de Alemania. En cuanto a los conservadores y católicos de Baviera, seguían con temor los progresos del extremismo en toda Alemania.

Poco a poco, una nueva política comenzó a tomar forma en Munich. Si Alemania se hace pedazos, se decía, Baviera seguirá siendo el núcleo del orden, desde donde se extenderá el establecimiento a todo el país. El Gobierno bávaro declaró públicamente que, por su parte, dejaba de reconocer el Tratado de Versalles, que había sido roto por Poincaré, y proclamó el estado de sitio. El cuerpo de ejército de guarnición en Baviera, mandado por el general bávaro von Lossow, se negó a obedecer las órdenes de Berlín, y se puso a las órdenes del Gobierno bávaro. Como respuesta a las medidas tomadas por el Gobierno de Berlín, Baviera se dió a sí misma una especie de Jefe de Estado en la persona de Gustav von Kahr, que tomó el nombre de Comisionado General del Estado. Esto significaba una rebelión abierta contra Berlín. El viejo mariscal von Hindenburg, que casualmente estaba pasando sus vacaciones en los Alpes Bávaros, en el Estado de Dietramszell, envió un telegrama al Gobierno bávaro, advirtiéndole que no cometiera actos irremediables, y aconsejándole que respetara la unidad del Reich. Varios días más tarde, el Gobierno bávaro declaraba, en una proclama, que los bávaros eran los más leales de los alemanes, pero que habían roto relaciones diplomáticas con la Sajonia comunista.

Tal era el ambiente en que tuvo lugar mi primer encuentro con Hitler. No puedo recordar con exactitud la parte que cada uno de nosotros tomó en la conversación, pero sí recuerdo su contenido general. Ludendorff y Hitler estaban de acuerdo en realizar una expedición militar contra Sajonia para deponer al Gobierno comunista del doctor Zeigener. El fin de la proyectada expedición era derribar la democracia de Weimar, cuya debilidad estaba llevando a Alemania a la anarquía.

Faltaban fondos. Ludendorff aceptaba que se le pagaran las entrevistas que concedía a los corresponsales de los periódicos americanos, pero, según me dijo, esto le producía poco. Había solicitado y obtenido ya la ayuda de varios industriales, y, en particular, la de Herr Mimoux, de la firma Stinnes. Yo, por mi parte, le entregué 10.000 marcos oro. Fué mi primera contribución al Partido Nacionalsocialista. Pero estos fondos no se los entregué ni a Hitler ni a Scheubner-Richter, tesorero del Kampfbund (la organización patriótica que dirigía políticamente Hitler), sino a Ludendorff, para que los utilizase como mejor le pareciera. No entré en detalle de los planes que Ludendorff y Hitler tenían; ya he dicho que yo no quería mezclarme en política. Aproveché mi estada en Munich para visitar también a Herr von Kahr, que era prácticamente el Jefe del Estado bávaro.

Como hombre de confianza del kronprinz Ruprecht de Baviera, Kahr sostenía que la dinastía de Wittelsbach debería ser restaurada en el trono bávaro lo más rápidamente posible. La dinastía bávara no había abdicado. Cuando estalló la revolución de 1918, el rey Ludwig III abandonó el país después de autorizar a los funcionarios y oficiales para que apoyaran el nuevo orden de cosas. Después de los excesos cometidos por el Gobierno rojo, la mayoría de los bávaros se había tornado nuevamente monárquica Kahr contemplaba la restauración de los Wittelsbach como un primer paso; quizá más adelante, un Wittelsbach podría llegar a ser Emperador de Alemania, o, por lo menos, de una Alemania católica, a la que podrían incorporarse las provincias occidentales de Austria, dejando a un lado a Viena, la ciudadela roja, donde los socialistas estaban en el Poder.

Esta era la atmósfera que encontré en Munich en el otoño de 1923. Se había dado rienda suelta a la fantasía política. Por todas partes surgían como espejismos innumerables proyectos. En cuanto a mí se refería, no tenía la ambición de representar papel alguno en este movimiento; en primer lugar estaba mi deber como industrial. Era ya de por sí un deber bastante pesado. Tan pronto como pudiéramos librarnos del desorden, habría que edificar sobre las ruinas que la guerra y la revolución habían dejado tras sí. Habría que poner nuevamente a Alemania al trabajo.

Ludendorff y sus aliados a las Ligas Patrióticas se encargaban del resurgimiento político. Yo les proporcioné ayuda material, pero no quería entrar en la vida política.

Además, en aquel momento no me daba cuenta de la importancia del jefe nacionalsocialista Adolf Hitler. Era sin duda un buen orador, un agitador político que sabía arrastrar con su palabra a las masas alemanas, pero nada más. Para mí, las dos figuras decisivas eran Ludendorff y Kahr. No sabía nada de las profundas diferencias que les separaban sobre la cuestión de

la restauración de la monarquía bávara. Ludendorff era enemigo personal del kronprinz Ruprecht, por razones que databan de la Guerra Mundial. Pero, como ya he dicho, todo esto no lo supe hasta mucho después.

Nunca ha sido revelada la verdad sobre los acontecimientos del "putsch" de Hitler del 9 de noviembre. Parece ser que los principales personajes de aquella revolución abortada —Ludendorff, Kahr, Hitler y el general von Lossow— tenían cada uno distintos propósitos. Tal vez influyera esto sobre la completa falta de coordinación el día de la ejecución del "putsch". Recuerdo, sin embargo, un detalle significativo que posiblemente interese a los futuros historiadores.

El general von Seeckt, que era todavía jefe de la Reichwehr en Berlín, envió a su esposa a Munich durante aquella semana crítica. Esta no regresó a Berlín hasta pasado el 9 de noviembre. Sin embargo, Seeckt había protestado ante el Gobierno bávaro cuando éste tomó el mando de las tropas de guarnición en Baviera, mandadas por von Lossow. ¿Estaba jugando un doble juego? Seeckt no había apoyado el "putsch" de Kapp en 1920, que fracasó por la falta de apoyo del ejército. ¿Planeaba ahora, en 1923, dar su propio golpe buscando el apoyo de los bávaros? La presencia de Frau von Seeckt en Munich parece corroborar esta hipótesis. Si así fué, la prematura acción, precipitada por Hitler, hizo fracasar todo el plan. En Munich se había decidido enviar una expedición del ejército bávaro y de las Ligas Patrióticas armadas contra la Turingia y la Sajonia comunistas, pero fué Berlín quien ejecutó este proyecto. El cuerpo de ejército de guarnición en Sajonia recibió la orden de marchar sobre Dresde y deponer al Gobierno de Zeigener. El ejército cumplió gustosamente esta misión. Después de Sajonia, llegó el turno de Turingia. Los dos gobiernos rojos dimitieron. El gran proyecto político planeado en Munich no tenía ya razón de ser, pero Hitler decidió marchar, a pesar de todo. Kahr y Ludendorff se opusieron a su plan. Conocidas son las circunstancias en que Hitler arrancó su consentimiento al Comisionado General del Estado bávaro: bajo la amenaza de las pistolas. Ludendorff fué informado sólo en último instante, pero se colocó a la cabeza del desfile, que atravesó las calles de Munich a la mañana siguiente.

La aventura terminó malamente. La policía hizo fuego sobre los manifestantes, matando a catorce, entre ellos a Scheubner-Richter, a quien días antes había conocido yo. Ludendorff marchaba erguido entre las balas que silbaban en torno a su cabeza. Hitler huyó a Uffin, cerca de Munich, donde fué detenido dos días después.

Al día siguiente fuí a ver a Ludendorff. Se mostró sorprendido. "¿Cómo tiene valor para venir a verme después de lo sucedido ayer? —me dijo al recibirme—. Todo el mundo me acusa de alta traición".

Ludendorff no me explicó nunca cómo llegó a verse envuelto en una acción que, personalmente, desaprobaba. Estoy convencido de que si no se retiró fué sólo porque había dado su juramento de oficial, y se consideraba obligado por él. Por otra parte, el tribunal de Munich que juzgó a los conspiradores del 9 de noviembre absolvió a Ludendorff, porque no se le pudo probar responsabilidad alguna en la preparación del complot. Tanto el general von Seeckt como el general von Lossow, el Comisionado General von Kahr y el Gobierno bávaro deseaban establecer en Alemania un Gobierno de derechas. Sin duda no estaban enteramente de acuerdo sobre los detalles de la ejecución de su plan, pero en líneas generales se trataba de repetir el intento realizado por Kapp en Berlín; sólo que esta vez había que evitar el fracaso comenzando el golpe en Munich, donde la población era monárquica. Pero Hitler no deseaba más que una cosa: tomar el Poder para sí.

Ludendorff no volvió a hablarme jamás de Hitler. Nunca supe los motivos por los que rompió con el jefe nazi, para el que sólo tenía alabanzas cuando le vi antes del "putsch" de Munich. En cuanto a von Kahr, después de aquello, se retiró de la vida política. A pesar de ello, Hitler había de asesinarle a la edad de 72 años, el 30 de julio de 1934.

CAPITULO IV

LA LUCHA CONTRA EL PLAN YOUNG

Abogo por un entendimiento franco-alemán

FINANCIÉ al Partido Nacionalsocialista por un motivo claro. Lo financié porque creía que el Plan Young significaba la catástrofe para Alemania. Yo estaba convencido de la necesidad de unir a todos los partidos de la derecha y creía posible llegar a un acuerdo sobre una base razonable. Con este propósito dirigí (a instancias de Hitler y Goering) las negociaciones con los "Cascos de Acero" (organización de patriotas veteranos de la Guerra Mundial) y con los grupos juveniles del Partido Popular Nacional. Hermann Goering me expuso su deseo de colocar las tropas de asalto nacionalsocialistas (conocidas por SA) bajo la dirección de los Cascos de Acero. Siempre temió que las SA sufrieran algún día un grave percance. El cofundador y organizador de las SA, en la más estrecha colaboración con el propio Adolf Hitler, era Ernst Röhm, antiguo oficial del ejército imperial, que llegó a ser más tarde el jefe de las SA. Röhm era un militar aventurero. Había estado mucho tiempo en América del Sur, donde se había ocupado principalmente de la reorganización del

ejército boliviano. Las impresiones y experiencias que recogió en América le proporcionaron la base ideológica sobre la que se asentaban las tropas de SA. Estas se convirtieron en mercenarios armados, cuyo objeto principal era estar dispuestos a la acción en los esperados levantamientos revolucionarios. Goering temía que el espíritu de los hombres que componían las SA fuera un obstáculo para el logro de una política constructiva.

Yo volví al Partido Nacionalsocialista sólo cuando me convencí de que era inevitable la lucha contra el Plan Young (*) si se quería impedir un completo hundimiento de Alemania. Nunca me opuse yo al Plan Daves (*), pues este plan establecía un sistema de pago de las reparaciones, principalmente en mercancías. Pero bajo el Plan Young, la entrega de las reparaciones alemanas debía ser hecha enteramente por pagos en dinero. A mi juicio, el resultado de la deuda financiera así creada sería destrozar toda la economía del Reich. También Walter Rathenau consideraba esto como un desastre: siempre había mantenido el criterio de que Alemania podría pagar únicamente con las mercancías que produce.

Uno de nuestros representantes en el Comité de expertos que llevaba en París las negociaciones preliminares sobre la revisión del Plan Dawes era Vögler, Director General de la Empresa de Hierro y Acero de Gelsenkirchen. Estas negociaciones de París fueron interrumpidas, y tanto Vögler como el doctor Hjalmar Schacht, Presidente del Reichsbank, regresaron a Alemania porque no tenían confianza en el plan propuesto. Finalmente, tampoco Vögler firmó las nuevas proposiciones que fueron la base del Plan Young, y he de admitir que hice cuanto pude por convencerles de la justeza de sus suspicacias.

Influyeron poderosamente en mi opinión las declaraciones que nos hizo a Vögler y a mí un banquero norteamericano. Me refiero a Mr. Charles Dillon, de la firma Dillon Read & Co., judío, del que éramos muy buenos amigos. Mr. Dillon nos dijo, textualmente: "Si mi consejo vale algo, no firmen". Nunca he

* Véanse las Notas Históricas al final del capítulo, pág. 116 y ss.

olvidado esto, y siempre he sentido gratitud por el consejo que nos dió para bien de Alemania, a pesar de ir contra sus intereses.

Todo el que estuviera en su sano juicio vió que el Plan Young significaba hipotecar toda la riqueza de Alemania como garantía de sus obligaciones. Como consecuencia, Alemania se vería inundada por el capital norteamericano. Algunos grupos aislados intentaron oportunamente en Alemania poner su propiedad a salvo de esta gigantesca hipoteca. En relación con esto, recuerdo las siguientes empresas que formaban parte de la industria eléctrica: La A. E. G. (una de las dos empresas eléctricas más importantes de Alemania), la S. O. F. I. N. A., y la Empresa de Construcciones Eléctricas Falten y Guillaume. Las acciones de estas compañías fueron vendidas a una compañía franco-belga, que las controla desde entonces. Esto era una equivocación, pues significaba el comienzo de la liquidación de las finanzas de Alemania. Hubiera sido mucho mejor para los citados industriales haberse opuesto desde un principio a todo el sistema de Versalles, y particularmente al Plan Young.

Puede decirse, además, que la idea central que los norteamericanos perseguían con el Plan Young, ha producido malos resultados en Norteamérica misma, pues también allí muchas empresas alemanas se transformaron en corporaciones cuyas acciones fueron vendidas al público. Hoy, las acciones de esas compañías americanas valen solamente la cuarta parte de su precio de compra. Fué un gran negocio para los banqueros, pero, en realidad, constituyó una inflación monetaria, cuyas ganancias excedieron en mucho a las normales, en una operación industrial. Era aquélla una época en que la gente había perdido todo sentido de lo normal en cuestión de cifras. No debe olvidarse que los mismos acuerdos Young alcanzaban la cifra astronómica de 20 billones de dólares.

El Plan Young fué una de las principales causas del crecimiento del nacionalsocialismo en Alemania. Desde luego, Alfred Hugenberg ayudó considerablemente con su agitación extremista, y también es verdad que la designación de Hitler como Canciller del Reich no hubiera tenido lugar, al menos tan pronto, sin las intrigas de Franz von Papen; pero las causas más profundas fueron, sin embargo, el peligro del comunismo en Alemania, la

ocupación del Ruhr por los belgas y los franceses, y, finalmente, el Plan Young.

Poco después de la liquidación del asunto del Ruhr, me dirigí a París. Fué esto antes de Locarno, en los días en que todavía era Presidente del Consejo el intransigente Raymond Poincaré. Yo hablé repetidas veces con varios ministros franceses, entre ellos y especialmente con Aristide Briand, que en 1925 fué nombrado Ministro de Relaciones. Mi primera impresión fué que mi misión tendría un resultado favorable, a pesar de que el Ministro de Comercio francés me hizo esperar durante media hora —por el contrario, Briand siempre se mostró muy cordial y me recibió sin tardanza—; pero, desgraciadamente, la situación general era todavía muy tirante. Corrían por París rumores de que el Estado Mayor francés se oponía a la política de acercamiento seguida por Briand.

Seguí, sin embargo, esforzándome por llevar adelante la causa del entendimiento franco-alemán por medio de la Sociedad Franco-alemana, de la que era uno de los fundadores. Pero la tirantez continuaba y un violento incidente ocurrido en el Palatinado, en Germersheim, excitó nuevamente los ánimos. Quedaban por realizarse algunas conferencias, pero se vió que no sería posible llevarlas a cabo. Todo esto ocurría antes que en la Conferencia de Locarno comenzara una serie de negociaciones, que fueron acogidas como el comienzo de una nueva era de buena voluntad.

Si el gobierno alemán de entonces no hubiera aceptado el Plan Young, seguramente se habrían realizado algunos progresos y obtenido resultados más favorables. La dificultad se produjo en aquella oportunidad por un error psicológico por parte de Alemania. Reconozco que Alemania se encontró entonces en una situación difícil; pero es precisamente en las situaciones difíciles cuando no hay que aceptar soluciones fundamentales. Hubiera sido fácil resistir, aun cuando los norteamericanos nos dijeran: "¡No, por Dios!". El pago en dinero era sencillamente imposible, pues no se podía producir dinero como se producían mercancías.

El ascenso de los nacionalsocialistas se vió también favorecido por la torpeza de los otros partidos. Ya he mencionado cómo

los nacionalsocialistas me indujeron a negociar con los Cascos de Acero, con vistas a poner a las tropas de las SA bajo el mando supremo de éstos. Yo hablé durante toda una noche con el mayor Düsterberg, jefe de la organización Cascos de Acero. Al final, éstos rechazaron la oferta de los nacionalsocialistas. Los nacionalsocialistas hicieron también al Canciller Brüning un ofrecimiento conciliador. Se decían dispuestos a tolerar a Brüning, aun sin estar representados en su Gobierno, si el Canciller accedía a declarar que se separaría de los socialistas. Josef Goebbels decía en aquel tiempo: "Si Brüning rompe con los socialistas, nosotros le ayudaremos sin participar en su Gabinete". Esto podría haberse realizado, pero el ofrecimiento fué rechazado.

Hitler fué capaz de utilizar con gran habilidad para sus propios fines el nacionalismo herido del pueblo alemán. Un pueblo de la tradición del alemán no puede ser convertido en un dócil rebaño. Si los socialdemócratas hubieran sido un poco más nacionalistas, podrían haber hecho de su partido el más poderoso del país. Un ministro socialdemócrata, Gustav Noske, era nacionalista. ¡Si Otto Braun, el Primer Ministro socialdemócrata de Prusia, hubiera sido solamente un poco más hábil!

Ya el Tratado de Versalles fué un error desde punto de vista económico. Y el Plan Young significaba un desarrollo considerable de los principios erróneos contenidos en el Tratado de Paz. Por esta razón formé parte de un Comité que se proponía lanzar un plebiscito sobre la cuestión del Plan Young, antes que éste fuera adoptado. Yo sé que ciertos círculos alimentan la idea de que esta violenta agitación contra el Plan Young permitió a Hitler dar a su partido el impulso necesario para llevarle al Poder. Y sé también que el movimiento contra el Plan Young era considerado por determinados círculos franceses como un renacimiento de la idea de "revanche". Pero no tuve ningún pensamiento de desquite en este asunto. Ni tampoco se me hubiera ocurrido, en vista de las declaraciones repetidas una y otra vez por Hitler en aquel tiempo.

Hoy está claro que Hitler jugaba un pérfido juego. Pero en aquellos primeros años subrayaba constantemente que había desechado toda idea de desquite sobre Francia. A pesar de todo lo escrito en *Mein Kampf* —que accidentalmente sea dicho, no te-

nía entonces ninguna importancia—, decía frecuentemente: "Ya no hay conflicto alguno con Francia. Queremos enterrar todo aquello. Es absurdo recordar siempre al pueblo lo de Alsacia y Lorena. Alsacia tiene, efectivamente, una población de habla alemana, pero es concebible que uno pueda renunciar a Alsacia y Lorena con altos fines políticos". (Exactamente igual, Hitler, en consideración a la susceptibilidad italiana, renunció más tarde al Tirol del Sur, que está habitado principalmente por alemanes).

Personalmente, siempre he sostenido que era más importante un acercamiento franco-alemán que un acercamiento anglo-alemán, por lo menos para la pacificación de Europa. La política tradicional de Inglaterra ha perseguido persistentemente mantener divididos a los países del continente europeo. Yo me he guiado siempre por la idea de Napoleón, que, en mi opinión, deseaba, como Carlomagno, una Europa unida. Ciertamente, en los libros de historia alemanes, Napoleón es representado inevitablemente como un hombre que deseaba dominar toda Europa; sin embargo, yo creo que le animaba un propósito más elevado.

NOTAS HISTORICAS

El Plan Dawes

Después de haberse derrumbado la resistencia en el Ruhr, y después que la inflación hubo causado la ruina completa de la moneda alemana, el Canciller Stresemann consiguió que la Comisión de Reparaciones aceptara la ayuda extranjera para consolidar el Reichsbank y la moneda alemana. Obtuvo, además, la promesa de que todas las obligaciones financieras alemanas serían satisfechas en una nueva forma. En noviembre de 1923 se formó una comisión de expertos, dirigida por un norteamericano, Charles G. Dawes, la cual tenía por objeto examinar la situación de Alemania y proponer la nueva forma de pago. El resultado fué el llamado Plan Dawes, que fué aceptado por el Reich el 16 de abril de 1924. Según este Plan, se concedió a Alemania en el extranjero un crédito oro por valor de 800.000.000 de marcos, con objeto de crear una nueva base oro para el

Reichsbank. El Reichsbank, apoyado así sobre una base firme, quedaba colocado bajo el control de la finanza extranjera. El empréstito extranjero era garantizado por una hipoteca sobre los ferrocarriles alemanes y sobre las acciones de determinadas industrias alemanas, así como por un impuesto sobre el transporte y otros más. Una comisión permanente de control extranjero, residente en Berlín, había de sobrevigilar los presupuestos alemanes y el funcionamiento de las empresas hipotecadas. El Plan Dawes no fijaba la suma de las obligaciones totales de Alemania, y, en efecto, hubiera sido difícil fijar suma alguna. El Plan Dawes decidía, simplemente, sobre la forma de pago. Se acordó que durante cinco años Alemania tendría que efectuar pagos anuales, que comenzarían por un billón de marcos oro, y aumentarían gradualmente hasta alcanzar, en el quinto año, 2,5 billones, que sería la cantidad permanente que Alemania pagaría a partir de aquella fecha. Estos pagos anuales podrían efectuarse, parte en mercancías, hasta un valor de 600 millones de marcos al año.

Si después de 1928 el valor del oro hubiera experimentado un aumento o una disminución superior a un 10 %, se habría tenido que volver a examinar las obligaciones de Alemania. Cada año se considerarían cumplidas las obligaciones alemanas en cuanto el pago anual fuera entregado al agente general de la Comisión de Reparaciones, en Berlín. El deber de éste consistía, entonces, en convertir en moneda extranjera las sumas pagadas por Alemania, y distribuirlas entre las naciones aliadas. Una vez aceptado el Plan Dawes por una Conferencia Internacional celebrada en Londres, y después que Alemania hubo dictado la legislación necesaria, el empréstito Dawes fué emitido: 100.000.000 de dólares en Estados Unidos, y el resto en Europa.

El Plan Young

Las condiciones del Plan Dawes, fueron cumplidas hasta 1928, primer año de la crisis mundial, que afectó profundamente la situación económica de Alemania. Una de las estipulaciones del Plan Dawes establecía que Alemania podía solicitar una revisión del Plan. De acuerdo con ella, se reunió en París, en el verano

de 1928, a petición de Alemania, un comité de expertos, presidido por el norteamericano Owen D. Young. El comité propuso un nuevo plan: el Plan Young, que fué aceptado el 31 de agosto de 1939, en la Conferencia Internacional de La Haya. Los pagos anuales de Alemania fueron disminuídos considerablemente; pero, en cambio, debían ser realizados enteramente en dinero. La diferencia esencial entre el Plan Dawes y el Plan Young era que este último no tenía en cuenta los aspectos políticos del convenio, y consideraba únicamente las necesidades económicas. En primer lugar, fueron suprimidos el control internacional sobre el presupuesto alemán y las garantías exigidas a Alemania. Las empresas hipotecadas se vieron libres, y el agente general de la Comisión de Reparaciones fué reemplazado por el "Banco de Pagos Internacionales", en Basilea, Suiza. Este Banco fué fundado por los Bancos oficiales de todas las naciones aliadas y el Reichsbank.

Cuando el Plan Young comenzó a aplicarse, cierto número de Bancos alemanes tuvo que suspender pagos, porque no se hallaban en situación de hacer frente a las exigencias de los Bancos norteamericanos sobre la devolución de los empréstitos que les habían cocedido. La situación económica de Alemania parecía tan grave, que durante algún tiempo no se podía pensar en hacer los pagos por reparaciones. El Presidente Hoover accedió a la petición de Alemania, y proclamó una moratoria de un año, que fué aceptada por las otras potencias interesadas. Un año después, en 1932, el Canciller von Papen obtuvo una nueva concesión en una Conferencia Internacional celebrada en Lausana, que consistía principalmente en que las obligaciones alemanas se darían por canceladas después del pago total de un billón de marcos oro.

Existe una considerable diferencia de opiniones acerca de la suma total pagada por Alemania en concepto de reparaciones de guerra. El cálculo más bajo efectuado fuera de Alemania establece 12.000.000.000 de marcos, mientras que los más altos cálculos alemanes la fijan en 44.000.000.000 de marcos. El cálculo alemán, sin embargo, comprende no solamente los pagos realizados hasta ahora, sino el valor en moneda de la cesión de Alsacia y Lorena, la Alta Silesia, las colonias alemanas, así como el valor monetario de las propiedades privadas alemanas en el extranjero, confiscadas según el Tratado de Versalles.

CAPITULO V

MIS RELACIONES PERSONALES Y FINANCIERAS CON EL PARTIDO NAZI

La industria pesada sostiene al Partido.

HASTA diciembre de 1931 no me hice miembro del Partido Nacionalsocialista. Ello fué después de haber participado en un gran mitin de masas, en Hartzburgo, en el que Alfred Hugenberg, como jefe del Partido Popular Nacional Alemán, y Hitler, como líder del Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán, anunciaron que los dos partidos cooperarían de allí en adelante. El Partido Popular Nacional era el heredero del antiguo Partido Conservador imperial. El Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán es el nombre oficial de los nacionalsocialistas, corrientemente llamados nazis. Probablemente se debió más a Hugenberg que a Hitler, el que esta colaboración de principio no llegara a ser una unión real que hubiera podido sobrevivir largo tiempo después del nombramiento de Hitler como Canciller del Reich. Personalmente, yo había trabajado con entusiasmo por los nacionalalemanes, pero acabé riñendo con su jefe. A pesar de ser miembro del Partido Nacional Alemán, yo

congeniaba con los nacionalsocialistas, que me parecían gentes sensibles y razonables.

Como ya he dicho, conocí a Hitler en Munich, siendo yo todavía miembro del Partido Nacional Alemán. No entré en relaciones estrechas con él hasta algún tiempo después, pero nunca hemos llegado a ser íntimos.

Fué Rudolph Hess quien sirvió para estrechar mi contacto personal con los nazis. Se me acercó allá por el año 1928, por indicación del viejo Geheimrat Kirdof, que fué durante muchos años el Director General del Sindicato del Carbón renanowestfaliano, con el que mantenía amistosas relaciones. Hess me explicó que los nazis habían comprado en Munich la Casa Parda, y tenían grandes dificultades para pagarla. Yo facilité a Hess los fondos necesarios, pero fijando condiciones que luego no se cumplieron nunca. En modo alguno fué mi propósito hacer un regalo a los nazis; simplemente, conseguí a través de los Bancos un empréstito en el extranjero para el Partido Nacionalsocialista. Hess recibió entonces un dinero que estaba obligado a devolver, pero sólo devolvió una pequeña parte; del resto tuve que limitarme a "acusar recibo".

Geheimrat Kirdof había ingresado antes que yo en el Partido Nacionalsocialista. En Alemania se ha exagerado siempre su importancia. Incluso la creación del sindicato del carbón, que hizo su nombre conocido hasta más allá de las fronteras de Alemania, no se le debe a él solo, sino junto con él a su colega Unkel; pero Kirdof fué su primer presidente, y asumía siempre hacia el exterior actitudes dominantes. Ya en la época en que el Kaiser Guillermo II dictó sus primeras leyes de beneficencia social, Kirdof hizo una violenta oposición al emperador, pues en el fondo era un reaccionario, aunque en modo alguno severo. Simplemente, tenía la mala costumbre de tomar decisiones rápidas cuando se hallaba encolerizado. Cuando la famosa querella que tuvo con el Kaiser, llamaba al pequeño castillo donde vivía el "patio de batalla".

Tampoco estuvo siempre en buenas relaciones con el jefe del partido, Hitler. Un día le escribió una carta y me la dió para que yo se la entregase personalmente, pues temía que, de lo contrario, la misiva no llegara a su destino, ya que los funcionarios que rodeaban a Hitler interceptaban con frecuencia las cartas que contenían cosas desagradables. En aquella carta, Kirdof protestaba contra la persecución a los judíos, que se llevó a cabo en Alemania en 1933, pues debía en gran parte a ellos el éxito de su carrera. A pesar de esto, llegó entonces a ser el gran sostén financiero de los nazis. También se había dado de baja en la Iglesia del Estado, aun antes que los nazis llegaran al Poder, pero como tenía miedo a la muerte, se dejó convertir por Matilde von Ludendorff, la esposa del general, e ingresó en la iglesia neopagana "Los orígenes de la fuerza alemana", que ella había fundado.

Kirdof murió casi a la edad de 90 años. Yo asistí a su funeral. Fué terrible. El féretro había sido colocado sobre una bandera nazi, y hacía un hermoso efecto, pero el Ministro de Economía del Reich, Dr. Walter Funck, hizo un discurso muy malo, que consistió por entero en tributar alabanzas a Hitler, que se hallaba presente. Al final, se cantó el "Horst Wessel". Yo me retiré inmediatamente que la ceremonia terminó. Hitler lo hizo al mismo tiempo. Yo me escondía detrás de un árbol, para que no me divisara, y pude ver cómo el Führer se erguía en su automóvil, con el evidente propósito de recibir una ovación de parte de los trabajadores allí reunidos. Pero como nadie estaba preparado para una manifestación, ello causó una impresión penosa, por no hablar de la poca delicadeza de la actitud de Hitler. Me dió pena del viejo Kirdof al ver aquel entierro. Se merecía uno mejor.

Conocía a Hermann Goering de la manera siguiente: Un día vino a verme el hijo de cierto Herr Tengelman, uno de los directores de mis compañías de minas de carbón, y me dijo: "Escuche. Hay en Berlín un tal Herr Goering que hace firmes esfuerzos por realizar algo bueno para el pueblo alemán, pero que encuentra poco apoyo por parte de los industriales. ¿No le gustaría a usted conocerle?". Como consecuencia de esta sugestión fuí debidamente presentado a Goering. En aquel tiempo vivía en un pequeño departamento y deseaba agrandarlo para aparentar más. Yo pagué el costo de esta mejora.

En aquella época, Goering parecía una persona muy agradable. Tenía una gran sensibilidad política. También llegué a co-

nocer a su primera esposa, Karin, condesa sueca por nacimiento. Era ésta una mujer encantadora que no daba muestra alguna del desequilibrio mental que oscureció los últimos años de su vida. Goering la idolatraba y ella era la única mujer capaz de gobernarle, aunque él era como un cachorro de león. Ejercía sobre él una gran influencia. Algún tiempo después de su muerte, Goering hizo de su hacienda Karin Hall un fantástico mausoleo a la memoria de su primera esposa.

En cuanto a Hitler, le volví a ver en Munich en una reunión relacionada con el Plan Young. Más tarde, le encontré casualmente en casa de Goering, pero nunca le he visitado en Obersalzberg, ni he entrado nunca en la Casa Parda. En cierta ocasión, Hitler, Hess y Röhm durmieron en casa de mi padre. Este fué más o menos el grado de nuestras relaciones.

Pero fuí yo quien puso a Hitler en contacto con el conjunto de los industriales renanowestfalianos. Es de dominio público que el 27 de enero de 1932 —un año antes de tomar el Poder— Adolf Hitler hizo ante el Club Industrial de Dusseldorf un discurso que duró cerca de dos horas y media. El discurso causó una profunda impresión en los industriales allí reunidos, y como consecuencia de esto fluyeron de los fondos de la industria pesada a la tesorería del Partido Nacionalsocialista un cierto número de cuantiosas donaciones.

Los preliminares de este "histórico" discurso no han sido relatados nunca. Mi propósito primitivo no era que Hitler hablara en aquella oportunidad. En realidad, no se había tomado ninguna medida para que hablara un nacionalsocialista. Al contrario, el Comité del Club Industrial había autorizado a hablar a un socialdemócrata; esto produjo una gran excitación entre los miembros del Club y varios de ellos amenazaron con dimitir. En una sesión muy agitada del comité yo dije que sólo había un procedimiento para corregir este error, y era invitar también a un nacionalsocialista a que hablara a la asamblea. Esta proposición fué aceptada.

Sin embargo, al hacerla, yo no pensaba directamente en Adolf Hitler, sino más bien en Gregor Strasser como orador, pues Strasser era en aquellos días la figura más popular en Renania entre los representantes nacionalsocialistas. Era un hombre educado, farmacéutico de profesión, y generalmente la gente le tomaba en serio, a pesar de sus inclinaciones nacionalsocialistas. Esto se debía a que con Strasser era posible argumentar y a que no producía una impresión tan desagradable como, por ejemplo, el doctor Robert Ley, que en aquella época publicaba un periódico en Colonia y que hoy es el jefe del Frente Alemán del Trabajo. Por eso pedí a Gregor Strasser que hiciera el discurso en el Club de Dusseldorf. Pero poco después me encontré accidentalmente con Adolf Hitler en Berlín. Cuando le hablé de la proyectada conferencia ante el Club Industrial de Dusseldorf, me dijo: "Creo que será mejor que vaya yo mismo". Me vi obligado a acceder. Y así fué cómo Hitler fué conocido por primera vez en Renania y Westfalia. En cuanto a mi se refería, la invitación no había nacido con un fin político, pero sin duda Hitler comprendió inmediatamente el valor político de la oportunidad que así se le ofrecía.

En total yo he entregado al Partido Nacionalsocialista un millón de marcos, y no más. Siempre se ha creído que mis contribuciones han sido mayores, porque siempre se me ha tenido por el hombre más rico de Alemania. Pero, después de todo, ¿qué significa poseer fábricas? Ello no quiere decir que un hombre pueda gastar grandes cantidades de dinero. En todo caso, Hitler tenía otras fuentes de ingresos además de la mía. En Munich, por ejemplo, tenía a Herr Bruckmann, el conocido impresor; en Berlín, Carl Bechstein, el fabricante de pianos de fama mundial, que también contribuyó con grandes sumas. Aparte de éstos, Hitler no recibió muchos subsidios de industriales aislados.

Las grandes corporaciones industriales comenzaron a hacer sus contribuciones en los últimos años que precedieron a la subida de los nazis al Poder, pero no se las entregaban directamente a Hitler; se las daban al doctor Alfred Hugenberg, que ponía a la disposición del Partido Nacionalsocialista aproximadamente la quinta parte de estas sumas. En su conjunto, las cantidades dadas a los nazis por la industria pesada pueden estimarse en dos millones de marcos al año. Se comprenderá, sin embargo, que esto incluye sólo los donativos voluntarios y no las diversas sumas que las empresas industriales estaban obli-

gadas a entregar para los diversos actos especiales que el partido realizaba.

El hecho de que nunca llegara a intimar especialmente con Hitler se debe probablemente a la hostilidad de Rudolph Hess y de Joseph Goebbels, Ministro de Propaganda. A pesar de que Hess sabía que yo había salvado al partido de un gran apuro cuando la compra de la Casa Parda en Munich, tanto él como Goebbels trabajaban contra mí. Ambos pertenecían al ala izquierda del partido y sospechaban de mí como representante de la industria pesada. Y sé también que muchos otros miembros del partido veían con malos ojos las conexiones de Hitler con la industria pesada.

Pero las relaciones de Hitler no se extendieron a los industriales en general. De hecho —aparte del viejo Kirdorf, que no era en realidad propietario de establecimientos de industria pesada— yo fuí el único de ellos que se expuso libremente en este sentido. El caso de Krupp von Bohlen und Halbach (*), jefe de las famosas fábricas de municiones, fué el reverso del mío. Hasta la subida de Hitler al Poder, Herr von Krupp era su violento adversario. Hasta el día antes que el Presidente Hindenburg designara Canciller a Adolf Hitler, prevenía encarecidamente al viejo mariscal de campo contra tal eventualidad. Pero tan pronto como Hitler tuvo el Poder, Herr von Krupp se convirtió en uno de sus más leales partidarios. De ningún modo digo esto para echárselo en cara a Herr von Krupp. En modo alguno podría esto disminuir mi propia equivocación. Y confieso ingenuamente que cometí un gran error cuando apoyé a Adolf Hitler. Pero sería mucho mejor si Herr von Krupp confesara también su equivocación.

Al hacer esta confesión, quiero subrayar una y otra vez —no como una excusa completa, sino a manera de atenuante— que lo malo de los nazis no es el partido en sí, sino ciertos individuos que lo componen, lo que desde luego es principalmente culpa del jefe del partido. Este mantenía a todos los dirigentes dentro del partido sin tener en cuenta su carácter y dejándoles

* Véanse las Notas Históricas al final del capítulo, pág. 129 y ss.

hacer lo que les veía en gana. Un Gauleiter, cuyas funciones dentro de la organización del partido corresponden apenas a las de un Regierungs-präsident (Presidente de condado) en la organización del Estado, es hoy sacrosanto. Apenas se dieron cuenta los Gauleiters de dónde soplaba el viento, organizaron entre ellos una especie de club, y este club de Gauleiters es el que realmente gobierna hoy día a Alemania.

Esto será la ruina del partido, pues ningún país puede prosperar en tales condiciones. En todo sistema, incluso bajo el comunismo, el jefe debe ser responsable del orden. En Rusia, Stalin se ocupa del mantenimiento del orden. ¡A su manera, naturalmente!

NOTAS HISTORICAS

Las Fábricas Krupp

La Corporación Friedrich Krupp (Aktiengesselschaft), de Essen, ha sido siempre el arsenal más famoso de Alemania. Ya en 1860, cuando todavía era una empresa privada, recibía del Estado prusiano un subsidio de 5 millones de táleros. Toda la artillería empleada por Prusia durante la guerra danesa en 1864, la guerra con Austria en 1866, y la guerra franco-prusiana de 1870-1871 salió de las fábricas Krupp. Después de la guerra franco-prusiana, los establecimientos Krupp crecieron hasta tal extremo que ocupaban distritos enteros de la ciudad de Essen, cuyo rápido crecimiento se debió principalmente al aumento del número de obreros de Krupp. La administración de la ciudad cayó enteramente en manos de la empresa Krupp. Para asegurarse un mercado extranjero, donde tuvieron que vencer la competencia de la firma francesa Schneider-Creussot, los Krupp emplearon un verdadero ejército de agentes, la mayor parte reclutados en las filas de antiguos diplomáticos alemanes y de oficiales del ejército. Los agentes de Krupp intervenían en la política extranjera, y como consecuencia de la influencia personal que los Krupp tenían en la Corte Imperial, los diplomáticos alemanes estuvieron con frecuencia a disposición de los agentes de Krupp. Esta influencia aumentó después del suicidio de Frie-

drich Krupp, hijo del fundador de la empresa. El Kaiser Guillermo II se interesó personalmente en casar a la hija única del fallecido (y heredera de toda la fortuna Krupp) con Herr von Bohlen und Halbach, hasta entonces funcionario poco destacado del Ministerio de Relaciones. Herr von Bohlen und Halbach, que después de su matrimonio tomó el nombre de Krupp von Bohlen und Halbach, no estaba lo bastante familiarizado con los negocios para dirigir la empresa, y la transformó en una Compañía Limitada. Pero todas las acciones continuaron siendo propiedad de la familia, y nunca fueron vendidas en mercado abierto. La administración fué confiada a un gran Consejo de Directores. Después del derrumbamiento de la monarquía, las fábricas Krupp disminuyeron considerablemente su radio de acción. Una gran parte de las plantas restantes fueron adaptadas a la fabricación de artículos de paz. Desde Hitler, han vuelto, sin embargo, a crecer de volumen, y son hoy varias veces mayores que en la época del Kaiser.

CAPITULO VI

LOS NAZIS CAMINO DEL PODER

Después del 2 de diciembre de 1932 se formó en Alemania un nuevo Gobierno, presidido por el general Kurt von Schleicher. Este general había desempeñado durante muchos años uno de los puestos más importantes del Ministerio de la Guerra, y era, además, el consejero más íntimo del Ministro de Defensa, general Wilhelm von Gröner. Este último, originario del Estado de Württemberg, provenía del campo democrático. El verdadero propósito de Schleicher era poner en práctica los puntos principales del programa nacionalsocialista, sin dejar a Hitler tomar el Poder. Era notorio, sin embargo, que le hubiera gustado dar un puesto en su Gabinete a Gregor Strasser, estudiante de Política Social y diputado nacionalsocialista en el Reichstag.

Como ya he dicho, Gregor Strasser era muy conocido en Renania. Precisamente, en aquellos momentos mantuvo varias conversaciones con destacados industriales, en las que yo no tomé parte. Strasser vivía en Franconia, la parte Norte de Baviera, pero no era franconiano, sino un bávaro genuino y, como tal, particularmente popular en Renania y Westfalia.

Strasser y yo manteníamos aparentemente buenas relaciones, pero no me agradaba mucho. Figuraba en la extrema izquierda de su partido y sospechaba de mí por mis pasadas relaciones con

el Partido Nacional Alemán. Por consiguiente, yo no tuve noticias directas de sus conversaciones con los otros propietarios de la industria pesada. Todo lo que supe sobre sus numerosas conversaciones con el general von Schleicher fué al través del Partido Nacionalsocialista. En el partido, estas entrevistas despertaron sospechas; se las consideraba como una traición hacia Adolf Hitler. Yo compartía abiertamente esta opinión.

Es imposible saber si el general Schleicher habría conseguido formar un Gabinete apoyado principalmente por los trabajadores alemanes; sus negociaciones con Strasser parecen haber sido muy favorables; incluso me han dicho que Schleicher contaba con el apoyo de una parte de los sindicatos socialdemócratas. Al parecer, su objetivo era separar a los sindicatos de los partidos, lo que en el caso del Partido Nacionalsocialista hubiera tenido como consecuencia inmediata la escisión de éste.

En aquella época envié a Rudolph Hess la copia de una carta que había dirigido al secretario de una empresa industrial renana, en la que expresaba mi opinión de que la manera en que Strasser trabajaba contra Hitler era despreciable. Hess me contestó con una carta muy cordial. Es por consiguiente tanto más incomprensible que el Partido Nacionalsocialista no me invitara a asistir a las reuniones antes mencionadas.

Hoy creo que probablemente hubiera sido mejor que las negociaciones de Strasser se hubieran visto coronadas por el éxito. Era principalmente Herr Krupp von Bohlen und Halbach quien entonces abogaba por un acercamiento entre Strasser y el general Schleicher. Sin duda tenía razón cuando —como ya he dicho antes— intentó persuadir al viejo Presidente von Hindenburg de que no designase a Hitler Canciller del Reich. Ya dije que esta enemistad por parte de Herr von Krupp hacia Hitler se desvaneció tan pronto como éste llegó al Poder. En efecto, después de ser nombrado Hitler Canciller, Herr von Krupp se convirtió en un supernazi. Hasta 1938 no me di cuenta de lo estrechamente ligado que se hallaba a los nacionalsocialistas. Por entonces se celebró una reunión de industriales en la casa de Geheimrat Bosch, director general de la I. G. Farben Industrie, la mayor empresa química alemana. Algunos de los industriales presentes criticaron severamente el proceder de Hitler. La

reunión era confidencial, y se mencionaron especialmente ciertos casos de corrupción monstruosa dentro del partido. Herr von Krupp se levantó, diciendo: "No puedo soportar estas acusaciones y abandono la reunión". Con frecuencia se celebraban reuniones similares entre los industriales.

De acuerdo con el carácter "social" de la política que intentaba realizar, el general von Schleicher sacó a la luz los llamados escándalos de la Osthilfe. La "Osthilfe" (Ayuda al Este, que se aplicaba especialmente en la vieja Prusia) fué una serie de medidas de ayuda financiera en gran escala para salvar las empresas agrícolas. Tuvo sus orígenes durante el Gobierno socialdemócrata de Hermann Müller y fué ampliada por el Gabinete Brüning. Parece ser que en el empleo de algunos de los fondos de la Osthilfe se habían dado casos de corrupción; sin embargo, comparadas con el gigantesco saqueo que hoy florece bajo el régimen nacionalsocialista, esas sumas resultan ridículas. Cuando el Reichstag nombró una Comisión Investigadora, se produjo una gran excitación entre los grandes terratenientes del Este del Elba. La excitación aumentó cuando el general von Schleicher amenazó con hacer pública la investigación, amenaza que dió por resultado crear contra él una violenta enemistad, compartida incluso por el Presidente von Hindenburg.

Herr von Papen aprovechó esta situación. Diputado del Reichstag por el Centro Católico, von Papen era visto con desagrado por un gran número de sus compañeros de partido, a causa de sus intrigas. En su juventud fué oficial de caballería en activo. Más tarde se casó con la hija de un riquísimo industrial de la región del Saar. Durante la Guerra Mundial de 1914-1918 fué agregado militar de la Embajada alemana en Washington. Su actividad como agregado militar le ha hecho conocido en todo el mundo. En efecto, uno de sus socios perdió en el Metro de Nueva York una carpeta de documentos, lo cual permitió al Gobierno de los Estados Unidos comprobar que una serie de peligrosos actos de sabotaje habían sido directamente instigados por el Gobierno del Reich y que el mismo von Papen había jugado un importante papel en su ejecución.

Por uno u otro motivo, Herr von Papen alimentaba un odio intenso contra el general Schleicher, a quien se proponía elimi-

nar de la Cancillería del Reich. Su candidato para ese puesto era Adolf Hitler. Prosiguiendo su plan, Herr von Papen organizó una entrevista entre Hitler y el banquero de Colonia von Schröder, primo del conocido banquero de Londres Barón Schröder. La entrevista tuvo lugar en Colonia en la casa de banca de Herr von Schröder. Se hallaba también presente Rudolph Hess.

Me enteré de esta entrevista mucho tiempo después de haberse celebrado. Parece ser que Hess, que al principio se oponía a mi amistad con Goering, no me puso al corriente, ni tampoco a Goering, que tal vez hubiera podido informarme si hubiera sido consultado sobre este asunto. En realidad, era siempre dudoso si Goering conocía o no un secreto, especialmente después de haber sido separado del Ministerio de Policía de Prusia. La actual intimidad entre Hitler y Goering data sólo de la gran matanza del 30 de junio de 1934, fecha en la que el Partido Nacionalsocialista fué depurado de todos los que no estaban conformes con el régimen.

Yo tengo la impresión de que Goering tuvo tanta parte de responsabilidad de esta matanza, que ya nunca se ha atrevido a oponerse al régimen. En todo caso, antes de ocurrir aquello, era mucho más independiente. Parece ser que, a causa de sus envidias personales, se ha hecho culpable de tantos crímenes, que ha caído enteramente en las garras de la Gestapo, que sabe demasiado sobre él. Desde entonces ha permanecido silencioso.

Como se sabe, von Papen tuvo éxito con sus intrigas. El 28 de enero de 1933 el general von Schleicher dimitía de la Cancillería, y el 30, el Canciller von Hindenburg designaba para ocupar ese puesto a Adolf Hitler. Yo estaba contento con el giro de los acontecimientos, sobre todo porque había oído que Alfred Hugenberg (a pesar de ser diputado nacionalalemán) formaba parte del Gobierno Hitler y había llevado consigo al Gabinete a un grupo de amigos de confianza. Además, Hugenberg había obtenido de Hitler la promesa formal, dada personalmente a von Hindenburg, de que en los cuatro años siguientes nada cambiaría en la composición del Gabinete ni en la distribución de los puestos fundamentales.

En todo caso, yo creí en aquel momento que la designación de Hitler como Canciller era simplemente una etapa transitoria

que conduciría a la restauración de la monarquía alemana. Mi opinión se apoyaba en los hechos siguientes: En septiembre de 1932 invité a cierto número de caballeros a mi casa para darles oportunidad de dirigir preguntas a Hitler. Hitler contestó a todas las preguntas que se le hicieron a la mayor satisfacción de todos los presentes. En aquella ocasión dijo, en términos claros e inequívocos, que él era simplemente "un puente para la monarquía". Se hallaban presentes los directores generales Kirdof y Vögler, así como otros grandes industriales. La actitud monárquica de Hitler en aquellos días ganó a su partido muchos adeptos entre los círculos industriales. También quiero recordar que, en el otoño de 1932, Goering hizo una visita, que duró una semana entera, al ex Kaiser Guillermo II, en Doorn. El hecho de que Hitler y Goering fueran invitados a comer por el Kronprinz parece demostrar que los mismos Hohenzollern tenían grandes esperanzas en aquella época. A decir verdad, Goering me dijo más tarde que, después de salir Hitler y él, el Kronprinz hizo varios comentarios despectivos en presencia de sus criados, que inmediatamente fueron a contárselos a los nazis. Se dice que esto puso fin a la amistad entre el Kronprinz y Hitler.

Pero esto no impidió que el Kronprinz asistiera en la primavera de 1933 al primero de los bailes que periódicamente organizaba Goering en la Opera. A un lado de la fila de palcos estaba Goering sentado con todo su séquito. Al otro lado, frente a ellos, se hallaba el Kronprinz haciendo tal ostentación, que algunos de los nazis se sintieron vejados. Pero otros no, y esto parecía indicar a la gente que los Hohenzollern tenían razones para mostrarse optimistas sobre sus esperanzas en los primeros días del régimen nazi.

Hoy me veo desgraciadamente forzado a admitir que también yo juzgué equivocadamente la situación política de aquella época. Pero al menos puedo proclamar que obraba de buena fé.

TERCERA PARTE

Mis experiencias con Hitler y el régimen nazi

CAPITULO I

INTENTOS DE COOPERACION

Esfuerzos para organizar el Sistema Corporativo. — Mi nombramiento de diputado al Reichstag y al Staatsrat Prusiano

REALMENTE yo nunca me he ocupado de política. No quería ser un político, porque creo que los industriales deben mantenerse fuera de la política. Es cierto que en varias ocasiones he influído en el desarrollo del proceso político, pero esto sucedió, bien por una cadena de circunstancias fortuitas, como en el caso del discurso de Hitler ante el Club Industrial de Dusseldorf, o bien en relación con asuntos puramente económicos, como en el caso de la lucha en el Ruhr y de la lucha contra el Plan Young. En aquellas ocasiones asumí la dirección porque disfrutaba de una cierta popularidad.

El caso de Hermann Rauschning fué diferente. Conocí a Rauschning proque venía con frecuencia a la región del Rin, y allí la gente consideraba conveniente su activa participación en las filas nacionalsocialistas. Nos era especialmente agradable el saber que un hombre tan sensato como Rauschning ocupaba el puesto de presidente del Senado de Dantzig, cuando el tacto

era tan necesario en la Sociedad de Naciones (*). Pero Rauschning no dijo a nadie en el Ruhr que su posición estaba en peligro. Ahora que he leído su segundo libro *La Voz de la Destrucción*, no comprendo por qué nunca habló de ello, por lo menos a ciertas personas. Aunque, después de mis experiencias, me inclino a pensar que esto no hubiera cambiado mucho las cosas.

Yo suponía que mis actividades en favor del Partido Nacionalsocialista seguirían siendo incidentales, como las que he descrito antes. Lo que me interesaba primordialmente era la manera en que había de organizarse la vida económica en el Estado nacionalsocialista, o como yo propugnaba, en colaboración entre los nacionalsocialistas y los nacionalistas alemanes. Era éste un problema de gran importancia, pues se trataba de decidir si el Estado había de dirigir la actividad general industrial y económica, o si no cuál sería el papel del Estado en relación con la vida económica.

A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX dominaba generalmente la idea, inspirada en Ricardo y en Adam Smith, de que el comercio debía ser absolutamente libre, y que la libertad de comercio estaba estrechamente ligada con la vida económica. Pero los liberales "vaciaron el baño con el niño dentro", con el resultado de que el Estado, contrariamente a lo que querían, ha ido asumiendo más y más control sobre el proceso económico e incluso se ha lanzado a los negocios por su propia cuenta. A mi juicio, el resultado de la intervención del Estado en los negocios ha sido malo en su conjunto. Los negocios se basan en la iniciativa privada, que se guía por el riesgo que ellos encierran, de una parte, y de otra, por las posibilidades de beneficio. Pero la función del Estado es administrar, y la administración es algo completamente distinto a la dirección de una empresa de negocios.

Incluso en la explotación de los ferrocarriles, que no puede dejarse por entero en manos privadas, los resultados bajo la propiedad del Estado no son en modo alguno tan brillantes

(*) *Nota del Editor.*—El Gobierno de la Ciudad Libre de Dantzig fué hasta 1939 nominalmente responsable ante la Sociedad de Naciones, representada por un Alto Comisario.

como generalmente se cree. Los ferrocarriles alemanes son un ejemplo de esto. Por lo que yo conozco de los ferrocarriles franceses, allí la explotación privada, a pesar de tener muchos inconvenientes, tiene a su favor muchos aspectos en que está más adelantada que en Alemania. Por ejemplo, Francia poseía más estaciones de carga mecanizadas, y el sistema francés de desvíos estaba mucho más mecanizado que el alemán. Como resultado de la propiedad del Gobierno, la explotación de nuestros ferrocarriles sufre una cierta falta de flexibilidad. En los altos empleados existe siempre una falta de sentido de la responsabilidad cuando no hay un propietario privado que pueda tomar decisiones a su propio riesgo, cosa que nunca puede realizar en la misma medida un funcionario.

Las Compañías de Gas y Energía Eléctrica se hallan en una situación similar. Probablemente las plantas eléctricas mejor dirigidas en la actualidad son las Empresas Eléctricas renano-westfalianas. Su dirección está en manos privadas, pero aquí tenemos una forma completamente nueva de organización de una empresa creada por iniciativa del último Hugo Stinnes. Una parte del capital en acciones se halla en manos de capitalistas privados y grupos económicos, y una parte en manos de las municipalidades o comunas que utilizan la energía eléctrica de estas plantas. Los representantes de las municipalidades y comunas tienen su puesto en el Consejo de Directores. El resultado de este sistema es que se produce una suerte de lucha entre los intereses económicos privados de una parte y los intereses comunales de las ciudades y aldeas por otra, pero sólo cuando estos intereses son opuestos entre sí, y su objetivo es precisamente asegurar que los intereses económicos privados no puedan perjudicar a la comunidad. La supervisión definitiva está, desde luego, en manos del Gobierno, por lo menos mientras tengamos un sistema económico en el que el Estado no haya tomado en sus manos absolutamente todas las empresas privadas.

Esta es, en efecto, la idea fundamental del New-Deal, del Presidente Roosevelt. Este quiere armonizar los intereses privados de los Estados Unidos con los intereses generales del pueblo. Del mismo modo que el Estado impide que la gente robe, lo mismo

deberá impedir que las empresas privadas exploten y perjudiquen al público.

Esto trae evidentemente consigo la necesidad de impedir que la industria realice cosas que, a la larga, son perjudiciales para ella misma. Citaré un solo ejemplo. La construcción de las autopistas alemanas —carreteras estratégicas— empujaron a muchos industriales a la construcción de fábricas de cemento. Aquí tenemos un caso en que el Estado debiera haber previsto que esto no iba ni en interés de los negocios en general ni en interés de los trabajadores, pues la construcción incluso del más gigantesco sistema de carreteras tiene que llegar a su fin un día u otro, y entonces no queda otro remedio que cerrar todas esas fábricas de cemento si se quiere impedir la superproducción de este material. Es éste un problema extraordinariamente difícil, pues en cuanto el Estado mismo se lanza a los negocios, ya no es un árbitro desinteresado: se ha convertido en un negociante más, con sus propios intereses.

Esto sucede, por ejemplo, con la empresa Hermann Goering, de la cual hablaré más adelante. Siendo propiedad del Estado, ha determinado que el Reich realice sus funciones de árbitro con marcada parcialidad.

Como compromiso que podría conciliar todos los intereses yo he imaginado siempre un sistema que reconozca el principio del beneficio industrial privado, pero que, al mismo tiempo, establezca una constitución corporativa para regular la industria y los negocios. Esto podría asegurar la separación de la política y los negocios, y daría a éstos, tanto para las empresas privadas como para las de propiedad del Estado, una administración autónoma, por encima de la cual estaría el Estado como moderador en la lucha de intereses y como defensor de la comunidad. La creación de un sistema corporativo es también necesaria para asegurar un contacto permanente con los trabajadores. Por ejemplo, yo he tenido mucho menos contacto con mis trabajadores que se tenía en tiempos de mi padre, y esto, sin duda alguna puede aplicarse para todos los grandes patronos industriales de esta era mecanizada.

Mi padre, August Thyssen, que murió a edad muy avanzada, estaba totalmente absorbido por su trabajo en la factoría que

él creó y era muy querido por sus trabajadores. Era un jefe que trabajaba duramente, y que, al mismo tiempo, había conservado su sencilla manera de vivir. En cuanto tenía media hora libre iba a los talleres y hablaba con sus hombres. Pero esto no hizo cambiar sus viejas ideas, que defendió hasta su muerte. Creía, como Adam Smith, que los salarios de los obreros debían disminuirse cuando los precios bajaban y los negocios marchaban mal, pero no creía esto porque quisiera sacar provecho de ello a costa de sus obreros, sino porque pensaba que era ésta la base sana para desarrollar sus fábricas y un buen sistema para permitirle emplear más trabajadores.

August Thyssen comenzó con una fábrica muy pequeña. Fué en 1873, el año en que yo nací. Vine al mundo en una modesta casita cercana a la fábrica. Toda la propiedad era muy pequeña —lo justo para acomodar el primer taller—. Mi padre dirigía la fábrica, llevaba los libros y era su propio viajante de comercio. En una palabra, lo hacía todo él mismo. Lo mismo sucedía en los primeros tiempos de Krupp.

No he tenido tanto tiempo como mi padre para ocuparme yo mismo de los trabajadores, aunque he aprovechado todas las oportunidades que se me han presentado para ello. Pero quizás no he tenido las condiciones de mi padre para hablar con ellos; el hecho es que no he gozado de su confianza en el mismo grado. Por este motivo, aunque no hubiera otro, yo deseaba instaurar el sistema corporativo para establecer el contacto con los representantes designados por los trabajadores, que habrían de tener su puesto en el Consejo de Estado para discutir problemas económicos, de salarios, cuestiones de exportación y otras similares. Yo tengo la firme convicción de que un obrero puede incluso aceptar una rebaja de salario si está persuadido de que está justificada, pero considera imposible la "participación" de los trabajadores en los negocios. Desde el momento en que llegaran a ser copropietarios, la empresa privada habría de ser dirigida como un servicio público, y las empresas industriales exigen una dirección individual. Un negocio no puede ser administrado como el Estado.

Naturalmente, un fabricante puede explicar a sus trabajadores por qué dirige los negocios de la manera que él juzga conve-

trabajadores —decía— no siguen a Strasser, siguen a Hitler y a Ley".

Con objeto de contrarrestar la lucha de Ley contra el sistema corporativo, presenté a Hitler una queja contra él. Le dije que, en todo caso, Ley no era el hombre adecuado para el puesto que ocupaba. Hitler se puso fuera de sí y me desafió a que se lo probase. Yo se lo demostré, o, al menos, creí que lo había demostrado, pero no ocurrió nada.

Como ya he recalcado, en sentido general, yo no era íntimo de Hitler. Sin embargo, pude discutir con él, en diversas ocasiones, el sistema corporativo. Yo iba a Berlín con frecuencia, y una vez hablamos del asunto mientras le conducía por una de mis minas. Por cierto que en aquella ocasión surgió también otra conversación, principalmente la entrevista que Hitler había tenido con el director de orquesta Wilhelm Furtwängler. Hitler me contó que había enviado a buscar a Furtwängler y le dijo que no podría seguir ejecutando obras de compositores judíos, pues aquello era tan intolerable como si él —Hitler— fuera a enamorarse de una linda judía. Yo me eché a reír para mis adentros, pues siempre que Hitler se acercaba a una mujer daba la casualidad que la mujer en quien fijaba su atención era judía.

Los nazis no sólo me nombraron diputado al Reichstag, sino que, además, Goering, como Primer Ministro de Prusia, me designó Consejero de Estado vitalicio. Excepto el Mariscal de Campo von Mackensen y el almirante de la flota von Raeder, sólo había dos o tres personas en el partido que fueran Consejeros de Estado vitalicios. Se consideraba esto, por consiguiente, como un honor especial. Asistí a cinco sesiones del Consejo de Estado, que no fueron malas, pero un día Goering me dijo: "No puedo continuar estas sesiones a puertas cerradas como yo hubiera deseado, porque he visto a monseñor Berning, obispo de Osnabrück, tomando notas". En efecto, después de celebrarse cuatro sesiones más, todo cambió. Ya no se escuchaban las mociones de los miembros; a partir de entonces, los poderosos Consejeros de Estado eran tratados como colegiales a quienes se diera un curso elemental de nacionalsocialismo.

Una vez se llegó a permitir que en este Consejo de Estado prusiano diese una conferencia el doctor Julius Streicher, editor del libelo antisemita "Der Stürmer". Streicher no era ni siquiera prusiano, sino franconiano, de Nuremberg. Habló de la ley, relató algunas cosas que le habían sucedido recientemente: había sido acusado en cierta ocasión bajo el Gobierno republicano y no había sido tratado imparcialmente —lo que por mi parte no pongo en duda—. Pero ésa no era una razón para que un "hombre de Estado" dijera que había que abolir la ley. Y, sin embargo, ése fué el significado inequívoco de su discurso. Es muy significativo que la monstruosa idea que acababa de ser expresada no provocara siquiera una discusión.

Pero pronto, tanto el Consejo de Estado como el sistema corporativo fueron relegados al olvido. Desde su punto de vista, Ley logró una victoria rotunda. Es decir, en lo que a Ley se refiere, porque el sistema corporativo habría hecho imposible la corrupción que ha permitido a Ley su creación personal: el Frente del Trabajo.

Fuí un loco al creer que las intenciones de Adolf Hitler eran sinceras.

NOTA DEL EDITOR N. A.

El sistema corporativo de economía (Ständische Wirtschaftsordnung) no es, como pudiera desprenderse del relato de Thyssen, una creación del profesor Othmar Spann. Lo que pudiéramos llamar organizaciones corporativa existían en la Europa medieval en varias ramas de la economía nacional. Se recordará que todos los Gobiernos parlamentarios tuvieron un origen similar. Los príncipes reinantes, siempre que necesitaban grandes sumas de dinero, reunían a los representantes de los diversos estamentos, "Estados" (en alemán Stände), esto es, grupos sociales, económicos y profesionales, para hacer que votaran la concesión de estas sumas de dinero. Estos estamentos constaban de: a) la nobleza; b) el clero; y c) los burgueses (comerciantes de las ciudades). La lucha para conseguir que los trabajadores y campesinos fueran reconocidos como un "cuarto estamento" es familiar desde la historia de la Revolución Francesa.

Estos estamentos no eran creaciones artificiales, sino que se habían desarrollado de una manera completamente natural como

resultado de la actividad económica. Los terratenientes nobles, así como los burgueses, se habían organizado en asociaciones, y las decisiones tomadas por sus representantes facilitaban la recaudación de los impuestos. Aunque al "tercer Estado", es decir, al de los burgueses, le fué concedido por primera vez el lugar a que tenía derecho durante la Revolución Francesa, y en las luchas parlamentarias inglesas, hacía tiempo que el poder económico de los burgueses, o sea las clases ciudadanas, había sobrepasado con mucho su poder político.

Hasta los artesanos de la Edad Media habían formado grupos por oficios, o gremios, de acuerdo con sus distintas actividades. Cada uno de estos grupos dictaba las disposiciones que reguleban su propia actividad en una especie de administración autónoma.

La influencia de esta autonomía económica no se limitó desde luego a los asuntos económicos, sino que se extendió a la vida pública y particularmente a la moral pública. En general, la tendencia de estos gremios era asegurar a cada uno de sus miembros el mayor bienestar posible. Esto se hizo cada vez más difícil a medida que la economía desbordaba de las trabas medievales y se desarrollaba en la dirección del libre capitalismo. Las organizaciones por oficios —gremios y similares—, que en la Edad Media podían proteger fácilmente el bienestar de los ciudadanos artesanos, fueron eventualmente obligadas a tomar medidas para impedir una competencia desleal, tanto en la venta de artículos producidos como en el mercado de trabajo. Estas medidas no se adaptaron por mucho tiempo al moderno sistema de vida que la economía nacional había desarrollado a lo largo de los siglos.

Los rasgos negativos del sistema supercapitalista, que empezó a florecer a partir del siglo XIX, han sido ampliamente criticados y atacados por muchos reformadores. De un lado se encuentran los grupos socialistas, que desean transformar el sistema capitalista en una economía colectiva. Del otro tenemos los reformadores sociales burgueses, que desean un mayor grado de justicia social y una división más equitativa de la riqueza nacional, pero que reconocen el derecho del sistema capitalista a la existencia. Pero hay también una tercera clase de gentes, especialmente activas en Alemania, que se empeñan en volver a una economía

no capitalista, en la que no existía competencia: en otras palabras, la vuelta a las condiciones medievales. Piden el establecimiento de un sistema económico. Ständische (es decir, vocacional o, como ya se dice internacionalmente, "corporativo") que, sin embargo, nunca han sido capaces de definir muy claramente. Consideran la libertad económica de los tiempos modernos como la raíz de todos los males, y piden el retorno a una economía "atada" (organizada en grupos). Esto, a su entender, produciría un tipo de hombre que sería austero, interiormente bien equilibrado y de la más estricta honestidad.

Los defensores de estas teorías en el siglo XIX fueron los literatos de la Escuela Romántica. El más notable de ellos fué indudablemente Adam von Müller. Una parte del clero católico de Alemania y de Austria se sumó a este movimiento, y más recientemente, Othmar Spann, profesor austríaco de Economía Nacional, desarrolló un sistema vocacional dentro del marco de su teoría del "Universalismo económico". En los comienzos del movimiento nacionalsocialista, muchos miembros del partido participaban abiertamente de las ideas de Spann.

En relación con esto, se puede mencionar que en 1919, durante la revolución democrática alemana que siguió al desenlace de la Gran Guerra, se intentó organizar un sistema modernizado de grupos económicos, inspirado en el sistema soviético de los bolcheviques. En el II Congreso de los Consejos de Obreros y Soldados que se celebró en ese año, fué aprobada una proposición con los votos de los delegados de varias tendencias socialistas. Ese plan establecía una organización horizontal de todas las distintas ramas de la vida económica. El consejo directivo de cada rama del comercio o de la industria estaba formado por un número igual de delegados de los patronos y de los obreros. Este consejo electo tenía el deber de asegurar que cada rama industrial o comercial fuese dirigida de modo que lograra la mayor producción posible. El núcleo dirigente de los grupos comerciales tenía plenos poderes para sus actividades.

Los trabajadores designados para los núcleos dirigentes deberían ser elegidos de entre los miembros de los llamados Consejos de Producción, designados dentro de cada establecimiento industrial o negocio. (Estos eran independientes de los llamados

Consejos Obreros, que continuaban siendo los representantes de los sindicatos obreros, con el fin de proteger los intereses sociales de los trabajadores). Los Consejos de Producción tenían como tarea el incremento de la producción, de acuerdo con los patronos; además, tenían como misión impulsar en el seno de los trabajadores las medidas conducentes a conservar el valor del establecimiento (base de la existencia de los trabajadores), incluso si ello exigía un sacrificio temporal por parte de los trabajadores.

El plan proyectaba también el establecimiento de un parlamento económico del Reich, en el cual los representantes de todas las ramas organizadas de la industria se reunieran para formar el supremo organismo corporativo económico del país, con poderes autónomos. Los creadores de esta constitución económica (si se quiere, síntesis del sistema socialista y del tradicional sistema corporativo) intentaron en el Segundo Congreso de los Consejos de Obreros y Soldados que fuera incorporada a la Constitución republicana del Reich. Pero el Gobierno socialdemócrata, que se hallaba entonces en el poder, consideró que esta proposición significaba una concesión de gran alcance a las ideas de Moscú. Sólo una parte de la proposición, principalmente el supremo parlamento económico, fué incorporada a la Constitución bajo el nombre de Consejo Económico del Reich (Reichswirtschaftsrat). Este Consejo tiene sólo poderes consultivos, como supremo organismo de expertos de la economía alemana, pero hasta la llegada al poder de los nacionalsocialistas jugó un papel considerable.

CAPITULO II

LA ECONOMIA NAZI DESPUES DEL PERIODO DE TRANSICION

De Schacht a Funk, y la victoria de los políticos nazis sobre los expertos económicos.

AUNQUE había fracasado en mi empeño de crear un sistema corporativo (Ständische Wirtschaftsordnung), y establecer de este modo la economía alemana sobre bases sanas, no deseché al principio toda esperanza sobre una dirección racional de la economía. El Consejo de Estado me parecía que funcionaba perfectamente al comienzo y Franz von Papen, que permaneció como vicecanciller hasta 1934, hizo unos pocos discursos enteramente sensatos. En especial, fuí favorablemente impresionado por el gran discurso que hizo en Marburg, a fines de 1933. Parecía que deseaba el reforzamiento de la influencia de los elementos conservadores que había llevado al Poder junto con Hitler.

Le felicité por su discurso y tuve la impresión de que él mismo creía haber hecho una gran cosa con haberlo pronunciado. Muchos lo interpretaron entonces como una advertencia a los nacionalsocialistas para que no abusasen de su poder.

Pero pronto me dí cuenta de que un grupo de nacionalsocialistas, encabezados por Goebbels y Ley, estaban en desacuerdo con von Papen. El Ministro de Propaganda Goebbels hizo cuanto pudo por evitar que el discurso fuera conocido ampliamente por el público. Acaso fué esto lo que hizo pensar a mucha gente que todo había sido arreglado de antemano entre von Papen y Goebbels. Esto significaría que von Papen quiso adormecer a los hombres de negocio alemanes, dándoles una sensación de seguridad con su discurso, con la presunción de que sólo sería conocido por los que estaban presentes en Marburg. En tal caso, estaría al corriente del plan de ocultar su discurso a las amplias masas del pueblo y a la mayor parte de los pequeños hombres de negocios. Por redomado pícaro que fuera Herr von Papen, yo no puedo creer que desde el primer momento lo hubiera basado todo en el engaño.

Con la experiencia que ahora tengo, he llegado a la convicción de que la política y los negocios deben ser realizados por dos clases de gentes enteramente distintas. Y es que realmente las dos cosas son completamente diferentes. Es cierto que Bismarck decía que un político debería ser honesto, de donde se deduce que un político puede ser honesto. Yo no sé si esto será posible. Lo único que sé es que los hombres de negocios son mucho más aficionados a decirse unos a otros las verdades que los políticos. Yo recuerdo que, durante las conferencias del Cartel Internacional del Acero, nosotros hemos dicho siempre toda la verdad a nuestros colegas franceses, belgas e ingleses; de esta manera conseguimos distribuirnos las esferas internacionales de influencia en una forma satisfactoria para todas las partes.

Los nacionalsocialistas nunca han tenido un verdadero plan económico. Entre ellos, unos eran enteramente reaccionarios, otros abogaban por un sistema corporativo, otros sostenían los puntos de vista de la extrema izquierda. A mi juicio, Hitler ha fracasado porque ha considerado como una gran habilidad el asentir a la opinión de todo el mundo.

Como mostraré en el capítulo siguiente, la naturaleza de la economía nacionalsocialista actual había de llevar necesariamente a la guerra. Y como demostraré más tarde, llevará también a la economía alemana a una completa bancarrota.

Hitler tuvo una oportunidad sin precedentes, tal como jamás le había sido ofrecida tan fácilmente a otra hombre, para crear algo completamente nuevo. Sin embargo, a pesar de que no conoce absolutamente nada en materia de economía, nunca ha escuchado con atención a sus consejeros económicos. Es impulsivo y siempre sigue su última impresión, pero carece de energía. Su perpetuo tormento ha sido siempre alcanzar el Poder para sí mismo. Por añadidura, cree que sólo él es un gran hombre y todos los demás mediocridades.

Lo que contemplamos hoy en la política alemana, tanto como en la economía de Alemania, es una manifestación del espíritu prusiano. Se podrá objetar que Hitler no es prusiano, sino austríaco. La única respuesta a esto es que los que le rodean son todas prusianos, y prusianos en el peor sentido posible. En efecto, los que le rodean son todos cabos. Es necesario conocer bien la historia de Prusia para hacerse una idea de lo que realmente significa un cabo prusiano. Significa trasplantar el patio del cuartel al campo de la política y de la economía. Cuando llegan al cuartel nuevos reclutas, comienzan habitualmente su nueva carrera recibiendo unos bastonazos, por vía de ilustración sobre el significado de la disciplina militar y el respeto que deben a los que están haciendo ya su segundo período de servicio. Esto no significa necesariamente una brutalidad particular, sino simplemente la continuación de una tradición que viene de los días en que el ejército de Prusia no estaba formado de soldados del país, sino de soldados mercenarios, a los cuales había que imponer respeto desde el primer momento.

En consecuencia, el conjunto de la población es oprimido por medio del terror, incluso aunque no haya sido culpable de cosa alguna. ¡La gente debe comprender lo que le espera, si alguna vez se toma alguna libertad! He aquí por qué en Alemania nadie se atreve a criticar nada.

En los primeros días del régimen fué creado un Supremo Consejo Económico. Si al menos hubiéramos conseguido mantenerlo con vida, un considerable número de industriales influyentes podrían haber expresado sin restricciones sus puntos de vista en el Consejo; y quizás habría sido, después de todo, más difícil obrar contra su opinión sin hacer ruido. Pero el Supremo

Consejo no celebró más que una sesión; nunca fué convocado de nuevo.

La administración de la economía alemana fué distribuída ulteriormente entre los diferentes grupos profesionales (Reichstände). Estos grupos profesionales y económicos ejercen una gran influencia. Pero están bajo la dirección de hombres que son, o nacionalsocialistas, o enteramente subordinados a los nacionalsocialistas. A la cabeza del Grupo Nacional de los industriales se encuentra Herr Krupp von Bohlen und Halbach. Ya he relatado lo bien que juega el papel de un supernazi. Entre los altos funcionarios del grupo de los industriales estuvo también durante algún tiempo Geheimrat Kastl, que había sido uno de los dirigentes de la antigua Asociación Nacional de las Industrias Alemanas. Kastl era judío. Sufrió muchas vejaciones por este motivo, pero hoy es nuevamente un abogado de mucho prestigio en Munich. Porque todo es posible con los nazis. Son capaces de dar mañana su apoyo a los judíos que expulsaron ayer.

Goering mismo me contó una vez la gran disputa que había tenido a causa de uno de sus colaboradores que, se decía, era de origen judío. No era otro que el actual jefe de la fuerza aérea, general Milch. Goering me dijo que había invitado a su casa a todos los que habían comenzado la disputa, y les había dirigido un vibrante discurso; al final les había declarado: "Yo mismo decido quién es judío y quién no lo es, y no hay más que hablar". Pero, a pesar de esta declaración, el hecho es que Milch tiene sangre judía. Sin embargo, se ha declarado sencillamente que su madre, que no es judía, le concibió fuera de su matrimonio. He aquí un ejemplo típico de cómo se resuelven las cosas en Alemania cuando no se encuentra otra salida. Gracias a un supuesto adulterio de la madre, la gente es presentada como aria cien por ciento . . .

A pesar de mi poca debilidad por la política, al principio del régimen intenté en varias ocasiones intervenir políticamente cuando lo creí necesario. Pero un simple industrial no puede hacer realmente nada en Alemania. Un hombre eminente me dijo en cierta ocasión que le sorprendía que no me hubiese encedido todavía nada, a pesar de haber expresado mis opiniones tan abiertamente. Otra personalidad influyente, que hizo varios intentos para protestar contra el régimen —y en circunstancias peligrosas—, me dijo confidencialmente que siempre llevaba veneno consigo. Este hombre no quiere, si el caso llegara, cargar al régimen nacionalsocialista con el crimen de asesinarlo a su avanzada edad. En una palabra, la situación en Alemania ha llegado a ser la misma que en Rusia. Lo mismo que la GPU gobierna en Rusia, así la Gestapo gobierna en Alemania.

Es un peligroso juego el que está jugando Himmler, jefe supremo de la Gestapo, y junto a él Heydrich, al acostumbrarse a operar en la noche, a pesar de que su poder oficial es muy grande. Ha llegado al extremo en que el propio Hitler teme a la Gestapo. Estos bergantes saben cómo sacar provecho de esto. Constantemente le están diciendo que deben protegerle, y le protegen tan bien que casi es su prisionero. Porqué, efectivamente, Hitler no es todo lo que parece. No es un valiente como Goering, sino que teme continuamente por su propia seguridad. Lo que la Gestapo hace para "protegerle" cuando se pone a ello está por encima de todo lo que pueda imaginarse.

Hjalmar Schacht, mientras fué presidente del Reichsbank y Ministro de Economía, ejercía una influencia relativamente grande, pero no era el hombre que podía haber colocado la economía alemana sobre bases firmes. En realidad, no es un economista, sino un técnico financiero. Por consiguiente, no sólo ha tolerado la sustitución de la exportación normal por el intercambio, sino que, con fines de propaganda, ha presentado esto como una gran conquista. Y, sin embargo, la exportación es una de las grandes necesidades de Alemania.

Mi padre, August Thyssen, pasó toda su vida trabajando por hallar y conservar mercados de exportación para sus empresas. Yo estoy completamente de acuerdo con él en que el mantenimiento de un comercio de exportación alemán suficiente sería la única base sana para el bienestar del país. La limitación de los mercados de exportación a la Europa sudoriental se basa en fundamentos dudosos que no tienen nada que ver con los intereses comerciales. La consigna de que 80 millones de seres "necesitan espacio" está enteramente fuera de lugar. Corresponde a la idea de los legionarios romanos cuando querían ser

recompensados por sus servicios con tierras de los territorios conquistados. Una nación de 80 millones de habitantes necesita un mercado de exportación que le permita vivir en su suelo, pero no necesita nuevo espacio como en las épocas de las grandes migraciones.

Ni siquiera todas las cosas que el doctor Schacht hizo en el campo financiero estuvieron bien hechas. Como quien no quiere la cosa, ha sacado al pueblo alemán sus últimos ahorros. Fué él quien inventó aquellas falsas letras de cambio con las que se pagaba a los fabricantes de armamentos, letras que sus Bancos se veían obligados a aceptar. Los Bancos daban aquellas letras al Reichsbank para obtener dinero con que pagar a sus clientes. La facultad del Reichsbank para descontar estas letras era el único valor que éstas tenían. Nadie sabe lo que ocurrirá después de esta guerra a los que tienen depositados sus ahorros en los Bancos. La única solución posible que yo veo es tratar por separado con aquellos cuyos ahorros no exceden de 10.000 marcos; para el resto, seguramente no quedará nada.

Infinitamente peor que el doctor Schacht es su sucesor en la presidencia del Reichsbank y en el Ministerio de Economía, el doctor Funk, antiguo periodista que trabajaba en el *Berliner Boersen-Zeitung*, ciego partidario del nacionalsocialismo, que realiza una política económica completamente reaccionaria.

El día en que el doctor Schacht fué virtualmente depuesto de su cargo se celebró una reunión del Consejo Central de Administración del Reichsbank, a la que fuí invitado por el doctor Funk. Al principio no tenía deseos de ir, pero luego pensé que la sesión podría resultar interesante en algunos aspectos. Mi primer pensamiento, una vez decidido a asistir a la reunión, fué decir algo en alabanza del doctor Schacht. Se hallaban presentes muchos reporteros de diarios, y se dirigieron una serie de panegíricos al doctor Funk. Nadie se molestó en dedicar una sola palabra a Schacht. Al fin yo también pensé que sería mejor callarse.

La reunión no fué seguida de la simple *Bierabend* (o "tarde de cerveza"), que era tradicional después de las reuniones del Consejo Central de Administración del Reichsbank, mientras estuvo en activo el doctor Schacht, sino de una comida fenomenal, con champaña y toda clase de manjares. Una vez terminada la comida, el doctor Funk me preguntó qué pensaba yo de sus nuevos métodos financieros. Lo que él había hecho era sustituir el pago por adelantado por medio de las falsas letras del doctor Schacht, por un nuevo método, que consistía en que los fabricantes de armamentos recibían acuses de recibo oficiales de sus mercancías solamente después que éstas habían sido entregadas. Estos certificados de entrega podían negociarse sólo con gran dificultad. Yo le dije al doctor Funk que todo esto era un simple revoco que no resistiría mucho tiempo. Aparte de esto estuve silencioso y me senté en un rincón apartado. Sin embargo, pronto se acercaron a mi mesa varios caballeros a pedirme mi opinión. Yo no dije nada y me limité a dejarles hablar.

En esta ocasión pude observar cómo todos los industriales y banqueros que se hallaban presentes en la reunión habían cambiado de pensamiento. Un caballero que había alabado particularmente al doctor Funk en aquella ocasión, se me acercó más tarde para charlar conmigo. Descubrí en él una completa falta de carácter. Antes, todos los que entendían algo de negocios solían decir: "Mientras el doctor Schacht esté allí, hay esperanzas". Pero todo eso se había olvidado.

CAPITULO III

LA CACAREADA ECONOMIA NAZI

El camino hacia la bancarrota nacional

HITLER y los líderes nazis se jactan de haber liberado al pueblo alemán de la miseria, reconstruyendo su economía y asegurando trabajo para todos. Cuando Hitler llegó al poder, Alemania contaba con 6 a 7 millones de desocupados. Había una crisis económica terrible y era necesario detener un movimiento que hubiera conducido a Alemania a una espantosa miseria tanto económica como moral.

Pero el llamado restablecimiento económico del régimen nazi no es más que una cortina. En realidad, Hitler no ha creado riqueza alguna, sino que ha agotado todos los recursos de Alemania. Ha derrochado los ingresos públicos y robado los ahorros del pueblo. La estructura económica del régimen en su conjunto se desmorona hoy con el esfuerzo de la guerra. La verdad es que Hitler recurrió a la guerra porque a pesar de su ignorancia sentía que antes de mucho sus métodos económicos llevarían a la inflación y a la ruina total del país.

Asistí de cerca a todos los esfuerzos que los nazis han hecho en el campo económico. Nunca he tenido la impresión de que

los líderes se hubieran fijado un plan, ni siquiera que estuvieran animados por un oportunismo circunspecto que tuviera como objetivo la reconstrucción de la economía alemana. Por el contrario, se veía claramente que lo que buscaban era obtener resultados inmediatos con fines de propaganda. Sus ideas eran a veces grandiosas, pero casi siempre incoherentes. De hecho, todas las ideas económicas del régimen se han limitado a la construcción de autopistas militares, a suntuosos proyectos arquitectónicos y al rearme.

¿Por qué apenas subió al poder concibió Hitler el proyecto de construir una red de gigantescas autopistas? Había pocos automóviles en Alemania, pero, además, las carreteras existentes eran suficientes en casi todas las regiones del país. Yo sugerí en aquella época que se electrificaran todos los ferrocarriles alemanes. Esto hubiera dado trabajo a las industrias mecánicas y hubiera empleado varios miles de trabajadores calificados. Además, eran indiscutibles las ventajas económicas de la empresa.

Pero Hitler, sin atreverse a confesarlo, se inspira en el ejemplo de Napoleón. Esto le hace pensar en proyectos tales como el replaneamiento y transformación de ciudades como Berlín, Munich y Hamburgo. Quiere que se hable de "las autopistas de Adolf Hitler", como se hablaba de las carreteras de Napoleón. Es cierto que estas autopistas son importantes, pues facilitan una rápida comunicación para largas distancias. Algunas de ellas son espléndidas carreteras de turismo. Otras satisfacen incluso necesidades económicas. Pero la red construída o proyectada en los años anteriores a la guerra no tiene ningún fundamento serio. Los viajeros que han recorrido las carreteras alemanas antes de la guerra han tenido la oportunidad de observar que éstas eran más que suficientes para el volumen del tránsito de automóviles. Con pequeñas excepciones, hubiera sido menos costoso reconstruir la red de carreteras ya existente. Esto hubiera costado probablemente uno o dos billones de marcos, en vez de los ocho billones empleados en las "autopistas Adolf Hitler".

La primera autopista contruída fué una carretera de turismo desde Munich hasta la frontera austríaca. Esta fué la "Carretera del Führer", construída especialmente para él. Luego fué construída, con gran apresuramiento, la carretera de Berlín a Munich. El ingeniero encargado de la construcción, ansioso de congraciarse los favores del Führer estaba impaciente por verle marchar desde su finca en los Alpes Bávaros hasta Berlín, sin abandonar la carretera.

Pero mostró menos impaciencia en la construcción de la carretera que había de unir a las ciudades industriales del Ruhr, o la carretera arterial que va de Hamburgo a Berlín. Se descuidaron incluso las necesidades militares. Por ejemplo, al Oeste del Rin no hay carreteras. Cuando la guerra estalló, acababa de empezarse una carretera a Aquisgrán. Por otro lado, los jefes militares se han mostrado siempre escépticos sobre el valor militar de las carreteras. Son éstas anchas cintas que atraviesan el campo en línea recta y pueden así guiar a la aviación enemiga mucho mejor que el curso caprichoso de los ríos. Además, son en extremo vulnerables a los raids aéreos a causa de las innumerables obras de ingeniería que el camino tiene en su recorrido. Con un solo puente que se destruya, puede obstruirse la carretera durante cientos de kilómetros, porque los empalmes con el resto del sistema son escasos y a menudo mal proyectados.

En la construcción de caminos, como en todo lo que hace, Hitler no procede de acuerdo con un plan. Quiso crear inmediatamente algo que causara la admiración de las gentes. Desde luego, la construcción de las carreteras era una de sus manías favoritas. Ya el 1º de mayo de 1933 anunció su programa con motivo de la primera fiesta del trabajo nacionalsocialista, añadiendo que aplastaría toda oposición a ese plan. Dos meses después obligaba al Gobierno a empezar los trabajos. Entre los partidarios de los nazis que no tenían un céntimo y estaban muertos de hambre empezaron inmediatamente las críticas en voz baja: "Hacen carreteras para los ricos —decían—, son los ricos los que tienen auto. Los trabajadores nunca se beneficiarán con las carreteras". En efecto, las carreteras han sido principalmente útiles a los líderes del partido, que tienen todos lujosos automóviles adquiridos por los métodos que describo en el capítulo siguiente.

Para mitigar el descontento, Hitler concibió una nueva idea.

Todo alemán debía poseer su propio auto. Pidió a la industria que diseñara un modelo de coche popular que se construiría a un precio tan bajo, que millones de personas podrían adquirirlo. Se ha hablado del *Volkswagen* —coche popular— durante los últimos cinco años, pero nunca se ha visto en el mercado. "Estos coches se construirán para las nuevas carreteras", decían los propagandistas del partido. "Toda una familia podrá viajar en uno de ellos a cien kilómetros por hora. Es el coche del Führer para las carreteras del Führer". Los jefes del partido dicen que las carreteras se construyeron para el coche popular, pero el coche popular es una de las más fantásticas ideas de los nazis. Alemania no es como los Estados Unidos. Los salarios son bajos, la gasolina es cara. Los trabajadores alemanes nunca soñaron con comprar un auto: no podrían sostenerlo. Para ellos es un lujo. Si los pretenciosos sueños nazis se hubieran convertido en realidad, ¿de dónde hubieran sacado los millones de toneladas de gasolina necesaria?

Pero el coche popular nunca vió la luz del día. El doctor Ley se había embolsado varios millones de marcos producto de los plazos pagados por anticipado cuando llegó la guerra. Y ahora hay asuntos más importantes que la fabricación del coche popular.

Hitler no sabe nada de cuestiones económicas. Se deja llevar por nociones que él cree comprender y que no tienen el menor sentido. Un día el "gran economista" del partido, Bernard Köller, pronunció en su presencia, con énfasis, la frase: "El trabajo es el capital". Esto no significa absolutamente nada, pero Hitler ha repetido esta tontería, parafraseándola de diversos modos, por lo menos en veinte discursos. Lo desgraciado del caso fué que la consigna se puso en práctica y hubo gentes en Alemania que se pusieron a hacer las cosas más disparatadas, ya que "¡el trabajo es el capital!".

Un día el doctor Schacht, cansado de toda esta agitación inútil y costosa de los economistas del partido, declaró públicamente que era absurdo desde el punto de vista económico construir pirámides para dar trabajo a los desocupados. Todo el mundo comprendió lo que quería decir. A través de sus palabras atacaba la construcción de carreteras que costaban billones, y de las que la propaganda oficial decía que serían el monumento futuro a la gloria imperecedera del Führer y del régimen, Con las mismas palabras, el doctor Schacht denunciaba la manía de construcción de que se hallaban poseídos todos los líderes nazis, desde Hitler hasta el último burgomaestre.

Sus críticas causaron sensación. Hitler se sintió atacado personalmente, y en su discurso del 1º de mayo exclamó: "Los hombres que hace varios miles de años impusieron a su pueblo la tarea de construir pirámides sabían muy bien lo que querían. Al construir estos monumentos gigantescos, escribieron cuatro mil años de historia". Era ésta una paráfrasis al estilo nazi de la arenga de Bonaparte a los soldados del ejército de Egipto: "Desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan". Porque Hitler se considera un Faraón. Sus grotescas palabras dan idea de su comprensión de los asuntos económicos.

Todas estas fórmulas ampulosas, por el estilo de "el trabajo es el capital", han contribuído a la ruina de la economía alemana. Como eran repetidas incesantemente, gentes que podrían creerse sensatas han terminado creyendo también en ellas. Durante un viaje al Brasil, el propio embajador Ritter me decía: "El trabajo es el capital". Quedé anonadado. Este había sido durante años jefe de la sección económica del Ministerio de Negocios Extranjeros. ¿Cómo podía hacerse eco de semejante tontería?

El efecto de estas frases sin sentido ha resultado ser desastroso. Todo el mundo empezó a construir para hacer algo. En Dusseldorf, tres altos funcionarios nazis tenían cada uno su propio proyecto: el uno quería construir una gran sala de reuniones con capacidad para 20.000 personas; el otro, un Ayuntamiento; el tercero, un teatro. De los tres proyectos, el más sensato y el más justificado hasta cierto punto era el de la construcción de un Ayuntamiento. Hitler decidió el asunto. Ordenó que se construyera el teatro. Había que encontrar 10 millones de marcos disponibles en el presupuesto municipal. Los nazis habían reprochado a los socialistas durante la República de Weimar el malgastar el dinero construyendo piscinas y clínicas del seguro. ¡Qué modestos eran los socialistas comparados con sus sucesores!

Hitler teme constantemente no ver las cosas en proporciones bastante grandes. Las pirámides, las carreteras napoleónicas, las carreteras romanas constituyen para él una obsesión. Planea sus carreteras para los siglos venideros. En Nuremberg construye una sala de Congreso capaz para varios cientos de miles de personas. Deshace medio Berlín para volverlo a construir. El dinero no cuenta. Y el desgraciado doctor Schacht tuvo que torturarse el cerebro para encontrar el medio de financiar estos proyectos improductivos. Después de haberse agotado él mismo a fuerza de protestar, acabó por dimitir su cargo. Pero tendrá que cargar con una parte de la responsabilidad. Fué él, en efecto, quien enseñó a los nazis a manejar el crédito al principio del nuevo régimen. Sin duda él quería mantenerse dentro de límites razonables, pero Hitler, viendo que "el crédito puede ser creado" —según la imprudente fórmula del doctor Schacht—, no quiere nunca detenerse en su carrera.

Uno de los proyectos más increíbles de Hitler es la construcción de un puente gigante en Hamburgo. Ha visto fotografías del puente Jorge Wáshington, en Nueva York, y sueña con tener en Alemania una obra tan impresionante como ésa. Un día, acompañado por un gran grupo de dignatarios nazis, se paseaba a lo largo de las riberas del Elba. De pronto se detuvo y declaró: "¡Aquí deberá ser construído el puente". El proyecto fué sometido a los expertos. Habría sido necesario construir un inmenso puente colgante, con cimientos de cerca de mil pies de profundidad, a causa del mal terreno. Además, el puente habría obstruído el puerto. Los expertos militares declararon que si se hundiera a causa de un bombardeo aéreo, los efectos serían desastrosos. El costo hubiera sobrepasado un billón de marcos. Pero el Führer se había hecho a esta idea y, naturalmente, nunca puede equivocarse. Si la guerra no se hubiera puesto por medio, esta absurda construcción hubiera sido comenzada. Nadie se atrevió a sugerir la única solución razonable. Para unir las dos orillas del Elba debería ser perforado un túnel; sería menos costoso, sin presentar los inconvenientes de un puente. Los nazis, sin embargo, no aprecian la construcción subterránea, probablemente porque allí no pueden lucirse.

La empresa favorita del régimen ha sido el famoso Plan

Cuadrienal. Siempre me he admirado de que se le llamase "plan". La regulación por el Gobierno del comercio y la industria en Alemania ha conducido a un completo control del Estado; e Hitler recogía la idea rusa del Plan Quinquenal. Sin embargo, la diferencia es considerable. Los rusos se proponían crear una producción industrial en gran escala en un país donde esto no existía antes. El Plan Cuadrienal de Hitler, por el contrario, no tienen nigún fin, excepto su efecto demagógico. Todas las absurdas empresas que se designan bajo el nombre del llamado Plan Cuadrienal son fruto de una idea lógica y un plan establecido en la misma medida que lo son las autopistas, el coche popular o las pirámides contra las que protestaba el doctor Schacht. Cuando Hitler anunció en Nuremberg el Plan Cuadrienal, los industriales alemanes tuvieron una gran sorpresa. No había consultado a nadie y nadie sabía qué se proponía. Las autopistas, los uniformes, el rearme, las construcciones en gran escala y el lujo de los jefes han ocasionado enormes gastos. Las exportaciones alemanas no bastaban para cubrir los gastos de los materiales necesarios. Las exportaciones alemanas disminuían. Ya no se traducían en las divisas necesarias para dar alimentos al pueblo alemán y materias primas a su industria.

"Esto no debe importarnos —se dijo Hitler a sí mismo—; Alemania producirá todo lo que ella necesita. Tiene científicos, técnicos e inventores. Alemania será explorada en sus profundidades. Es una cuestión de voluntad, de inteligencia y de energía. El régimen nacionalsocialista vencerá todas las dificultades". Y encargó a Goering que realizase el plan.

Goering no sabe nada de problemas económicos. El es el primero en reconocerlo. Pero tiene recetas que cree infalibles. La primera de ellas consiste en dar órdenes. Goering dice: "¡Construid una fábrica que produzca cien mil toneladas de gas al año!", y la fábrica tiene que ser construída. De pronto, declara: "¡Hay que doblar la producción!", y cree que la voluntad es bastante para que se lleve a cabo.

Su gran idea era hacer a Alemania independiente del mundo exterior en lo que respecta al mineral de hierro. Hay pocas minas de hierro en Alemania, y su mineral es de inferior calidad. Especialmente el mineral que necesita la industria meta-

lúrgica tiene que ser importado del extranjero. Un día los expertos nazis declararon: "En Alemania hay abundancia de mineral de hierro. Pero los industriales no quieren hacer minas para extraerlo". Efectivamente, los expertos pretendían haber descubierto considerables depósitos en Salzgitter al pie de las montañas del Harz; otros en el Estado de Baden, y en varios otros sitios que no recuerdo. Como era lógico, todos estos depósitos se conocían ya. El más conocido de ellos era el de Salzgitter. El mineral es bastante rico, pero contiene grandes cantidades de sílice. Para ser adecuado para una extracción provechosa el mineral de hierro tiene que ser magnético. Ha de ser molido, y las partículas de hierro son separadas por medio de un electroimán. Pero el mineral de Salzgitter no es magnético. No es el mismo caso que en Lorena, donde se encuentra mineral de hierro con calcio y sílice, y ambos son mezclados en los altos hornos.

Naturalmente, los industriales conocían hacía tiempo el mineral de Salzgitter. Pertenecía al Estado de Prusia, y el Estado lo había vendido durante la guerra anterior. De repente, Goering se interesó nuevamente por él, y había que realizar milagros. Fué consultado Mr. Brassert, ingeniero germano-americano. Declaró que era un magnífico negocio, y que había que construir una gran fábrica. Un representante del partido, un tal Pleiger, comenzó a atacar a los industriales que, decía, no quieren hacer nada. Hoy es el director general de la Empresa Hermann Goering, pues éste es el nombre dado a la nueva empresa.

Después de consultar las gentes del partido, Goering dió la orden de construir en Salzgitter la mayor fábrica metalúrgica del mundo. Mr. Brassert se encargó de su realización. Su profesión es construir fábricas —para él esto significa un buen negocio—. Los metalúrgicos alemanes no han sido consultados; sin duda porque saben demasiado. Ahora, sin embargo, son invitados a tomar parte en la empresa si se deciden a participar. Le han dicho a Goering que ellos no creen que el mineral fuera bueno, pero, sin embargo, aceptaban explotarlo. Si las afirmaciones de Mr. Brassert son correctas, dijeron, construiremos altos hornos y una planta metalúrgica en Salzgitter. Esto habría

costado cerca de medio billón de marcos. Los más importantes industriales redactaron en común un memorándum que quisieron elevar a Goering. Este supo sus intenciones. En el momento en que el memorándum iba a ser firmado, envió un telegrama a dos de las firmas interesadas, comunicándoles que consideraba toda oposición a su proyecto (y, por consecuencia, también la firma del memorándum) como un intento de sabotaje contra el abastecimiento de hierro de Alemania, lo que constituía un acto de traición. En estas condiciones era natural que nadie firmara. Mr. Brassert construyó su fábrica con la participación de las principales empresas metalúrgicas de Alemania: Krupp, Klöckner, Empresas de Acero Unidas, Mannesmann, etc. No había otro camino: Goering lo había ordenado así.

Sin embargo, esto no impidió que la empresa fuera un completo fracaso. El mineral de Salzgitter no puede utilizarse en su estado puro. Ha de ser mezclado con mineral sueco según una fórmula que exige muy poco mineral del país y todo el mineral sueco posible.

Se gastaron incontables cantidades de dinero en la construcción de la Empresa Hermann Goering. Fué encargado a los Estados Unidos el mejor equipo. Fueron construídas habitaciones para los obreros, y ferrocarriles; probablemente habrán sido dragados canales. En todo este tiempo la fábrica no ha trabajado.

El problema fundamental de la industria metalúrgica es el transporte. Sus materias primas son pesadas y poco manejables, y lo mismo ocurre con el producto fabricado. El lugar ideal para una empresa metalúrgica es en las cercanías de las minas de carbón y de hierro. Antes de construir una nueva fábrica, mi padre solía estudiar siempre con el mayor cuidado el problema del transporte. Los hornos de fundición y los molinos de acero del Ruhr están instalados en la inmediata proximidad de las minas de carbón y el mineral es transportado por río o por canal. Similarmente, las plantas de transformación deben estar cerca de los sitios en que se producen el hierro y el acero.

A la luz de estos principios lógicos, corroborados por la experiencia, las fábricas de Salzgitter son un absurdo. Están instaladas en el mismo centro de Alemania, donde no hay car-

bón en las cercanías. Hay ciertamente mineral, pero no puede utilizarse en estado puro; por consiguiente, todo el carbón y los minerales que se necesitan para la mezcla tienen que ser transportados desde lugares distantes, y los lingotes de hierro han de ser enviados después a las regiones industriales. Es imposible hacer funcionar debidamente una tal instalación.

He aquí una de las mayores realizaciones del Plan Cuadrienal. Bajo pretexto de que Alemania no siga sometida al mineral de hierro extranjero, han montado una fábrica que no puede funcionar, ya que se ve obligada a utilizar mineral importado. Pero estas consideraciones no detienen a los nazis. Uno de los motivos alegados para la construcción de las fábricas de Salzgitter era proveer a Alemania de hierro en caso de guerra. Pero los hornos de fundición del Ruhr están lejos de haber agotado su capacidad de producción. Los hornos del Ruhr tendrán que apagarse para que Salzgitter siga produciendo y llevando su carbón y sus productos inútilmente de un lado a otro. Habrá que buscar también obreros y sacarlos de otras ocupaciones. Es una red de contrasentidos.

Un día Goering declaró: "¿Cobre?, bah, tenemos abundancia de cobre en Alemania. Lo hemos estado importando durante años, y, por consiguiente, tenemos considerables reservas".

Esta es la clase de razonamientos que guían al líder de la economía alemana. Es indudable que hay miles de toneladas de cobre en Alemania, pero se están utilizando. Después de estallar la guerra, Goering confiscó todos los utensilios de cobre que no fueran esenciales. Esto, sin embargo, representa poca cosa. El cobre está en las máquinas, en las fábricas, en los hilos eléctricos, etc., y para recogerlo habría que demoler todas las plantas eléctricas de Alemania. Esto es infantil. Esta gente tiene unas nociones de tecnología y de economía tan primitivas como los aborígenes de Australia. Un simple obrero sabe más de estos asuntos que sus "líderes".

No hay disparate que no se haya hecho. En Dusseldorf vivía un estafador que pretendía que podía fabricar oro. Todo el mundo sabía que era un charlatán sin escrúpulos. Pero conocía al propietario del famoso hotel de Godesberg, donde el Führer decidió matar a Röhm, y donde últimamente recibió a Mr. Neville Chamberlain. Dreesen, gerente del hotel, que conoce a todos los dignatarios del partido, les habló del fabricante de oro. Un buen día Dusseldorf recibió la visita de Herr Wilhelm Keppler, consejero técnico personal del Führer, que venía acompañado de tres peritos para estudiar aquel extraordinario fenómeno.

Cierto industrial y propietario de minas tenía un químico que un día le entregó un informe demostrando que podría extraerse del carbón una grasa comestible que podía substituir a la manteca. El industrial en cuestión es un gran amigo de Goering. La base de su amistad es digna de ser relatada. Había en Dusseldorf una especie de pintor, de un tipo más bien bohemio, que solía cazar con halcón. El industrial presentó este hombre a Goering, que decidió inmediatamente que esta clase de caza que practicaban los reyes medievales debía ser revivida. Como decía, este industrial fué a ver a Goering y le habló del milagroso proyecto de hacer mantequilla con el carbón. "Por fin —le dijo— hemos encontrado el procedimiento para llenar la laguna más grande en nuestra provisión de alimentos". Añadiré aquí que Alemania se ve obligada a importar aproximadamente la mitad de las grasas comestibles que necesita. Goering ordenó la instalación de un gran laboratorio para estudiar las posibilidades de fabricar manteca con carbón. Parece que el laboratorio consiguió extraer una especie de grasa bastante sólida. Se ha dicho incluso que se hicieron experimentos con los presos de la cárcel de Ploetzensee, cerca de Berlín. Todos los presos que comieron el pan con manteca de carbón cayeron repentinamente enfermos de una enfermedad parecida al escorbuto.

Hablando de mantequilla, Goering acaba de hacer otro descubrimiento digno de su genio. Los granjeros alemanes emplean cierta cantidad de leche para alimentar a su ganado, lo que es indispensable para los animales jóvenes.

Desnatando la leche, se dijo Goering, podrá producirse más mantequilla con esta nata; después de todo, las personas toman la leche desnatada. Poniendo en práctica su brillante idea, apenas la hubo concebido, Goering ordenó que se diera leche desnatada a todos los terneros. Probablemente este episodio tuvo

para los terneros el mismo desenlace que para los presos de Ploetzensee.

El Plan Cuadrienal prevé la explotación de todos los recursos naturales de Alemania. Un día, los nazis del personal económico de Goering descubrieron el oro del Rin. Es cierto que en las arenas del río hay vestigios apenas perceptibles de oro. Según el testimonio de los Nibelungos —y de Richard Wagner—, se asegura que este oro fué explotado en la Edad Media por los alemanes prehistóricos. Los expertos nazis procedieron a lavar la arena del Rin; desde luego, el resultado fué nulo.

Otra historia del mismo género, pero mucho más perjudicial en lo que respecta a la industria metalúrgica, fué el informe de un geólogo que pretendía que las arenas del mar Báltico contenían grandes cantidades de hierro. Tal vez sea cierto que hay trazas de hierro en las arenas del mar. Goering hizo que se estudiara la cuestión con gran seriedad y nos envió un largo memorándum, pidiéndonos nuestra opinión. Imaginaba, sin duda, que el mar iba a empujar el mineral sueco hasta las playas alemanas, sin necesidad de ser cargado en barcos.

Los nazis gritan a los cuatro vientos todo lo que creen que es un descubrimiento. Han hecho mucho ruido sobre las llamadas nuevas materias primas inventadas bajo el Plan Cuadrienal. Ingeniosamente las han llamado *Neue Werkstoffe* —nuevos materiales de producción— para evitar la palabra *ersatz*, que suena tan mal desde la pasada guerra. Actualmente han encontrado varios substitutos útiles. Se ha extendido el empleo de aluminio y metales ligeros (aleaciones basadas en el magnesio). Se ha extendido también el empleo de resinas artificiales. Lo que han hecho en conjunto, más bien que inventar, es hacer una virtud de la necesidad.

Pero todo esto no interesa a la industria pesada. Los únicos dos productos que presentan un cierto interés son el caucho y la lana artificiales. En cuanto al caucho, los químicos han obtenido resultados bastante satisfactorios en lo que se refiere a la calidad, pero el costo de producción excede de tal manera al precio del producto natural, que pasará mucho tiempo antes que pueda producirse sobre una base económica racional.

En cuanto a las telas de celulosa, el asunto cambia. El Consejo de Industrias Químicas Alemanas convenció a Goering de que para los químicos todo es posible. Así, han producido un material fibroso al que consiguieron dar el aspecto de lana de cordero; esta seudo lana tiene, sin embargo, dos defectos: le falta solidez, y, por consiguiente, aun cuando el precio sea muy bajo, resulta demasiado cara, y, sobre todo, no abriga. El pelo del cordero, como todo pelo, es tubular. Al parecer, es principalmente el hueco de este tubo lo que hace que la lana sea mala conductora del calor. A pesar de su destreza, los químicos de la fábrica I. G. Farben todavían no han logrado perforar las fibras de celulosa. No obstante, se han construído grandes fábricas en toda Alemania para transformar los troncos de árbol en lana. La madera ha de traerse del exterior, pero parece que esto no tiene importancia. Goering declara que es menos costoso que importar la lana. En los comienzos del régimen, yo llamé la atención sobre el hecho de los inconvenientes que tenía el vestir a todo el mundo de uniforme. Ello aumentaba en una medida injustificable la necesidad de lana. Hoy hasta los uniformes del ejército contienen un gran porcentaje de lana artificial. Durante el invierno de 1937 era imposible en mi ciudad natal de Mülheim encontrar ropa interior de lana para la población trabajadora. Para poner en práctica las ideas de los químicos, el régimen no ha vacilado en arruinar a toda la industria del vestido de Alemania.

En todo se manifiesta la incoherencia. Las Empresas de Acero Unidas han construído una gran planta de destilación para producir gas artificial del carbón. La instalación fué terminada e iba a comenzar la producción. Nosotros esperábamos recibir las felicitaciones de Goering. Lejos de esto, cierto día se nos ordenó transformar la planta entera. La fábrica que se había construído para destilar carbón había que adaptarla a la destilación de petróleo bruto. Las razones para esto constituyen toda una historia. Acababa de descubrirse un nuevo pozo de petróleo, cuya producción era más grande que la que habían dado en Alemania otras perforaciones. Con este motivo, los hombres de Berlín imaginaron que iban a descubrir campos petrolíferos comparables a los de Texas. He aquí por qué Goering pidió pronto la transformación de nuestra planta, aplicando una clase

de razonamiento que es absolutamente característica en él. En aquella oportunidad se dijo: "Hay petróleo en nuestro país, no tenemos más que buscar y encontraremos". En el momento en que un nuevo pozo es descubierto, por mediocre que sea, su imaginación le hace representarse inmediatamente inmensas cantidades de petróleo fluyendo del suelo alemán.

La misma cosa sucedió en lo que se refiere a la producción de gasolina sintética. Goering decidió que había que alcanzar a cinco millones de toneladas. Se dijo que para esto no había que reparar en gastos: el Gobierno facilitaría los créditos necesarios. En realidad todo lo que se hizo fué edificar nuevas plantas y ampliar las antiguas. Sin duda las nuevas plantas eran buenas, pero para producir una tonelada de gas se necesitan diez toneladas de carbón. En consecuencia, habría sido necesario elevar proporcionalmente la extracción del carbón en las minas, pero en Berlín no habían llegado a prever tan lejos.

Goering es un militar. Se imagina que basta con dar órdenes para que la industria las cumpla. Si los industriales declaran que una cosa es imposible, son acusados de sabotaje. Pronto Alemania no se diferenciará de la Rusia bolchevique; los jefes de las empresas que no cumplan las condiciones que el "Plan" prescribe serán acusados de traición contra el pueblo alemán y fusilados.

Las Empresas de Acero Unidas poseían un pequeño astillero en Emden. Un día, Goering dió orden de transformar el astillero en una gran planta de construcciones navales. Contestamos que no disponíamos de fondos. Inmediatamente se nos entregaron cuarenta y cuatro millones de marcos. Era dos años antes de la guerra. Hitler había decidido súbitamente construir una gran marina.

Tomadas en su conjunto, las realizaciones nazis son un fárrago de absurdos económicos. Durante siete años he tenido que luchar contra toda esta gente ignorante e incapaz. Es perder el tiempo discutir sus estúpidos proyectos o refutar sus especiosos argumentos. De hecho, el régimen nazi ha arruinado la industria alemana. Todos los experimentos antes mencionados con productos artificiales serán inútiles tan pronto como sea restablecido el comercio internacional. Entonces Alemania tendrá

en sus manos inmensas plantas que han costado billones de marcos, y que no podrán servir más que para demolerlas, e industrias que no tendrán bastante dinero para seguir los progresos técnicos, y que con su equipo anticuado están en posición desventajosa en comparación con la competencia extranjera, especialmente la de Norteamérica.

No he intentado describir la teoría del sistema económico nazi; sería más justo decir que los nazis no tienen sistema económico. Han apelado —en este campo como en otros muchos— a todos los expedientes que se les han pasado por la cabeza, con la idea de construir en un tiempo record los formidables armamentos con que han atacado al mundo, para evitar su bancarrota. Han sacrificado deliberadamente la economía del tiempo de paz a la producción de guerra. El gran problema para la industria alemana después de la guerra será readaptarse a la producción normal; que sea capaz de exportar y alimentar a los trabajadores. Si esto no puede hacerse, no serán seis o siete millones los desocupados, como cuando el nazismo llegó al poder, sino quince millones.

CAPITULO IV

ADOLF HITLER HA FRACASADO

La todopoderosa Gestapo. — Los casos del general Fritsch y el general Brauchitsch.

CON Adolf Hitler todo es propaganda. La Alemania nacional-socialista ha elaborado métodos de propaganda enteramente nuevos y los ha empleado con gran efecto y con un profundo conocimiento de la psicología de las masas. Pero Hitler desprecia al hombre de la calle. No tiene ninguna simpatía por los trabajadores y está enteramente desprovisto de todo sentido social... Lo que hace, lo hace no por el pueblo, sino por la publicidad. Su política "social" es, por tanto, fundamentalmente falsa.

Incluso esta guerra la comenzó Hitler con fines de propaganda. Yo y muchos otros hemos hecho grandes esfuerzos por mantener a Alemania en paz. Pero hoy, nadie, ni siquiera los generales, se atreven a disentir. El terror nazi impone a todos un fatal silencio.

Hitler creía, al principio, que ni Inglaterra ni Francia realizarían acción alguna ante la invasión de Polonia. Es cierto que, a pesar de la consternación que causó el vergonzoso abuso de

confianza realizado por Hitler después de Munich, en Inglaterra había gente que seguía creyendo que la paz podría ser mantenida. Depositaban una especial confianza, parece ser, en Heinrich Himmler, jefe de la Gestapo, porque pertenecía al Grupo de Oxford y, en consecuencia, le creían pacifista. A pesar de esto, Hitler no habría, probablemente, lanzado su ataque si Winston Churchill —entonces simple miembro del Parlamento— no hubiera revelado públicamente las deficiencias de los armamentos británicos en el aire. Las decisiones de Alemania se basan en razones como ésa.

En todo caso es difícil para cualquier extranjero comprender el carácter de Hitler. Algunas veces, realmente, su inteligencia es asombrosa. Este hijo de campesinos (pues esto es por lo menos lo que pretende ser) ofrece a menudo una intuición política milagrosa, desprovista de todo sentido moral, pero extraordinariamente precisa. Incluso en una situación muy complicada discierne lo que se puede hacer y lo que no. Es difícil creer que el vástago de una familia campesina de Austria pueda ser dotado de tanta inteligencia. Pero se sentirá uno menos asombrado si descubre un injerto importante en la línea ancestral de Hitler.

Según documentos públicos, la abuela de Hitler tuvo un hijo ilegítimo, y este hijo fué el padre del actual jefe de Alemania. Pero una investigación ordenada por el último Canciller de Austria, Engelbert Dollfuss, aportó algunos resultados interesantes que fueron posibles gracias a que los archivos del departamento de policía de la monarquía austrohúngara eran notablemente completos. Según esos documentos, la abuela del Führer quedó embarazada cuando trabajaba como sirvienta de una familia vienesa. Por este motivo fué enviada nuevamente a su casa en el campo. Y la familia en la que la desdichada muchacha campesina (más tarde Frau Schickelgruber) estaba sirviendo no era otra que la del Barón Rothschild. Estos detalles dan una nueva luz a la historia. Los Rothschild, que en el curso de una centuria se habían elevado de la nada a la posición de una de las grandes familias de Europa, no carecen ciertamente de una previsora inteligencia —¡por lo menos en los negocios!—, y es el mismo tipo de inteligencia que Hitler

ha demostrado poseer en política. Más aún, esta presunta ascendencia judía de Hitler puede darnos también una explicación psicoanalítica de su antisemitismo. Al perseguir a los judíos, nos dirían los psicoanalistas, Hitler trata de limpiarse a sí mismo de su "tinte" judío.

Sin embargo, todo esto es posible. Dollfuss preparó un documento en que se establecían todos estos hechos. Después de su asesinato, el Dr. Schuschnigg, su sucesor, tomó posesión del documento. Por medio de sus espías, Hitler se enteró de esta investigación comprometedora. Cuando llamó al Canciller austríaco a Berchtesgaden, en febrero de 1938, intentó apoderarse del documento. Para conseguir lo que se proponía, empezó por ordenar la detención de la condesa Fugger, amiga del Canciller Schuschnigg, que más tarde —después que él fué hecho prisionero por la Gestapo— se convirtió en su esposa. El comprometedor documento fué entonces entregado al barón von Ketteler, secretario del embajador del Führer en Viena, Herr von Papen. Es muy posible que von Papen haya tenido el cuidado de fotografiar los acusadores documentos antes de enviarlos a Berlín. Es claro que, en esta situación, el desdichado Schuschnigg, al enfrentarse a su terrible enemigo en Berchtesgaden, se había visto privado de la única arma que podía esgrimir contra él: la amenaza de publicar el documento de Dollfuss, que habría revelado al mundo el verdadero origen de Hitler.

Señalemos de pasada que se dice que una copia del documento en cuestión está ahora en manos del Servicio Secreto británico. En todo caso se puede presumir que el asesinato del Canciller Dollfuss está relacionado con esta investigación sobre la genealogía de Hitler.

Estos detalles, que cuadrarían admirablemente en una novela de misterio, explican muchos de los actos de la política exterior de los nazis. La política interior de Hitler puede, en cambio, ser en gran parte explicada a la luz de sus relaciones con las SA. Hitler nunca ha sido capaz de poner en pie un organismo político bien ordenado, porque no consiguió disolver en el momento oportuno esa milicia parda que exigía la recompensa habitual a los auténticos mercenarios (tal como los legionarios de la antigua Roma). Las Tropas de Asalto han mantenido siempre que su

gran mérito consistió en haber desfilado con Hitler a la cabeza por delante del Feldherrnhalle de Munich; consideraban esto como un gran acto de heroísmo. Aquella situación culminó con las matanzas de junio de 1934. En esta "purga", Hitler se vió obligado a ordenar el asesinato de Röhm, organizador de las SA, porque temía un inminente conflicto con el ejército. Después de la muerte de Röhm, asumió la jefatura de las SA un tal Herr Lutze, individuo enormemente estúpido, que no valía para dirigir a estas bandas sobre las que no ejercía ningún control.

Aunque parezca extraño, el ejército no hizo el menor gesto una vez que fué eliminado su principal enemigo, Röhm; los generales consideraron que su eliminación era suficiente y se convirtieron en fieles servidores de los nacionalsocialistas. Sólo el viejo general von Mackensen trató al principio de protestar; sin embargo, hoy su hijo se ha casado con la hija del antiguo Ministro de Negocios Extranjeros actual "protector" de Bohemia y Moravia, barón von Neurath. El viejo general von Mackensen fué obsequiado con una hacienda por el Reich. No deja de ser extraño que la familia Mackensen acepte obsequios de Hitler como si vinieran del emperador. Mackensen, dicho sea de paso, persistió en su idea de que había recibido el regalo como recompensa a sus servicios en la primera guerra mundial.

También han sido probablemente comprados ciertos altos oficiales; por ejemplo, se cuenta la siguiente historia sobre el general von Brauchitsch. El general, que tenía unos cincuenta años, se había enamorado de una joven y deseaba casarse con ella. Para esto tenía que divorciarse. Pero su primera esposa exigía una suma bastante elevada para dar su consentimiento. El general no poseía los medios de satisfacer sus exigencias, pues, en contraste con el partido, en el ejército la corrupción es todavía desconocida. La historia de Brauchitsch fué referida a Adolf Hitler, que está siempre deseoso de conocer toda clase de asuntos personales. Fué él quien facilitó al general von Brauchitsch la suma que necesitaba. Este episodio retrata bien el carácter de Hitler. No desperdicia oportunidad de comprar a personas importantes, o por lo menos su conciencia.

El asunto del general von Fritsch es también un buen ejemplo de los métodos peculiares empleados en el régimen hitleriano.

Fritsch era conocido como uno de los oficiales más eficaces del ejército alemán y era apoyado por un gran número de altos jefes. Era preciso "liquidar" a Fritsch. Se dice que para conseguir esto el jefe de la Gestapo le acusó personalmente de homosexualismo. Fritsch, que negó esto desde el primer momento, fué llamado a presentarse en la Cancillería del Reich, donde había de ser desenmascarado en presencia del Jefe Supremo. Allí fué careado con un joven que era el supuesto testigo principal de la acusación. Este joven había mantenido relaciones con un caballero llamado Fritsch, pero tuvo que confesar que no era el general.

No obstante, la Gestapo persistió durante largo tiempo en asegurar que el hombre en cuestión era realmente el general von Fritsch. Para rehabilitarle, se reunió un Tribunal Militar bajo la presidencia de Goering. Allí Goering tuvo una oportunidad de ganarse al ejército entero, con sólo haber pronunciado unas cuantas palabras razonables. Pero no las dijo, y desde entonces sus relaciones con el ejército han sido tirantes.

Parece ser cierto que, más tarde, el general von Fritsch se suicidó. Al menos yo puedo decir que cualesquiera que fuesen las circunstancias de su muerte, él estaba deseando morir. Sin embargo, esto no tuvo nada que ver con el asunto antes mencionado, después del cual fué completamente rehabilitado. Fué porque, con gran sentimiento suyo, tuvo que presenciar la sumisión de todo el ejército a Hitler. Nunca había sido un sincero partidario de Hitler, como, por ejemplo, el general Reichenau. Fritsch abogó siempre por una alianza con Rusia, pero no con una Rusia comunista. Se hicieron intentos para establecer relaciones entre Fritsch y el generalísimo ruso Tukhachevski. Los dos tenían un punto común: ambos deseaban derribar al dictador de su propio país.

Fritsch fué además uno de los generales que se oponían al ataque contra Bélgica y Holanda, y a él hay que agradecerle que Alemania no ocupara estos dos países antes de estallar la guerra. Dicho sea de paso, hasta el general nacionalsocialista von Reichenau se oponía a ese plan. Fritsch estaba desesperado cuando comenzó el ataque a Polonia, al que siempre se había opuesto.

Hitler debe a Himmler el que se llegara a una solución definitiva en la cuestión de las SA. Himmler creó las guardias negras, organizaciones de S. S., y con su ayuda llevó a cabo la ejecución cruel de millares de hombres de las SA. en junio de 1934. Hoy, Himmler es el hombre más poderoso de la Alemania nacionalsocialista. En efecto: tienen más poder que el mismo Goering. Se halla en todas partes y todo lo domina.

Himmler tiene su propio círculo personal entre los industriales. A ese círculo pertenece, entre otros, el director general Vögler. En Alemania todo el mundo está literalmente escudriñando para descubrir quién es el más poderoso del momento, y convertirse en un aliado suyo lo más cercano posible.

Himmler ha desarrollado fuertemente la afición a las investigaciones de historia germánica. El auspició la búsqueda de las cenizas del antiguo rey sajón Enrique I "el Cazador". Esos restos fueron enterrados con una gran ceremonia, a la que fué invitada una multitud de personas, entre ellas algunos jefes de industria. Uno de los que se hallaban presentes me contó lo que sigue: En la noche, a la luz de antorchas llameantes, una extraña procesión se dirigía a la catedral de Quedlinburgo. A su cabeza marchaba Heinrich Himmler, seguido del Estado Mayor de los S. S., que llevaban sus "cascos de la muerte", y de industriales vestidos de levita. Todo parecía una imitación de las ceremonias que realiza la Iglesia Católica cuando se descubre una reliquia sagrada. Descendieron a la cripta, donde los oficiales de los S. S. montaban guardia ante un ataúd abierto. Los participantes en la procesión se mantuvieron a una respetable distancia. Sólo Himmler se acercó al ataúd del representante real de su raza. El jefe de las tropas de parada S. S., que había dirigido las excavaciones, pronunció unas frases: "Aquí le presento, dentro de este ataúd, los restos mortales de Enrique el Cazador".

Heinrich Himmler examinó los huesos y declaró que eran auténticos. En la Alemania nacionalsocialista, la decisión del jefe de la Gestapo es naturalmente infalible, aunque se trate de asuntos como éste. Así, pues, el ataúd fué cerrado, sellado y solemnemente enterrado en la cripta.

Quizás no sea necesario recordar al lector que Herr Himmler

y su ayudante Herr Heydrich, de quien ya hemos hablado, son más que nadie responsables de los crímenes cometidos en los campos de concentración de Alemania. Es triste que tantos grandes industriales soliciten los favores del más fuerte, aunque éste sea un verdugo.

Permítaseme decir de paso que Alfred Rosenberg se interesa menos por los restos terrenales de los reyes sajones de la Edad Media que por los restos de los escandinavos en Alemania. Herr Rosenberg, autor del libro titulado *El Mito del Siglo XX*, es el representante de la educación y la cultura de la Alemania nacionalsocialista. En realidad, no es alemán; fué educado en las universidades de Rusia y perteneció a las asociaciones de estudiantes lituanos. Sin embargo, es uno de los superiores del Reich nacionalsocialista.

Poco antes de estallar la guerra, se me invitó a ir a Pomerania. Allí oí, para gran sorpresa mía, que en las proximidades se estaban efectuando excavaciones. En efecto, las excavaciones se vieron coronadas por el éxito, y se habían hallado huesos de escandinavos. Esto "probaba" la vieja teoría de Rosenberg de que la provincia prusiana de Pomerania había sido siempre puramente aria. Yo expresé mi sorpresa, pues, por lo que yo sabía, Pomerania estuvo poblada originalmente por eslavos. Pero este hecho conocido no significa nada hoy, puesto que Rosenberg quiere que las cosas hayan sucedido de otra manera. Naturalmente, todas estas excavaciones son pueriles, pero en Alemania hasta las puerilidades más absurdas se realizan con método.

Todo esto podría tal vez aceptarse si la política se llevase a cabo de un modo metódico. Pero el que piense que esto sucede tiene una idea completamente equivocada del país. No existe nada parecido a una administración centralizada en Berlín. En cuento se refiere al orden interno, Hitler no ha logrado absolutamente nada. Pensó que sería muy bonito construir un sistema de Gobierno en el que todos los poderes se anularan unos a otros. Al lado del alcalde de una ciudad hay siempre un funcionario del partido llamado *Kreisleiter* (Jefe de Distrito), y lo mismo ocurre con todo puesto importante. Si los dos hombres que tienen que trabajar juntos están de acuerdo, la situación es tolerable. Si no, se produce una perpetua lucha, que desde

luego perjudica a toda la estructura del Gobierno. Estas condiciones son completamente desconocidas del público, pero hacen mucho daño.

Naturalmente, esta mutua anulación de fuerzas se observa en todos los campos. Por ejemplo: teóricamente, el propietario de una fábrica es el que la dirige, pero a su lado se coloca un representante del Frente del Trabajo y, a menos que se le sobornе, se entromete en todo.

El Primer Ministro nacionalsocialista de Economía, doctor Schmidt, que antes había sido uno de los directores de seguros más estimados y que últimamente fué depuesto por los nacionalsocialistas, me ha dado varios detalles sobre este asunto. Según él, a veces es el Ministro de Economía el que gobierna y a veces es otra persona. Ya no funciona el poder central. El Gobierno alemán hace dos años que no se reúne. No se dan directivas en ningún aspecto. La única institución que hoy existe en Alemania, en lugar del orden, es un colosal sistema de corrupción. En el próximo capítulo se dan ejemplos de la técnica y de los nuevos métodos de esta corrupción sin paralelo, tal como yo la he conocido a través de mi experiencia personal.

CAPITULO V

LA RAPIÑA NAZI ORGANIZADA

La explotación del Estado

CUANDO el Partido Nacionalsocialista llegó al Poder, en 1933, sus jefes eran pobres. Hitler llevaba una vida ascética en su modesta casa de Berchtesgaden. Empleaba sobre todo los ingresos de sus trabajos literarios para financiar su actividad política. El partido estaba cargado de deudas. Su caja había quedado exhausta por el financiamiento de la campaña electoral de 1932.

Pero hoy "el partido gobierna el Estado". Ya no tiene deudas. En todas partes se edifican palacios de su propiedad. Hasta sus recientes jefes se han hecho millonarios. Goering posee una media docena de castillos en Alemania y una villa en Suiza. En 1933 no tenía más que deudas. Goebbels tiene una suntuosa mansión, que antes pertenecía a un banquero judío, en la isla de Schwanenwerder, cerca de Berlín. Himmler posee una villa en Berlín, y ha comprado una gran hacienda en Baviera. Ribbentrop es el único que no era pobre desde que se había casado con la hija del rico fabricante de champaña alemán Henckel. Sin embargo, se ha convertido en un ladrón. Después

del asesinato de mi sobrino von Remnitz en el campo de concentración de Dachau, se apoderó de su castillo en Fuschl, cerca de Salzburg, y hasta tuvo la imprudencia de invitar a su casa robada al conde Ciano, Ministro de Negocios Exteriores de Italia.

En las esferas inferiores del partido, el cuadro es el mismo. Los Gauleiters y delegados del Frente del Trabajo tienen sus puestos en los consejos de administración de las grandes corporaciones industriales. Albert Förster, el joven Gauleiter de Dantzig, llegó a aquella vieja ciudad sin un céntimo en sus bolsillos. Hoy es un rico terrateniente.

¿Dónde están los días en que el nacionalsocialismo luchó contra la "podredumbre del sistema de Weimar"? El partido pedía entonces un límite de mil marcos a los sueldos de los funcionarios del Estado. En todos los mítines de masas, Goebbels exponía la "corrupción" de los bonzos políticos que desempeñaban altos puestos gubernamentales. Un antiguo ministro socialdemócrata, atacado por Goebbels y acusado de haberse hecho rico a expensas del Estado, fué obligado a explicar que la modesta casa en que vivía cerca de Berlín había sido construída por una sociedad de construcción de casas baratas a crédito, y que seguía pagando sus plazos anuales.

En aquellos días del lejano pasado, los nacionalsocialistas se presentaban al público como los campeones de la virtud y el desinterés. Tan pronto como estuvieron en el Poder, elevaron la rapiña al rango de una institución del Estado.

Desde 1933 no ha habido una rendición pública de cuentas en Alemania. Los presupuestos del Reich, de los distintos Estados, de las municipalidades, del partido y de las organizaciones públicas son secretos e incontrolables. Más tarde explicaré cómo han sido dirigidas las finanzas públicas en Alemania.

Al lado de las finanzas públicas existen una multitud de fondos especiales que son alimentados por el público, sin que éste lo sepa. Estos fondos están a disposición de diversos jefes del partido, que pueden disponer de ellos sin dar cuentas de su empleo. Los métodos utilizados son de diversas clases, pero, en fin de cuentas, es siempre el pueblo alemán el que paga por los lujos de todos sus sátrapas, grandes y chicos.

A cada uno lo que se merece. Goering, mariscal de campo y

Primer Ministro de Prusia, encarna la corrupción del régimen. Practica el saqueo en una escala más proporcionada a las operaciones del Estado que a las de los negocios privados. Goering es el soberano de Prusia; administra las propiedades del Estado (antes propiedades de la Corona). El Estado prusiano le garantiza la libre disposición de estas tierras para su uso personal. Distribuye estos terrenos como recompensas a los servicios que le prestan. El viejo presidente von Hindenburg no desdeñó aceptar un castillo y varios centenares de hectáreas de campos y bosques de las manos de Goering, a quiel él había hecho general. Este consideraba el regalo como señal de agradecimiento. Pero el viejo mariscal de campo y, especialmente, su hijo Oscar, hambrientos de tierras como todos los *Junkers*, consideraban esto completamente normal, como si Goering fuera el rey de Prusia. El mariscal de campo von Mackensen, que tenía entonces más de 80 años, fué gratificado con una hacienda más modesta. También ésta provenía de Goering como un obsequio en nombre del Estado de Prusia. Sin embargo, Mackensen no aprobaba, ni mucho menos, todos los actos de los actuales gobernantes de Alemania. Su actitud hacia ellos era bastante fría, especialmente después de las persecuciones religiosas.

Pero Goering es especialmente generoso hacia sí mismo. Acumula varios sueldos oficiales. Recibe una paga como mariscal de campo, un sueldo como presidente del Reichstag, otro como Ministro del Aire, y otro como Primer Ministro de Prusia. Mencionaré sólo de paso sus títulos de Gran Maestro de las Selvas y Jefe de Cazadores del Reich y de Prusia. En relación con éstos, tampoco es Goering el hombre que rechace un salario mensual. Los ingresos derivados de sus cargos públicos exceden con seguridad de dos millones de marcos al año, que salen de los presupuestos del Reich y del Estado de Prusia. ¿Dónde quedó el límite de mil marcos a que los nazis prometieron reducir los sueldos mensuales de todos los funcionarios públicos?

Pero Goering no se contenta simplemente con entrar a saco en el presupuesto con sus salarios. Como Primer Ministro, es virtualmente el propietario del Estado de Prusia. Hitler se jacta de haber unificado alemania y suprimido los viejos Estados federales, pero en cuanto a Goering se refiere, el Estado de

Prusia continúa existiendo. Es el dominio que él explota, y no ha habido rey de Prusia que haya vivido de sus súbditos tan magníficamente como vive el mariscal de campo. Todo lo que pertenece a Prusia, le pertenece. Se ha regalado para su uso particular varios miles de hectáreas de bosques en la hermosa selva de Schorfeide, al Norte de Berlín. Esto forma un soberbio parque natural donde Goering cría alces y uros. No hablaré del personal de caza, que es extravagante. Los guardias son desde luego empleados del Estado, pues Goering, a diferencia de los reyes de Prusia, no mantiene de su bolsillo ningún séquito. En esos magníficos alrededores ha construído su mansión de Karin Hall. En comparación con ella, Sans Souci es una choza, a pesar de que Federico el Grande pasó todo su reinado embelleciéndolo. Goering posee otro palacio en Berlín. Después del incendio del Reichstag, dejó la casa del presidente del Reichstag, donde había vivido hasta entonces. Sin duda aquel ambiente ya no le convenía (*). En los jardines de la vieja Casa de los Lores de Prusia, cerca del nuevo Ministerio del Aire, se ha construído para él una nueva residencia. Todo un sector de Berlín, en el centro mismo de la ciudad, forma una verdadera "ciudad Goering", con su palacio particular, la Casa de los Lores, la Casa de los Aviadores y el impresionante edificio del Ministerio del Aire, terminado en 1935.

Siendo la segunda persona en importancia de Alemania, pensó que era un deber hacia sí mismo el poseer, como el Fürer, una villa en los Alpes Bávaros. El Primer Ministro de Baviera, al conocer este deseo, le ofreció terrenos en Obersalzberg, frente a la propiedad del Führer. Los ingresos públicos de Goering, aun cuando sean muy importantes, no bastarían para financiar todo este lujo. Varios años después de su llegada al Poder, continuó teniendo deudas, y fué necesaria la intervención de Hitler para hacérselas pagar.

Goering también se ha dejado sobornar. Se le nombró comisionado para el Plan Cuadrienal y Dictador Económico de Alemania. Los industriales ansían estar en buenos términos con él

(*) *Nota del Autor.*—En el Proceso del incendio del Reichstag quedó demostrado que un pasaje subterráneo conectaba este edificio al Reichstag, a través del cual pudieron haberse trasportado materiales incendiarios.

y le ofrecen regalos en ocasiones tales como su matrimonio o su cumpleaños. Este último inevitablemente se celebra todos los años, y es la fecha para la cual se organiza con mucha anticipación la generosidad de los donantes. Varios meses antes de ese día, el jefe de tal o cual organización industrial recibe las sugestiones para un regalo en dinero o en especies. Un emisario de Goering viene a informarle discretamente de que un cierto cuadro, una estatua o un tapiz antiguo serían del agrado del mariscal. Con tal oportunidad se indica dónde se halla tal objeto y la dirección del anticuario. A veces, es el anticuario mismo el que viene a ver a la víctima propiciatoria, víctima que no puede rehusar el honor que se le hace. El anticuario y Goering se las arreglan siempre para realizar un buen negocio.

El Primer Ministro de Prusia posee varias colecciones de pinturas. Algunos de los cuadros provienen de los diversos museos del Estado Prusiano. Cierto día se sacó un cuadro del Museo de Colonia. Cuando el director pidió explicaciones, se declaró que el cuadro había sido cambiado en París por un tapiz. Por lo menos el tapiz debiera haber sido enviado al Museo, pero la respuesta al director fué ésta: "No se preocupe, está en casa de Goering".

También yo tengo la satisfacción de haber contribuído modestamente a aumentar la galería de pinturas del mariscal de campo; pues se ha llevado los cuadros que me pertenecían de mi casa de Mülheim y los que pertenecían a mis hijos, en Baviera. Pero en medio de este lujo artístico, Goering no olvida que el Führer es el padre de su riqueza. Cuando van a verle algunos visitantes en su residencia de Berlín, les muestra con gran ternura una pequeña acuarela que representa una aldea del Norte de Francia en ruinas, regalo personal del Führer, que lo pintó durante la primera guerra mundial. Goering simula preferirlo a un maestro italiano o a un primitivo flamenco.

Otro rasgo pintoresco de su carácter es su amor por las joyas. Solía tener de agente al conocido joyero judío Friedlaender, de Berlín, a quien incluso se decía que debía una gran cantidad de dinero. Cuando se expulsó a los judíos de los negocios en Alemania, Goering se convirtió en el propietario de la joyería Friedlaender.

Goering no tiene preferencias por un determinado método para satisfacer su pasión por el lujo; o mejor dicho, los emplea todos. Dispone de las rentas del Estado de Prusia, acepta sobornos de la industria, todo es harina para su molino.

Junto a él, Hitler es un modelo de virtud. Cuando llegó a ser Canciller del Reich, renunció en un gesto noble al sueldo habitual. Ninguno de sus predecesores, ni Stressemann ni el doctor Brüning, había hecho otro tanto. Yo no sé si este gesto se ha mantenido. Sin embargo, Hitler es el hombre más rico de Alemania. Es verdad que no se ha enriquecido a costa de las rentas públicas; él debe a su pluma toda su fortuna, pues en realidad Hitler es un hombre de letras. Es, si no el más leído, al menos el más comprado de todos los autores del mundo. *Mein Kampf* ha alcanzado una venta de 7 u 8 millones de ejemplares. Por decisión del Ministerio del Interior del Reich, este libro se regala a todos los nuevos matrimonios, a costa del Ayuntamiento, y los matrimonios han aumentado en gran medida en Alemania desde que gobierna Hitler, a pesar de que el Führer mismo permanece soltero. Hitler posee la mayor parte de las acciones de la Editorial del partido, Franz Eher, de Munich, Berlín y Viena. Franz Eher publica el *Völkischer Beobachter* y todos los periódicos del partido. Todos estos periódicos oficiales del partido tienen una gran circulación, pues, para todos los funcionarios destacados y todos los que dependen más o menos de las autoridades públicas, es moralmente obligatoria la suscripción, ya que constituye una prueba de lealtad hacia el régimen. Los funcionarios del partido van solicitando suscripciones de casa en casa, en el campo y en las ciudades, y es difícil negarse. El *Völkischer Beobachter*, el diario nazi más leído, ha conseguido el monopolio de los avisos que antes aparecían en los órganos de negocios e industrias. Todo esto deja muchos beneficios. Como queda demostrado, Herr Hitler, hombre de letras, publicista, propietario de varios periódicos, gana varios millones de marcos al año por su propia cuenta. Por tanto, puede renunciar al salario que se le asigna como Canciller. Además, recibe también los emolumentos de Presidente del Reichstag.

Es cierto que sus necesidades son modestas. No le preocupa la buena comida, no fuma ni bebe, ni tiene querida. Brüning, el asceta, por lo menos fumaba cigarros. Hasta eso le reprocharon los nazis. Hitler, como Goering, tiene debilidad por las pinturas. En realidad, como él suele decir, si no se hubiera dedicado a la política, hubiera consagrado su vida a pintar. A veces, compra cuadros de los viejos maestros con su propio dinero, pero sobre todo acepta regalos. Algunas ciudades y Estados le han ofrecido diversas piezas de museo. Son también numerosos los particulares que desean mostrar su gratitud y su admiración hacia el Führer. Pero Hitler no se dirige directamente a los vendedores de objetos de arte, como hace Goering. El utiliza como intermediario a su fotógrafo Hoffmann. Este último es el único fotógrafo oficial autorizado por Hitler y su régimen. Este monopolio le produce una fortuna. Pero él no considera que sea rebajar su dignidad el ganar comisiones sobre obras de arte. Su método es aproximadamente el mismo que emplea la gente que sirve a Goering, con la diferencia de que éste cuesta todavía más a la víctima. Un comerciante de reputación en materia de obras de arte se dirige a uno de sus mejores clientes, y le dice: "Tengo cierto cuadro en venta, yo sé que a nuestro querido Führer le agradaría mucho. ¿No querría usted regalárselo". Todo el mundo sabe lo que esto significa y la sugestión se acepta siempre.

También ocurre a veces que Hitler regala un cuadro a alguien a quien desea hacer un favor. Un día envió al doctor Hjalmar Schacht un cuadro del clásico pintor costumbrista alemán Spitzweg, con un soberbio marco. Schacht notó inmediatamente que se trataba de una vulgar copia de un conocido original. Pensando que el Führer había sido engañado, le devolvió el cuadro diciendo que era una copia. Enfurecido, Hitler declaró: "Esta copia es un original". Después de todo, ¿por qué no, ya que el axioma del régimen es: "El Führer tiene siempre razón"?

Algunos meses más tarde, los visitantes podían ver todavía en el salón de Schacht un marco vacío con una pequeña nota escrita de puño y letra del propietario: "Este marco contenía una copia de Spitzweg, regalada por el Führer".

¡Pobre Schacht! Solía controlar las finanzas del régimen, pero nunca fué capaz de obtener de sus amos una cuenta clara. No creo que sea posible encontrar en ningún Estado moderno procedimientos similares a los que rigen en Alemania para fi-

milicia negra. Reciben el título de "Protectores de los S. S." Este honor cuesta caro, pero sirve como "recomendación" para la Gestapo. Los industriales, comerciantes y funcionarios se lo disputan, especialmente cuando no son miembros del partido. Así se creen protegidos por Himmler. Esto es una reminiscencia de los tributos que los comerciantes y burgueses de la Edad Media solían pagar a los Barones Salteadores, para proteger sus bienes y sus vidas.

¿Cómo dispone Himmler de todos estos fondos? Paga a sus hombres, construye cuarteles y centros sociales para ellos, villas y casas de campo para sí mismo y otros jefes de la Gestapo, y compra armas independientemente del Ministerio de la Guerra. A Himmler, lo mismo que a Darré, le gusta dar suntuosas fiestas. Paga a sus espías de Alemania y del extranjero. ¡Quién sabe si hasta los campos de concentración, que dependen del jefe de la Gestapo, son sostenidos a costa del modesto presupuesto de los trabajadores, gracias al nivel arbitrario de los precios de los alimentos!

Ya he mencionado a uno de los protegidos habituales de Darré, Alfred Rosenberg. Este seudo filósofo, de origen ruso, dirige una organización llamada "Buró de Política Extranjera del Partido Nacionalsocialista". Este incluye todo un cuerpo de conspiradores, que extienden sus ramificaciones hasta el extranjero. Alfred Rosenberg es el que financia a los rusos blancos residentes en Alemania. Sostiene una milicia de jóvenes rusos, que están resueltos a hacerlo todo por derribar a Stalin. No sé si el pacto con el dictador ruso habrá puesto fin a esta actividad subterránea (*).

En lo que se refiere a él mismo, Rosenberg pasa por ser desinteresado y se dice que sacrifica sus ingresos personales a la causa. Cuando Hitler le distinguió con el Gran Premio Alemán de Filosofía (que en Alemania ha reemplazado al Premio Nobel), se decía que era muy pobre. Sin embargo, sus libros anticristianos se venden bien. Se obliga a comprarlos a las librerías escolares, incluso a las de la Renania católica.

(*) *Nota del editor.* — Esto fué escrito, naturalmente, antes del comienzo de la guerra nazi-soviética.

Baldur von Schirach y su "Juventud Hitleriana" son también subvencionados con el presupuesto de las dueñas de casa a través del Ministerio de Alimentación. De este modo Baldur von Schirach cubre los gastos de sus funcionarios, recibe dietas por sus viajes al extranjero y sostiene todo su ejército de muchachos y muchachas. Darré, Himmler y Baldur von Schirach forman el grupo radical del Partido Nacionalsocialista. Su influencia es considerable. Su alianza se apoya en su complicidad en el saqueo. Es ésta una de las consecuencias de los curiosos medios de financiamiento que existen en Alemania.

Después de los de Darré, los fondos "negros" más considerables son probablemente los del doctor Ley el borracho tartamudo que es el jefe del Frente Alemán del Trabajo. Controla los cuatrocientos o quinientos millones de marcos que los trabajadores alemanes pagan cada año como cuotas al Frente del Trabajo.

Yo no digo que se embolse todo este dinero, pero la cifra ciertamente le ha hecho perder la cabeza. Está en la situación del hombre que ha ganado un millón en las carreras de caballos. Y busca la ocasión de gastar su dinero. Ha ordenado la construcción de toda una flota. Uno de los barcos lleva su nombre y parece que fué hundido mientras transportaba tropas a Noruega. Con estos barcos acostumbra a organizar viajes a Madeira y a los fiordos escandinavos. Tiene una fábrica de automóviles construída para fabricar el coche popular. Con este motivo ideó una nueva bribonada. Los futuros compradores del coche popular fueron invitados a comprarlo por adelantado, pagando plazos antes de recibir el coche. Es el reverso del sistema del crédito a plazos. El sistema es genial. Ley se embolsó cerca de cien millones de marcos cuando la guerra llegó porque la fábrica del coche popular tiene ahora que producir tanques y motocicletas para el ejército.

Ha sido Ley el inventor de la organización de días de descanso, que lleva el extraño nombre de *Kraft durch Freude* (La Fuerza por la Alegría). Esta organización posee grandes y nuevos barcos de turismo, que Ley emplea en "cruceros obreros". De hecho son los bonzos nazis grandes y chicos quienes sobre todo gozan de ellos. La Fuerza por la Alegría publica varias

revistas ilustradas, de increíble prodigalidad y enteramente inútiles. Tiene playas arrendadas en el Mar Báltico. En el famoso lugar de turismo de Rügen, el doctor Ley ha hecho construir un enorme hotel capaz de alojar veinticinco mil personas. Uno podrá dudar de que las gentes puedan descansar en semejante colmena, pero Ley no los lleva a Rügen a descansar. Los nacionalsocialistas no se han propuesto proporcionar ocio a los trabajadores. El ocio sería peligroso para el régimen nazi. Los agentes podrían tener tiempo para pensar, y esto debe ser evitado dándoles ocupación ininterrumpidamente. Para prevenirse contra el pensamiento, se les hace hacer ejercicios físicos. Nunca deben sentirse dueños de sí mismos. Esta es, según las palabras del propio Ley, la idea que inspiró la construcción del hotel de la isla de Rügen.

Ley es también el responsable de la construcción de un inmenso palacio para el Frente del Trabajo en el Oeste de Berlín. El edificio es tan grande como cualquier otro ministerio, incluído el Ministerio del Aire de Goering, que tiene proporciones grandiosas. Miles de funcionarios "trabajan" allí. Tiene también suntuosas salas de recepción. Un día fuí invitado a una de las recepciones de Ley; fué magnífica. En el umbral un hombre gordo se paseaba de arriba abajo, con un magnífico uniforme y numerosas condecorariones. Era el portero del palacio. Algunos obreros que fueron invitados a la recepción le tomaron por Goering y le saludaron de la manera más respetuosa.

Para no quedarse atrás de Himmler (a quien seguramente también da dinero), Ley ha creado su propia milicia de obreros, llamada *Werkscharen*, o Legiones de Fábrica. Estas están compuestas de jóvenes de 18 a 20 años, de elevada estatura, vestidos de uniforme azul, que son el orgullo de Ley. Así posee, como cualquier otro gran señor nazi, su propio pequeño ejército particular.

De los cientos de millones que pasan por sus manos, Ley guarda una pequeña parte para sus necesidades personales. Se ha hecho construir una hermosa villa en un sector aristocrático de Berlín. Un anticuario amigo mío me contó que un día fué llamado a casa de Ley. Tuvo que aguardar durante más de

media hora en la sala de espera donde los S. S. de vigilancia descansaban confortablemente en grandes sillones, con sus revólveres al cinto. Por fin fué introducido a las habitaciones de Frau Ley. Frau Ley fué, en otros tiempos, vendedora en un gran almacén de Colonia. Había decidido comprar un tapiz, sin duda porque para ella el poseer un tapiz era la marca de un cierto rango social.

"Le he hecho llamar —dijo al anticuario—, porque quisiera tener un tapiz."

"Estoy a su disposición, señora; ¿ha pensado qué clase de tapiz desea?"

"No —respondió Frau Ley—, excepto que quiero que sea auténtico."

En aquel momento entró el doctor Ley, quien resolvió el problema:

"Eso es muy sencillo, escogeremos el más caro."

Frau Himmler, la esposa del jefe de la Gestapo posee aproximadamente la misma cultura.

Frau Mackensen, hija del barón von Neurath (hoy "protector" de Bohemia) y esposa del embajador alemán en Roma, pensó un día que sería conveniente visitar a la esposa de la persona más poderosa de Alemania. Un embajador puede creer útil el tomar ciertas precauciones. Frau von Mackensen llegó y le presentó sus respetos como si se tratase de la reina de Italia. Pero Frau Himmler sin molestarse en devolver los saludos, se precipitó sobre su visitante, para palpar el género de su vestido, exclamando: "¡Cómo, todavía tiene usted seda auténtica!". Las damas de los nuevos caballeros que gobiernan Alemania aprecian los valores "auténticos".

Junto a Goering, Himmler, Darré y Ley, Goebbels parece casi un mendigo. No tiene ejército particular y sus fondos "negros" ascienden escasamente a 200 millones de marcos al año, mientras que los de Darré y Ley pasan de medio billón. Los 200 millones de Goebbels salen de los impuestos de licencia que los radioescuchas pagan todos los meses. De estas sumas, Goebbels tiene que pagar los costos de los programas, pero, sin embargo, le queda para su uso personal una bonita suma. Para sus necesidades particulares tiene, además, el producto de su

pluma: una suma apreciable, pues, bajo el régimen nazi, la prosa de los autores oficiales encuentra muchos compradores obligados. Además de esto, Goebbels posee acciones de una empresa cinematográfica. Sin embargo, su lujo es de un carácter más modesto que el de Goering o Himmler, Goebbels no tiene el físico de un señor feudal. Se contenta con una villa suntuosa, pero discretamente escondida en Schwanenwerder, sobre el río Havel, cerca de Berlín. En vez de comprar tierras en Alemania, convierte cuidadosamente su dinero en valores internacionales, que deposita en Bancos extranjeros.

Es interesante observar que la población de Berlín tolera con una cierta indulgencia las extravagancias de Goering, pero no perdona nada a Goebbels. Un día se proyectó en varios cinematógrafos de Berlín una película en la que aparecía con su famila en su hermosa casa de Schwanenwerder. El público siseó enérgicamente en la oscuridad y hubo que retirar inmediatamente la película.

Esta es la gente que hoy gobierna a Alemania. Es asombroso cómo pueden tener la impudicia de proclamarse socialistas y de insultar desde el fondo de su corrupción a las "plutocracias occidentales", para usar sus propias palabras. La gran mayoría del pueblo alemán no sabe nada de estos refinados métodos de enriquecerse a expensas de la comunidad y del sudor de las masas trabajadoras. Algún día, cuando sepan cómo fueron engañadas y burladas por sus jefes, su furia será terrible.

CAPITULO VI

LA CAMPAÑA ANTIJUDIA Y LOS CAMPOS DE CONCENTRACION

DESDE el momento en que tomaron el Poder, los jefes nazis han profesado el mayor desprecio por el individuo. Gran número de conservadores alemanes, ignorantes de la realidad y aterrados por el incendio del Reichstag, aprobaban el encarcelamiento, sin proceso, de los enemigos políticos del régimen. Al parecer, creían que esta medida era puramente provisional y justificada por el peligro de guerra civil, y suponían que los nacionalsocialistas restaurarían pronto los procedimientos legales. Se equivocaban. Los campos de concentración, mejor dicho, campos de tortura, son, hasta hoy, una institución del Estado. A pesar de todas mis investigaciones, nunca he sabido en qué circunstancias murió en Dachau mi sobrino von Remnitz.

Uno de los casos destacados que considero particularmente vergonzosos fué el encarcelamiento del pastor protestante Martín Niemöller, en el campo de concentración de Oranienburg. Martín Niemöller era oficial de marina; durante la guerra de 1914-1918 fué comandante de un submarino; después de la guerra se hizo pastor. Cuando los nacionalsocialistas intentaron poner la mano sobre la Iglesia Protestante y obligarle a inclinarse

ante el espíritu anticristiano del régimen, Niemöller entabló la resistencia en el campo religioso. Durante largo tiempo, en el púlpito de Dahlem, cerca de Berlín, se irguió aquella figura imponente, alta y pálida, de aspecto ascético. Defendió valientemente la ley del Evangelio contra los cismas ultrajantes de los nazis. Fué el campeón de la libertad de conciencia frente al opresor. La pequeña iglesia, era incapaz para contener la multitud que iba a oírle, a pesar de la vigilancia de la Gestapo. Entre los partidarios del valeroso sacerdote se contaba el Ministro de Finanzas del Reich, conde Lutz von Schwerin-Krosigk. El hijo de Frau Rigle, la hermana de Goering, recibió la confirmación de manos de Niemöller. Durante largo tiempo fué protegido por Goering y el ejército, pues Frau Rigle había intercedido en su favor cerca de su hermano. Pero llegó un día en que Goering le prohibió que mencionara su nombre.

Hitler pensó que la lengua de este hombre libre y sin miedo era un peligro para el régimen. Fué él quien dió la orden de detener a Niemöller. El pastor fué llevado ante el tribunal de Berlín acusado de haber infringido algunas viejas leyes de Bismarck, relativas a los sermones. Fué absuelto por el tribunal. Debió ser puesto en libertad al momento. Pero, a pesar de su popularidad, a pesar de que el tribunal había reconocido su honestidad y su inocencia, Hitler no vaciló en cometer una nueva iniquidad. Al salir del tribunal, Niemöller fué detenido por la Gestapo e internado en el campo de concentración de Oranienburg. Más tarde, el viejo mariscal von Mackensen hizo un intento por obtener su liberación. Hitler se negó.

Habiendo perdido su hogar, Frau Niemöller y los ocho hijos del pastor se encontraron en una situación muy difícil. Un amigo de la familia vino en su ayuda. Como no se hallaba él mismo en buena posición, se dirigó a varios industriales de Westfalia —Niemöller era nativo de Elberfeld— y les pidió su ayuda. Todos aceptaron con alegría, excepto Albert Vögler, que prometió su ayuda, pero se volvió atrás en el último instante, por temor a desagradar al régimen.

Católico como soy, y criado en esta tradición, me inclino ante este noble protestante: Martín Niemöller. Como oficial demostró su valor durante la guerra. Pero sobre todo ha mostrado

a los alemanes un ejemplo de virtud poco corriente. Al negarse a ser silenciado por la Gestapo, el pastor Martín Niemöller ha mostrado a los alemanes el significado del valor cívico, esa virtud que Bismarck acostumbraba a decir que era desconocida en el país.

La persecución a los judíos alcanzó su punto culminante en el otoño de 1938, y levantó una protesta universal. Hasta 1933 yo no había concedido mucha importancia al alboroto antisemita del Partido Nacionalsocialista. Los habitantes de las provincias católicas del Rin no son antisemitas. Puede haber regiones en Alemania donde la incultura de la población ha llevado a los judíos a jugar un papel exagerado; esto nunca sucedió en la Renania. Nosotros hemos considerado siempre al judío Heinrich Heine como uno de nuestros poetas nacionales. Los nazis podrán haber destruído la estatua de Heine en su ciudad natal, en Dusseldorf, pero nunca podrán impedir que las gentes canten "Die Lorelei" en los barcos que navegan por el Rin.

Varios meses después de llegar al Poder, el Partido Nacionalsocialista organizó tumultuosas manifestaciones antijudías a través de toda Alemania. Para agradar a sus partidarios del pequeño comercio que sufrían por la depresión y para dar algo que hacer a las Tropas de Asalto, que gustan de las luchas callejeras, los jefes nazis dieron orden de que fueran pintadas las ventanas de las tiendas judías con epítetos groseros e insultantes. Este nuevo brote no fué tomado en serio en las grandes ciudades renanas. En todas nuestras ciudades de gran población obrera, las tiendas permanecieron abiertas, pues la gente no hubiera podido pasarse sin ellas. Más tarde, cuando los judíos fueron expulsados del comercio, las tiendas judías no fueron suprimidas, como anunciaba el programa nazi. Sencillamente, se robaron las propiedades de los judíos. Los pequeños comerciantes, cuya estupidez les hizo creer que el hundimiento de sus negocios se debía a la competencia de los judíos, fueron arruinados más tarde por la desastrosa política de armamentos, y enviados a hacer fortificaciones a la frontera occidental.

Nadie sabe mejor que yo, industrial, los servicios que los judíos prestaron a la economía nacional alemana después de la guerra. Los nazis acusan a los banqueros judíos de ser los res-

ponsables del endeudamiento de Alemania. Según ellos, los judíos habían conspirado para "hacer de Alemania la presa de la finanza internacional". Esto es una siniestra estupidez. Los banqueros judíos salvaron la economía alemana después de la guerra. Gracias a esos judíos las empresas medianas y pequeñas pudieron obtener de los Bancos norteamericanos los créditos necesarios para reequiparse.

Varias de las grandes firmas consiguieron lanzar empréstitos en Norteamérica por su propia cuenta, pero muchas otras, desconocidas para los jefes, sólo pudieron obtener dinero a través de los Bancos judíos. Al garantizar los empréstitos contraídos en el extranjero, estos últimos corrían ciertos riesgos. Pero al hacerlo, los banqueros judíos testimoniaban su confianza en el futuro de los negocios de Alemania. El Banco Simon Hirschland, de Essen, por ejemplo, obtuvo créditos por un total de cincuenta millones cuando menos, para los pequeños y medianos establecimientos de nuestra región. Su capital no pasaba de ocho millones de marcos. Los grandes Bancos alemanes no habrían corrido el riesgo de conceder tales créditos. Más todavía, hacia 1930, en el momento de la crisis económica, la falta de moneda extranjera produjo dificultades en los pagos; nuevamente intervinieron aquí los Bancos judíos. Consiguieron obtener moratorias o renovaciones de los corredores extranjeros. Los mismos nazis se han visto obligados a reconocer los servicios prestados por ese pequeño Banco judío de Essen. Fué este Banco el que negoció el importante empréstito americano Krupp, en colaboración con otro Banco judío, Goldman Sachs & Co., de Nueva York. Durante largo tiempo nadie se atrevió a poner las manos sobre el Banco Simon Hirschland, a pesar de la presión de los elementos extremistas del Partido. Fué el último Banco judío que existió en Alemania bajo el régimen nazi. A causa de los créditos extranjeros era imposible suprimirlo.

Los círculos económicos y financieros de Alemania han visto siempre con desagrado el desarrollo de las tendencias antisemitas del nacionalsocialismo. En un discurso en la apertura de la Feria de Koenigsberg en 1935, el doctor Schacht no vaciló en protestar contra una agitación que consideraba como un serio peligro para la economía alemana. Yo mismo, al regresar

de América en 1935, tuve la oportunidad de plantear la cuestión a Goering. Ya en aquel tiempo el general, que era Ministro Presidente de Prusia, había adoptado un aire de soberano. Un día me invitó a una cacería de ciervos en el Schorfheide. Acepté con la esperanza de poder hablar con él de ciertos asuntos importantes.

Yo no sé si el guarda, que había recibido órdenes de Goering de preparar mi caza, informó a su amo de las dificultades que experimentó. No soy un buen tirador, era un día lluvioso, no había llevado prismáticos, y erré tres ciervos. Por fin maté mi pieza. Era hora, pues el guarda estaba desesperado. El pobre amigo había recibido instrucciones de asegurar que yo matara mi pieza. Seguramente fué la primera, y sin duda alguna la última.

Goering y yo almorzamos juntos en una rústica cabaña de cazadores que armonizaba con el paisaje. Sólo más tarde debía Goering edificar su famoso palacio Karin Hall en el corazón del bosque. No he estado nunca en él, pero me han dicho que un francés que fué huésped de Goering en él y que más tarde visitó una antigua mansión imperial de caza en Prusia, no pudo menos de hacer la siguiente observación: "Nunca había advertido lo sencillamente que vivían los reyes de Prusia".

Después de almorzar, tuve una larga conversación con Goering sobre las cuestiones religiosa y judía. El interés de Goering por los asuntos religiosos se limita a su aspecto político. Fué este punto de vista el que había seguido el verano anterior al lanzar su proclama contra el catolicismo político en las provincias del Rin. Sospechando de la hostilidad de la población católica hacia sus métodos de gobierno, los nazis interpretaban estas tendencias como un renacimiento del viejo Partido del Centro. Traté de explicar a Goering lo que realmente significa el catolicismo. Recibí la impresión de que virtualmente no conocía nada de los problemas religiosos. Me dijo que en las iglesias bávaras había visto ex votos con forma de brazos y piernas en señal de gratitud por la salud recobrada: "Todo es superstición y estupidez", me dijo. Es incapaz de comprender el agradecimiento y la profunda fe de los católicos que rinden gracias a Dios por medio de esos ingenuos dones. Indudablemen-

te, preferiría substituir la religión de las masas por una ciega creencia en Hitler y en el genio del Führer. ¡Para los nazis esto no es superstición!

Hablé también con Goering sobre la cuestión judía. Durante mis viajes en América me fué posible medir el daño que había causado en la opinión pública americana el trato dado por Alemania a los judíos. Expliqué esto a Goering. Comprendía perfectamente que era necesario cultivar buenas relaciones con América. "Pero, dijo, ¿qué haríamos? ¡Tendríamos que suprimir el *Stürmer!*"

El *Stürmer* es una hoja pornográfica publicada por el jefe de los antisemitas, Julius Streicher, de Nuremberg. Ha empezado a exhibirlo en las plazas y calles, a pesar de las protestas de los padres de familia y del Clero católico contra semejante exhibición de indecencia delante de los niños. Desde la guerra, parece ser que Streicher por fin fué declarado lunático, y confinado. ¡Si esto se hubiera hecho antes!

Sugerí a Goering que podría enviar una misión oficial alemana a los Estados Unidos para tranquilizar al público norteamericano. Le dije que la persona designada debía poder decir a Roosevelt que sin duda se habían cometidos excesos, pero que no había en ello ninguna cuestión de principio, y que el orden sería restablecido. El propio Goering no es antisemita. Comprendía plenamente el daño que la agitación de Streicher nos había hecho en América.

"¿A quién enviaríamos?, dijo. ¿A Herr Schmidt?" Schmidt era el Ministro de Economía, un director de seguros totalmente desconocido en América. El pobre amigo podía saber mucho de seguros, pero las cuestiones económicas eran demasiado para él. Fué él quien sugirió la creación de la Cámara Suprema de la Economía alemana, que se reunió una sola vez. Yo propuse que la misión fuese encargada al doctor Schacht. Pero la cosa no pasó de aquí. Goering no es omnipotente, y los nazis que rodean más de cerca a Hitler son tan limitados y presuntuosos como para despreciar a América, de la cual no conocen nada.

Debía haber asistido a la célebre sesión del Reichstag en que se aprobaron las leyes antisemitas. Pero cuando llegué, supe que los nazis intentaban cambiar la bandera alemana, y en

vista de ello tomé el primer tren de regreso. Otros miembros del Reichstag y hasta del Gobierno —especialmente Schacht— se oponían a esas leyes infamantes, pero se hicieron gestiones para ocultar el hecho de tal oposición.

Fué en noviembre de 1938 cuando los nazis, con el pretexto del asesinato de von Rath, secretario de la Embajada de París, por un joven judío polaco, organizaron la persecución sistemática de los judíos alemanes. Las circunstancias exactas en que se realizó el asesinato no han sido establecidas nunca. Lo curioso de todo esto es que durante todo un año el Gobierno nacionalsocialista no hizo el menor intento por apresurar la acción de los tribunales franceses con relación al asesino. Esto era desacostumbrado. Con motivo del asesinato de Gustloff, jefe nazi muerto por un estudiante judío en Davos, la prensa nazi había protestado contra la lentitud y la lenidad de los tribunales suizos. De hecho, la cuestión de la justicia en este caso significaba muy poco para ellos. Lo que ellos querían era un pretexto para crear desorden y despojar a los judíos de su propiedad. La multa colectiva decretada por el Gobierno nazi equivalía virtualmente a la confiscación. Pero no fué esto lo peor. En todas las ciudades de Alemania se produjeron las escenas más vergonzosas. Las organizaciones oficiales del partido gobernante se transformaron ante los mismos ojos de una policía complaciente en bandas de incendiarios. Entre ellos se encontraban hasta altos magistrados del Reich, cuya misión era la represión y no la perpetración del crimen. Para estar a bien con el partido, se incoporaron a las Tropas de Asalto y a los S. S.

En Berlín, Nuremberg, Dusseldorf, Munich y Asburgo, en casi todas las ciudades alemanas, columnas de milicianos enarbolando la bandera svástica saqueaban las moradas de los judíos, destrozando los muebles, acuchillando los cuadros y robando todo lo que podían llevarse. De noche, y hasta en plena luz del día, rociaban de gasolina las sinagogas y les prendían fuego. Los bomberos recibían instrucciones de no apagar los fuegos, sino de limitarse a salvar los edificios próximos.

En aquella época yo estaba viajando por Baviera. Cuando me enteré de lo que sucedía en todo el país, pensé que tales horrores no habrían sucedido en nuestras provincias del Rin, pero al

volver a Dusseldorf al día siguiente supe que lo imposible había ocurrido.

El más alto funcionario del grupo nacionalsocialista local, un hombre llamado Florian, Gauleiter (en el lenguaje del partido esto equivale al rango de prefecto), había organizado él mismo las revueltas. No contento con atacar a los judíos, había planeado el asesinato del más alto funcionario de la administración prusiana local, el Regierungspräsident S... Yo había conocido a ese hombre personalmente y era un excelente funcionario, y tal vez por esto mismo se había ganado la hostilidad de Florian. Era amigo de Goering, a quien anteriormente había hecho algunos favores, y que le había designado para este importante puesto en Dusseldorf.

Florian, que era funcionario del partido, pero no del Estado, había organizado ese odioso ataque personal durante los disturbios antijudíos, so protexto de que la abuela de la esposa del presidente había sido judía. Muchos hombres casados con judías se han divorciado de ellas para congraciarse con el partido. En tales casos, los tribunales conceden invariablemente el divorcio fundándose en que la persona interesada se casó antes que se promulgaran las "Leyes de Nuremberg" y no se daba cuenta de la importancia de la cuestión étnica. El presidente S..., que era un hombre honrado, no siguió este ejemplo. Informó a Goering sobre el origen de su esposa, y Goering, de acuerdo con Hitler, le había designado para el puesto, a pesar de todo.

El 9 de noviembre, Florian hizo circular por todo Dusseldorf coches equipados con altavoces del Departamento de Propaganda, citando al pueblo para manifestarse contra los judíos y sus simpatizantes. Todos los nazis sabían que esto iba dirigido contra el Regierungspräsident. Los elementos extremistas del partido, reclutados entre la hez de la población, se ofrecieron para destruir y saquear las viviendas y las tiendas de los judíos, maltratando y torturando a cuantos caían en sus manos. Pero para el innoble fin que perseguía, Florian pensó que no podría confiar en las Tropas de Asalto de Dusseldorf; por tanto, pidió un destacamento de Elberfeld. Estas tropas, armadas con barras de hierro, fueron lanzadas contra el edificio del Gobierno local, que fué destrozado y saqueado. El presidente estuvo a punto de ser muerto en su propia oficina, escapando milagrosamente.

En toda la ciudad hubo escenas de desorden y de pillaje, igual que en otras ciudades alemanes. Fueron detenidos magnates, intelectuales, médicos y comerciantes judíos. Muchos de ellos, hasta los viejos, fueron odiosamente maltratados. El anciano consejero legal del Sindicato del Carbón, que tenía 75 años de edad, y era respetado por todo el mundo, se suicidó junto con su esposa. Tenía una pequeña colección de cuadros que había legado a la ciudad de Essen. Los nazis los destruyeron enteramente. Florian había organizado estas atrocidades con especial salvajismo, pretextando que von Rath, el joven diplomático asesinado en París, era nacido en Dusseldorf. Estas fueron las noticias que me dieron a mi regreso. Yo estaba horrorizado. Como Consejero de Estado, tenía derecho a dirigirme al Ministro Presidente Goering en persona. Inmediatamente le escribí una carta explosiva, diciendo que era intolerable que un alto funcionario del partido organizara desórdenes y fuera capaz de atacar de aquella manera odiosa a los judíos, e incluso a un funcionario del Gobierno, que era la autoridad administrativa local más alta del Estado prusiano. Yo recordé a Goering que él mismo había designado al Regierungspräsident, y que S... nunca había ocultado el origen de su esposa. Añadí, con firmeza, al Ministro Presidente de Prusia, que los excesos organizados por el Gauleiter nazi en Dusseldorf eran la ruina de toda autoridad, y fomentaban la anarquía y los instintos más bajos de la población. En estas condiciones, le decía, me era imposible continuar siendo Consejero de Estado. Yo no podía permanecer en este cargo y aparecer con ello en mi país natal como aprobando actos que condenaba formalmente. Pedí a Goering que aceptara mi dimisión.

Debo añadir que el pueblo de Dusseldorf, como el de otras muchas cuidades, desaprobaba los excesos organizados por los nazis contra los judíos. Unos días después estuve comiendo con Schacht en Berlín. Un ministro que debe permanecer anónimo, pues todavía ocupa su cargo, me felicitó por mi actitud. "Por lo menos, me decía, ha habido alguien que se ha atrevido a protestar contra estas atrocidades". Añadió que debía pedir el ous-

tigo de Florian y la libertad de todos los judíos que habían sido detenidos. Hice algunas gestiones cerca de Goering. Algunos días después, el mariscal me envió un mensajero. Me reprochaba amargamente mi dimisión, diciendo que ello le causaba un disgusto personal. Si yo quería protestar, ¿por qué no dimitía del Reichstag? Yo respondí que mi intervención se basaba en el hecho de que yo era Consejero de Estado, y que el asunto concernía a la administración prusiana. Repetí mi petición de castigo a Florián. El emisario de Goering replicó: "Nadie, ni el mismo Goering, puede hacer nada contra un Gauleiter". Florián es amigo de Rudolf Hess, y a Hess no le agrada Goering, a quien considera rival.

Para acabar este asunto, informé al Ministro de Finanzas de Prusia que ya no me considerara Consejero de Estado, y por tanto le rogué que dejara de pagarme el salario que me correspondía. Esta carta —sin duda por instrucciones de Goering— fué considerada como no recibida, y mis emolumentos como Consejero continuaron siendo pagados al Banco Thyssen, donde los he hecho ingresar en una cuenta especial a disposición del Ministro Presidente de Prusia.

En una carta que envié a Goering después de la declaración de guerra, le recordé mi protesta por los excesos cometidos contra los judíos. Desde 1935 dejé de tener relaciones con los líderes nacionalsocialistas. No icé más la bandera svástica, y de hecho rompí prácticamente todas mis relaciones con el partido, pero no hice nada por hacer pública mi oposición. Los excesos cometidos en el otoño de 1938 me hicieron abandonar esta reserva. Mi dimisión del Consejo de Estado era una prueba no sólo de mi disgusto, sino mi intención de denunciar todo lo que pudiera aparecer como que yo solidarizaba con un régimen que toleraba semejantes ultrajes. Pero mi protesta fué silenciada, como hubiera sucedido con mi protesta contra la guerra un año después, si hubiera regresado a Alemania. Más tarde he sabido que Hamburgo fué la única ciudad de Alemania donde el Gauleiter nacionalsocialista Kauffmann, de origen renano, no toleró que se molestara a los judíos. En la gran ciudad que Kauffmann administró en su doble papel de Gauleiter del partido y Gobernador del Reich, no se permitieron incendios ni pillajes. Cerca de nuestra casa, en Mülheim, ocurrió un incidente grotesco. La comunidad judía, sintiendo que se acercaba la tormenta, había vendido la sinagoga a la Municipalidad unas semanas antes de los disturbios. Los nazis incendiaron el edificio, a pesar de ser propiedad municipal. A través de su campaña antijudía es como el partido ha dado rienda suelta a los más bajos instintos que anidan en la raíz de su llamada filosofía. El Gobierno nacionalsocialista goza del miserable privilegio de alentar e incluso ordenar actos que todo el mundo civilizado considera como crímenes. Los extranjeros que se encontraban en Alemania en aquellos momentos quedaron horrorizados ante las escenas de sadismo y barbarie; habían podido ver en plena actividad a los incendiarios oficiales de las sinagogas. En la capital del Reich, en el centro de la ciudad y ante las mismas embajadas, las Tropas de Asalto y las juventudes hitlerianas, mandadas por sus jefes, asaltaban y saqueaban viviendas y comercios. Al tolerar, o, mejor dicho, organizar el robo, el incendio y el pillaje, e incluso el asesinato en los campos de concentración, el régimen nacionalsocialista, especialmente en aquel otoño de 1938, se reveló al mundo entero como un Gobierno de "gangsters".

CAPITULO VII

LA CUESTION CATOLICA

La persecución a los judíos y el ataque a la libertad de conciencia de los protestantes alemanes tienen un gran significado moral. Desacreditan a la pandilla gobernante nazi ante los ojos del mundo. Pero por estos métodos inhumanos Hitler ha sido capaz de eliminar poco a poco a los judíos de la vida alemana, sin consecuencias políticas serias dentro del país. La minoría judía en Alemania era demasiado pequeña y demasiado dispersa. Los excesos antisemitas, desde el punto de vista de la política general, pueden ser considerados como una serie de crímenes individuales de los cuales tendrán que dar cuenta algún días quienes los perpetraron, mientras que los que robaron su propiedad a los judíos serán obligados a devolver lo robado. Pero las consecuencias económicas de la acción antijudía pueden muy bien ser más serias y duraderas. Es difícil apreciarlo hoy.

La persecución a los protestantes es menos espectacular, pero tiene un significado mucho más profundo. No incumbía a los líderes nazis el establecer una especie de orden entre las numerosas sectas e iglesias protestantes existentes en Alemania. Cuando trataron de unificar el protestantismo nombrando un jefe de la Iglesia con el desusado título de *Reichsbischof* —obispo del Reich—, no lo hicieron apoyándose sobre una base religiosa ni

por legítimas razones de Estado. Por cierto que era un hombrecillo patético aquel Ludwig Müller. Había sido empleado de Hugo Stinnes, en Mülheim, y luego se hizo pastor, sin que nadie sepa por qué. No, el objetivo de los nazis era bien distinto. Se proponían hacer del protestantismo alemán una especie de religión del Estado, después de haberle vaciado de todo principio cristiano. Para engañar a los incautos, le daban el nombre de "Cristiandad alemana". Una vez pregunté a un honrado campesino de la Prusia oriental cuál era su religión. "Yo soy cristiano alemán, porque soy un germano", me dijo. Estaba convencido de que era algo superior.

En realidad, el nacionalsocialismo no es un sistema político. Más bien pretende ser una filosofía y un sistema de moral: un *Weltanschauung*, como presuntuosamente le llaman los nazis.

Esta filosofía se resume en la frase *Blut und Boden* (sangre y suelo). Mucha gente no comprende lo pernicioso de la doctrina que se esconde detrás de estas dos palabras. Su cómica abreviatura "Blubo" ha sido algunas veces el blanco del ridículo. ¿Qué es esta doctrina? Enseña que la sangre y el suelo han producido al hombre, que está ligado a la naturaleza por cada fibra de su ser. La sangre que fluye por sus venas le dota de una misteriosa fuerza: la vida de sus antepasados, a quienes reencarna durante su existencia. Tiene una profunda afinidad con el suelo en que ha nacido y del que extrae su sustento. Representa una pequeñísima fracción de la energía del mundo, y su finalidad última debe ser desarrollar esta fuerza al máximo.

Un filósofo, amigo mío, consideraba estas elucubraciones como una filosofía de bestias. Los nazis degradan al hombre al nivel de un animal; el proceso de su multiplicación debe ser regulado; debe ser domesticado, alimentado y enseñado según un plan bien establecido, para producir un "ejemplar" completo. Es el método de los ganaderos o de las cuadras de carreras. Los nazis se disponen a producir el superhombre de Nietzsche por un sistema de cría animal (*).

Las estrictas reglas impuestas para el matrimonio, o más bien para el emparejamiento, a los S. S. de Himmler (guardias de corps), persiguen todas ese fin. Es lamentable que el propio Hitler no pueda participar en esto; sólo en este caso se podría

haber obtenido el resultado apetecido. Este concepto del hombre excluye toda moral individual sobre la responsabilidad de todo ser humano ante su propia conciencia, y, sobre todo, una religión que reconoce lo sobrenatural.

Tales son los principios según los cuales Hitler gobierna al pueblo alemán, y desgraciadamente ha logrado inculcarlos en una gran parte de la joven generación. Los jóvenes partidarios de esta filosofía bárbara son capaces de dar muestras de valor, obediencia y devoción al servicio de la idea general de la raza de la que se consideran un simple fragmento... Para ellos la raza está representada por Alemania, y su más alta expresión es la persona del Führer, a quien veneran casi como a una deidad. Pero esta juventud materialista, o mejor dicho animalista, no tiene conocimiento de Dios en el sentido espiritual de la palabra. El "Dios alemán" de los nazis es la naturaleza, la fuente misteriosa de la que ellos nacen. Su acto de fe consiste en desarrollar hasta el máximo las fuerzas naturales que cada individuo contiene.

Algunos fanáticos, todavía más locos —o tal vez más inocentes— que los demás, han añadido un poco de fantasía a estas doctrinas, relacionándolas con las leyendas de la antigua mitología alemana. Estos fervientes discípulos del dios alemán gozan con las reminiscencias de Wotan, Baldur, Thor y Freya. Dan a sus hijos nombres sacados de los Eddas escandinavos, (*) evitando así ponerles los de los santos del calendario, y sobre todo los del Antiguo Testamento. El mismo Goering ha seguido este ejemplo. Este es uno de los aspectos grotescos de esta triste historia.

Pero hay otros aspectos más tenebrosos. Un día fuí invitado a visitar una de las escuelas donde los nacionalsocialistas se proponen educar a la futura "élite" del partido. Estas escuelas reciben el nombre de *Ordensburgen* (castillos de orden). En la confusión de ideas que caracteriza al régimen nacionalsocialista, esto pretende hacer revivir la idea de los caballeros católicos de la Orden Teutónica (*), que salieron del Oeste de Alemania

* Véanse las Notas Históricas al final del capítulo, pág. 239 y ss.

para convertir y conquistar las tribus eslavas salvajes de la región del Báltico, que entonces se llamó Prusia. Por esto es por lo que a Alfred Rosenberg se le ha metido entre ceja y ceja el revivir la Orden Teutónica.

La escuela está instalada en las pintorescas ruinas de un viejo castillo fuerte en el distrito de Eifel. Este ha sido reparado, agrandado y lujosamente modernizado. Los muchachos, conocidos como *junkers*, reciben una educación como si fueran retoños de caballeros. ¡Además, allí existe un partido obrero alemán que pretende resucitar el sistema feudal. A los *junkers* se les entrena en el deporte y en el uso de las armas. Aprenden a bailar, hacen peligrosos ejercicios y cazan. No sé si les quedará mucho tiempo para aprender de verdad, pero que yo sepa, es la única escuela del mundo que no tiene biblioteca.

El director, o mejor, el führer de este Ordensburg, es un antiguo ingeniero. Un día nos expuso sus ideas sobre la educación. Para él el hombre no es más que una máquina. El objetivo de la educación es ayudar al alumno a cumplir sus funciones como una máquina humana: el entrenamiento sustituye al intelecto. Yo estaba estupefacto. Una de las acusaciones que se hacen a la industria moderna es que, al inventar el sistema de trabajo a la cadena, ha transformado a los hombres en máquinas. Los industriales han sido los primeros que han hecho todo lo posible para reducir al mínimo los inconvenientes de un sistema que es indispensable para la producción moderna. Y aquí nos encontramos con un pedagogo nacionalsocialista, a quien se ha confiado el entrenamiento de una llamada "élite", que se propone desarrollar, no individuos con inteligencia y sentido de la responsabilidad, sino máquinas.

Los partidarios de Karl Marx nunca han predicado un materialismo semejante. Los nazis se han propuesto destruir el alma. A un dictador no le sirve para nada la personalidad; le es más fácil gobernar una nación de autómatas.

Este es el principio fundamental de la llamada filosofía de la sangre y el suelo. Es fácil comprender qué instrumento político

* Véanse las Notas Históricas al final del capítulo, pág. 239 y ss.

tan útil significa esta filosofía en manos de líderes inescrupulosos, llenos de desprecio hacia el pueblo a quien gobiernan y especialmente hacia las gentes modestas y los trabajadores...

Tal doctrina es completamente incompatible con los principios del cristianismo. Para inculcarla a las masas, los nazis pensaron que podrían utilizar la Iglesia Protestante, una vez vaciada de su contenido cristiano. En el transcurso de su historia, el protestantismo en Alemania, como religión del Estado, ha sido siempre favorable a los príncipes alemanes, y ha formado súbditos leales de la casa gobernante. Pero nunca ningún príncipe ha pedido a esta Iglesia, por dócil que se mostrara, que renunciase a los principios fundamentales del cristianismo. Sin embargo, Hitler ha intentado hacer precisamente esto. Su intento se vió frustrado por la heroica resistencia de pastores como Martín Niemöller y de sus congregaciones.

Sin embargo, los nacionalsocialistas consiguieron persuadir a muchos para que se retractaran, y especialmente en las regiones protestantes donde suele predominar la indiferencia religiosa. En Alemania, lo normal es pertenecer a una secta religiosa; para renunciar a ella hay que hacer gestiones a través de las autoridades civiles. Los nazis han simplificado el proceso. Prácticamente, todos los jóvenes que pertenecen a los S. S. han abjurado del cristianismo, y lo mismo sucede con los jefes de los grupos de las juventudes hitlerianas. Muchos son partidarios del nuevo paganismo alemán, y celebran rituales en honor de Wotan, el Sol o la Naturaleza, madre de toda vida, cuando no adoran formalmente a Hitler.

La doctrina de la sangre y el suelo se usa como argumento contra el empleo de la inteligencia. Al principio del régimen, un amigo mío escribió un libro sobre la cuestión judía y lo envió a los funcionarios más importantes del partido. Florian, el Gauleiter de Dusseldorf, prohibió la circulación de la obra que pretendía ser una contribución objetiva a este importante problema. No dejan de tener interés los argumentos para la prohibición. El Gauleiter cortó toda discusión con las siguientes palabras: "Este libro no tiene ninguna utilidad, pues nuestros ciudadanos, conscientes de su sangre y de su suelo, nunca cometerán un error".

Este argumento es definitivo, pero sólo puede ser válido para bestias como Florian, totalmente ineducado y que para lo único que sirve es para jugar al naipe.

Los ataques del nacionalsocialismo a la Iglesia Católica tienen un objetivo más amplio y son de un carácter completamente distinto del intento de esclavizar al protestantismo. Hitler, católico de nacimiento, era un admirador de la sagacidad política de la Iglesia Católica, si hemos de creer a *Mein Kampf*. A comienzos del régimen, consiguió llegar a un acuerdo con la Iglesia y concluyó un concordato con el Vaticano (*). El promotor de esto fué el vicecanciller von Papen. Aquel concordato fué el primer tratado concluído por el nuevo régimen, y que, como todos los demás, fué violado. Pero Hitler veía en él una considerable ventaja política. El nuevo y revolucionario Gobierno nacionalsocialista era reconocido como capaz de firmar un pacto por una de las autoridades morales más respetadas del mundo.

Desde el punto de vista de la política interior, el concordato era la joya que faltaba en la corona del nuevo régimen. La Iglesia dulcificó su hostilidad hacia el nuevo partido gobernante sin retractar del todo la condenación de ciertas doctrinas nazis por los obispos alemanes. Durante un año pareció que el régimen se inclinaba a cumplir fielmente sus compromisos. Hitler declaró públicamente que las obras anticristianas de Alfred Rosenberg eran creaciones puramente personales, y que el Partido Nacionalsocialista no se responsabilizaba de ellas. A pesar de esto, las ideas del seudo filósofo nazi continuaron sirviendo como base de instrucción de las juventudes hitlerianas y otras organizaciones del partido. Como de costumbre, Hitler llevaba un doble juego.

La crisis se produjo en el verano de 1935. En mi Renania natal la actitud antirreligiosa de las organizaciones de la juventud hitleriana y de su jefe Baldur von Schirach había despertado un profundo descontento entre los padres católicos. El Clero había puesto en guardia contra el nuevo espíritu que el régimen trataba de inculcar a la juventud del país. Además, comenzaba a de-

* Véanse las Notas Históricas al final del capítulo, pág. 239 y ss.

jarse sentir un descontento político general. Los nazis veían con ansiedad que los antiguos socialdemócratas, que habían dejado de ir a la Iglesia durante el período republicano, habían vuelto ahora al redil. En las aldeas de Westerwald, cerca de Coblenza, habían tenido lugar incidentes, durante los cuales unos jóvenes campesinos católicos habían pegado a los paganos de la juventud hitleriana que estaban celebrando el solsticio. La tensión amenazaba agravarse. La atmósfera era tormentosa en todas las provincias del Rin enteramente católicas.

Los nazis, que no comprendían el celo religioso, veían en este malestar de la población católica una manifestación de hostilidad política. Decían que el Partido del Centro Católico, aunque había sido oficialmente disuelto, renovaba sus intrigas contra los nacionalsocialistas a través de un movimiento subterráneo. Goering lanzó su proclama contra el cristianismo político. Declaraba en ella que no se trataba de poner a discusión la religión: el nacionalismo se basa en el cristianismo positivo y respeta todos los credos. Pero que los enemigos hacían uso de la religión para ocultar sus sombríos designios. Al mismo tiempo se dieron instrucciones a la Gestapo para que procediera enérgicamente contra los jóvenes católicos. Esto produjo un gran malestar, pero no tuvo resultados inmediatos. Los católicos mantuvieron su resistencia pasiva.

Entonces los jefes nazis recurrieron a un proceder infame. Para desacreditar a los clérigos católicos ante los ojos de sus fieles, tomaron como pretexto ciertas debilidades personales que se descubrieron en una comunidad de frailes legos, para instigar una serie de procesos escandalosos. La prensa del partido empezó a publicar noticias degradantes de corrupción moral que debían haber sido tratadas en secreto. A través de toda Renania, el partido organizó conferencias en las que los oradores relataban los detalles más escandalosos. En Dusseldorf, un fiscal del Reich relató una serie de hechos de inmoralidad, presentándolos de tal modo que acusaba con ellos al Clero y a la Iglesia, lo mismo si eran ciertos como si eran falsos. El Gauleiter nazi, que conocía mis sentimientos católicos, se guardó de invitarme. Los procesos duraron varios meses. Los nazis tuvieron la desfachatez de llevar ante el tribunal a monseñor Bornewasser,

el viejo obispo de Tréveris, y a monseñor Sebastián, obispo de Speyer, de casi ochenta años de edad. Bürkel, el siniestro Gauleiter del Palatinado, insultó públicamente al venerable obispo, cuya lealtad patriótica estaba fuera de toda sospecha. Un tribunal nazi se atrevió a acusar de perjurio al obispo de Tréveris. Este último se quejó al Canciller Hitler, e hizo público su llamamiento en una carta dirigida a la población católica, pero Hitler aprobaba toda la acción.

Mientras tanto, la creciente indignación de la población católica de Renania empezó a preocupar a los nazis. Se oyeron protestas contra tanta ignominia y mala fe. Prosiguiendo su odiosa campaña de calumnias, los nazis estuvieron a punto de provocar una revuelta. Interrumpieron los procesos, pero no cesaron en sus ataques contra la Iglesia. La Gestapo continuaba sus intrigas; los sacerdotes denunciados por agentes secretos eran detenidos y encarcelados. Un joven vicario de Essen, cuya parroquia estaba en un barrio obrero, fué acusado de haber fomentado un complot comunista y condenado a diez años de cárcel. ¡Esto, en los mismos momentos en que Hitler estaba negociando secretamente con Stalin!

También por entonces los nazis trataban de que los sacerdotes católicos hicieran apostasía de su Iglesia. Un profesor del colegio eclesiástico de Pasina, que se prestó a esta traición, fué suspendido y excomulgado por el cardenal arzobispo de Munich. Durante un mes sus hazañas fueron dadas a conocer en mitines públicos y la prensa del partido relataba sus ataques contra la Iglesia, pero sin éxito.

Al tiempo que se desarrollaba una serie de procesos escandalosos, los nazis atacaban a la Iglesia Católica en otro campo. Las órdenes religiosas, afirmaban, habían violado sistemáticamente las leyes que prohibían exportar divisas. Durante meses la prensa continuó abundando en historias de frailes y monjas que escondían paquetes de billetes de Banco entre sus ropas y que eran detenidos en la frontera por los agentes de aduanas. El obispo de Meissen, monseñor Legge, fué complicado en uno de esos procesos, que desde luego hubieran podido imputarse a cualquier ciudadano alemán que tuviera relaciones con países

extranjeros. Monseñor escapó con gran dificultad de ser encarcelado.

Después de intentar la difamación del Clero por estos procedimientos detestables, los nazis emprendieron la tarea de separar a los niños de su influencia. En todas las regiones católicas de Alemania organizaron un llamado plebiscito de padres católicos en favor de las escuelas seculares. En las aldeas agrícolas, los nazis se aprovechaban de la ausencia de los hombres mientras estaban trabajando en el campo para llenar pliegos de firmas durante el día. El no firmar se consideraba como señal de aprobación. Los obispos alemanes protestaron valientemente contra estos métodos fraudulentos. El obispo de Tréveris los denunció desde el púlpito, y los nazis tuvieron que retroceder. Ya no se atrevieron a hacer uso de ese plebiscito falsificado. Incluso en las aldeas donde, según los nazis, los votos en favor de las escuelas seculares habían alcanzado el 100 por ciento, no se atrevieron a suprimir las escuelas católicas.

Sin embargo, el partido continuó por métodos subterráneos la agitación en favor de una educación irreligiosa, especialmente en las ciudades. Los funcionarios católicos eran objeto de una presión incesante para que retirasen a sus hijos de la escuela católica y los enviasen a la escuela secular. En los colegios, los profesores nazis ridiculizaban el dogma y la moral cristianos. Las clases de religión se hicieron voluntarias, y, en vez de esa clase, los alumnos que lo desearan podían dedicar una hora al deporte o la gimnasia. Los sermones son censurados por la Gestapo y se detiene a los sacerdotes. Se ha suprimido la prensa católica. No se permite ya publicar los semanarios religiosos ni las hojas parroquiales. Se pretende ahogar toda expresión del pensamiento católico.

Pero al atacar la religión católica, los nacionalsocialistas se han encontrado con la horma de su zapato. Los obispos, el Clero y la población resisten con un valor silencioso, pero tenaz. A pesar de todos sus esfuerzos, el régimen nacionalsocialista ha sido incapaz de destronar al catolicismo de Alemania. Por el contrario, puede decirse que la persecución lo ha fortalecido. Monseñor von Galen, obispo de Münster en Westfalia, hizo un día una observación profunda sobre el significado de la lucha entre

el mito pagano de la "sangre y el suelo" y la religión tradicional de la Westfalia católica. "La gente habla, decía el obispo, de la sangre y el suelo. Si estas palabras quieren decir algo, yo más que nadie tendría derecho a invocar esta doctrina, pues mis antepasados se establecieron en este país hace más de quinientos años. Aquí en esta tierra renana estamos en nuestro propio suelo y no necesitamos a los falsos profetas que vienen de fuera".

El obispo aludía al portaestandarte de las fuerzas anticristianas, Alfred Rosenberg; Rosenberg es un intelectual ruso y por sus venas no corre una gota de sangre alemana. Su padre fué profesor en un colegio ruso bajo el zarismo. En aquellos círculos intelectuales el "racionalismo" del siglo XVIII y las ideas de Rousseau tenían todavía algunos partidarios antes de la pasada guerra. Siendo estudiante, Rosenberg se había imbuído de este "racionalismo". Además, es curioso hacer notar que, en Riga, perteneció a una asociación de estudiantes lituanos y no alemanes. Se dice que durante la guerra de 1914 su hermano estuvo en el Servicio Secreto francés. Y éste es el hombre que los nazis quieren imponernos como el gran filósofo alemán de los tiempos modernos. Rosenberg ha escrito un libro contra el cristianismo, titulado *El Mito del Siglo* XX. Es el producto rebuscado de un Voltaire sin seso. Goering me preguntaba un día qué pensaba de ese libro. "Para mí, añadió, es una completa idiotez". Yo no le contradije.

En dicha obra, Rosenberg repite una vez más todas las viejas tonterías que los anticlericales de todas las épocas han escrito contra la Iglesia Católica. Adereza este plato con una filosofía inspirada por Rousseau y una especie de ingenuo materialismo romántico. Para él, el hombre es bueno por naturaleza; el dogma cristiano del pecado original y de la redención es un insulto a la nobleza inherente al hombre. Bajo el régimen nazi, los campos de concentración son, sin duda alguna, la expresión de la bondad natural de la humanidad.

Este profeta ruso, que nunca ha logrado aclimatarse en Alemania, se trasladó un día a Münster, para exponer sus exóticas ideas en la diócesis de monseñor von Galen. El obispo hizo un sermón terrible contra él, y prohibió a todos los católicos que escucharan su conferencia. Rosenberg, que había arrendado el

local más grande de la ciudad, se vió obligado a hablar ante unas cuantas filas de hombres uniformados y una gran cantidad de bancos vacíos. Los nazis estaban furiosos. Frick, Ministro del Interior, reprendió personalmente al obispo de Münster, pero no se atrevieron a detenerle. El campesino westfaliano tiene fama de ser un hueso duro de roer. Estas gentes rústicas hubieran sido perfectamente capaces de salir en defensa de sus obispos con sus horcas y garrotes.

En la Navidad de 1939, monseñor von Galen lanzó una pastoral con las palabras del Evangelio: "Si el ciego guía al ciego, ¿no caerán ambos en el foso?". Citando al Evangelio en aquellos momentos críticos, monseñor von Galen replicaba con todo el peso de su autoridad al axioma pagano de los nazis: "El Führer nunca se equivoca". Y el obispo exhortaba a sus fieles a no olvidar la auténtica fuente de la verdad.

Actualmente, la Iglesia Católica es la única forma organizada de resistencia al espíritu del nacionalsocialismo. Es el único adversario que los nazis se ven obligados a reconocer. A los generales, por ejemplo, les falta el valor de los obispos. Un día, en Dusseldorf, me encontré al comandante general del cuerpo de ejército de Münster. En el curso de nuestra conversación, le pregunté: "¿Qué piensa usted de nuestro obispo?".

"Nunca le he visto, replicó el general. ¿Cómo cree usted que podría visitarle en las circunstancias actuales?". Esto dice bastante sobre la situación.

Por mi parte, nunca he ocultado mi hostilidad hacia la política religiosa de los nazis. Desde mi salida de Alemania han extendido el rumor de que todo mi proceder fué dictado por la Iglesia Católica. Esto, desde luego, es absurdo, pero me es indiferente que lo digan. Sin embargo, no quiero ocultar el hecho de que la rebelión de mi conciencia de católico ha contribuído grandemente a mi hostilidad hacia el nacionalsocialismo; no he hecho de ello ningún secreto.

En mi parroquia de Mülheim había un viejo sacerdote que era un modelo perfecto de devoción. Todo cuanto tenía se lo daba a los pobres. Comía con los más humildes en la cantina popular que habíamos abierto en nuestras fábricas para las familias de los parados. Yo sentía la mayor admiración por este

hombre. Un día le pregunté: "¿Podría hacer algo por usted?". Me respondió: "Mi mayor deseo sería tener una hermosa capilla bautismal en mi iglesia". Después de su muerte, meses más tarde, realicé su deseo y encargué para la pila bautismal una hermosa piedra labrada a los Benedictinos de la famosa Abadía de María Laach. Estos monjes han hecho revivir el arte religioso en Alemania; han descubierto de nuevo los viejos secretos de la escultura eclesiástica medieval. El labrado de la piedra duró dos años, pero me entregaron una obra de arte. La capilla fué consagrada en 1937, y el primer bautizado en ella fué mi nieto.

En un país normal no tendría nada de extraordinario que un católico hiciera construir una capilla, pero en la Alemania nazi esto fué considerado como una demostración contra el régimen. Los habitantes de Mülheim sabían que yo era el fundador, no había equivocación posible acerca de ello. La iglesia estaba siempre llena.

Con ocasión de la muerte del Papa Pío XI, envié al cardenal arzobispo de Colonia un telegrama público de condolencia, en el que le aseguraba mi devoción inquebrantable y la de mi familia a la fe católica. Tampoco esto hubiera sido nada extraordinario en un país normal, pero poco después el siniestro lugarteniente de Himmler, Heydrich, fué enviado a Essen para hacer una investigación personal sobre mí, especialmente en lo que se refería a mi actitud en materia religiosa. Tal vez debido a la intervención del Gauleiter Terboven no me sucedió nada en aquella ocasión. Pero el hecho de que uno de los más destacados industriales de la región hubiera manifestado abiertamente sus convicciones religiosas había disgustado a los nazis.

Ellos están acostumbrados a una mayor sumisión. Daré un ejemplo de esto. Albert Vögler, mi sucesor después de mi salida de Alemania, en la jefatura de las "Empresas de Acero Unidas", tiene un hermano llamado Eugen Vögler, que es el gerente general de la Compañía Constructora Hochtief en Essen. Esta empresa, una de las más importantes de Alemania, pertenece en su mayor parte a los hermanos Vögler.

El régimen nacionalsocialista edifica, y la Compañía Hochtief es una de sus principales constructoras. Ha trabajado en las nuevas autopistas. Ha construido la nueva Cancillería del Reich, que costó más de veinte millones de marcos. Erigió en Nuremberg esas inmensas construcciones de cemento y piedra donde todos los años se celebra el Congreso del Partido Nazi. Pero Eugen Vögler también ha recibido encargos de realizar trabajos de carácter más privado. Ha construído el gran generador de energía que provee de corriente eléctrica a la residencia de Hitler en Obersalzberg, y los edificios vecinos, el teatro, las villas y hoteles. La mayor distinción del Führer a la Compañía Hochtief fué encargarle la construcción de su "nido de águila", su castillo de Parsifal, sobre las rocas de Obersalzberg. Yo nunca he visitado este santuario wagneriano del Santo Graal, pero nadie lo ha descrito mejor que el embajador francés François Poncet, en una carta que fué publicada en el *Libro Amarillo Francés*. A continuación, reproduzco una parte de dicha carta:

"Desde lejos, el lugar semeja una especie de observatorio, o de pequeña ermita, colgada a una altura de seis mil pies, en el punto más alto de una cresta rocosa. Se acerca uno hasta allí por una carretera zigzagueante audazmente cortada en la roca viva. La audacia de la construcción acredita tanto la habilidad del ingeniero Todt como el incesante trabajo de los obreros que durante tres años llevaron a cabo esta obra de gigantes. La carretera termina ante un largo túnel que lleva al interior de la montaña, cerrado por una pesada puerta doble de bronce. Al extremo del túnel, un gran ascensor revestido de cobre aguarda al visitante. El ascensor sube hasta la residencia del Canciller, a través de un agujero de 330 pies, taladrado verticalmente en la roca. Aquí llegamos al extremo de nuestro asombro. El visitante penetra en una poderosa y maciza construcción, formada por una galería flanqueada de columnas romanas, un hall circular inmenso, con ventanas alrededor y un vasto hogar donde arden enormes troncos, una mesa rodeada por unas treinta sillas, y a los lados, varios saloncitos agradablemente amueblados con butacas confortables. Por todos lados, a través de las paredes de cristal, puede uno contemplar, como desde lo alto de un aeroplano, un inmenso panorama de montañas. En el lejano extremo de un vasto anfiteatro, uno puede divisar Salzburg y las aldeas vecinas, dominadas en todo lo que alcanza la vista por un horizonte de hileras de montañas y de picos, de prados y bosques

que trepan por las laderas. En la vecindad inmediata a la casa, que da la impresión de estar colgada en el espacio, se eleva casi verticalmente una muralla de rocas desnudas. El conjunto, contemplado en el crepúsculo de una tarde de agosto, es grandioso, salvaje, casi alucinador. El visitante se pregunta si está despierto o sueña. Quisiera saber dónde se encuentra, si éste es el castillo de Monsalvat, donde vivían los Caballeros del Graal, o un nuevo Monte Athos, refugio de las meditaciones de un cenobita, o el palacio de Antinea, elevándose en el corazón de las montañas del Atlas. ¿Es la materialización de uno de los fantásticos dibujos con que Víctor Hugo adornaba las márgenes de su manuscrito de *Los Burgraves*, la fantasía de un millonario, o simplemente un refugio de bandidos donde éstos distraen sus ocios y esconden sus tesoros? ¿Es la concepción de una mente normal o la de un hombre atormentado por la megalomanía, poseído de un deseo de dominación y soledad, o simplemente de un ser presa del pánico?

"Hay un detalle que no puede pasar inadvertido, y que es no menos valioso que el resto para todo el que pretenda comprender la psicología de Adolf Hitler: los alrededores, las bocas del pasaje subterráneo y el acceso a la casa están guardados por soldados y protegidos con nidos de ametralladoras . . ." (*).

Pero estos grandes favores hay que merecerlos. Y el administrador general de la Compañía Hochtief, Eugen Vögler, se ha demostrado digno de ellos. En 1938 abandonó oficialmente la Iglesia Protestante. Podía haber dicho, como el viejo Kirdorf a los noventa años, que creía en Mathilde Ludendorff, la esposa del general, que fundó una religión y proclamaba haber descubierto el gran secreto de la vida. Podía también haber dicho que Wotan se le había aparecido en sueños, y que se había convertido al germanismo. En realidad, no hizo nada de esto. Un buen día Eugen Vögler escribió una carta de negocios a su pastor. En ella le explicaba, sin hacer nada por dorar la píldora, que los intereses de su firma exigían de él abandonar la Iglesia. Como contratista oficial de los grandes señores de un régimen que era

(*) Reproducido con autorización de Reynal & Hitchcock Inc.

hostil a la cristiandad, se debía a sí mismo y a sus negocios el retractarse.

Estas actitudes son apreciadas en nazilandia. Ellos hacen posible al régimen formarse idea de un carácter y dominar una conciencia. Los nazis encontraron más resistencia entre los católicos. Pero hasta en los asuntos religiosos utilizan a los traidores que pueden ganarse. El jefe de la sección "católica" de la Gestapo, en Berlín, es un cura que colgó los hábitos.

La religión católica continúa siendo perseguida. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, Hitler no ha conseguido romper el espíritu de la Iglesia. Los obispos se mantienen firmes, desde el púlpito y el confesionario; el Clero ha alimentado la resistencia de sus rebaños. A pesar de algunos pocos casos de debilidad, la Iglesia Católica saldrá más fuerte de su lucha contra el neopaganismo y la barbarie nazi.

Con sus ataques al catolicismo, particularmente en nuestras regiones renanas, Hitler ha vuelto a abrir viejas heridas. La Kulturkampf (*) de Bismarck había dejado un penoso recuerdo, que no había acabado de borrarse hasta hace pocos años. Católicos y protestantes, unidos hombro con hombro, cumplieron su deber para con la patria. Cuando la resistencia pasiva del Ruhr, los católicos demostraron hasta la saciedad su lealtad inquebrantable. El cardenal arzobispo y el Clero de Colonia alentaron nuestra patriótica acción. Hitler es, por tanto, un monstruo de ingratitud al perseguir a los católicos renanos, so pretexto de que no se puede ser un buen católico y un buen alemán al mismo tiempo. Desde luego, los nazis han hecho esto imposible.

Yo, como otros muchos católicos conservadores, esperaba que los nacionalsocialistas permanecieran fieles a su programa y respetaran el cristianismo. Intenté ejercer mi influencia en este sentido. Sugerí que Goering nombrara Consejero de Estado a Dom Hildefonse Herwegen, el abad benedictino de María Laach, una de las personalidades más venerables del catolicismo alemán. Goering prefirió nombrar a monseñor Berning, obispo de Osnabrück. Pero el hecho de que nombrara a un alto dignatario

* Véanse las Notas Históricas al final del capítulo, pág. 239 y ss.

demuestra que en los comienzos del régimen algunos líderes nazis consideraban la Iglesia Católica como un factor positivo en la nueva Alemania.

La actitud anticristiana de Rosenberg, Hitler y Goebbels y la inmoral brutalidad de todo el sistema nacionalsocialista, han destruído todas las posibilidades que existían a raíz del concordato. Los métodos innobles que los nazis emplearon desvergonzadamente y su odio a todo lo católico han hecho rebelarse a la población renana. Las heridas nuevamente abiertas son incurables.

Entre la Alemania católica y el resto del país se ha abierto un profundo abismo. Los católicos jamás tolerarán que vuelvan a emplearse tales métodos. Se niegan a ser tratados por un Gobierno de Berlín como si fueran ciudadanos de segundo orden o malos alemanes. Yo, por mi parte, nunca lo admitiré. Esta mentalidad anticatólica deberá desterrarse de una vez para siempre.

Cuando yo era escolar, protesté contra un maestro de historia que había insultado a los Papas. El maestro respondió que lo que él enseñaba se hallaba de acuerdo con los libros de texto. Yo repliqué que no todo lo que contenía un libro de historia prusiano tenía que ser necesariamente cierto. Fuí severamente castigado por aquella observación. La situación se hizo pronto insostenible y mi padre tuvo que sacarme de la escuela. Pero tuvo las mayores dificultades para encontrar otro colegio prusiano que estuviera de acuerdo en aceptar un alumno católico culpable de rebeldía.

Durante la pasada guerra fuí agregado como ayudante de un general que mandaba una división en el frente occidental. Un día en que íbamos juntos a caballo, el general me dijo: "Le aprecio mucho a usted. Pero tengo que tener cuidado porque es usted católico y en último término obedecería al Papa".

Era este recelo prusiano hacia el catolicismo lo que anidaba en las raíces del Kulturkampf de Bismarck. Los nazis, que han inventado el Estado totalitario, no sólo han conservado esta tradicional hostilidad prusiana hacia el catolicismo, sino que la han empeorado.

Esta vez la copa se ha desbordado. Los católicos renanos se

niegan a comenzar de nuevo esa experiencia dolorosa. Puesto que Berlín considera que nuestra religión es incompatible con el patriotismo y la devoción a nuestro país, sacaremos las conclusiones oportunas.

NOTAS HISTORICAS

Nietzsche y su superhombre

El nacionalsocialismo ha intentado falsificar la obra de Nietzsche y presentar a este gran filósofo alemán como un precursor de la doctrina racial nazi y de la teoría de "la sangre y el suelo". La verdad es que Nietzsche no pudo encontrar mayor objeto de desprecio en muchas de sus obras que la presuntuosa mentalidad pangermánica. El "superhombre" representado en su obra más famosa. *Así hablaba Zaratustra,* tiene su aspecto completamente distinto de los futuros "líderes" producidos en las escuelas de dirigentes nacionalsocialistas (las Ordensburgen). El "superhombre" de Nietzsche era el hombre que vivía en la soledad de las alturas, porque por su superioridad espiritual había vencido todo lo que Nietzsche consideraba como prejuicios y estupideces tradicionales.

Los Eddas escandinavos

Colección de leyendas germánicas que constituyen la base de la mitología germánica. Los Eddas proporcionaron a Ricardo Wagner el argumento de *El Anillo de los Nibelungos.*

Los Caballeros de la Orden Teutónica

Orden religiosa de caballeros prusianos, que se creó para extender el cristianismo en los territorios del Este de Prusia. Los Caballeros Teutónicos colonizaron vastas extensiones de las regiones bálticas, donde gobernaron con particular crueldad. Penetraron también en Polonia y Rusia.

Los concordatos

"Concordato" fué el nombre original dado a un tratado entre la Sede Papal y los emperadores de Alemania. Actualmente, los concordatos establecidos entre el Vaticano y Prusia y Alemania se refieren a la regulación de los derechos de los católicos a profesar su religión en Alemania. Decidían en particular la forma en que los obispos y ciertos profesores de teología católica habían de ser designados de acuerdo con el Vaticano. Además, regulaban el ejercicio del derecho canónico y limitaban la libertad de predicar. El actual Papa, Pío XII, que fué Nuncio Papal de Berlín con su nombre de familia, Pacelli, consiguió negociar un concordato con Otto Braun, entonces Premier de Prusia. El acuerdo se cumplió fielmente mientras hubo en Prusia un Gobierno democrático.

La Kulturkampf

Es el nombre dado al conflicto iniciado por Bismarck en 1875, bajo el pretexto de que varias medidas adoptadas por la Santa Sede significaban interferir en los poderes del Gobierno en Alemania en general, y en Prusia en particular. Como casi la mitad de la población de Alemania era católica, el paso que dió Bismarck despertó una gran indignación. Como los católicos siguieran la dirección de sus sacerdotes, el conflicto degeneró gradualmente en una persecución al Clero. Pocos años más tarde, Bismarck se vió obligado a ceder ante Roma y a hacer la paz con la Iglesia. Sin embargo, la Kulturkampf ha dejado huellas en Alemania hasta hoy día, en la forma del Partido del Centro Católico, que se formó al principio como un medio de autoprotección, y que después de jugar un papel esencial en la oposición del Reichstag, llegó a ser uno de los partidos de Gobierno más importantes de la Alemania de la postguerra.

CUARTA PARTE

Alemania y el futuro del mundo

CAPITULO I

LOS FRAUDES FINANCIEROS DE LOS NAZIS

El agotamiento del equipo industrial de Alemania

ALGÚN día, cuando llegue la hora de hacer la paz, uno de los problemas que no serán fáciles de resolver será el de la reorganización de la economía alemana. La propaganda alemana no debe llevarnos a la falsa creencia de que las prácticas económicas de los nacionalsocialistas no han sido un completo fracaso. No existe ningún plan de conjunto en Alemania, como he explicado ya en el capítulo anterior. Hitler no conoce absolutamente nada en materias económicas, y siempre ha dado su confianza a aquellos de sus consejeros cuya opinión resultaba más favorable en determinado momento. Siempre ha insistido en poder disponer de grandes sumas de dinero, que necesitaba para sus planes favoritos, tales como las autopistas y el rearme.

Un Gobierno puede naturalmente gastar dinero en fines improductivos. Puede utilizar en ellos, digamos, un 20 por ciento de los ingresos; pero no debe devorar para esto el 80 por ciento, como ha sucedido en Alemania. Al fin, todo este dinero, que no se ha cubierto con impuestos, debe ser amortizado. Pero en Alemania nadie piensa en tales detalles.

Es también necesario que los asuntos económicos más importantes sean libremente discutidos por las gentes que conocen algo de ello. Esto incluye, entre otros, a los jefes de la industria. En lo que puedo recordar, esto se hizo únicamente para un solo caso, y de muy pequeña importancia; concretamente, la regulación del comercio farmacéutico. En esta ocasión, Goering se dirigió a los tres mejores farmacéuticos de Alemania. Estos emitieron una opinión de expertos, y el resultado fué que el asunto fué regulado correctamente. Pero cuando se trató de cosas más importantes, de cuestiones de importancia económica fundamental, no se siguió este procedimiento. En tales casos, la solución escogida fué siempre la que parecía más sencilla en el momento.

La primera de todas fué la cuestión de la inflación. Un día la monstruosa inflación que existe desde hace largo tiempo en la Alemania nazi se hará evidente, y de ello resultarán enormes dificultades. Sobre todo, los campesinos se darán cuenta de que la moneda ya no tiene ningún valor, y se negarán a vender sus productos. En ese momento terminará todo. Dar a esto una solución comunista sólo sería posible si, como en Rusia, los campesinos constituyeran el 80 por ciento de la población. Puesto que éste no es el caso de Alemania, un sistema comunista es enteramente inaplicable. En Rusia las condiciones eran completamente distintas. Allí, los obreros industriales, que eran el 20 por ciento, abastecían al 80 por ciento restante de la población con los productos de que ésta estaba muy necesitada.

Es imposible imaginar lo difícil que es para un fabricante dirigir la administración de sus empresas en las condiciones que existen en Alemania. El día no tiene más que un número limitado de horas, y uno gasta la mitad de su tiempo en discusiones con gentes que ignoran todos los asuntos de que se trata. Hasta Goering lo desconoce todo, aunque ocupa el puesto de la suprema dirección económica de Alemania hoy. Todo lo que sabe es cómo gastar el dinero. El propio doctor Hjalmar Schacht, como Ministro de Economía, se dejó arrastrar demasiado lejos por las demandas del Gobierno nazi. No hay duda alguna de que al comienzo organizó de buena fe los acuerdos con los países extranjeros. Su evidente propósito era devolver eventualmente los créditos extranjeros así suspendidos. Pero no contaba con la

huéspeda. Su primer error fué prohibir a los industriales que habían obtenido créditos privados que pagaran sus deudas. Por ejemplo, las Empresas de Acero Unidas, a las que yo estaba estrechamente asociado, habrían sido indudablemente capaces de cumplir sus obligaciones, si el Gobierno no lo hubiera prohibido. Siempre se ha creído en el extranjero que Schacht obró con el consentimiento de la industria alemana, pero decididamente no fué así.

La forma general en que se realizaron los acuerdos sobre créditos me parece de un interés especial, sobre todo por la falta de previsión demostrada por los círculos económicos dirigentes, incluso antes del régimen de Hitler. El primer gran error fué permitir la quiebra de la Institución General de Créditos (Allgemeine Kreditanstadt), de Viena. En aquella época nos encontrábamos en Viena el director general Vögler y yo, como representantes de los acreedores extranjeros. Un holandés, administrador de la Banca en Austria (que representaba a la Sociedad de Naciones), nos advirtió expresamente —y nos pidió que se lo comunicáramos al doctor Luther, antiguo canciller, que entonces era presidente del Reichsbank— que el desastre bancario ocurrido en Viena se repetiría en Berlín. Pero el doctor Luther contestó: "A nosotros no puede sucedernos absolutamente nada: tenemos mucho dinero". En efecto, en aquellos momentos contaba con las considerables reservas oro de dos billones de marcos. Pero cuando el Darmstaedter Bank comenzó a tener dificultades porque los países extranjeros exigían la devolución de sus empréstitos, entregó la mayor parte de esta reserva oro.

Las quiebras de Bancos alemanes que siguieron a esto se consideraron entonces como una consecuencia de las deudas por reparaciones de Alemania. Pero no era ésta la causa, pues, mientras tanto, Norteamérica, particularmente, había prestado grandes cantidades a Alemania, que no se emplearon ciertamente en pagar las reparaciones. Las deudas en cuestión eran deudas particulares que no tenían nada que ver con las reparaciones.

Inmediatamente después de las quiebras bancarias, Alemania decretó el estricto control del Gobierno sobre las divisas. Bajo las condiciones de esta economía planeada, todos los negocios particulares tenían que entregar todo su stock de valores extran-

jeros. Además, como la producción de armamentos aumentaba, la moneda extranjera escaseaba más y más, especialmente los fondos que se necesitaban para alimentación y materias primas de las industrias no bélicas. Recuerdo todavía la época en que era ofrecido mineral a algunos industriales, y cuando éstos recurrían al Reichsbank, éste les negaba las divisas, y, por tanto, tenían que renunciar a comprar. Para procurarse los créditos necesarios, se tropezaba con las mismas dificultades. Conozco un caso en que se había concedido un crédito y se había devuelto una parte de él, pero después del acuerdo de mantenimiento, el Reichsbank no atendía ninguna petición de permiso para hacer remesas. Había simplemente escasez de divisas, debido a la excesiva producción de armamentos, y no podían atenderse ni siquiera las obligaciones particulares más urgentes. Tanto el comercio como la industria sufrían las consecuencias. Ramas tan importantes para Alemania como el comercio de pieles, no podían obtener ninguna divisa. Por otra parte, la industria de armamentos tenía todo lo que necesitaba. Recuerdo también un caso en el que se compró a los Estados Unidos una gran cantidad de hierro viejo. La firma americana trataba a través de una empresa judía de Londres. Se había ofrecido el hierro viejo, porque en Londres no se sabía que iba destinado a Alemania. Cuando los comerciantes judíos se enteraron, no quisieron al principio dar cumplimiento a su acuerdo, pero por fin les resultó tan tentador el pago al contado, que la industria de guerra alemana obtuvo el hierro americano.

La situación en Alemania hubiera sido mucho más desfavorable si los nazis no hubieran recibido de sus predecesores grandes stocks industriales, así como una cantidad muy respetable de reservas oro. Brüning como canciller había seguido una política de deflación, que había hecho de Alemania un país con grandes reservas. La gran afluencia de empréstitos extranjeros a Alemania en aquella época tuvo como consecuencia inflar los stocks. Los dólares de los empréstitos particulares, de la industria y los Bancos iban a parar al Reichsbank, mientras que a sus propietarios se les abría un crédito por la cifra correspondiente en marcos. Estos marcos se utilizaban inmediatamente en adquirir la mayor cantidad posible de mercancía. De esta manera Brüning

preparó muy bien la situación a los nazis. Tan bien, en efecto, que los nazis deberían haberle levantado un monumento: abrió así el paso a la política de gastos de los nazis. Además, su política de deflación llevó al país a una crisis económica general. De esta manera, aumentaron automáticamente los procesos económicos arriba mencionados.

Yo siempre efectuaba, con un año de anticipación, las compras de mineral para mis fábricas. En 1928 y 1929 hubo una depresión y se nos planteó la cuestión de si compraríamos mineral, y, en caso afirmativo, en qué cantidad. Pensamos que sería prudente comprar el 80 por ciento de la cantidad del año anterior, pero el trabajo decayó en un 25 por ciento, dando por resultado que quedaron sin elaborar muchos grandes stocks. En numerosas empresas, de la industria del hierro y de otras, se dieron casos parecidos. En sus comienzos, la economía nazi vivió de estos stocks acumulados.

Cabe preguntar cómo Schacht pudo llegar a tolerar una economía tan fraudulenta. Personalmente, no dudo de que, en un principio, quisiera dirigir con toda honradez, y que simplemente lo que le faltó fué la perspectiva del desarrollo económico de la situación que se encontró. Su eliminación del aparato del Gobierno se produjo cuando las cosas llegaron a un extremo en que ya no se sentía capaz de asumir la responsabilidad. Entre otras cosas, los grandes establecimientos industriales habían sido gravados con gastos que debieron ser afrontados por el Estado. Por ejemplo: la I. G. Farben Industrie ha ayudado mucho a los nazis, entre otras cosas pagando sus agentes de propaganda en el extranjero. Esto, dicho sea de paso, lo hicieron también otras muchas empresas particulares. Todos estos gastos eran compensados con los créditos correspondientes en marcos dentro de Alemania, y así los nazis podían hacer uso de las grandes cantidades de divisas que quedaban en el extranjero. Esta es, desde luego, una de las razones por la que a los Gobiernos extranjeros les era difícil descubrir cómo se financiaba la propaganda nazi. Naturalmente, todo esto significa una carga sobre el presupuesto de los industriales, que, a la larga, tiene que llevar a una situación insostenible.

Pero cuando no había otra salida, los pagos se hacían con

falsas letras de cambio. Yo estoy muy bien informado sobre este asunto, porque era en aquella época presidente del Banco de Obligaciones Industriales. Se nos pidió que endosáramos todo un paquete de letras de cambio artificiales. La dirección se negó, declarando que aquello no estaba permitido por los reglamentos del Banco, puesto que éste no recibía ninguna clase de equivalente por las letras. Más tarde, el Banco fué provisto de una declaración del Ministro de Justicia, liberándole de la obligación de hacerse responsable de esas letras. El Gobierno las descontaría en el Reichsbank. Se nos dijo que podíamos firmar con toda tranquilidad; no se nos haría objeto de reclamaciones, a pesar de nuestra firma.

El Banco de Obligaciones Industriales era una institución muy poderosa. Entre otras cosas, había prestado una enorme cantidad a la agricultura. Su firma se había visto siempre reconocida por toda la industria. Poseía un gran capital. Pero sus directores, finalmente, tuvieron que ceder a la exigencia del Gobierno.

Estas letras, como supe más tarde, fueron lanzadas en su mayor parte sobre el sistema de seguros sociales del Estado y los Bancos de Ahorros. Y especialmente esto hace esta operación tan criminal. Las gentes pobres en Alemania son generalmente confiadas. El obrero tiene un cierto sentimiento de seguridad; le parece que cuando sea viejo no podrá sucederle nada, y se contenta con un retiro relativamente pequeño. Pero, al menos, quiere estar seguro de pasar tranquilo los últimos años de su vida. Y son precisamente ellos los que han sido las víctimas: la gente que cree ciegamente en su amado Führer es la que pierde su dinero.

Todo esto significa, ni más ni menos, que robar el mínimo de 400 marcos que cada obrero alemán paga al sistema de Seguro Social del Reich. Por tanto, es la gente modesta la que paga los enormes gastos de la guerra. Escribo esto con énfasis, para abrir los ojos al pueblo alemán.

Después de la dimisión de Schacht, se emplearon exclusivamente estos métodos. Yo considero este dinero como perdido, y en mi opinión el sistema de seguro para los trabajadores tendrá que ser reconstruído sobre una nueva base, pues cuando la gente se entere de que ha perdido lo que le corresponde, se desesperará. Por esta razón, algunos patronos han creado seguros privados

para sus trabajadores. Han establecido en las fábricas cajas de ahorros. Aquí todo el dinero pagado es reembolsado y en el transcurso del tiempo se han acumulado grandes reservas en estas instituciones. Por este motivo muchos obreros están muy agradecidos a las empresas. Han empezado a comprender que el Estado les ha abandonado, aunque siga protegiendo a la fábrica.

En el otoño de 1934 fuí a pasar unos cuantos meses a la Argentina. Esto fué después del asesinato de Röhm y Schleicher, y estaba ansioso de respirar un aire más puro. Quiero repetir aquí una vez más que el asunto Röhm fué una bestialidad. Los líderes de las SA. se habían reunido de acuerdo con Himmler y esta misma reunión se empleó después como prueba de sus propósitos de traición. Sería preciso buscar mucho tiempo en los archivos de la historia para encontrar un acto tan despreciable. En este sentido, poco después del asesinato de Schleicher, pregunté a Goering qué era exactamente lo ocurrido con Schleicher. Goering contestó que se había comprobado que conspiraba en relación con el embajador francés. ¡Y al mismo tiempo Hitler acusaba al general de connivencias con Stalin!

Yo iba contento de escapar por algún tiempo a este aquelarre. Continué mi viaje hasta la primavera de 1935. Y en Argentina comprendí, a través de varios ejemplos, la estupidez de la política comercial alemana, que intentaba conseguir la autarquía del Reich. Fuí recibido por el Presidente de Argentina. Este me dijo: "¿No podría usted influir para que Alemania comprara una parte de nuestra carne argentina?" Esta era su respuesta a mi petición de que Argentina hiciera encargos razonables a la industria alemana. El Presidente deseaba realizarlo sólo si Alemania compraba más carne en su país, pues estaba deseoso de demostrar a los ingleses que también otro país compraba carne argentina. Cuando regresé a Alemania, informé de esto a Hitler. Este asintió, pero Darré, el Ministro de Agricultura, lo rechazó de plano. No quería un solo kilogramo de carne argentina. Esto es un ejemplo del funcionamiento de la absurda maquinaria del Gobierno nazi.

Más tarde volví nuevamente a Argentina, pero por entonces era mucho más difícil realizar un acuerdo comercial. Hubiera

sido mejor comprar la carne y tirarla al mar, pues al menos hubiéramos negociado un mejor acuerdo industrial. Los más perjudicados en todo este asunto fueron los trabajadores alemanes, que no comían carne suficiente, mientras que los trabajadores ingleses en tiempos normales tenían abundancia de excelente carne. La culpa es, desde luego, del principio de la autarquía. Ciertamente, es necesaria una limitación de las importaciones, pero una estúpida autarquía como a la que Alemania aspira es imposible. Este es el resultado de poner en puestos importantes a cabezas duras como Darré.

Las siguientes consideraciones demostrarán lo errónea que es una tal política. En todos los países europeos es todavía necesaria la fertilización con estiércol animal y todos los campesinos tienen ganado con este fin. Es un principio elemental en cualquier política campesina el procurar los medios de proporcionar forraje barato, el cual no puede obtenerse en abundancia si no se importa del extranjero. No es extraño que los campesinos estén descontentos; el día que se decidan a ello, todo el engaño nazi será destruído en una semana. Pero hoy, sin embargo, los campesinos no se atreven a decir una palabra, mucho menos se arriesgarían a una acción abierta.

Los famosos acuerdos de trueque que Alemania ha venido estableciendo con otros países durante algunos años, y según los cuales se cambian mercancías por mercancías en vez de por dinero, han probado una y otra vez que son estúpidos. Por ejemplo, en Italia uno puede comprar por un marco libros que en Alemania valen diez. Pero éste no es ni mucho menos el caso peor. Otro ejemplo: Alemania exportaba libros a Hungría, a cambio de maíz. Pero los húngaros no querían libros. ¿Qué hicieron? Elevaron el precio del maíz que enviaban a Alemania en relación al precio que pagaban por los libros. También en Rumania, Alemania tenía que pagar por el maíz doble precio en el mercado de trueque. Hay otros muchos ejemplos que podría citar.

En el futuro orden económico no será ciertamente posible permitir que la industria se gobierne de una manera completamente independiente. El Estado tendrá que ejercer siempre un determinado control. Pero, por otra parte, es un error creer que

la industria persigue simplemente la obtención de beneficios. En realidad, nosotros los industriales tenemos sólo una preocupación: la de mantener nuestras fábricas trabajando. Si suben los precios, decae la demanda; y la producción es más importante que el precio. En las reuniones de industriales se suele hablar enérgicamente en favor de la disminución de los precios. Desde luego, no porque los industriales dejen de ser egoístas o quieran dar baratos sus productos, sino porque saben que los precios altos son malos para los negocios. Pero tan pronto como hay superproducción, hay una dañina caída de precios, y cuando hay demasiadas fábricas, los precios bajan tanto que a ello sigue necesariamente la reducción de sueldos y salarios, y así comienza la espiral descendente que conduce a la depresión. Desgraciadamente, muchos propietarios de industria creen que todo va bien mientras sus máquinas están ocupadas, pero yo creo —y esto tendrá gran importancia en el futuro de Europa— que ciertas industrias deben realizar acuerdos entre ellas, no sólo nacional, sino internacionalmente. Yo soy partidario de los grandes carteles para eliminar la competencia exagerada y la rivalidad entre las empresas. A lo que puede llevar esta competencia se puede ver por el hecho de que, de vez en cuando, los rieles de acero se han vendido más baratos que el precio del hierro en lingotes. Un descenso irracional de los precios es tan equivocado como un aumento injustificado.

Pero los carteles sólo son buenos para grandes industrias. Las industrias "pesadas", la industria química, la industria minera del carbón y las industrias textiles. Los obreros se inclinan siempre a creer que los carteles van dirigidos contra ellos, pero esto no es cierto. La estabilidad de los salarios sólo puede lograrse cuando el precio del producto es también estable. Pero, en general, el Gobierno es mucho menos razonable que los obreros, pues el Estado quisiera privar de todo a los negocios, cosa que se aplica especialmente al Estado nazi. Por su parte, el obrero ha comprendido que es preciso dejar a la empresa un beneficio suficiente para el desarrollo de sus instalaciones.

No deberá olvidarse que el equipo industrial de Alemania está casi desgastado, especialmente en la industria pesada, donde la maquinaria se desgasta más de prisa que en las fábricas textiles.

En esta última, una máquina puede durar veinte años, mientras que en la industria pesada, la vida media de una máquina es de cinco años, especialmente en ciertas operaciones, como en las laminadoras.

Otra cosa que hay que recordar es que muchos alemanes ignoran el hecho de que numerosas plantas tendrán que ser enteramente modernizadas. En los Estados Unidos se ha realizado una verdadera revolución técnica. Esto sucede, por ejemplo, en la fabricación de láminas de estaño. Es ésta una rama de la industria con una enorme demanda, y los técnicos americanos han inventado un nuevo proceso. En los Estados Unidos hay 24 fábricas de láminas de estaño; en Alemania sólo hay 2. La producción de láminas de estaño alemana requiere cinco mil trabajadores. Con el nuevo proceso, la misma producción necesitaría sólo quinientos. Pero la necesaria modernización costará una gran cantidad de dinero. Construir y equipar una fábrica como las que existen en América cuesta por lo menos diez millones de dolares. Y si la industria alemana no sigue el nuevo proceso, será eliminada, pues la hoja de estaño así producida en los Estados Unidos es de mucho mejor calidad que la nuestra.

Desde luego, sería preciso tratar con los obreros desplazados y encontrarles nueva ocupación. En todo caso, será necesario un examen cuidadoso si quiere encontrarse una solución. Sería posible, por ejemplo, emplear a esos obreros superfluos en la industria del automóvil, pero la cosa no será fácil. Hay distritos en Alemania, tales como el de Siegerland, donde la mayor parte de los obreros tienen casas y huertos de su propiedad, son semiobreros fabriles y semicampesinos. En estos casos sería necesario incluso crear una nueva industria para evitar el que fueran despojados de su trozo de tierra. Pero si no se hace nada, la industria alemana de hojas de estaño morirá en cinco años.

Todos estos problemas son problemas del futuro, pero son de la mayor importancia para la economía alemana. La extremada reglamentación de la industria alemana bajo el nacionalsocialismo ha arruinado completamente sus fábricas con una explotación excesiva. Desde luego, también en Alemania se han efectuado algunos perfeccionamientos industriales; pero en comparación con Norteamérica (¡donde los hombres de negocios no tienen nuestras preocupaciones!), esto no significa nada.

No obstante, tengo esperanzas en el futuro desarrollo de Europa y creo también que pueden fundarse esperanzas en su futuro en el sentido espiritual. Habrá, con seguridad, algo como una resurrección de la democracia, pero mi opinión es que tendrá que ir acompañada de una reavivación de la fe...

Es bien sabido que el siglo pasado fué en gran medida un siglo irreligioso. Los hombres de ciencia creían que podrían explicarlo todo; tanto lo físico como lo metafísico. Hace algún tiempo un escritor holandés, llamado Huizinga, escribió un libro muy bueno, en el que dice que bajo la influencia de los grandes descubrimientos se enseñó a las masas que la ciencia puede explicarlo todo, y las masas creyeron en sus hombres de ciencia. De pronto se hicieron todavía más descubrimientos científicos. Los hombres descubrieron que el más pequeño electrón o molécula es un universo en sí mismo; llegó Einstein con su Teoría de la Relatividad, y de pronto la gente vió que estábamos todavía más lejos de la verdad que antes. Tanto Planck, el físico alemán, como Huizinga, creen que debemos volver a la fe. Planck, como se sabe, es un amigo de Einstein. Hoy pocos hombres de ciencia están convencidos de que el hombre ha conseguido descubrir todos los secretos básicos del universo. No nos queda, por lo tanto, más que el retorno a la fe.

Entre las gentes vulgares este proceso ha tenido hasta aquí consecuencias muy distintas. Después de habérseles asegurado que todo puede ser explicado, y después que se les ha dicho que nada queda por ser explicado, ya no creen en nada. Así, porque ellos no saben en qué hay que creer, y porque todavía desean creer, no creen en el cristianismo, y declaran creer únicamente en un dios a quien puedan ver. Y este dios en Alemania es Hitler.

En lo que me respecta, no tengo ninguna duda de que vendrá una vuelta a la religión. El pueblo alemán sufrirá un gran desengaño con su dios Hitler, que no ha hecho la guerra en razón

de su genio, sino porque se ha visto obligado a ello. En último análisis, la guerra ha venido porque nadie sabía ya qué hacer en el futuro próximo. Hitler creyó que podría impresionar al pueblo alemán con su ataque a Polonia, y obligarle así a renovar su admiración por su dios.

CAPITULO II

ALEMANIA EN GUERRA: LAS GRIETAS DE SU ARMADURA

Lo que yo temía y lo que he intentado evitar en el último momento al publicar mi correspondencia con el Gobierno del Reich ha sucedido, a pesar de todo. La guerra total contra la civilización europea ha comenzado con todas sus consecuencias devastadoras para el Occidente, incluyendo mi propia tierra natal, la región del Rin. La responsabilidad recae sobre los jefes nazis que están jugando su última carta. Su interés personal y el interés de su partido no coinciden con el bienestar de Alemania.

En todo lo que he podido, he expresado siempre mi opinión abiertamente, intentando siempre que mi consejo pesara en la balanza contra la guerra. La gente se imagina, sin embargo, que la industria pesada está siempre, fundamentalmente, a favor de la guerra, porque de ella obtiene buenos beneficios. Sin embargo, yo he mantenido que lo contrario es la verdad. Pude hacer esto porque era al mismo tiempo industrial y diputado al Reichstag. Como industrial nunca me hubiera permitido opinar públicamente. Por tanto, si lo hice, no es un mérito mío.

Lo que yo intentaba subrayar, aparte del aspecto moral, era que Alemania no estaba preparada para la guerra. Yo quería

evitar ésta, tanto por razones morales como políticas. Pero también creí que en aquellas circunstancias, desde el punto de vista alemán, la guerra no era justificable. Esto es lo que dije abiertamente al general von Blomberg, entonces Ministro de Defensa, de modo que mi punto de vista era exactamente conocido. En mis últimas conversaciones con las autoridades dije: "Si hay hechos políticos que yo desconozco, que hacen la guerra inevitable, es necesario hacer todo lo humanamente posible para retrasar su estallido". Esto era en julio de 1939.

Incluso desde el punto de vista de Hitler, se puede ver que cometió un grave error, pues nunca debiera haber desarrollado sus planes de guerra en menos de cinco años, e incluso diez. Esta opinión mía era compartida por la mayor parte de los altos oficiales del ejército. Todos ellos querían continuar el rearme lentamente, y en los altos círculos militares la opinión general era que Alemania debía haber esperado por lo menos otros cinco años. Pero los tenientes jóvenes estaban imbuídos de un espíritu de aventura: creían que la guerra contra las grandes potencias democráticas sería tan fácil como la conquista de Polonia.

Es peligroso adormecer a los soldados con falsas esperanzas. No basta con ganar unas cuantas batallas. Hay que ganar la guerra. Hay que recordar el cambio que se produjo en la moral del ejército con la última gran ofensiva de 1918. Antes de esta ofensiva no se había quebrantado el poder de resistencia del ejército. Pero después de ella, todo cambió como por ensalmo. Y el ejército de hoy no es el ejército de la guerra mundial de 1914-1918. Sin duda, el Estado Mayor es muy bueno, pero la oficialidad y los oficiales de reserva son harina de otro costal. Todos ellos están hoy menos preparados que lo estaban en 1918. Y es muy dudoso que puedan soportar las dificultades morales que inevitablemente trae consigo una guerra larga.

Aunque los armamentos alemanes sean muy grandes en el sentido absoluto, no son en modo alguno completos. En ciertos aspectos no corresponden a la idea que de ellos se ha formado el mundo. Demostraré esto con algunos ejemplos.

Empezaremos con la aviación. En esta rama se ha hecho mucho, sin duda alguna. Para mí, es increíble que otros países no se hayan dado cuenta de esto. Si se dieron cuenta, parecen haber creído hasta el último momento que se podía haber llegado a un entendimiento con Alemania sobre una base aceptable. Algunos años antes de la guerra Hitler engañó a Inglaterra, asegurando que estaba dispuesto a llegar a un acuerdo de limitación de las fuerzas aéreas, y, en general, de la potencia militar. Propuso un tal convenio sobre la base de un ejército de 360.000 hombres. Esto se hizo públicamente. Yo creí desde el principio que esto era un bluff, pero se tomó en serio tanto en Alemania como en los países aliados. Más tarde, y también públicamente, declaró que los aliados no habían respondido a su proposición. Para la propaganda alemana esto fué un tremendo éxito. Ahora se consideraba completamente justificado que Adolf Hitler continuara armándose.

Los industriales no tenían mucha influencia, y yo, como ya he dicho, me había enfrentado personalmente con el Gobierno del Reich desde 1935. El principal error lo cometió el Dr. Hjalmar Schacht, que en aquel momento era el hombre más fuerte, tanto en el partido como en el ejército. Si entonces él hubiera advertido que la carrera de los nazis era peligrosa, los grupos dirigentes de los negocios hubieran tomado nota de ello. Schacht no estaba de acuerdo en modo alguno con las medidas que él sabía que estaba tomando el Gobierno, pero creía que todavía podrían arreglarse las cosas antes que fuera demasiado tarde. Los círculos de altos oficiales estaban profundamente deprimidos. Siempre estimaron que se iba demasiado de prisa, a costa de la calidad que ellos juzgaban indispensable.

Ya cuando la ocupación de Austria, estos altos oficiales pudieron observar la confusión general que se produjo. Más tarde se realizaron las maniobras generales en la región de Eifel, al oeste del Rin. Durante estas maniobras en general se mostraba desesperado por que todo iba mal.

Cuando los nacionalsocialistas subieron al poder, Alemania tendría quizás cuatro aviones militares en total. Todas las fábricas de aviación se hallaban en bancarrota. Sólo Heinkel y Junkers trabajaban. El fundador de la fábrica Junkers no era en realidad un fabricante profesional, sino más bien un profesor muy competente, que se hallaba preocupado con los nuevos modelos. Sus fábricas se empleaban constantemente para probar

los nuevos tipos que él construía. Esto, naturalmente, se reflejaba en la capacidad comercial de sus plantas. Las fábricas Junkers han sido siempre subvencionadas por el Estado, porque había que preservar las pocas fábricas de aviones que existían.

Naturalmente, desde los mismos comienzos del régimen nazi el restablecimiento de la aviación era una idea particularmente cara al entonces capitán y hoy mariscal de campo Goering, que había sido aviador durante la guerra mundial de 1914-1918. Goering me rogó que le ayudara. Para esto le enviamos un agregado que le presentó planes en gran escala. Era éste Herr Koppenberg, que fué colocado en el departamento técnico de las fábricas Junkers y que pronto hizo trabajar a toda marcha el establecimiento. Es verdaderamente notable lo que consiguió realizar de arriba abajo en dos años. Koppenberg había estado en Norteamérica, y aplicó a las fábricas Junkers los procesos que había observado en Estados Unidos. De este modo, se hizo una verdadera planta de producción del taller que hasta entonces había sido sólo una especie de laboratorio. Pero Goering nunca puso los pies en ella, lo que disgustaba profundamente a Koppenberg. Este cumplió brillantemente las órdenes de producir principalmente aparatos de bombardeo, que había sido siempre la idea favorita del propio Junkers. Koppenberg utilizó, en gran parte, motores Diesel para sus aviones.

Uno de los materiales esenciales para la fabricación de aviones es el alambre. Al principio este alambre se importaba de Inglaterra. Pero una de las primeras cosas que hicimos fué alentar a la industria del alambre alemana para que produjera este material esencial para los aviones. Esto se consiguió en gran medida, de modo que casi cesó completamente la importación de alambre de Inglaterra. El hecho de que no llegaran a Inglaterra más pedidos de alambre debe haber desconcertado considerablemente a los ingleses sobre lo que acontecía en Alemania. Este alambre para aviones ha de hacerse especialmente de buen acero, particularmente el alambre que se emplea para los mandos. A fines de 1934 la reconstrucción de las fábricas Junkers se hallaba ya tan avanzada, que podía introducirse la producción en cadena, al estilo norteamericano. Entonces Koppenberg reorganizó la producción de Junkers, de modo que hubo que erigir

fábricas especiales para cada una de las partes más importantes. Luego se reunían las diferentes partes en una planta especial de montaje. Este método es el secreto del éxito de los fabricantes norteamericanos; de esta forma pueden continuar produciendo sin interrupción. A buen seguro que Norteamérica se destaca por la calidad de sus materiales; en Europa todavía dejan mucho que desear. Pero, sin duda alguna, la fabricación de aviones en Alemania ha progresado mucho. Es seguramente la rama más avanzada de la producción de armamento alemán.

Pero, ¿qué hacen los aviones sin gasolina? Aquí llegamos a una cuestión que es la más importante en la sorprendente potencia de las armas alemanas. Un periódico americano ha publicado un cálculo de la cantidad de gasolina que consume diariamente el ejército alemán. Este cálculo se ha hecho sobre el consumo de gasolina en la campaña polaca y toma como base los resultados obtenidos en Polonia. En Polonia entraron en combate sesenta divisiones alemanas; en este artículo el cálculo general estima que el ejército posee unas 100 divisiones más o menos motorizadas. En Polonia se consumían diariamente unas 15.000 toneladas de gasolina; por tanto, el consumo actual sería de 25.000 toneladas diarias. Pero esto abarca sólo el ejército motorizado. Además de eso, la fuerza aérea necesita 6.500 toneladas más. En total, esto asciende a más de 30.000 toneladas por día. La producción alemana de gasolina es sólo de 10.000 toneladas diarias y toda la producción sintética de Alemania es inservible para la aviación. No existen stocks acumulados de gasolina de aviación. Al terminar la campaña de Polonia no se había conseguido la producción de gasolina para aviación. Habría que hacer reformas especiales dentro de la industria de gasolina sintética para obtener gasolina que pueda emplearse en los aviones. Desde luego, es posible extraer del carbón gasolina para aviación, pero los planes para esto se hallan todavía en sus primeras etapas.

La gasolina se extrae del carbón por un procedimiento patentado por la I. G. Farben Industrie (Fischer-Drop), pero la gasolina así extraída es demasiado flúida. Por su fluidez no es utilizable ni siquiera para los automóviles. El proceso de la I. G. Farben se basaba en principio en el invento de Bergius;

se obtiene gasolina que sólo contiene 800 de octano, mientras que para los motores de aviación se necesita un contenido de octano de 1.000. La fábrica construída para la producción de gasolina sintética es muy hermosa, pero según este artículo del escritor americano, apenas se ha empezado la sección donde se ha de producir la gasolina de aviación.

Otro problema importante para el buen funcionamiento de un cuerpo de aviación es el del personal, es decir, los aviadores. El entrenamiento de los pilotos alemanes se ha hecho demasiado de prisa. Hasta 1936 Alemania no comenzó a construir aeroplanos en grandes cantidades. Tuve una vez una conversación con uno de nuestros mejores pilotos civiles. Este me decía: "El entrenamiento de un buen piloto de bombardeo requiere de tres a cinco años. No creo en la excelencia del entrenamiento que se ha dado en Alemania; es demasiado rápido".

(El ejército ha sido mucho más precavido. Las autoridades se daban cuenta de la necesidad de crear un cuerpo de oficiales técnicamente bien entrenados, tanto más cuanto que esta vez Alemania carecía de grandes cantidades de oficiales de reserva, que tuvieron una importancia decisiva en la guerra mundial de 1914-1918.)

En cuanto a la aviación, quisiera añadir que, así como el jefe de la Luftwaffe, Goering, se preocupó siempre de lo que le acomodaba y nada más (ya he dicho cómo nunca visitó la fábrica Junkers), así su primer ayudante, el mariscal del aire Milch, se preocupaba sólo de los aeródromos y nada más. No se necesita mucho arte para hacer buenos aeródromos en Alemania, pues para ello el dinero no cuenta, ya que para este fin puede requisarse el mejor terreno sin preocuparse de nada. (Por otra parte, los propietarios a quienes se compraba su terreno podían poner las condiciones que se les antojaran; por ejemplo, mi yerno conservó el derecho sobre la hierba que crecía en el terreno que él vende a la Intendencia Militar.)

Hay algunos buenos ejemplos del derroche de los fondos militares alemanes. En la ciudad de Krefeld, después de la pasada guerra, los campos de instrucción se hicieron superfluos y habían sido convertidos en hermosos campos de golf. Cuando llegó el momento del rearme de Alemania, Krefeld hubo de convertirse de nuevo naturalmente en una ciudad de guarnición, de modo que había que restablecer los campos de instrucción. El ejército deseaba particularmente los campos de golf para este fin. Así, construyeron nuevos campos de golf junto a los antiguos y se los entregaron al propietario de aquéllos, y establecieron el campo de instrucción donde estaban anteriormente los campos de golf. Esto, desde luego, es una locura, pero, como ya he dicho antes, el dinero no cuenta. De modo similar, la Academia de Caballería de Hannover fué trasladada un buen día a Berlín.

Pero no sólo se malgasta el dinero en las cuestiones del rearme. Por ejemplo, en Colonia se habían reconstruído los cuarteles del regimiento de coraceros, para hacer de ellos un hermoso museo. Este museo estaba exactamente frente a la Catedral de Colonia. En este lugar, mirando hacia la grande y venerable iglesia, los nazis han construído, como un desafío espiritual, una gran sala de reuniones del partido. A esta gente no le importó nada echar abajo el museo, cuya reconstrucción había exigido una suma gigantesca. Todos éstos son solamente ejemplos que yo pude observar en detalle por producirse cerca de mí.

Sin embargo, no hay duda de que la mejor realización de los nazis es el rearme en el aire. También se ha hecho mucho en la motorización del ejército —la gran consigna de las últimas décadas—, pero lo que se ha dicho sobre el aprovisionamiento de gasolina en relación con la aviación se puede aplicar igualmente al de los tanques y carros blindados. Antes que estallara la guerra no había ninguna experiencia que demostrase cómo habían de funcionar las tropas motorizadas. Hablando con uno de nuestros generales, éste expresaba cierto temor a este respecto. "Al principio, decía, no hay duda de que todo irá bien. Pero, ¿que ocurrirá más tarde? El suministro de gasolina a las tropas motorizadas presenta, particularmente, graves dificultades, ya que esas tropas avanzan con gran velocidad. Sería necesario enviar una columna de camiones-cisternas detrás de ellas para cumplir con el suministro".

En todo caso, todavía no se ha averiguado hasta qué grado puede motorizarse eficazmente un ejército tan grande como el alemán. Lo que se ha hecho, se ha hecho bien, sin duda; pero

estoy persuadido de que no pueden ganarse batallas realmente grandes, de gran envergadura, con sólo divisiones "panzer". Son una excelente arma para romper un frente, pero una vez que se ha abierto la brecha, deben también avanzar en el orden debido otras tropas. Yo creo, además, que la debilidad de un ejército mecanizado cien por ciento reside en el alto nivel de su mecanización. ¿Cómo podrá repararse todo este material? Para ser un ejército plenamente motorizado habría que poder mantener talleres de reparación en todas partes, para asegurar el éxito. Y el personal destinado a servir en estos talleres de reparaciones abarcaría un número considerable en relación al número de las tropas de cambate. Por dar una idea, habría que seguir el ejemplo de Henry Ford, cuyos talleres de reparación se hallan distribuídos por todo el mundo, tanto en Alemania como en el Brasil.

En contraste con la aviación y las armas motorizadas, la artillería alemana es definitivamente mala. Hay, desde luego, en cantidad considerable, grandes cañones motorizados, pero el modelo 88, comúnmente empleado en la artillería de campaña, es demasiado pesado y demasiado grande. Cinco años no es un período muy largo para diseñar y producir cañones, y los alemanes han concertado principalmente su esfuerzo, en este tiempo, en los cañones antiaéreos. La guerra pasada mostró la importancia decisiva de la artillería ligera; es la artillería la que da en el campo a la infantería la confianza necesaria. El modelo 88 es excelente para lo que está destinado: tiene un gran alcance, una gran potencia efectiva, pero, como ya he dicho, es demasiado pesado para utilizarlo en campaña.

Por los hechos que yo conozco, en Alemania no se empezó a construir artillería en gran escala hasta 1938. De hecho no comenzó esta fabricación hasta que los nazis se apoderaron de las fábricas Skoda de Bohemia, después de la crisis checa de 1938. Ya en la primera guerra mundial las fábricas Skoda tuvieron una gran importancia en el equipo de los ejércitos de Alemania y sus aliados austríacos. Los morteros nunca fueron construídos por Krupp, sino por Skoda.

Para terminar, quisiera decir esto sobre la cuestión de los armamentos alemanes: Alemania posee hoy un acero especial

muy bueno, que puede elaborarse en las fábricas mucho más de prisa que antes. Pero todavía falta mucho utillaje esencial que debiera haberse construído antes de estallar la guerra, pues no hubo tiempo para ello. Esta laguna en la producción de armamentos alemana es probablemente el motivo que impulsa a los nazis a realizar en todas partes la "blitzkrieg". Ha quedado demostrado ampliamente el deseo de aplicar a otros países el método de rápida penetración del frente e invasión, que se llevó a cabo con éxito en Polonia. Prueba clara de esto es el hecho de que se permitió a las escuadrillas de bombardeo alemanas realizar su tarea sin ninguna consideración, tal como Goering ha querido siempre que se haga. Para mí, el ejemplo más terrible es el de Rotterdam. Esta gran ciudad comercial ha mantenido siempre buenas relaciones con Alemania y muchos de sus edificios eran de propiedad alemana. Lo que se ha perpetrado al destruir esta ciudad es indescriptible. Nunca podría imaginar que los franceses hubieran destruído Estrasburgo de una manera tan cruel. Esto demuestra simplemente la prisa por terminar rápidamente. Esta es la razón de extender el terror por todas partes. En el futuro, ningún alemán podrá mostrarse ante el mundo sin vergüenza.

Hace algún tiempo, cuando el mariscal Voroshilov parecía ser un peligro para el régimen de Stalin, se corrió por Alemania la anécdota de que Stalin sólo recibía a Voroshilov si éste dejaba fuera sus armas. No sé si hoy Hitler, cuando reciba a sus generales, hará que se les cachee antes de ser admitidos. Ciertamente no está ya seguro de ellos. En todo caso, Hitler está absurdamente protegido. Sin duda el lector conoce la historia que solía contar el antiguo embajador francés en Berlín, M. François Poncet. Cuenta que durante una de sus visitas a Hitler se cayó una maceta, e instantáneamente aparecieron irrumpiendo por todas las puertas diez S. S.

Sea cierta o no, la historia demuestra cómo Hitler se protege. Hoy Hitler puede hacer todo lo que quiera, sin temor a oposición alguna; por eso ha provocado esta guerra. Pero estoy seguro de que no ganará la guerra, y la responsabilidad será suya.

CAPITULO III

EL LUGAR DE LAS DOS ALEMANIAS EN UNA EUROPA UNIDA

Al declarar la guerra a Polonia, Hitler y su consejero Joachim von Ribbentrop no previeron que esta vez Francia e Inglaterra aceptarían su desafío. Incluso después de la campaña polaca, hasta el último momento antes del ataque en el Oeste, Hitler esperaba poder maniobrar con las dos potencias aliadas por medio de la diplomacia y de la propaganda. Pero cuando se dió cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos, se lo jugó todo a una carta. Haciendo caso omiso de los más solemnes pactos, invadió tres países neutrales para lanzar contra las dos grandes potencias occidentales el ataque más formidable que registra la historia. La "guerra total" se desencadenó con todas sus terribles consecuencias para la Europa occidental, incluyendo mi Renania nativa.

Hitler perderá esta guerra, estoy convencido de ello. Pero el nihilismo nazi no ha vacilado en lanzar su bárbaro asalto sobre el conjunto de la civilización europea. Hasta el momento en que publiqué los documentos que contenían mi protesta contra la guerra todavía abrigaba una débil esperanza de poder detener, si no al propio Hitler, al menos a aquellos que no habían perdido todo sentido de la responsabilidad; de detenerles

en el asalto hacia el abismo adonde había llevado a todo un pueblo la locura del jefe nazi. Pero, ¿hay todavía gentes en Alemania que piensan en el futuro? Y si las hay, ¿que pueden hacer?

La responsabilidad de esta guerra total, de este asalto contra todos los valores humanos y cristianos de la civilización occidental, recae sobre los líderes nazis, y sólo sobre ellos. Son ellos los que se han jugado el futuro de Alemania a una sola carta. Lo que les interesaba era su propio interés personal, el interés de su partido, el mantenimiento de su dominación tiránica, pero no el bien del país, cuyo Gobierno han usurpado.

Pero me veo obligado a admitir que hasta el presente nadie ha sido capaz de hacerles retroceder. El ejército alemán ejecuta su voluntad.

Por mi parte, este crimen pone fin a todos los escrúpulos que pudiera haber tenido. Europa no puede sobrevivir a otra guerra moderna. Hay que hacer todos los esfuerzos para que la guerra sea imposible de ahora en adelante. Es el futuro de la humanidad lo que se juega; la destrucción y la ruina de la Europa occidental agotarían todas las fuentes espirituales de las que ha surgido nuestra actual civilización, y a las que vuelve, una y otra vez, para mantenerse.

Cuando fundó el imperio, Bismarck comparó al pueblo alemán con su jinete: "Colocadle en la silla —decía— y será capaz de montar". Eran éstas las palabras de un audaz hombre de Estado, que tenía confianza en el pueblo alemán. Pero a la audacia del fundador se unían la prudencia y la cautela. Durante 20 años vigiló constantemente a su jinete, enseñándole desde luego cómo saltar los obstáculos, pero impidiéndole, al mismo tiempo, tropezar y extraviarse por caminos aventurados. En todas las ocasiones, Bismarck se daba cuenta de la dificultad de asegurar una existencia razonable al nuevo imperio dentro del marco europeo. El nunca hubiera aplicado a la política de un gran Estado la máxima de Nietzsche de "vivir peligrosamente". El había tomado todas las precauciones para asegurar la estabilidad política del Reich. El mismo trazó su Constitución. La monarquía prusiana había de soportar el peso del Estado heterogéneo, pero la forma federal de Gobierno limitó la influencia

de Prusia dentro de Alemania y obligó al Emperador a tener en cuenta los intereses de cada uno de los Estados individuales. En el supremo organismo federal, en el Consejo Imperial, el voto de los príncipes gobernantes de los diversos estados equilibraba al del rey emperador. Por otra parte, el Reichstag, elegido por sufragio universal, estaba destinado a apoyar y controlar al Gobierno central por la voluntad del pueblo. En comparación con una República unificada y centralizada como Francia, esta clase de institución se ve que es complicada en su funcionamiento; pero ella correspondía al desarrollo histórico y a la diversidad de Alemania, la Alemania que Bismarck ha unido en un gran Estado moderno por una maniobra atrevida y afortunada.

Durante 20 años el nuevo imperio, bajo la dirección de su fundador, pareció justificar las esperanzas que éste había puesto en él. En su política extranjera efectuó una reconciliación con el Imperio Austro-húngaro, conquistó la amistad del joven reino de Italia e impuso respeto por su potencia a una Francia que acababa de ser derrotada, evitando cuidadosamente al mismo tiempo toda provocación. Paralelamente, Bismarck buscaba asegurarse la amistad de Rusia. Evitó enemistarse con Inglaterra en el campo naval y colonial. En veinte años logró colocar a Alemania sobre la silla y enseñarla a montar. Alemania progresaba en todos los campos de su actividad. Se enriqueció con el trabajo y se hizo próspera.

Obligando a dimitir a este gran ministro, poco después de comenzar su reinado, Guillermo II puso todo esto en peligro. Deslumbrado por el esplendor de su dignidad imperial, imbuído de su propia autoridad, fué incapaz de utilizar el delicado instrumento constitucional creado por Bismarck. Bajo su reinado el sistema prusiano, entonces extraño a las partes occidentales y del Sur del país, extendió su influencia a toda Alemania. El pueblo alemán, olvidando sus tradiciones locales, se apegó a su joven Emperador. Algunos escépticos, que mantenía una actitud de reserva, eran considerados como chiflados con ideas anticuadas. Pronto el pueblo alemán dejó de estar firme sobre sus estribos, según las palabras de Bismarck. Se contentaba con seguir la dirección del brillante jinete imperial, con su deslumbrante armadura y su yelmo, sin preguntarse hacia dónde iba

galopando. Ciertamente, las intenciones del Kaiser no eran malas; pero, como la mayor parte de los alemanes, no tenía cabeza para la política. Los diversos errores que había cometido le obligaron un día a recurrir a la fuerza para salvar su prestigio. Este es el peligro que acompaña invariablemente a una política que se basa en el mantenimiento del prestigio. A través de su reinado, Guillermo II nunca se dió cuenta de que la política era una cuestión de inteligencia, y que el recurrir a la violencia sólo demostraba la falta de aquélla.

El resultado de la desgraciada política de Guillermo II fué la guerra de 1914, con sus desastrosas consecuencias, no sólo para Alemania, sino también para el mundo entero.

Mi mayor acusación contra Hitler es que ha llevado a Alemania una vez más a la guerra. Hubiera sido fácil realizar todos sus deseos razonables por medio de una política sensata. Tenía sólo que vivir él y dejar vivir a los demás. Todo el mundo tiene que estar de acuerdo en que la guerra de 1914 fué la secuela de una serie de errores políticos, pero esta vez Hitler se negó brutalmente a considerar toda solución basada en una política sana, y ha empujado deliberadamente a Europa en este nuevo desastre.

Admito que Hitler en *Mein Kampf* resucitó las locas aspiraciones de los pangermanistas. Pero ni los círculos más derechistas de Alemania tomaron nunca en serio tales ideas histéricas.

Los métodos empleados en la conquista hitlerista de Polonia, según han sido descritos en los documentos oficiales, demuestran que estamos ante un retroceso a la barbarie en pleno siglo XX. Las agresiones contra Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y Luxemburgo aportan una prueba más, si fuera necesaria, de que en el ejercicio del derecho del más fuerte la Alemania hitleriana, sin detenerse ante el respeto por la palabra empeñada ni ante la Ley, provoca abiertamente la indignación y el desprecio de todos los pueblos civilizados. Al extender el campo de batalla a Holanda, Bélgica y Francia, el ejército alemán, bajo la dirección de Hitler, ha atacado algunos de los países más antiguos y más altamente desarrollados de Europa, que poseían las más viejas y ricas tradiciones espirituales. Todo esto está amenazado por la guerra total, y la amenaza se extiende a mi propia tierra natal: Renania.

Estoy persuadido de que los ataques de las hordas bárbaras en el Oeste serán detenidos, pero de esta nueva experiencia hay que sacar una conclusión. Los términos de la paz deberán ser tales, que hagan imposible toda nueva agresión hacia el Oeste. Ninguno de los países atacados abrigaba ideas expansionistas. Ninguno de ellos amenazaba la existencia del Reich alemán. La Inglaterra de hoy, primera entre sus iguales, no es ya la conquistadora colonial de los primeros tiempos. Hoy es un país como los demás países, a la cabeza de una comunidad de pueblos libres de todas las partes del mundo. Se ha adaptado en forma completamente natural a las condiciones de la vida contemporánea y no sueña con abusar de su potencia industrial para aterrorizar a sus vecinos. Francia ha renunciado definitivamente a toda idea de conquista. El proceder de Hitler es la eterna prueba de que todo el que abriga malos designios sospecha invariablemente que todos son como él.

Al extender la guerra hacia el Oeste, al atacar a pequeños países neutrales, indefensos frente al coloso alemán, Hitler ha refutado para siempre la profecía del fundador del imperio. El pueblo alemán no ha justificado las esperanzas de Bismarck. Ha sido incapaz de dominar a su corcel. Bajo Hitler, la existencia de una Alemania más grande ha demostrado ser, una vez más, un peligro mortal para la vida de los pueblos libres de Europa. Sería una locura correr por tercera vez el riesgo de tan peligrosa aventura.

Tanto en el orden interior como en el internacional, el régimen hitleriano, como ha demostrado Hermann Rauschning, uno de sus más preclaros analistas, no es más que el completo nihilismo. Cuatro meses antes de la guerra uno de los consejeros privados de Hitler, el Secretario de Estado Wilhelm Keppler, después de una comida dada por el Presidente del Reichsbank, dijo en mi presencia: "A nosotros nos interesa mantener en Europa el mayor desorden". Esto, como principio de diplomacia, es monstruoso. Los líderes que están dispuestos a permitir que la política de un gran país se guíe por este principio son locos y criminales y merecen que se les ponga en situación de no poder hacer nuevos daños.

Pero si uno reflexiona sobre lo que ha ocurrido, esta máxima

hitleriana caracteriza toda la diplomacia del régimen. Siempre, desde que subió al poder, Hitler ha procurado extender el desorden y las rivalidades entre todos los Estados de Europa. Por cuatro años hizo declaraciones amistosas a Polonia para facilitar el asalto que preparaba. Durante largo tiempo intentó —con éxito— engañar a Inglaterra y a Francia en cuanto a sus verdaderas intenciones. Durante los 8 primeros meses de guerra trató de dividir a los dos aliados. Cuando se anexó Austria, dió seguridades formales a Checoeslovaquia. Cuando mediante el chantaje logró el control sobre la región sudete, prometió respetar la independencia del restante territorio checoeslovaco. Durante los meses que precedieron a la guerra, y desde el estallido del conflicto, la Alemania de Hitler se presentó como la ardiente protectora de la neutralidad de los pequeños países. Fueron dadas reiteradas seguridades y promesas formales a Dinamarca, Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Suiza. Pero para engañar mejor a sus futuras víctimas, los diplomáticos del Reich las amonestaban acusándolas de no ser bastante neutrales. Esta táctica maquiavélica permitió a Hitler preparar su agresión sistemáticamente. Así pudo evitar que se estableciera una línea de defensa adecuada en el Oeste, que sólo hubiera podido hacerse de acuerdo entre las naciones más pequeñas y coordinando los escasos medios de que disponían. Hasta los planes más vagos para una alianza defensiva, mediante conversaciones entre los Estados Mayores de los ejércitos de Holanda y Bélgica, eran considerados por los diplomáticos nazis como una amenaza para el Reich.

La paz que seguirá a la derrota de Hitler debe garantizar a Europa contra un resurgimiento de esta política nihilista. Los países de la Europa occidental, grandes y pequeños, tienen derecho a la seguridad. Nacido en las orillas del Rin, miro a mi Renania natal como perteneciente a esa Europa occidental que deberá garantizarse contra toda nueva incursión guerrera. Bélgica ha sido invadida dos veces en 25 años, a pesar de las promesas que se le hicieron. Francia se ha convertido, por segunda vez, en la víctima de una guerra moderna, cruel y devastadora. Hitler la ha atacado a pesar de la promesa solemne hecha por el Ministro de Negocios Extranjeros, von Ribbentrop, en París, en diciembre de 1938.

Poco después de este acuerdo francoalemán, ante todos los obreros y empleados de las fábricas August Thyssen, que celebraban sus 25 años de empleo en el establecimiento fundado por mi padre, alabé este pacto con las siguientes palabras: "Hoy es un día de regocijo para las madres alemanas. Ya no habrá más guerras entre Alemania y Francia". Todos aplaudieron. Sólo algunos delegados del Partido Nazi no parecieron mostrarse muy complacidos, pero se cuidaron de hacer comentario alguno. Los alemanes son un pueblo pacífico, pero nunca se han dado cuenta de que también otras naciones se inspiran en un deseo de paz. La propaganda les ha hecho creer que Francia e Inglaterra planeaban atacarles.

Como ya he demostrado, el régimen de Hitler ha intentado marcar con su sello nihilista el alma y la conciencia del pueblo. Una vez más, se ha abierto un profundo abismo entre la verdadera Alemania, la del Oeste, donde la Kulturkampf de Bismarck (su grande y posiblemente único error) nunca se ha olvidado ni perdonado por completo, y la Alemania prusianizada del Este. La esclavización de las conciencias y el intento de destruir el cristianismo son las formas adoptadas por la guerra total en el plano espiritual. Lo que Hitler persigue es la destrucción del alma. En los momentos actuales la población católica del Oeste no está en situación de rebelarse, pero nunca olvidará el ultraje cometido contra su religión, sus sacerdotes, sus sentimientos más sagrados, que culminaron con la época de las escandalosas persecuciones por los pretendidos crímenes de inmoralidad de que se acusó al Clero católico. Nunca podrá ser salvado el abismo que separa las dos Alemanias.

Lo que hay que salvar es la verdadera Alemania, la Alemania del Oeste, que deberá continuar jugando su papel en una civilización a la que ha contribuído ampliamente a través de los siglos y que enriquecerá con preciosos valores en los años futuros. Deberán garantizarse a la Alemania del Oeste los derechos fundamentales, que son patrimonio de todos los pueblos occidentales, y, sobre todo, la libertad de conciencia. Deberán ser capaces de defenderse contra un retroceso a la tiranía extranjera. Asegurar a Europa contra la guerra y garantizar la libertad

de conciencia, tales son las dos grandes ideas morales que deberán formar la base de una futura paz justa y estable.

El nuevo *status* de Alemania no será una simple regresión al pasado. No será un retroceso a una federación alemana o Sacro Imperio Romano, compuesto de pequeños principados. Un Estado moderno para ser independiente y soberano debe tener una cierta cantidad de territorio. Después de la Kulturkampf de Bismarck y de los excesos anticatólicos de los nazis, apoyados por la misma Prusia, no veo más que una solución y una garantía contra la repetición de estos abusos: principalmente, que la Alemania católica sea una monarquía católica.

El regreso a un sistema monárquico no sería un simple intento de revivir una respetable tradición histórica. Entre la última guerra y la actual el pueblo alemán se ha mostrado incapaz de adaptarse a las instituciones democráticas: no sabe cómo hacer uso de ellas. Tras una larga serie de errores, la Constitución de Weimar, modelo en su clase, preparó el camino a un Gobierno autoritario que, a su vez, condujo a la dictadura. No debe olvidarse que fué el Canciller Brüning quien invocó el famoso artículo 48 de la Constitución de Weimar, y, contra su voluntad, gobernó por un período de dos años sobre una línea contraria al espíritu de esta Constitución, que ya no era viable (*). La vuelta a la monarquía haría innecesario recurrir a tales expedientes en el futuro. Tomemos el caso de Bélgica. Durante los últimos 5 años este país ha tenido que luchar con serias dificultades internas. ¿Dónde estaría hoy día sin la autoridad de un rey que se imponía a los distintos partidos, por encima de los cuales encarnaba el conjunto del país?

Hay más. El restablecimiento de dos monarquías alemanas, una en el Oeste y la otra en el Este, haría posible, para cada uno de los dos Estados así formados, el desarrollar su "personalidad" política propia. La Alemania occidental, tan rica en tradiciones históricas y tan moderna de espíritu, volvería de

(*) *Nota del editor.*—El art. 48 de la Constitución de Weimar daba plenos poderes al Ejecutivo durante un período de emergencia, proclamado por el Presidente. En tales períodos de emergencia, el Gobierno podía lanzar decretos-leyes que más tarde habían de ser ratificados por el Reichstag.

una manera completamente natural a las tradiciones de la vieja Alemania, dentro del marco del cristianismo. A su Este, Prusia recobraría una vez más su carácter especial de territorio colonial establecido por los Electores de Brandeburgo y sus sucesores los reyes de Prusia. ¿Quién sabe si, una vez liberado de ese afán de conquista que le ha devorado, ese país podría ejercer una influencia útil y pacífica en la Europa Oriental?

No hay nada utópico en esta sugestión. Corresponde a una necesidad europea y a la actual realidad de Alemania.

En el extranjero no se dan cuenta cabal de las diferencias que existen entre las dos regiones de Alemania que acabo de describir. La unidad lograda por Bismarck se debió a un deliberado acto de fuerza, aunque esto, al menos, fué aprobado finalmente por las poblaciones interesadas. La supuesta unificación definitiva de Alemania, que Hitler se jacta de haber realizado, es, como todos los actos del régimen, simplemente una superchería. Los antiguos Estados alemanes han desaparecido teóricamente, pero, en realidad, han sido reemplazados por las satrapías del partido. Algunos Gauleiters son más poderosos en sus distritos que lo fueron, en su día, los príncipes reinantes a quienes han sucedido. El llamar a Austria la *Ostmark* (la Marca Oriental) no puede privar al país de su individualidad política regional. Sobre todo, el hecho que el nombre de Baviera haya sido abolido "oficialmente" no quiere decir que Baviera haya desaparecido.

Pero lo que hoy es nuevo en Alemania es la sorda rebeldía de la conciencia católica contra las persecuciones religiosas. Durante el siglo XVI, después de la Reforma, Alemania quedó hecha pedazos por las guerras religiosas. Esto condujo finalmente a la institución de un régimen de tolerancia y una cierta libertad de conciencia en cuanto a la religión se refería. La forma moderna de intolerancia inventada por los nacionalsocialistas y su imposición en el dominio de la conciencia individual se hallan en completa contradicción con el espíritu alemán y la tradición histórica alemana. Incluso en la Prusia del siglo XVIII, Federico el Grande solía decir: "*Jeder soll nach seiner Fasson selig werden*" ("Cada hombre, su propio cielo").

Rosenberg, el gran "intelectual" del nacionalsocialismo, es una importación de Rusia. No tiene una gota de sangre alemana

en sus venas. A él y sus discípulos Alemania debe los métodos de las "ligas de ateos", los métodos de la Rusia bolchevique.

Hay otro aspecto del nacionalsocialismo que ha revelado la diferencia existente entre las dos Alemanias. El absolutismo de los líderes, su insistencia sobre la obediencia pasiva, el servilismo de los gobernados, incluso en los más elevados puestos, son completamente extraños a nuestra Alemania del Oeste. Tiempos atrás el carnaval renano, con su alegre irrespetuosidad hacia los personajes, tenía sus propios métodos para corregir la mentalidad un poco excesivamente oriental de ciertos funcionarios prusianos. La alegre jovialidad de los renanos ha sido ahogada por la tiranía del régimen, o, en el mejor de los casos, ha sido puesta al servicio de la política oficial. Pero estos habitantes del Oeste sienten como un ultraje a su dignidad personal la supresión de todos los derechos humanos; de la libertad de conciencia y la libertad de opinión. La rebeldía es sofocada, pero espera la oportunidad para estallar en una llamarada. Por otra parte, parece que en la Alemania oriental la población se ha amoldado más fácilmente. La extensión de la disciplina militar prusiana a todos los actos de la vida. (*"Parieren, nicht rasonnieren"!* —"¡Obedecer, no pensar!") ha sido aceptada de una manera completamente natural, como la condición necesaria para la realización de grandes planes de conquista.

"El Führer tiene siempre razón", tal es la forma modernizada de *"Parieren, nicht rasonnieren"!* ¿Es este servilismo —del que he presentado varios casos en estas páginas— un rasgo del carácter eslavo? Me inclino a creerlo. Ciertamente no es europeo. Nunca en la Europa occidental, incluso antes de la Revolución francesa, ha habido tal desprecio por el individuo.

En lo esencial, la cuestión no es dividir Alemania en dos partes, ni la creación forzosa de dos Alemanias; lo que es necesario es simplemente descubrir de nuevo la frontera que separe la Europa del Oeste y la Europa del Este, línea que Alemania ha tratado de borrar durante un período de casi un siglo. La verdadera Alemania, con sus condiciones occidentales, debe separarse de Prusia, que pertenece al Este.

No es ésta una tarea a realizar por los alemanes solos, y sometida sólo a su juicio. La guerra es un crimen que ciertamente

traerá su propio castigo. Pero una solución puramente militar al problema de la seguridad se revelaría a la larga después de esta guerra, tan precaria como después de la última. Las potencias victoriosas no podrán ocupar indefinidamente territorios extranjeros. La opinión en los países democráticos se desarrollará mucho, como ocurrió en la última guerra. En 1914 Inglaterra fué a la guerra para destruir el poder naval de Alemania. Veinte años más tarde Inglaterra sancionaba el renacimiento de la marina alemana, concluyendo con Hitler el tratado naval de 1935. Incluso Francia acabó admitiendo la remilitarización de Renania y el restablecimiento del servicio militar obligatorio en Alemania. Por tanto, los vencedores serían poco prudentes en contar con el futuro mantenimiento de su actual espíritu de defensa, en vista de que el mismo Hitler consiguió adormecerlo. Lo que habrá que hacer es trazar un sistema enteramente eficaz, capaz de mantenerse por sus propios medios.

Además, la separación de Alemania de Prusia, que propongo, debería efectuarse con un nuevo espíritu político. En la Europa de hoy no caben disputas sobre cuestiones de supremacía. Tratados como el de Westfalia están pasados de moda. El mantenimiento de guarniciones fortificadas sobre suelo extranjero ha sido una cosa de estos cincuenta años pasados. El creer que un gran país puede ser mantenido largo tiempo en un estado de impotencia es una ilusión peligrosa. El terrible despertar que ha sufrido Europa es una prueba definitiva del carácter caduco del Tratado de Versalles. Lo que hay que hacer hoy es apartar todos los obstáculos que dificulten la futura formación de los Estados Unidos de Europa.

Tal vez sea el campo económico el que demuestre ser más fértil en nuevas soluciones. Una economía sana, que permita a todos los pueblos de Europa vivir y prosperar, es fundamentalmente de mayor interés para ellos que la ambición de los dictadores, que primero arruinan a su país con los armamentos excesivos y acaban por hundir en la desgracia a todos los pueblos, incluso el suyo propio.

APENDICE

Breves notas biográficas de los principales personajes citados en este libro

AXELROD. — Este comunista ruso fué delegado a Munich por el Gobierno soviético; ayudó a establecer un Gobierno de Consejos de Obreros y Soldados en Baviera a principios de 1919.

OTTO BRAUN. — Antes de la guerra mundial era secretario del Partido Socialdemócrata. Después de la revolución fué Ministro de Agricultura en el Gobierno del Estado prusiano. En 1920 fué designado Primer Ministro de Prusia, y conservó este puesto hasta el 20 de junio de 1932, cuando el canciller von Papen ordenó la detención de todos los Ministros del Estado de Prusia. Cuando Hitler tomó el poder, huyó a Suiza. Sus méritos son muchos y era un miembro fiel del Partido Socialdemócrata.

CONDE BROCKDORFF-RANTZAU. — Vástago de una vieja familia aristocrática, fué Ministro de Alemania en Dinamarca durante la primera guerra mundial. Estadista de mentalidad liberal, mantenía amistosas relaciones con el Partido Socialdemócrata. Después de la revolución alemana el canciller Scheidemann le designó Ministro de Relaciones. En 1919 se negó a firmar el Tratado de Versalles, después de haber intentado en vano obtener de los aliados el consentimiento para que Alemania fuese admitida en las negociaciones de paz de París. Después de la firma del Tratado de Rapallo, entre Alemania y la Unión Soviética, fué designado Embajador alemán en Moscú, donde murió varios años más tarde.

HEINRICH BRÜNING. — Como miembro del Partido del Centro Católico, Brüning estaba estrechamente ligado al movimiento obrero católico. Desde 1921 a 1930 fué presidente ejecutivo de la *Gewerkschaftsbund* alemana —organización central de los sindicatos católicos—. En el Reichstag se le confiaban los informes anuales sobre presupuestos. En 1930 fué elegido jefe del Partido del Centro Católico. El mismo año, el 31 de marzo, el presidente Hindenburg le llamó a formar un nuevo Gobierno. No hay duda de que Brüning asumió sus funciones en el período más difícil posible, cuando la cesantía había llegado a su punto culminante, cuando los Bancos alemanes se declaraban incapaces de cumplir sus obligaciones hacia los acreedores extranjeros, y cuando los nacionalsocialistas amenazaban la paz del país. Se vió obligado a gobernar por decretos de emergencia y restringiendo la autoridad del Reichstag, política que basaba en las disposiciones de la Constitución (art. 48) para tiempos de emergencia. Sin darse cuenta, creaba así un precedente para Hitler, y le permitió suprimir el Parlamento sin violar la Constitución. En 1932 el presidente Hindenburg fué ganado por las intrigas de von Papen y pidió a Brüning en pocas palabras que dimitiera de su cargo.

DOCTOR HEINRICH CLASS. — Fué un abogado de Berlín antes de la guerra, y presidente de la Liga Vieja Alemania. Bajo la influencia de Class la Liga adoptó una política todavía más extremadamente nacionalista, que no dejó de influir sobre la política del Gobierno imperial, llegando a su punto culminante con las crisis marroquíes de 1908 y 1911. En 1913, Class publicó un libro con el seudónimo de "Daniel Fryman", titulado *Si yo fuera el emperador: verdades y necesidades políticas*. Es notable cómo muchas de las ideas de Class han sido incorporadas casi textualmente a la plataforma del Partido Nacionalsocialista, y se han llevado a cabo con todo detalle por Adolf Hitler.

WILHELM CUNO. — Bajo el Kaiser Guillermo II fué consejero privado de la Tesorería del Reich. Albert Ballin, fundador y director general de la Hamburg America Line, le nombró director de su compañía; después del suicidio de Ballin, en 1918, le sucedió Cuno. En su calidad de director, Cuno asistió a la Conferencia de Ginebra como consejero económico de la delegación alemana. Cuno perteneció al Partido Popular Alemán hasta el Putsch de Kapp de 1920. A partir de entonces no perteneció a ningún partido. En 1922 el presidente Ebert le nombró canciller del Reich, en cuyo cargo sucedió al canciller Wirth. Su Gabinete, compuesto casi enteramente de no parlamentarios, mostró poca habilidad diplomática cuando negoció con los aliados sobre la cuestión de las reparaciones de guerra. Como consecuencia, la Comisión de Reparaciones, en 1922, de acuerdo con las cláusulas de reparación del Tratado de Versalles, declaró que Alemania no había cumplido. Decisión que condujo a la ocupación por tropas francesas y belgas de los distritos industriales del Ruhr.

MAYOR DÜSTERBERG. — Fué miembro del Estado Mayor alemán durante la guerra mundial, íntimo amigo del general Ludendorff, organizó después del colapso alemán una liga de veteranos alemanes de la guerra mundial, llamada "Stahlhelm" (Cascos de acero). Los Stahlhelm, organización nacionalista, jugaron un importante papel en los años subsiguientes. Düsterberg sufrió una gran derrota como candidato en las elecciones presidenciales de 1932. Cuando Hitler llegó a ser canciller del Reich, Düsterberg tuvo que dimitir su presidencia de los Stahlhelm debido a su origen parcialmente judío.

FRIEDRICH EBERT. — Aprendiz de guarnicionero en el reino de Würtenberg, pronto alcanzó un puesto importante tanto en el movimiento obrero sindical alemán como en el Partido Socialdemócrata. A la muerte de August Bebel le sucedió en la presidencia del Partido Socialdemócrata. En 1918 el príncipe Max de Baden, entonces canciller del Reich, le nombró Secretario de Estado, justamente después que el Kaiser había cedido al Reichstag aceptando un sistema parlamentario responsable. Cuando fué proclamada la República alemana, Ebert llegó a ser presidente del "Gobierno Provisional de Comisarios del Pueblo"; este Gobierno, que incluía tres representantes de cada una de las dos alas del Partido Socialista, permaneció en funciones hasta la reunión de la Asamblea Nacional Legislativa alemana. La Asamblea Nacional eligió a Ebert presidente de la República alemana, cargo en el que permaneció hasta su muerte, en 1925. Durante los últimos años de su vida, Ebert fué víctima de repetidos y maliciosos ataques de elementos nacionalistas, que le acusaban de haber alentado, en 1917, la huelga de los obreros alemanes de las fábricas de municiones, y haber contribuído así a la derrota de Alemania.

CAPITAN EHRHARDT. — Ehrhardt fué el jefe de uno de los más activos "Cuerpos libres" alemanes, es decir, una de las formaciones militares ilegales constituídas en toda Alemania entre 1918 y 1921 con el propósito de contravenir las cláusulas de desarme del Tratado de Versalles.

MATTHIAS ERZBERGER. — Antes de la primera guerra mundial, Erzberger representó al Partido del Centro Católico en el Reichstag. Durante la guerra hizo varios viajes al extranjero con vistas a preparar posibles negociaciones de paz. En 1917 jugó un papel importante en obtener la resolución del Reichstag que indujo al Papa a ofrecer sus buenos oficios como mediador de paz. Esto y su violenta crítica de la política financiera del Gobierno imperial le ganaron el odio de los grupos nacionalistas. Después del colapso alemán fué enviado por su Gobierno a negociar los términos del Armisticio con el mariscal Foch en el bosque de Compiègne, donde tuvo que aceptar los términos dictados por los aliados. Esto no sólo aumentó la impopularidad de Erzberger entre los nacionalistas, sino que también dió por resultado que el Gobierno republicano cometiera el error de cargarse a sí mismo con la responsabilidad de perder la guerra. Erzberger fué acusado de vender Alemania a sus enemigos. El doctor Helfferich, antiguo secretario de Estado imperial, incluso le acusó de corrupción. En 1921 Erzberger, entonces Ministro de Hacienda, fué muerto a tiros por varios jóvenes nacionalistas mientras pasaba unas breves vacaciones en Würtenberg.

WALTHER FUNK. — Funk fué editor de la sección económica del Berliner Boersen-Zeitung, diario que mucho antes que Hitler tomara el poder era considerado como un órgano político del Ministerio de la Guerra. La función principal de Funk era mantener las relaciones sociales del periódico con la Alta Finanza y la Industria. Ni sus amigos sabían que fuera nacionalsocialista, y, especialmente, que obtenía subvenciones para su partido de los círculos industriales a los que tenía acceso. Con sorpresa de todo el mundo, Funk se reveló como miembro del Partido Nacionalsocialista en cuanto Hitler llegó al poder. La sorpresa se convirtió en asombro cuando este mediocre periodista sucedió al Dr. Hjalmar Schacht como Ministro de Economía en 1938 y como presidente del Reichsbank en 1939.

JOHANN GIESBERTS. — Fué miembro de los sindicatos obreros católicos, y en los años 1919-22 llegó al puesto de Secretario General de los sindicatos católicos alemanes. Como tal ejerció una gran influencia sobre la política del Partido del Centro Católico en el Reichstag, del cual fué miembro durante largo tiempo. Era considerado como uno de los representantes principales del ala izquierda del Centro, de inclinaciones socialistas, y procuró constantemente mantener buenas relaciones entre su partido y los socialdemócratas. Fué Ministro de Comunicaciones Postales en varios Gabinetes. Después de llegar Hitler al Poder, Giesberts fué detenido por Tropas de Asalto y arrastrado en señal de triunfo por las calles. Después de permanecer durante algún tiempo en un campo de concentración, fué al fin puesto en libertad, luego de sufrir terribles humillaciones.

MAX HOELZ. — Agitador comunista, Max Hoelz jugó un importante papel en la rebelión obrera de 1921, que él organizó en la Alemania central, especialmente en Turingia. Este levantamiento fué esencialmente una respuesta a la revuelta nacionalista que acabó poco gloriosamente con el Putsch de Kapp. Hoelz, aventurero idealista, disfrutó durante breve tiempo de una reputación romántica, similar a la de los conocidos *banditi* del siglo XVIII y principios del XIX en Alemania. Sofocada la rebelión con la intervención del ejército, Hoelz fué capturado y condenado a cadena perpetua. Liberado por una amnistía del Gobierno republicano, se fué a Rusia. No se ha vuelto a saber más de él.

ALFRED HUGENBERG. — En su juventud, con pretensiones literarias, Hugenberg ingresó en el cuerpo de funcionarios de Prusia, desarrolló sus tendencias políticas reaccionarias y se casó con la hija del influyente alcalde de Francfort del Meno, Adickes. Esto aceleró su carrera. Llegó a ser consejero privado y ayudó mucho al reino de Prusia cuando su Gobierno expropió a los polacos que vivían en la provincia prusiana de Posen. Su éxito en este asunto le convirtió en uno de los jefes más destacados del Gobierno antipolaco de Alemania. Durante la primera guerra mundial, Herr Krupp von Bohlen und Halbach le empleó como funcionario administrativo en sus plantas de municiones. Después del derrumbe alemán, Hugenberg ingresó en el Partido Popular Nacional Alemán, el partido reorganizado de los junkers prusianos. Por sus manos pasaban los fondos recogidos entre los industriales alemanes con el fin de combatir a la Repú-

blica alemana. Además, fundó la empresa publicitaria ALA, que paulatinamente consiguió el control completo sobre la distribución de avisos industriales, tanto en los periódicos alemanes como extranjeros. Creó una serie de agencias de prensa que vendían noticias y artículos a bajo precio a la entonces desamparada prensa nacionalsocialista. Poco a poco llegó a ser el jefe de una red de periódicos que compró durante el período de inflación y a los que dió un contenido nacionalsocialista. Ejerció una gran influencia sobre la firma editorial de Berlín de August Scherl, y era prácticamente el propietario de la firma alemana más grande de películas, la UFA. Habiéndose convertido en el amo absoluto del Partido Popular Nacional Alemán, concluyó una alianza oficial con los nacionalsocialistas en 1932. Seguro de su posición y la de su partido y confiando en la promesa de Hitler de darle los Ministerios de Economía y Agricultura, se convirtió en uno de los más activos defensores de la toma del poder por Hitler. En efecto, Hitler se había comprometido ante el presidente Hindenburg a no variar la política de su Gabinete dentro de los cuatro años siguientes, sin el consentimiento de Hugenberg. Hitler "mantuvo" sus promesas según su costumbre, y obligó a Hugenberg a dimitir de todos sus cargos, el 27 de junio de 1933. El partido de Hugenberg fué declarado ilegal, junto con todos los demás. Oficialmente miembro del Reichstag, Hugenberg es hoy uno de los numerosos ancianos silenciosos y desengañados que hicieron a Hitler lo que hoy es.

Doctor Wolfgang Kapp. — Como director general del Banco Agrícola Hipotecario de Koenigsberg, Kapp fundó durante la guerra mundial el Partido Patriótico Alemán, cuyo programa se oponía a todos los esfuerzos por la paz y pedía vastas anexiones territoriales en Francia, Bélgica y Rusia. Publicó sus opiniones bajo seudónimo en un violento panfleto. Después de la proclamación de la República alemana, Kapp conspiró con todos los grupos nacionalistas, y en marzo de 1920 proclamó la destitución del Gobierno Socialdemócrata, y se hizo a sí mismo "canciller" del Reich, y formó su propio Gobierno. Sin embargo, a los pocos días este golpe, conocido con el nombre de Putsch de Kapp, resultó un fracaso, porque los altos funcionarios del Estado se negaron a colaborar con el "Gobierno" usurpador, al tiempo que los obreros de toda Alemania declaraban la huelga general. El Gobierno legalmente constituído, presidido por Gustav Bauer, regresó a Berlín desde Stuttgart, a donde había huído, y reasumió la dirección de los asuntos alemanes.

Eugene Leviné. — Este revolucionario ruso había emigrado a Alemania cuando la República alemana. Cuando Kurt Eisner, el Primer Ministro socialdemócrata de Baviera, fué asesinado en Munich por el joven conde Arco, los obreros bávaros reaccionaron violentamente. Sobre todo cuando se rumoreó que la Reichswehr estaba lista para marchar sobre Munich, el ala de extrema izquierda de los socialistas proclamó la República soviética bávara *(Räterepublik)*. Leviné fué un miembro destacado de este Gobierno. Después de haber sido depuesto el Gobierno, Leviné fué condenado a muerte.

Robert Ley. — Ley es el jefe del Frente del Trabajo alemán, al que están obligados a pertenecer todos los obreros alemanes. Su fuerte afición al alcohol le ganó una mala reputación cuando fué delegado a la Conferencia Internacional del Trabajo de Ginebra. En tiempos editor de un periódico sensacionalista de Colonia, goza hoy de una posición de poder sin límites. El Frente Alemán del Trabajo tiene afiliados a treinta millones de trabajadores, cuyas cuotas anuales son empleadas para financiar varias empresas. Además, el Frente del Trabajo se apropió sin compensación del "Banco de Obreros y Empleados Alemanes", que antes del régimen de Hitler era el Banco de los sindicatos alemanes. Una de las empresas más provechosas de Ley, el "coche popular", es descrita con detalle en este libro. Dependiente del Frente del Trabajo existe también la institución llamada "La Fuerza por la Alegría", que facilita a sus miembros viajes baratos y vacaciones, entrada a los teatros y conciertos a precios rebajados, y realiza cruceros baratos en vapores construídos expresamente para este fin, pero que están siendo hoy empleados por la Armada para el transporte de tropas.

Hermann Müller. — De presidente del Sindicato de los Aprendices Alemanes, Müller se convirtió en uno de los jefes del Partido Socialdemócrata. Fué uno de los firmantes del Tratado de Versalles, y participó en varios Gobiernos alemanes como Ministro de Relaciones. En 1920, y de 1928 a 1930, Müller fué canciller del Reich. Junto con Stresemann, trató de establecer relaciones amistosas con las naciones vencedoras y hacer el Tratado de Versalles más soportable para la nación alemana. Sin embargo, cuando encabezó la delegación alemana a la Asam-

blea de la Sociedad de Naciones en 1928, durante la primera enfermedad de Stresemann, su falta de diplomacia produjo una seria tensión entre él y Briand y Austen Chamberlain, tensión que Stresemann tuvo que disminuir más tarde. En 1930 Heinrich Brüning sucedió a Müller, que murió algún tiempo después.

GUSTAV NOSKE. — Durante varios años, Noske fué el redactor jefe del Volkstimme, periódico socialdemócrata moderado, de Chemnitz, Sajonia. Elegido para el Reichstag, criticó al Alto Mando durante la primera guerra mundial y por esta razón fué designado Ministro de la Guerra por el primer Gobierno republicano después de la revolución. Mientras desempeñó su puesto, Noske fué un duro enemigo de los socialistas extremistas y de los comunistas, lo que le acarreó el odio de ambos grupos. En cambio, cayó cada vez más bajo la influencia de los oficiales reaccionarios que formaban parte de su séquito en el Ministerio de la Guerra. Estaba destinado a verse defraudado en la confianza que había depositado en ellos, pues se volvieron contra la República durante el Putsch de Kapp. Cuando el Gobierno democrático regresó a Berlín, después del Putsch, Noske tuvo que dimitir.

KARL RADEK. — Socialdemócrata polaco, emigró a Alemania antes de la primera guerra mundial. En Alemania colaboró en diversos periódicos socialdemócratas. Durante la guerra marchó a Suiza, donde se hizo amigo íntimo de Lenin, a quien acompañó a Rusia en 1917. Después del colapso alemán, el Gobierno soviético envió a Radek a Alemania como emisario ruso. A su regreso a Rusia, Radek se distinguió por sus actividades periodísticas. En la purga soviética de 1937 fué condenado a 10 años de prisión.

ERICH H. A. RAEDER. — Oficial de marina de gran experiencia, Raeder fué hecho almirante y designado jefe del comando de la Armada por el Gobierno alemán en 1928. En 1935, Hitler renovó su designación, y en 1939 le nombró gran almirante *(Grossadmiral)*. Desde 1938, Raeder ha sido miembro del Consejo de Gabinete Secreto de Hitler.

HERMANN RAUSCHNING. — Durante muchos años, Rauschning fué uno de los hombres jóvenes de la confianza de Hitler. Eventualmente Hitler le designó presidente del Senado de la Ciudad Libre de Dantzig. Después que Rauschning había pertenecido

durante muchos años al Partido Nacionalsocialista, a despecho de todos sus crímenes y horrores, de pronto huyó de Alemania e intentó justificar su conversión en distintos libros. Particularmente interesante es su libro *La voz de la destrucción*, que contiene conversaciones con Hitler, que antes de estallar la guerra parecían falsas y no dignas de confianza, pero cuya veracidad ha sido confirmada por los acontecimientos de Bélgica, Holanda y Francia.

ERNST RÖHM. — Al comienzo de la carrera de Hitler, Röhm, oficial del antiguo ejército imperial, ayudaba a financiar el Partido Nacionalsocialista, empleando para ello los fondos del ejército alemán. Después de pasar unos pocos años en Bolivia, donde se ocupó de la reorganización del ejército, Röhm regresó a Alemania y comenzó su íntima amistad con Hitler. Inspirado en los métodos más violentos empleados en las revoluciones sudamericanas, creó las tropas de S. A., como preparación para la futura lucha interna en Alemania. Después de tomar Hitler el poder, Röhm amplió el radio de acción de sus tropas de S. A. Así se encontró con la oposición de la Reichswehr, cuyos oficiales le acusaban de planear el colocar la organización de las S. A. por encima del ejército regular. Misteriosos acontecimientos llevaron a Hitler —ciertamente no sin que los círculos militares influyeran— a ver un peligro en el espíritu que animaba a las Tropas de Asalto. El 30 de junio de 1934, Hitler se dirigió apresuradamente a Munich, donde se "decía" que Röhm preparaba una revuelta. Adolf Hitler mató a su amigo después de haberle despertado. Son conocidos los horrores que siguieron a este asesinato: numerosos nacionalistas leales perdieron la vida sólo porque algunos de sus camaradas de partido abrigaban contra ellos vagas sospechas, o por envidias.

DOCTOR HJALMAR SCHACHT. — Después de haber estudiado Economía Nacional en la Universidad de Berlín, Schacht hizo una rápida carrera bancaria y fué designado, a pesar de su juventud, director del "Banco Nacional para Alemania", que más tarde se hundió con el Darmstädter Bank. Durante la primera guerra mundial ocupó un importante puesto en la administración alemana de los Bancos en la Bélgica ocupada. Después de la guerra fué uno de los fundadores del Partido Democrático y uno de los más potentes partidarios de la democracia. Inmediatamente después del período de la inflación, el Reichstag le con-

fió la tarea de controlar la moneda alemana. Cuando el Reichsbank alemán volvió a ser el poderoso Banco Central de Alemania, gracias a los acuerdos Dawes, Schacht fué nombrado presidente de esta institución, a pesar de la oposición de la alta finanza y del Consejo de Administración del Reichsbank. Varios años más tarde Schacht, de modo completamente inesperado, renunció a su calidad de miembro del Partido Democrático, dando por motivo que se oponía a la decisión del partido de denegar a los antiguos príncipes alemanes reinantes la compensación por los bienes que habían dejado en Alemania, y que él Schacht, en su calidad de presidente del Reichsbank, no podría responder ante ningún Gobierno extranjero por la declaración de su partido en favor de la confiscación de la propiedad privada. En 1928, Schacht fué a París enviado como experto por el Gobierno alemán para tomar parte en una conferencia en la que se había de discutir una atenuación de las obligaciones de Alemania por reparaciones. La actitud de Schacht fué tan belicosa que la Conferencia casi fracasó. Cuando el gobierno alemán aceptó el plan Young, Schacht dimitió de la presidencia del Reichsbank, pero fué nuevamente llamado a ocupar este puesto por Hitler en 1933. En 1934 se le confió también el Ministerio de Economía. Fué él quien ideó los sutiles métodos que permitieron al régimen nazi aumentar el radio de acción de la inflación de Alemania sin que el pueblo alemán se diera cuenta de ello. En 1936, el doctor Schacht dimitió de la presidencia del Reichsbank, y, al año siguiente, de su cargo de Ministro de Economía. Se supone que su dimisión se debió a su oposición hacia el mariscal Goering, quien luego tomó la dirección de toda la economía alemana. Sin embargo, el doctor Schacht está todavía al servicio del Gobierno alemán, por encargo del cual ha hecho varios viajes al extranjero.

Schlageter. — Este joven jugó un papel activo en varios "Cuerpos Libres" alemanes *(véase Ehrhardt)*. Durante la ocupación del Rhur fué acusado de sabotaje por las autoridades francesas, y fusilado. Desde entonces los nacionalsocialistas le cuentan entre sus santos nacionales.

Doctor Kurt Schmidt. — Desempeñó durante corto tiempo la cartera de Ministro de Economía en el Gobierno Nacionalsocialista. Dimitió porque no quería hacerse responsable del hecho que, bajo el régimen nazi, los ministros tenían que recibir

órdenes de los funcionarios del partido al tomar decisiones políticas o económicas. Después de su dimisión, volvió a ocupar su anterior puesto de director general de una gran Compañía de seguros alemana.

Hugo Stinnes. — Destacada figura de las industrias del carbón, hierro y acero de la región del Ruhr. Durante la primera guerra mundial no sólo recibió enormes pedidos del ejército, sino que consiguió ejercer una gran influencia sobre el general von Ludendorff. Estaba particularmente interesado por el plan de anexión de la región industrial belga de Campine. Después de la derrota de Alemania, Stinnes se hizo miembro del Partido Popular Alemán, en el que se opuso vivamente a Stresemann, su fundador. Cuando se hubo convencido de que el Gobierno alemán no intentaba detener la inflación, cesando de imprimir billetes de Banco, decidió defender el papel moneda en gran escala y compró todas las empresas que pudo. Llegó a poseer no sólo sus antiguas minas de carbón y hierro y las plantas de acero, sino una cadena de fábricas, que variaban desde fábricas de papel hasta refinerías de aceite e industrias cinematográficas. Poseía, además, el Deutsche Allgemeine Zeitung, importante diario berlinés. Cuando la moneda fué estabilizada, le faltó capital para mantener en funcionamiento todas sus empresas. Una muerte repentina le ayudó a salir de este apuro, cuya solución dejó a sus hijos. Estos fracasaron en sus intentos por obtener los necesarios préstamos de capital que solicitaron de varios banqueros, y así se hundió la enorme Empresa Stinnes.

Gregor Strasser. — Nacido en Westfalia, Gregor Strasser se estableció en la provincia bávara de Franconia, donde tenía una farmacia. Se unió al movimiento nacionalsocialista en sus primeros momentos, y llegó a ser uno de los más cercanos colaboradores de Hitler. En 1932 surgió un desacuerdo entre él e Hitler, porque Strasser desaprobaba la intención de Hitler de tomar el poder sin compartirlo con ningún otro partido. Strasser entró en negociaciones con el general Schleicher con vistas a entrar en el Gabinete de Schleicher y permitir al general establecer un Gobierno apoyado por todas las ramas de los trabajadores alemanes. Strasser contaba con arrastrar un gran número de gentes en caso de que el Partido Nacionalsocialista se escindiera. Sin embargo, Hitler consiguió aislarle, y más adelante tomó su venganza sobre Strasser (que mientras tanto había llegado a

ser administrador de una gran empresa química) ordenando su asesinato en la noche del 30 de junio de 1934.

JULIUS STRECHER. — Ya en la época imperial, Julius Strecher publicaba el *Stürmer*, un semanario de Nurenberg, notorio por su carácter antisemita y pornográfico. También atacaba a toda persona de la que Streicher sospechaba de simpatías hacia la República. Sin embargo, nunca se le pudo responsabilizar legalmente, aunque en una ocasión había sido procesado por sadismo, pues siempre podía presentar un certificado oficial que establecía que estaba perturbado mentalmente. Sin embargo, esto no impidió, ya que era uno de los más íntimos amigos de Hitler, el que se le concediera un control absoluto sobre la provincia bávara de Franconia. El "Zar de Franconia" publica todavía su periódico sanguinario, que tiene el apoyo oficial del Gobierno. Su semanario está siendo, naturalmente, ampliamente distribuído en los países hoy ocupados por Alemania.

DOCTOR GUSTAV STRESEMANN. — Stresemann era miembro del Partido Nacional Liberal, al que representaba en el Reichstag antes de la primera guerra mundial. Durante la guerra abogaba por una lucha submarina sin restricciones. En el último año de la guerra, cambió de opinión, pidió reformas políticas y luchó contra los *junkers* prusianos reaccionarios. Después del derrumbamiento alemán, los fundadores del nuevo Partido Democrático no le perdonaron su anterior actitud y se negaron a darle un puesto de dirección en el partido. Esto le obligó a fundar el Partido Popular Alemán. Cuando la ocupación del Ruhr causó el hundimiento total de las finanzas y la economía alemanas, Stresemann fué llamado a formar el nuevo Gabinete, lo que hizo sobre la base de una coalición de partidos. La política extranjera de Stresemann condujo a los acuerdos Dawes, a la Conferencia de Locarno en 1925 y a la admisión de Alemania en el Consejo de la Sociedad de Naciones en el año 1926. Se ganó la amistad de Austen Chamberlain, y especialmente la de Arístide Briand, amistad que duró hasta la muerte de Stresemann. Habiendo conseguido para Alemania más que ningún otro hombre, a pesar de la oposición que a su política hacían los miembros de su propio partido, sucumbió a una cruel enfermedad y murió en el otoño de 1929.

ALBERT VÖGLER. — En la Alemania imperial Vögler era ya uno de los directores más influyentes de la región industrial del

Ruhr. Más tarde llegó a ser director general de las Empresas de Acero Unidas Inc., la empresa industrial más poderosa y extensa de Alemania, cuyo presidente era Fritz Thyssen. Después de la revolución que siguió a la primera guerra mundial, fué elegido al Reichstag por el conservador Partido Popular Alemán, y llegó a ser miembro del Consejo de Economía del Reich. En toda ocasión apoyó a los grupos que se opusieron a los Gobiernos republicanos. A pesar de ello, fué enviado por el Gobierno, junto con el doctor Schacht, a las discusiones preliminares del Plan Young que se celebraron en París. Cuando las conversaciones se desarrollaban, regresó de pronto a Alemania a pedir consejo a sus amigos los industriales del Ruhr y renunció a su mandato por la razón de que no aceptaba las proposiciones de París. En las deliberaciones ulteriores del Reichstag sobre el Plan Young fué el jefe de la oposición nacionalista que se negó a aceptar el Plan.

WILHELM VON GRÖNER. — Como jefe de la división de Transporte del Alto Mando alemán, Gröner se distinguió durante la primera guerra mundial en la organización del transporte ferroviario militar. En vista de sus dotes de organización, el Kaiser le designó jefe del Departamento de Aprovisionamiento de Víveres. Siendo de espíritu democrático Gröner cumplió con éxito su tarea en colaboración con los líderes de los sindicatos alemanes y el Partido Socialdemócrata. Incorporado de nuevo al Alto Mando, fué uno de los generales que aconsejaron al Kaiser que abdicase. Después del colapso alemán se le responsabilizó del buen orden en que los ejércitos alemanes volvían a sus cuarteles. Gröner fué Ministro de Defensa en el Gabinete Brüning, y llegó también a desempeñar el Ministerio del Interior. Mientras se ocupó de los asuntos del Interior, prohibió el uso de uniformes "políticos", medida dirigida contra las organizaciones nazis de S. A. y S. S.. Poco después fué derribado por las intrigas del general von Schleicher, su antiguo subordinado en el Ministerio de Defensa.

GUSTAV VON KAHR. — Fué el jefe del movimiento federalista bávaro por la independencia, que se proponía colocar en el trono de Baviera al Kromprinz Rupprecht de Baviera. Designado Comisionado del Estado Bávaro en 1922, alentó con su actitud el entonces incipiente movimiento nacionalsocialista en Munich. Cuando Hitler, junto con von Ludendorff, proclamó su propio

Gobierno en una cervecería de Munich (la "Bürgerbräu") el 9 de noviembre de 1922, estaba seguro de tener a Kahr a su lado. Durante aquella misma noche, Kahr reconoció lo peligroso e inútil del nuevo movimiento y dió orden a la policía de disparar sobre los nacionalsocialistas que, encabezados por Hitler y Ludendorff, marchaban solemnemente hacia el Feldherrnhalle de Munich. Fracasado su golpe, Hitler fué convicto de alta traición y condenado a prisión en la fortaleza de Landsberg. Hitler tomó su venganza ordenando el asesinato de Kahr poco después de llegar al poder.

Erich Von Ludendorff. — Considerado ya antes de la guerra mundial como uno de los mejores generales alemanes, Ludendorff probó su habilidad en la ocupación del fuerte belga de Lieja. Como jefe del Estado Mayor del mariscal de campo Hindenburg, se le atribuye haber ganado la batalla de los Lagos Mazurianos en el frente ruso. Cuando Hindenburg tomó el Alto Mando en 1916, von Ludendorff colaboró con él. La dirección que von Ludendorff dió a la guerra en el frente del Oeste ha sido objeto de amplia controversia entre los expertos militares. Cuando la última ofensiva de Hindenburg en 1918 se vió que era un fracaso, von Ludendorff insistió en que el Gobierno del príncipe Max de Baden debería pedir un armisticio al enemigo. Habiendo esperado que los acontecimientos tomaran distinto curso al que tuvieron, von Ludendorff temió que al establecerse la República alemana se le podría llevar ante un tribunal militar, y huyó, disfrazado, a Suecia. Pero descubrió que sus temores eran infundados, y pronto regresó a Alemania, donde, al principio, se mantuvo tranquilo, aunque ocupado en escribir sus *Memorias*. Se trasladó a Munich y volvió a entrar en la vida pública complotando con Kapp, recogiendo fondos para Hitler y participando en el Putsch de Hitler en 1923. Aunque se le descargó de la acusación de alta traición, parece que desde entonces von Ludendorff comenzó a sufrir algún desequilibrio mental. Pronto se vió enteramente dominado por su segunda esposa, Mathilde Ludendorff, quien, a pesar de ser especialista en enfermedades mentales, fundó una nueva religión "aria" que llamó "La fuente de la fuerza alemana". Von Ludendorff se convirtió en su profeta y perdió así muchos de sus antiguos amigos. Cuando Hitler, con quien había también disputado, le ofreció el mando de los ejércitos alemanes, von Ludendorff rehusó.

Franz Von Papen. — Como agregado militar en Washington durante la guerra mundial, Papen tuvo gran parte de responsabilidad en los actos de sabotaje realizados en los Estados Unidos, que contribuyeron a la entrada de Norteamérica en la guerra. Terminada la guerra, Papen obtuvo una gran fortuna casándose con la hija de un rico industrial de la región del Saar. Como católico, entró en el Reichstag con la etiqueta del Partido del Centro. No obstante, intrigó contra su propio partido que intentaba arrastrar hacia la derecha. Cuando sus intrigas y las del general Schleicher derribaron al Gabinete de su colega de partido, Brüning, en 1932, Papen se convirtió en canciller del Reich. Una vez en ejercicio, no solamente intentó establecer una dictadura en Alemania, sino que montó un golpe en Prusia ordenando la detención de todos los miembros del Gobierno prusiano. Durante el corto tiempo que permaneció en el puesto, Papen tuvo muchos éxitos en su política exterior, pues en la Conferencia de Lausanne obtuvo que los aliados consintieran en la cancelación de las reparaciones alemanas después de un pago final de un billón de "reichsmark" al contado. El Gobierno de Papen fué expulsado por las maquinaciones del general Schleicher. Varios meses más tarde, Papen tomó su venganza y provocó la caída de Schleicher, a quien sucedió Adolf Hitler. El 30 de junio de 1934, cuando Röhm y muchos otros fueron asesinados, tropas armadas entraron en el despacho de Papen y mataron a su secretario. No obstante, Papen mismo siguió gozando del favor de Hitler, quien le empleó en varias misiones diplomáticas importantes. Como Embajador alemán en Viena, Papen preparó el Anschluss de Austria; posteriormente llegó a ser Embajador en Ankara, Turquía.

Kurt Von Schleicher. — Antiguo miembro del Estado Mayor General del Ejército Imperial, recibió un importante puesto administrativo en el Ministerio de Defensa de la República alemana. Pronto fué ascendido al grado de coronel y luego de general. Apasionado por la política, favoreció la llamada "Reichswehr negra", las divisiones ilegales del ejército, cuya existencia ocultó con gran habilidad, tanto al Reichstag como a los aliados. Schleicher simpatizaba con el movimiento nacionalsocialista desde sus mismos comienzos. Cuando el general Gröner, Ministro de Defensa en el Gabinete Brüning, prohibió el uso de uniformes a la milicia nacionalsocialista, Schleicher complotó la caída del general Gröner, su superior. Cuando consiguió derri-

bar el Gobierno de Brüning, Schleicher consideraba que su hora no había llegado aún y empleó a Franz von Papen como pantalla. Papen fué destituído súbitamente por el presidente von Hindenburg, influído por las nuevas intrigas de Schleicher. Por expreso deseo del presidente, Schleicher entró abiertamente en el campo de la política y aceptó formar un nuevo Gobierno. Aunque deseaba gobernar dictatorialmente, quería dar a su Gobierno una apariencia de popularidad, adulando a los trabajadores. Su verdadera intención, sin embargo, era separar los sindicatos de los partidos a que estaban afiliados. Simultáneamente intentó provocar una escisión en el Partido Nacionalsocialista, atrayendo a su lado a Gregor Strasser, uno de sus líderes. Empero, antes que estos preparativos pudieran dar los frutos esperados, Schleicher dejó de ser canciller. Papen se había vengado; había vuelto al presidente von Hindenburg contra Schleicher, diciéndole que el general estaba preparando una rebelión armada contra él, y que había tropas concentradas en Potsdam, listas para marchar sobre Berlín. Schleicher fué despedido por el presidente y reemplazado por Hitler. El 30 de junio de 1934 Schleicher y su esposa, que intentó defenderle, fueron muertos a tiros por un grupo de Tropas de Asalto. La explicación semioficial de su muerte fué que había conspirado con el Embajador francés François Poncet. En realidad, François Poncet, amigo de los Schleicher, había simplemente informado a París que era prácticamente cierto que el ejército quería terminar con el régimen antes de fin de año. Además, se decía que Schleicher poseía documentos que probaban la corrupción del general Goering y también la prueba de que Hitler había obtenido la Cruz de Hierro por medios ilegítimos.

Este libro se terminó de imprimir el 25 de Setiembre de 1945 en los Talleres Gráficos Padilla y Contreras, Lavalle 1439, Buenos Aires.